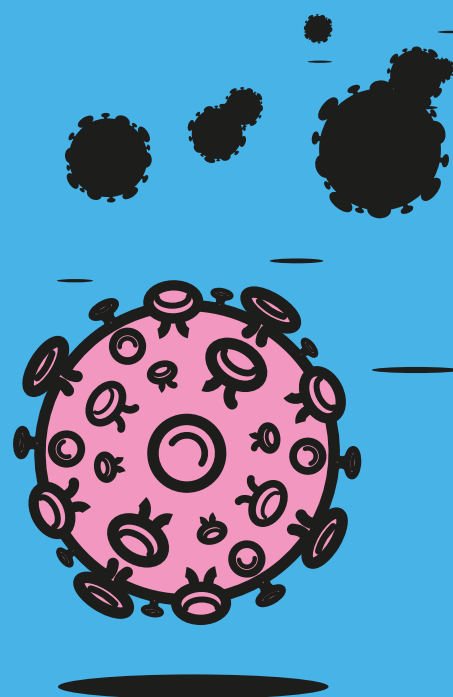


El futuro después del COVID-19

Argentina **unida**



Autores

Alarcón	Maffía
Alemán	Malamud
Barrancos	Mignolo
Boron	Moreno
Cabezón Cámara	Palermo
Canelo	Rebón
Carreiras	Sarlo
Casullo	Segato
Fidanza	Svampa
Follari	Sztulwark
Forster	Tokatlian
Giunta	Valdettaro
González	Viale
López	Waisbord

El futuro después del COVID-19

Argentina **unida**



ISBN 978-987-4015-13-6

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Lic. Santiago Cafiero

Titular Argentina Futura

Dr. Alejandro Grimson

Idea y dirección

Dr. Alejandro Grimson

Coordinación

Lila Siegrist, Federico Escribal y Nahuel Sosa

Diseño

DG. María Paula Caia Zotes

Ilustración

Costhanzo

Edición

Gabriela Llamosas, Emiliano Gullo y Alejandra Kern

Colaboración

Manuel Eguía y Kevin Fillmore



Índice

Presentación

El futuro después del COVID-19

Alejandro Grimson 01

Parte 1

El Estado que viene; desafíos y emergencias

1. Después del aislamiento

Roberto Follari 09

2. Igualdad, solidaridad y nueva estatalidad. El futuro después de la pandemia

Paula Canelo 17

3. La crítica y el “Estado fuerte”

Diego Sztulwark 26

4. El coronavirus, Argentina y la compresión del tiempo

Vicente Palermo 36

5. Sobre las perspectivas nuevas del lenguaje público y estatal

Horacio González 44

6. Conjeturas para después de la pandemia

Juan Gabriel Tokatlian 50

7. Más allá del neoliberalismo: el Estado social el día después

Ricardo Forster 56

8. Algunas reflexiones para después de la pandemia

Eduardo Fidanza 64

9. Pandemia en Argentina

Atilio Boron 67



Parte 2

Un nuevo mapa político

1. Coronavirus: Todos somos mortales. Del significativo vacío a la naturaleza abierta de la historia Rita Laura Segato	76
2. La no linealidad del cambio social Julián Rebón	89
3. Hacia un Gran Pacto Ecosocial y Económico Maristella Svampa y Enrique Viale	97
4. Geopolítica del coronavirus Helena Carreiras y Andrés Malamud	105
5. Depende de nosotros Beatriz Sarlo	109
6. El regreso del futuro Dora Barrancos	115
7. Los falsos profetas de la pospandemia Silvio Waisbord	123
8. Para dejar atrás el neoliberalismo María Esperanza Casullo	131
9. Distancia física y armonía comunal/social: reflexiones sobre una situación global y nacional sin precedentes Walter D. Mignolo	137



Parte 3

Cómo pensar las nuevas subjetividades

1. El virus es el mensaje

Sandra Valdetaro 151

2. Nuestro futuro

Cristian Alarcón 157

3. El futuro ¿Ya llegó?

María Pía López 170

4. Mientras tanto

María Moreno 177

5. Violencia de Género: ¿La otra pandemia?

Diana Maffía 182

6. Pensar todo de nuevo

Andrea Giunta 187

7. Episodio 2: El capitalismo está desnudo

Gabriela Cabezón Cámara 195

8. Interrogantes y conjeturas sobre la pandemia del siglo XXI

Jorge Alemán / texto entrevista 200

*Las opiniones aquí contenidas son de los autores y no necesariamente representan la posición de **Argentina Futura**.*



El futuro después del COVID-19

Por Alejandro Grimson

La aparición de una pandemia como el COVID-19 es una bomba; sus esquilas son los relatos apocalípticos esparcidos por todos los rincones de la aldea global. Parafraseando a autores de resonancia, es más sencillo y usual imaginar el fin de la humanidad que el fin de la injusticia y de la desigualdad. Películas, novelas y relatos periodísticos nos narran todas las distopías que no habíamos podido pensar.

La crisis torna imperioso pensar el presente. Y torna impensable el futuro. Su triunfo cultural consiste en bloquear la imaginación de nuevos rumbos y de nuevos horizontes. Encorsetado el futuro a la catástrofe, a la imposibilidad, se despliega una maquinaria que erosiona la voluntad de acción. Que coloca el destino en cualquier factor ajeno a la voluntad y a la sociedad. Que pretende doblegar deseos, sueños y construcciones colectivas.

Sin embargo, el porvenir está en entredicho. Venimos de décadas de hegemonía global del ultra liberalismo económico. Y de una narrativa individualista, anti-pública y anti-estatal. La época inaugurada por el Consenso de Washington en 1990 se extendió hasta hace pocos años atrás. Abarcó desde la revolución neoconservadora hasta los neoliberalismos “progresistas” (como los llamó Nancy Fraser, cuando otorgaban leyes de matrimonio igualitario o tenían acciones de reconocimiento cultural).

Sólo un grupo de países sudamericanos desde inicio de siglo desplegó por más de una década políticas que se oponían al retiro social del Estado, a la lógica privatizadora y a la apertura indiscriminada de las economías. Que apuntaron a políticas redistributivas y fortalecer decisiones soberanas con alianzas regionales. Mientras esos procesos políticos sudamericanos que fueron catalogados como “progresistas”, “populistas” o “giro a la izquierda” sufrieron derrotas muy diversas

desde el golpe de Estado en Paraguay hasta otras electorales, el mundo se polarizó. Y los argentinos, que alguna vez creímos que la grieta era una creación nacional, nos quedamos atónitos por la división política tajante en varios países de Europa, de Norteamérica y de América Latina.

En el último lustro, en varios países avanzaron electoralmente no sólo fuerzas antidemocráticas, sino que desplegaron discursos de odio. Una nueva oleada de racismo, xenofobia, homofobia, misoginia y discriminación de clase acompañó en algunos casos intensas estigmatizaciones políticas. Justo antes del coronavirus una de las preguntas más inquietantes era si esos nuevos fenómenos políticos iban a lograr extenderse en el tiempo.

El Gran Relato posmoderno de un mundo globalizado sin fronteras develó su mentís. Devino inverosímil hasta para sus más fanáticos seguidores. No sólo porque quedó al desnudo el truco de permitir la libre circulación del capital financiero mientras se convertía al mar Mediterráneo en un cementerio y se levantaban muros por doquier. La pandemia global despertó un creciente nacionalismo. Quizás en ese punto recuerde a la Segunda Guerra Mundial tanto como en los efectos económicos y sociales.

El mundo lamentablemente parece aún no estar listo para iniciar la propuesta que hizo el Presidente Alberto Fernández en la reunión del G 20 de marzo de 2020, cuando señaló la necesidad de la solidaridad global y la coordinación de esfuerzos sanitarios y macroeconómicos. Incluso en las regiones más integradas del planeta, cada Estado nacional adoptó una política sanitaria y económica. Ante fronteras que se cierran y muestras aisladas de solidaridad interestatal, no puede pecarse de optimismo. Pero tampoco puede establecerse un pronóstico certero.

La pandemia abre una disputa de interpretaciones y de narrativas. Han cambiado las circunstancias. Algunas de estas narrativas conducen a pensar, sólo debemos rendirnos ante lo que sería inevitable. Sin embargo, los colectivos humanos, las sociedades y sus instituciones son los que hacen la historia, sean cuales sean las circunstancias que nunca se escogen.

Abrir horizontes, pensar el futuro, comprender el presente en su complejidad, son tareas claves para transformar las injusticias y las desigualdades. Para generar democracias vibrantes.

La burla frente al optimismo de la voluntad tiene larga tradición. Se trata de una vieja estrategia. La vocación de transformación y la lucha contra la injusticia siempre sufrieron denigraciones. Se las acusó de falta de inteligencia, de información o de no haber comprendido los tiempos. Sin embargo, creemos que otro futuro es posible y trabajamos por un mundo donde quepan muchos mundos. Sabemos que colectivamente es posible lograr inmensos avances.

El viejo orden repite una única promesa: el sacrificio, la resignación a una expropiación masiva, a procesos de endeudamientos financieros descomunales, construyendo el sentido común de que todos vivimos en deuda. Y deudas inmensas de países, que obstruyen el futuro de varias generaciones.

Se trata de una gran controversia global sobre las deudas. La mayor deuda global que existe es de carácter ético: la desigualdad creciente entre las naciones y entre las personas. El COVID-19 muestra que no sólo se expande la desigual distribución de bienes, sino también la distribución de males, como decía Bauman (2014:18).

Esa deuda ética potencia el cuestionamiento hacia una promesa de progreso y crecimiento que no pone el foco central en las sociedades y los seres humanos. Si no aceptamos nociones integrales del desarrollo humano y social, el desarrollo económico se concibe escindido del bienestar, de la salud, de la vivienda, de la vida buena, del acceso al conocimiento y del medioambiente.

¿Hay intereses en juego? No se trata de puros intereses distributivos, aunque en el corto plazo muchas veces puedan aparecer de ese modo. La concepción del mundo y de la vida de que sólo existimos para acumular, pertenece a un grupo, el más poderoso, y de allí emana su capacidad de esparcimiento y su capilaridad.

La experiencia histórica ha develado que los intereses no pueden inferirse de la posición social de manera automática. Porque no siempre hay plena

coherencia entre los intereses de corto, mediano y largo plazo. Porque lo que puede ser conveniente para mejorar las condiciones económicas inmediatas puede ser perjudicial para otras dimensiones o para las generaciones siguientes.

El impacto y la expansión del COVID-19 hacia todos los rincones del mundo y los efectos que permanecerán en el corto y mediano plazo, son materia ineludible hoy para pensar en cómo construimos nuestro futuro.

Es por eso que, desde el Programa **Argentina Futura**, abrimos con esta publicación un debate plural y multidimensional que nos ayude a reflexionar sobre cómo se configura en el presente la materia prima para esta construcción de futuro que nos desafía.

El programa Argentina Futura

Argentina Futura es una plataforma de pensamiento, plural y diversa, con perspectiva federal y global, que se propone reflexionar y discutir el futuro del país. **Nuestro futuro**. Partimos de la premisa de que aquello que es nuestro no puede ser decidido por otro. Y eso incluye al futuro. Se trata de convocar a todos los actores que sean necesarios para construir y sostener el fortalecimiento de nuestra democracia para la formulación de un nuevo contrato social.

Recuperar el análisis, el debate y la planificación del futuro es un desafío cultural y político, de la sociedad y el Estado. Necesitamos construir colectivamente horizontes. Las utopías son necesarias para caminar. Por eso es necesario desarmar cualquier esquema predefinido y ampliar los límites de la imaginación social. Es clave producir anhelos nacionales en plural, múltiples y compatibles. Necesitamos democratizar el deseo, que las ciudadanas y ciudadanos no sólo tengan derecho a defenderse, sino que también puedan desplegar sus propias visiones del porvenir.

Como ejercicio de democratización responsable, vislumbrar otros futuros también implica contar con la información, con la posibilidad de procesarla y, hasta

donde sea posible, de prever tendencias o contradicciones. En diálogo, con acuerdos, con consensos tensos, articulando intereses diversos, todas y todos, expertos y ciudadanos, organizaciones sociales y gestores, podremos ser protagonistas de imaginar y planificar nuestro propio futuro.

Así podremos anticipar retos del país y delinear una visión estratégica en el mediano y largo plazo. Podremos aportar al diseño de una visión nacional que contribuya a orientar y articular la planificación de políticas públicas. Y también facilitar la articulación entre referentes de variados sectores y perspectivas con la formulación e implementación de esas políticas.

Argentina Futura trabaja con la palabra y al diálogo como herramienta de construcción colectiva. Aspiramos a generar espacios vibrantes con una ciudadanía que alimente la discusión heterogénea, el pensamiento crítico y el conocimiento. La palabra como lugar de encuentro en la diversidad.

Argentina Futura invita a todos y todas. Necesitamos activar espacios colectivos y singulares preservando las sensibilidades. Buscamos que todos los habitantes del suelo argentino desplieguen sus proyectos de vida plena en comunidad.

El futuro no es aquello que va a suceder, sino es el proyecto de construcción colectiva que hilvana, en el contexto general, nuevos horizontes y nuevos modos de andar. **Argentina Futura** es una caja de resonancias y un documento vivo que permite generar y multiplicar planes de desarrollo participativos.

El futuro es un derecho. El imperio de la incertidumbre lo destruye. La inseguridad que genera el cambio climático, el futuro del trabajo, la economía, las desigualdades de género crecen con la total libertad de mercado, en el reino del más fuerte, en sociedades donde se expande el odio y la violencia. En cambio, la construcción colectiva de la convivencia en la diferencia y con un Estado presente que garantice la sustentabilidad de políticas acordadas, reduce la incertidumbre. Amplía derechos, amplía futuros.

El libro

“**El futuro después del COVID-19**” es una publicación plural que, desde distintos abordajes, se propone analizar aquellos problemas y fenómenos que impone la pandemia, cuya emergencia da cuenta de una realidad con características propias, nuevas y cuyo conocimiento resulta obligado para pensar el futuro cercano.

Es, a su vez, una publicación realizada en un contexto inédito en nuestro país, marcado por una crisis sanitaria y social sin precedentes, que implicó que nuestro Gobierno decreta el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio con el objetivo de proteger la salud pública en tanto obligación inalienable del Estado argentino. Una decisión que ha sido tomada según las normas que establecen el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (PIDCP) y la Convención Americana sobre Derechos Humanos que sostiene en su artículo 22 inciso 3 que el ejercicio de los derechos a circular y residir en un Estado consagrados en el artículo 22.1 “... no puede ser restringido sino en virtud de una ley, en la medida indispensable en una sociedad democrática, para prevenir infracciones penales o para proteger la seguridad nacional, la seguridad o el orden público, la moral o la salud públicas o los derechos y libertades de los demás”. Es la Democracia que toma decisiones según las reglas que ella misma establece. En circunstancias excepcionales, decisiones excepcionales. La pandemia está a la vista, no hay vacunas, ni recetas de inmunización.

Los artículos compilados en este trabajo han sido realizados por intelectuales que son referentes en los campos de la política, las relaciones internacionales, la cultura, la educación, el empleo, los estudios de género, la literatura, entre otros. Cada uno y cada una expresa sus propias opiniones en este libro, a veces en tensión, a veces en diálogo, a veces permitiendo imaginar nuevos acuerdos.

Estas miradas nos permiten identificar elementos sustantivos que se juegan en la coyuntura actual y que entrañan riesgos y oportunidades para cuando

hayamos atravesado la pandemia. Este futuro post- pandemia se piensa en varios tiempos, más corto y más urgente, más de largo plazo y más incierto. Y también en el plano argentino y en el plano internacional. En esos escenarios emergen problemáticas asociadas a posibles estados de excepción cuyas reglas puedan prolongarse. Se visualizan temores a que en algunas zonas se generen salidas conservadoras que amplíen las desigualdades y las brechas que la pandemia expone cruelmente. Pero también se subraya el potencial de alternativas que ponen en cuestión la especulación financiera como principio ordenador del mundo y nos conducen a repensar el rol de lo público en general, y del Estado en particular.

Hay una búsqueda constante por comprender el momento actual que vivimos como país y como región. Son miradas situadas en un aquí y ahora pero que tienen como eje principal pensar los escenarios posibles. Los análisis también se centran en dar cuenta de los mapas políticos que se avecinan, de las nuevas transformaciones en nuestra vida social y en dilucidar cómo se configurarán nuestras subjetividades, deseos y valores.

Esperemos que este libro sea un aporte para abrir otros horizontes de la imaginación cultural, social y política para pensar y hacer el futuro.

Concebimos este trabajo de una manera muy particular. Generalmente los libros se escriben durante muchos años. Ante la crisis, intentamos generar colectivamente un libro de emergencia. Un oxímoron. Invitamos a una multiplicidad de voces argentinas con miradas políticas y disciplinarias diversas. Es un libro hecho desde un gobierno abierto a todas las voces y aportes. El lema “Argentina Unida” dialoga con aquel que dice “es con todos, con todas, con todes”. Esto lo expresaba el Presidente Alberto Fernández el 1 de marzo, ante la Asamblea Legislativa, cuando señaló que la verdad es sinfónica.

Agradezco a todos los autores y autoras por la dedicación y el compromiso que sostuvieron, no solamente con esta publicación, sino con la tarea cotidiana de pensar alternativas para salir de esta crisis con más derechos, con más igualdad, y con más democracia.

Evidentemente, hay muchos y muchas referentes que no pudieron ser parte de este libro, pero que seguiremos convidando a aportar sus miradas para la **Argentina Futura.**



Bibliografía

Bauman, Z. (2014) *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona. Paidós

Alejandro Grimson es Doctor en Antropología por la Universidad de Brasilia, hizo estudios de comunicación en la Universidad de Buenos Aires, y se ha especializado procesos migratorios, zonas de frontera, movimientos sociales, culturas políticas, identidades e interculturalidad. Es investigador del CONICET y docente del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la UNSAM. Sus libros y trabajos de investigación recibieron varios premios. "Los límites de la cultura" fue distinguido en LASA como el mejor libro publicado en castellano en 2011.

"Mitomanías argentinas" (Siglo veintiuno, 2012), *Mitomanías de la educación argentina* (Siglo veintiuno, 2014) escrito en coautoría con Emilio Tenti Fanfani y "¿Qué es el peronismo?" (Siglo veintiuno, 2019) son algunos de sus libros más importantes. En la actualidad es asesor presidencial y director del Programa Argentina Futura de Jefatura de Gabinete de la Nación.

Después del aislamiento

Por Roberto Follari

1. Miseria de la teoría

No poco han decepcionado los grandes intelectuales en esta circunstancia. Ningún esfuerzo por captar la enorme novedad del fenómeno de la peste: casi todos encontrando como conclusión su propia premisa, “hallando” la redundancia de sus presunciones previas. Un pensador sutil como Agamben hablando del *estado de excepción*, de lo que escribió hace casi dos décadas, reafirmando lo siempre-ya-dicho. Žižek –otrora un teórico original y novedoso- buscando notoriedad con una insólita apelación a la reaparición del comunismo en gran reforma de su propia historia, contra cualquier evidencia y posibilidad efectivas. Según él, poco menos, el virus será revolucionario o no será. Byung-Chul-Han, con su módica posición de el-sistema-siempre-se-impone, advirtiendo otra vez sobre la llegada del mundo concentracionario e hipercontrolado, que se habría mostrado ya en su natal Corea. Y así siguiendo.

Berardi, que en sus últimos reportes hizo una interesante sugerencia sobre las posibilidades que surgen de la ralentización de la experiencia, comenzó depreciando la gravedad de la situación en doble insistencia sobre lo “modesto” de su capacidad mortífera. Agamben no había dudado en alertar sobre la “invención” de la plaga con fines de cumplir las profecías foucaultianas sobre la gran ordenación estatalizada de los cuerpos: de tal manera, lo mejor era no dejarse conmover por estos designios maliciosos de las autoridades de turno. De ambas voces italianas –justamente allí, donde las muertes y los contagios han proliferado a mansalva-, se llamaba a no obedecer la palabra supuestamente tiránica que nos llamaba al confinamiento casero. Al menos, Berardi luego rectificó su postura.

Los intelectuales somos los únicos que no debemos hacernos responsables de las consecuencias de lo que decimos, señaló una vez Max Weber. Lo cual no justifica abusar de esa prerrogativa. Bolsonaro y Trump son justamente denostados por hablar de “gripecita” y llevar así al contagio y la muerte a miles de personas. No puede acusarse de lo mismo a los intelectuales italianos de los que hablamos, sólo podrán haber inducido a vanas rebeliones de unos pocos lectores y amigos. Sin embargo, la irresponsabilidad es notable. Solemos esperar de los intelectuales que estén a la altura de los desafíos de la historia: en este caso, han pasado por debajo de la vara. En vez de indagar la poderosa novedad del fenómeno inédito, reconfirmar prejuicios. En vez de estudiar lo inesperado, perorar y dar lecciones envejecidas. En vez de ayudar a cuidar lo elemental de la salud, dar temerarios golpes retóricos que llevaron a subestimar la pandemia. Eso sí, siempre en nombre de la excelsitud de la teoría y de la emancipación imaginada.

2. ¿Retorno del Estado?

Mucho se ha hablado de que la pandemia muestra que sólo el Estado puede hacerse cargo del cuidado poblacional en las emergencias. Efectivamente es así, y la situación ha sido elocuente. Por unas semanas, los panegiristas del mercado callaron desde la impotencia: se habían quedado sin discurso. Esta primacía del Estado –que cimienta las preocupaciones agambeanas sobre el retorno totalitario–, está lejos de implicar que hayamos vuelto a una condición previa a la globalización: el mercado sigue atravesando fronteras y arrasando soberanías nacionales. Pero sin dudas que a la hora de la salud pública y del vida o muerte, el mercado muestra su cara atroz de descuido e indiferencia, de repetición automática de la ganancia como único norte. El Estado, aún golpeado por las políticas neoliberales de tantos años, exhibe en todo caso su necesidad y pertinencia, y de ello seguramente quedará rastro y memoria para el futuro inmediato de nuestros pueblos.

Pero a no exagerar, que ya el libremercado ha organizado su respuesta. Apenas aparecieron las necesarias consecuencias recesivas del obligado encierro colectivo, los profetas y voceros del *establishment* económico recogieron el guante y lanzaron la idea de que “se ha abandonado la economía”. Periodistas lascivos muestran números de “cómo han bajado los índices económicos”. Obvio ¿verdad? En las inundaciones nos mojamos. Pero ellos lo presentan como fruto de un “descuido” de las autoridades estatales. “Se ocupan de la salud, pero no de la economía, y ésta, a largo plazo, es más importante”, peroran. Ya tienen el discurso para cuando la pandemia sea recuerdo.

Con la esperable baja de la economía –gran ocasión para repensar el futuro de la Humanidad-, los libremercadistas, atentos a su propio interés, repetirán que “la culpa ha sido de los gobiernos, que privilegiaron la salud”. Estaremos mal, entonces, porque no se atendió a la economía lo suficiente, según estos ventrílocuos del capital concentrado.

El error a medias es más insidioso que la falsedad. Porque es cierto: si hacemos el experimento mental de imaginar una cuarentena necesaria de seis meses, se haría evidente que sería necesario violarla para sostener la actividad económica que permitiera la reproducción social. O sea que es cierto que, en algún nivel, la economía sirve también para sostener la salud colectiva. Pero por supuesto, esto se cumple a medias si no estamos en una organización solidaria de lo económico (solidaridad que se pone a prueba en momentos de emergencia, haciendo evidente la reproducción ampliada del egoísmo privatista). Mientras se mantenga la “acéfala” consumación del capitalismo (J. Alemán), la pretendida necesidad de mover la palanca económica será sólo el pretexto de los de arriba para sostener su abundante tasa de ganancia.

3. El retorno de la policía

Ante la gravedad de la situación sanitaria, hemos encontrado de pronto un rol de “policía buena” en esa institución tan denostada por su función de control social y sus fuertes tendencias a la corrupción y promoción/colaboración hacia el delito. Hemos podido advertir -como ha sucedido también en algunas situaciones límite de la llamada “inseguridad”- que cierta policía es necesaria, y que en la institución conviven con los violentos y los corruptos, aquellos que tienen conciencia de su deber, y que buscan el sano cumplimiento de la ley. No todos los policías son Chocobar, y en esta situación de cuarentena, más de una vez hemos apoyado las acciones tendientes a reducir a quienes han violado el encierro obligatorio, y hemos aplaudido que se vigile la consecución y cumplimiento respecto de las medidas organizadas por los gobiernos.

Pero el peligro del retorno a la impunidad no es sólo potencial: se han registrado y denunciado hechos violentos protagonizados por policías que han creído que “volvieron los buenos tiempos”. Algunos han entendido que se reinstaló la permisividad para los abusos y violaciones a derechos y garantías de la ciudadanía.

Será necesario recuperar, luego de la pandemia, los archivos de denuncias sobre lo actuado en este tiempo desde el accionar policial, hacer las investigaciones correspondientes y aplicar las sanciones cuando sean pertinentes. Y, sobre todo, habrá que repensar el rol policial y trabajar con el personal, para que quede claro -donde los gobiernos lo quieran- que éste debe limitarse a sus funciones legalmente establecidas. En los casos de gobiernos que sean afines a la represión social y/o política, serán los organismos de derechos humanos y las organizaciones de la sociedad civil quienes deberán ocuparse de promover condiciones de discusión colectiva sobre la cuestión, y sostener la exigencia de acciones estatales en favor de una necesaria y efectiva reforma policial generalizada.

4. Virtualidad real

Este monumental experimento planetario de control de poblaciones es notorio que abriga peligros: quizá no marchemos a la automatización generalizada de las prácticas –como profetizan Han o Agamben–, pero sin dudas que ésta es una de las tendencias en pugna. También hay evidente crecimiento en la valoración de la solidaridad y lo mancomunado: aunque a la vez, se registran aumentos del miedo individual y colectivo. El mundo que vendrá no será monocolor, no se deja describir en una sola clave, ya sea emancipatoria o lúgubre. Difícilmente se lo pueda prever desde una expectativa unilateral.

Dentro de las potencialidades que han surgido en este período de excepción, está la del avance de la virtualidad. Contra cualquier vaticinio, se pudo reconvertir la educación en su conjunto hacia procedimientos virtuales, en cuestión de semanas. Profesores dictaron clases virtuales, alumnos aprendieron las nuevas habilidades. Millones de trabajadores en el mundo modificaron súbitamente sus rutinas, y de pronto advertimos que las fantasías del trabajo-hecho-en-casa (tipo Toffler) no eran descabelladas, ni irrealizables. La sociedad puede funcionar –con variadas excepciones, claro- haciendo que lo virtual predomine sobre lo presencial.

Pongámonos fuera de la ingenuidad habitual que deplora de las tecnologías electrónicas en nombre de la desaparición del “cara a cara”: hemos tenido más caras presentes vía electrónica en una década, que quizá todas las que tuvimos presencialmente a lo largo de nuestra vida.

Y, como supo inventar M. Castells, hay una “virtualidad real”. Lo que ocurre en lo virtual no sucede en un trasmundo, sucede en el campo de las condiciones efectivas. No imagino que estoy viendo a alguien por pantalla y a distancia: es plenamente real que eso virtual acontece.

Hay toda una línea de pensamiento que muestra que la tecnología no es contraria a lo humano, sino su continuidad. Discutible, cuando atendemos la actual crisis civilizatoria: pero atendible, dentro de cierto registro. Desde McLuhan a Simondon, la técnica no se percibe como un entorno, sino como extensión de lo humano/social.

Pero ello no impide advertir los peligros que hacen a las actividades laborales -podría reemplazarse mucho trabajo humano por vía electrónica-, los problemas para derechos de autoría profesional (grabación de las clases de los docentes, por ej., que podrían ser usadas incluso para prescindir luego de estos), y el más grande de todos: la desocialización generalizada de la existencia.

Si atendemos a que la sociedad son reglas e instituciones –como decía Durkheim-, las instituciones bien podrían tender ahora a su vaporización, a su evanescencia gradual por vía de una sociedad generalizadamente virtualizada.

Habrá que discutir, pasada la cuarentena, los roles de lo virtual. Aquello que lo virtual facilita, pero también aquello a lo que no puede dársele lugar, aun cuando fuera “funcional” a cierta eficacia momentánea. Una sociedad sin encuentro y sin agregación de la vivencia de cada uno de sus miembros, sería una sociedad sin experiencia de lo colectivo. Por cierto, que el agrupamiento, la asociatividad y la muchedumbre tienen aún mucho por aportar en la historia. No puede aprovecharse la pandemia para que la utopía cibernética pueda consumarse de una vez para siempre, aquí y en todo el planeta.

5. Capitalismo o sociedad industrial

Marcuse sostuvo alguna vez la discusión: la crítica que la Escuela de Frankfurt hacía al capitalismo avanzado, en tanto crítica de la racionalidad instrumental, valía en relación con la sociedad desarrollada en general, incluyendo al productivismo del socialismo soviético.

Estamos ante una crisis civilizatoria: el grupo Chuang, en su excelente trabajo sobre la pandemia en China, mostró que los virus crecen a partir del abigarramiento de las aves de corral y otros animales (cerdos, por ej.), producidos por su explotación masiva al ser objeto de tratamiento industrializado. Tratamiento que promueve también el cambio de las fronteras hacia el mundo animal no instrumentalizado aún, el cual queda también afectado en su hábitat, y se hace carne de enfermedades potenciales.

La discusión sobre lo civilizatorio promovida por los ambientalistas reaparece aquí con toda su crudeza: la instrumentalización generalizada del mundo propia de la modernidad trae como consecuencia, no deseada pero inmanente, la aparición de pestes recurrentes. No cuesta advertir que en los últimos años han sido periódicas: vaca loca, gripe Aviar, Ébola y ahora COVID-19.

Se señala entonces a la codicia automatizada del capital, como el motor de la depredación generalizada de la naturaleza. Y ello es indiscutible, pero a la vez no es evidente que una sociedad no-capitalista tomaría un camino no industrial ni maquínico a los fines de su propia supervivencia.

El capitalismo agrega a la industria su función de autómeta, su no-parar en el avance interminable. En ese sentido, Berardi apuntó bien: es la ocasión para aprender de una vida ralentizada. Es la ocasión de advertir que el seguir-adelante-siempre es un espejismo al que nos condena la lógica capitalista de la ganancia, ligada a la idea del crecimiento continuo y perpetuo.

Pero es la sociedad industrial en su conjunto la que queda sometida a cuestionamiento. Y con toda la ambigüedad que en ello se implica. ¿Habrá que practicar eso que algunos han denostado como “pachamamismo”? ¿Es posible sostener al conjunto de habitantes de la Humanidad abandonando del todo el paradigma del avance técnico/industrial?.

No lo sabemos. Pero sí sabemos que una lógica –la del capital montado sobre la técnica- está encontrando sus límites. O ya los ha hallado trágicamente. Habrá que revisar los principios. El capitalismo se niega, seguirá su función de autómeta. Pero es nuestro deber histórico someter a cuestionamiento radical la idea prometeica del mundo organizado desde la instrumentalización, y reafirmar la nostalgia heideggeriana de una mundaneidad no colonizada por la compulsión al avance indefinido de la técnica.



Roberto Follari es Licenciado y Doctor en Psicología por la Universidad Nacional de San Luis. Actualmente es Profesor titular de Epistemología de las Ciencias Sociales (Universidad Nacional de Cuyo). Ha sido asesor de la OEA, de UNICEF y de la CONEAU (Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria). Ganó el Premio Nacional sobre Derechos Humanos y universidad otorgado por el Servicio Universitario Mundial. Ha sido director de la Maestría en Docencia Universitaria de la Universidad de la Patagonia y lo es de la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Cuyo; y es miembro del Comité Académico de diversos posgrados. Ha sido miembro de las comisiones evaluadoras de CONICET. Ha sido profesor invitado de posgrado en la mayoría de las universidades argentinas, además de otras de Ecuador, Venezuela, México, España, Costa Rica, Chile y Uruguay. Autor de 16 libros publicados en diversos países, y de unos 150 artículos en revistas especializadas en Filosofía, Educación y Ciencias Sociales.

Igualdad, solidaridad y nueva estatalidad. El futuro después de la pandemia

Por Paula Canelo

Más de una vez escuchamos que la excepción hace a la regla. En su significado más corriente, esta expresión quiere decir que, efectivamente, el caso que se desvía de la regla es el que confirma la normalidad del resto de los casos; es decir, a la regla misma. Hay otras interpretaciones para esta expresión que pueden resultar útiles, como punto de partida, para pensar y entender estos días excepcionales derivados de la pandemia de coronavirus. Y, también, para pensar el futuro de la Argentina.

Que la excepción hace a la regla también significa que la observación de los momentos excepcionales nos permite ver más claramente las reglas que orientan la “normalidad”, cuando ciertas rutinas, velos, naturalizaciones, esconden o desdibujan las reglas que hacen al poder, a la sociedad, a los individuos. Digamos, entonces, que la excepción también muestra a la regla.

Si es así, ¿qué hemos podido ver? ¿Qué nos ha mostrado, hasta hoy, la pandemia?

Primero, como probablemente ninguna otra experiencia social cercana, nos reveló cuán profundas son las huellas que dejó el neoliberalismo en nuestra sociedad. Más allá de la obvia afirmación que de su mano el individualismo avanzó entre nosotros (así como lo hizo en casi todo el mundo), es importante comenzar a preguntarnos, como lo hace el sociólogo François Dubet (2016), si es cierto que hemos comenzado a preferir la desigualdad, aunque afirmemos lo contrario.

Nuestro neoliberalismo más cercano, el de los años 2015-2019, fue posible porque gran parte de nuestra sociedad apoyó un modelo que transformó a la

Argentina en una máquina de producir desigualdades; y no sólo de pobreza, sino de distancias cada vez más abismales entre los más ricos y los más pobres. Y ese modelo fue acompañado por un relato que naturalizó la desigualdad, y que para ello retomó numerosos elementos del sentido común ya existente entre los argentinos y argentinas, produciendo otros nuevos (Canelo, 2019). Un relato centrado, entre otros elementos, en la condena de lo estatal y de lo político, y en la culpabilización (responsabilización) de las víctimas. Ese modelo, ese relato y ese sentido común fueron consagrados nada menos que por un 40,8% de nuestra sociedad en las últimas elecciones presidenciales de 2019, a pesar de la desastrosa performance económica del gobierno de Mauricio Macri, y a pesar de (¿o gracias a?) la desigualdad que había producido.

Segundo, la pandemia nos mostró el ejercicio de numerosas resistencias a la solidaridad. La solidaridad, concepto fundamental del discurso del gobierno de Alberto Fernández y del Frente de Todos, cuya frase inaugural probablemente haya sido la de “empezar por los de abajo para llegar hasta todos”, que fue muy celebrada desde lo simbólico, pero ampliamente resistida por muchos sectores en la práctica concreta y cotidiana.

Estas resistencias a la solidaridad no están mostrando de ninguna forma los síntomas de aquella “argentinidad desviada” o “anormal” que ya ocupó demasiadas páginas en nuestros libros de ciencias sociales. Lo que revelan es algo más profundo: el debilitamiento del valor de la igualdad como principio rector de nuestra sociedad. Porque no es posible la solidaridad sin una idea común, previa, de igualdad. Y uno de los éxitos culturales más contundentes del neoliberalismo, a través de la producción de ese relato legitimador de la desigualdad del que hablábamos, fue lograr que ya no nos consideremos iguales, que ya no nos veamos los unos a los otros como semejantes. Y si es así, ¿por qué deberíamos tener que aceptar “pagar por el otro”, como se pregunta Dubet? ¿Por qué deberíamos ser solidarios?.

Lo poco que sabemos hasta hoy sobre cómo nos cambió la pandemia es que, a simple vista, nos devolvió una cierta sensación de igualdad, de pertenencia a una misma comunidad. Alteradas las rutinas cotidianas y las certidumbres, el

“enemigo invisible” nos igualó. Hoy nos percibimos todos igualmente vulnerables ante su amenaza, todos igualmente inseguros, todos igualmente temerosos. Y como todos podemos ser afectados si los demás se afectan también, en gran medida el problema del otro tiende a convertirse en un problema de todos.

La pandemia nos igualó; y acto seguido, también nos mostró la profunda desigualdad en la que vivíamos. Por ejemplo, entre algunos de nosotros parece haber crecido la conciencia del propio privilegio: el de tener una casa habitable, un trabajo, un sueldo asegurado (o ahorros disponibles), educación, alimentos, salud, seguridad. Otros, posiblemente, nos encontramos por primera vez compartiendo aquellos problemas que antes sentíamos lejos (no llegar a fin de mes, no poder pagar el alquiler, subalimentarnos, etc.), aunque “normalmente” sí atravesaban a los sectores más frágiles o vulnerables de nuestra sociedad (trabajadores informales, desocupados, precarizados, pobres, etc.). Pero, ¿modificó la pandemia nuestro vínculo con la desigualdad? ¿De qué forma? Porque ante la expectativa concreta de “pagar por el otro” las actitudes varían entre la disposición a la solidaridad, por un lado, y la afirmación en el individualismo y la policialización en el vínculo con los demás, por el otro.

Dijimos al principio que había varios significados posibles para la frase la excepción hace la regla. Un tercer significado, no menos importante que los que ya señalamos, es que la excepción es una oportunidad para construir nuevas reglas. Que modifiquen, luego, las condiciones de una nueva “normalidad”, post-pandemia, sobre la que tenemos pocas certezas, pero sobre la que sí sabemos que será, al menos en parte, nueva.

Para construir nuevas reglas el paso decisivo es la construcción de una nueva estatalidad. Porque hoy parecemos asistir a la generación de dos consensos, inestables, pero consensos al fin. Primero, que la máxima autoridad para definir y jerarquizar los problemas de la sociedad, y distribuir sus riesgos y costos, es el Estado. Hoy vuelve a ser reveladora la idea ya señalada por el historiador Alexander Gerschenkron (1962), entre otros, de que no existen en la sociedad instituciones capaces de distribuir los riesgos con eficacia, y que por eso quien debe distribuirlos es el Estado. Segundo, que, para las mayorías, el Estado ha dejado de

ser considerado como un problema, como lo fue durante la larga era neoliberal, para pasar a ser una solución, según la potente caracterización del sociólogo Peter Evans (1996).

Más aún: en la pandemia actual, el Estado no sólo es visto como una solución, sino como la única. Esta situación inédita amplía decisivamente el margen de oportunidad para discutir y construir las reglas que organizarán nuestro futuro post-pandemia. La “resolución” de la pandemia, en el sentido de la construcción de una nueva normalidad, es una disputa que se resolverá en acto, en proceso, a medida que avanzamos hacia ella. Por eso, es ahora el momento de discutir cuál es la nueva estatalidad que queremos para nuestro futuro.

Preguntemonos primero qué Estado nos falta. Las respuestas a esta pregunta serán muchas: porque no será lo mismo responderla hoy, a poco de desatada la pandemia en nuestro país, que dentro de una semana; y porque el Estado no le “hace falta” de igual forma a un/a empleado/a en blanco que a un/a trabajador/a informal o a un/a trabajador/a desocupado/a; a una gran empresa que a una PyME; a un/a jubilado/a, que a un/a estudiante, o que a una ama de casa.

¿Cuál es el Estado “faltante” que nos mostró la pandemia? Hasta hoy vimos en acción algunas de las incapacidades del Estado que teníamos. Observamos muchas dificultades para distribuir con eficacia y efectividad los costos de la pandemia, y para lograr que muchos sectores, incluso los que más tienen, acepten resignar una parte de lo propio, aunque lo que esté en juego sea la vida del otro (tal el caso, por ejemplo, del impuesto a la riqueza). Muchas de estas carencias del Estado fueron puestas en evidencia y potenciadas durante la pandemia, por las rupturas de todo tipo que la misma produjo, pero venían siendo arrastradas desde mucho antes. Lo que hizo la pandemia fue volverlas más visibles, y en muchos casos, mucho más graves. Vimos a un Estado que, aún replegado sobre sus funciones esenciales (la preservación de la vida, la salud, la alimentación, la seguridad), sólo pudo cumplirlas parcialmente. Hubo áreas completas que no encontraron o que no cumplieron su rol en la crisis; muchas dificultades de articulación y coordinación entre las distintas áreas (sociales, políticas, económicas) y niveles del gobierno (nacional, locales), y al interior de los mismos; y hasta

incapacidad para prever y ejecutar medidas básicas, como la atención bancaria, algunas prestaciones previsionales y/o sociales básicas, el control de abastecimiento y precios, la coordinación de las medidas propias de las distintas etapas de la cuarentena obligatoria.

¿Fue difícil? ¿Fue un desafío inesperado gobernar a una sociedad bajo pandemia? Sin dudas. ¿Muchas falencias fueron suplidas por un esfuerzo humano importante en muchos niveles, y sobre todo por un liderazgo presidencial claro y sensato? Probablemente. Pero recordemos que de lo que estamos hablando es del Estado, y no del gobierno que ejerce la conducción política de ese Estado.

Preguntémonos ahora qué Estado queremos. Porque descubrir qué Estado nos falta, es lo que nos pone, en gran medida, en condiciones para discutir sobre una nueva estatalidad. Sobre las condiciones para lograr un Estado que sea capaz de producir y cuidar lo que nos es común (aquello que se encuentra en la tensión entre lo general y lo particular). Eso que nos hace comunidad en la diversidad que se muestra diariamente en barrios, sindicatos, clubes, empresas, partidos políticos, movimientos sociales; diversidades étnicas, culturales, religiosas, lingüísticas, de género, etc. Construir lo que nos es común rejerarquizando a la igualdad como valor y a la solidaridad como regla es decisivo, indispensable, en tiempos de creciente desigualdad y fragmentación social.

Estamos acostumbrados (en parte así lo indica el sentido común sobre el Estado) a pedir o “menos burocracia” o una “burocracia autónoma” de las influencias, presiones y tensiones de la sociedad. Sin embargo, la pandemia nos mostró que la capacidad estatal no está vinculada necesariamente con el aislamiento del Estado. Por el contrario, en muchos casos, la vinculación previa de distintas agencias y burocracias estatales con actores más o menos organizados de la sociedad (sindicatos, organizaciones de trabajadores desocupados, movimientos sociales y políticos, etc.) potenció notablemente la resolución de los problemas más graves y urgentes. Aquí, el área social fue un ejemplo claro, pero no fue la única.

Si queremos que esa nueva estatalidad esté basada en la capacidad del Estado para producir lo que nos es común y cuidarlo, ¿cómo lograrla?

El primer plano, retomando la expresión de Sebastián Abad y Mariana Cantarelli (2012), es reconstruir el pensamiento estatal: no nos referimos a un pensamiento sobre el Estado, sino a un pensamiento específico del Estado. El Estado debe construir sentido, además de ser la cristalización de ese sentido. Porque uno de los máximos triunfos del neoliberalismo fue lograr que el Estado deje de pensarse a sí mismo, liberando ese espacio para otros agentes que lo colonizaron con sus valores e intereses: los del mercado, los del poder económico, los de las corporaciones, etc. Los argentinos y argentinas lo experimentamos con claridad durante el gobierno de Mauricio Macri, cuando el Estado fue “manejado como una empresa”, con los resultados a la vista.

¿Cuál es el propósito fundamental de ese pensamiento estatal? La discusión y definición de una ética específicamente estatal que defina los valores e intereses que nos son comunes a todos: la solidaridad, la igualdad y la responsabilidad del cuidado de lo común. Y que oriente las prácticas que sean puestas en marcha para resolver los problemas comunes del futuro, muchos de ellos puestos en evidencia o profundizados por la pandemia: por ejemplo, las desigualdades sociales, la relación del trabajo y de la educación con las nuevas tecnologías, el control territorial, el desarrollo productivo y su sustentabilidad ambiental.

El segundo plano para trabajar por una nueva estatalidad es transformar el sentido común existente sobre lo estatal, porque toda lucha política es una lucha por el sentido común. Se trata de disputar, como lo formuló el político e intelectual Alvaro García Linera (2018), nada menos que el sentido que define ese “orden del mundo que está impreso en la piel de las personas”. Es así que la argamasa de esta labor será la cultura existente sobre el Estado y sus agencias, donde hasta hace pocos años apreciamos un sólido consenso a-político y a-estatal (cuando no netamente antipolítico o antiestatal).

¿Por qué es importante este sentido común? Porque, por ejemplo, determina las respuestas a preguntas tan fundamentales como éstas: ¿nuestra salud y/o nuestra alimentación deben ser consideradas problemas de toda nuestra sociedad, o sólo, por ejemplo, de los enfermos o hambrientos? ¿La educación y la seguridad deben ser consideradas derechos que deben ser garantizados por el Estado, o sólo como problemas individuales a ser resueltos (o no resueltos) por el mercado? Son estas muchas de las preguntas que fueron puestas en escena por la pandemia, y que tensionan algunos de los consensos más profundos que sostienen el orden neoliberal.

Para lograr esa transformación cultural es imperioso construir una subjetividad estatal responsable del cuidado de lo común. Y esto es mucho más que ser honesto con los fondos públicos, que ser eficaz en el cumplimiento de las tareas, que ser transparente en la asignación de recursos. Se trata de un trabajo cultural, que afecte positivamente el prestigio y la autopercepción y autoestima de los agentes estatales, y de una labor sobre sus prácticas concretas y cotidianas y, de ese modo, sobre los resultados y efectos de la organización que integran.

En la construcción de esta subjetividad estatal es fundamental lograr que sus agentes se perciban a sí mismos (y así puedan ser percibidos por otros) como sujetos prioritariamente estatales, dotados de un status distintivo frente a otras posiciones no estatales. Y para fortalecer esta autopercepción estatal es ineludible su rejerarquización salarial y profesional, como también su socialización en reglas coherentes y estables en el tiempo, en principios de avance y progreso en la carrera, vinculados con su rendimiento y su formación profesional crecientes, y en criterios de evaluación o rendición de cuentas específicamente estatales (definidas por el pensamiento estatal).

Nos referimos especialmente a la solidaridad, a la igualdad, y a la responsabilidad sobre lo que es común, y también al compromiso con lo público, a la idea de servicio, a la relevancia, a la trascendencia, a la honestidad, a la vocación (sin que esta última sea una excusa para el pago de magros salarios y condiciones deficientes de trabajo, principio que opera en el más llano sentido común sobre el Estado). Deberíamos, por ejemplo, revalorizar principios como la eficacia (que nos

habla del logro) y/o la efectividad (que nos habla del impacto), ambas nociones específicamente políticas, y abdicar, por ejemplo, de la idea de eficiencia (criterio económico impuesto por el universo no estatal, que hasta hace poco tiempo permeaba el discurso de los más altos funcionarios estatales). El proceder de los agentes estatales (incluidos los altos funcionarios) no puede responder, como advertía Max Weber (1985), a una mera “lucha por las rentas individuales”, concepto tan extendido en el sentido común, que abre escenarios favorables, por ejemplo, a discusiones oportunistas sobre la necesidad de reducir “el costo de la política”. La producción de una subjetividad estatal rejerarquizada debe permitirle, a quienes forman parte de ella, ver en la consecución de las metas de conjunto la realización de su propia meta individual.

La nueva estatalidad que estamos en condiciones de discutir aprovechando las enseñanzas y oportunidades de la pandemia, supone un Estado capaz de producir comunidad y de cuidarla. En este contexto de profunda desigualdad y fragmentación social, es el Estado el que debe poner en el centro de su acción a la igualdad, a la solidaridad y a la responsabilidad como valores fundamentales. Y no sólo enunciarlas, sino además hacerlas cumplir efectivamente. Construir lo que nos es común y defenderlo es, también, tener la autoridad suficiente para decidir en última instancia y legítimamente cuál será la distribución de riesgos y costos, como sólo puede hacerlo el Estado. Reiterando la afirmación del presidente Fernández, “nadie se le puede plantar al Estado”: porque si no es el Estado el que decide y actúa, necesariamente la decisión y la acción quedarán en manos de los más poderosos.

.....

Bibliografía

Abad, S. y M. Cantarelli (2012): *Habitar el Estado. Pensamiento estatal en tiempos a-estatales*, Buenos Aires: Hydra.

Canelo, P. (2019): *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Dubet, F. (2016): *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Evans, P. (1996): "El Estado como problema y como solución", en *Desarrollo Económico*, Vol.35, N°140 (enero-marzo 1996).

García Linera, A. (2018): "El mundo de las ideas va a jugarse en decisiones económicas", entrevista realizada por I. Schuliaquer para *Política Internacional*, 8 de diciembre
<<https://ladiaria.com.uy/articulo/2018/12/alvaro-garcia-linera-el-mundo-de-las-ideas-va-a-jugarse-en-decisiones-economicas/>> (disponible el 10/4/2020)

Gerschenkron, E. (1962): *Economic Backwardness in Historical Perspective: A Book of Essays*, Cambridge, Massachusetts: Belknap Press.

Rancière, J. (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Weber, M. (1985): "La política como vocación", en *Ensayos de sociología contemporánea I*. Buenos Aires: Planeta.

Paula Canelo es Doctora en Ciencias Sociales (FLACSO), Magister en Ciencia Política (IDAES - UNSAM) y Licenciada en Sociología (FCS - UBA). Además de ser Investigadora del CITRA/CONICET, es profesora de grado y posgrado en la UBA y UNSAM. Algunos de sus libros son: *¿Un nuevo rol para las Fuerzas Armadas? Políticos y militares frente a la protesta social, los derechos humanos y la crisis presupuestaria. Argentina (1995-2002)* (CLACSO, 2010), *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone* (Prometeo, 2008) y *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos* (Siglo XXI, 2019).

La crítica y el “Estado fuerte”

Por Diego Sztulwark

1. La crítica

Desde siempre la palabra de quien habla en nombre de la filosofía ha sido motivo de burla, recelo y también de admiración. La arrogancia e impostura asociadas a la pretensión del decir filosófico, aspirante al saber, sin embargo, ha concitado particular atención cada vez que el discurso teórico pudo mostrar alguna clase de utilidad para alguien, articulando la creación de conceptos con la creación de formas de vida. Esa exigencia de practicidad pesa sobre la intervención filosófica en el espacio público, bajo la atención examinadora y suspicaz de unxs lectores que la someten a la pregunta práctica sobre el para qué *sirve* semejante discurso.

Un punto de inflexión en la historia de esta relación entre discurso teórico y vida práctica es el libro de Karl Marx, *El capital*. La operación presente en su “crítica de la economía política” surgía de una larga batalla contra la religión que se desplazaba ahora a comprender y transformar las relaciones de producción. Esta fusión entre discurso reflexivo y deseo de revolución caracteriza el nacimiento y la fuerza de la crítica moderna que llegó, en la obra de Marx, a penetrar en el misterio fundamental de la sociedad capitalista: el poder de un “objeto endemoniado, rico en sutilezas metafísicas y reticencias teológicas” cuya circulación perturba a la conciencia humana creando la impresión duradera de una doble realidad. Este objeto circulante, llamado “mercancía”, se presenta como un cuerpo particular revestido de una realidad fantasmagórica, que anima sus movimientos. La función de la moderna crítica es mostrar no sólo cómo se produce semejante desdoblamiento -de procedencia teológica- por el cual una existencia material sensible aparece como portadora de una misteriosa realidad espiritual o suprasensible (“valor”), sino también, y, sobre todo, develar que esa realidad

suprasensible no es propiedad natural del cuerpo mismo de la mercancía (fetichismo), sino en la medida en que ese cuerpo expresa relaciones sociales capitalistas de producción.

Un siglo después, Guy Debord, autor de *La sociedad del espectáculo*, aplica el mismo método crítico para dar cuenta, en las condiciones del capitalismo tardío, de la evolución de este “objeto endemoniado” que circula ahora bajo la forma de la “Imagen” en maduras condiciones de producción: “todo lo que antes se vivía directamente, se aleja ahora en una representación”. El mundo devenido espectáculo es un poderoso “instrumento de unificación” que reúne, en el régimen de lo visible, todo aquello que la imagen-mercancía separa en el orden de la vida. Como en Marx, el poder metafísico de la imagen “física” no deviene de su propio cuerpo, sino de su aptitud para viabilizar la división que recorre la constitución misma de lo social.

¿Hasta qué punto la intervención filosófica actual retoma el uso de los procedimientos de la crítica moderna para dar cuenta de la circulación de un nuevo “objeto endemoniado”, virus físico a cuya realidad metafísica se le atribuye el milagro de la interrupción momentánea de la sacrosanta dinámica de la economía de mercado? ¿Quiere, aún, la filosofía investigar en qué medida este cuerpo mínimo expresa las postmodernas relaciones de producción, abriendo el campo de aquello que sería deseable transformar en las relaciones humanas, con lo humano y lo no humano?.

Rita Segato vinculó recientemente la circulación del COVID-19 a lo que Ernesto Laclau denominaba el “significante vacío”. A diferencia de la tradición que -de Marx a Debord- lee sintácticamente al objeto “endemoniado” para descubrir en él la clave de comprensión de las relaciones de producción, el “significante vacío” pasa por alto este reenvío a la materialidad productiva de los cuerpos y apunta directamente a las leyes del lenguaje en las que se dirime la lucha interpretativa. La reacción de Segato consiste en devolver significación a la materia microscópica del virus para escuchar ahí, en esa voz inaudible de lo no-humano, un sentido

previo que pertenece a la materia primera sobre la que se constituye toda disputa política. Una voz que se limita a recordar que la humana no es la especie única en esta tierra ni le cabe aspirar a la eternidad. Y que su propio futuro se dirime en su capacidad de imaginar, mediante el empleo de la crítica y el reencuentro sensible con la materia, un *continuum* virtuoso con la vida no-humana.

El mes de marzo impulsó a lxs pensadores críticos a la escritura. Algunxs de ellxs, los maestros de la argumentación occidental, reconocidos por sus aportes previos, tendieron a justificar la validez de sus contribuciones y a comunicar el uso de sus nociones claves en la nueva coyuntura global provocada por la llamada *zoonosis*. La intervención más resonante, y quizás también la más polémica fue la de Giorgio Agamben, para quien la reacción de los Estados contra la pandemia ejemplifica de manera lineal su lección sobre la figura del Estado de excepción como clave de comprensión de los dispositivos de control. A la respuesta escéptica del pensador Jean-Luc Nancy, llamando a tomar en serio la gravedad de la pandemia, siguió la defensa del profesor Roberto Espósito, para quién la filosofía debe advertir sobre el paradigma biopolítico de poder que domina la acción de los estados. El interés académico del diagnóstico se agota en el pesimismo ontológico de los autores. Otro contrapunto resonante fue el de Byung Chul-Han contra Slavoj Žižek. Si el último ve en el colapso sistémico en curso la oportunidad de un nuevo comunismo; el primero, en cambio, lee un capitalismo reforzado por las tecnologías y formas disciplinarias puestas en juego en países del oriente del planeta. En ambos casos lo que falta es la identificación de sujetos de transformación. Tampoco Alain Badiou encuentra novedades subjetivas en la situación. Para él asistimos a la mera repetición agravada del mismo fenómeno (la propagación de epidemias y catástrofes), y el coronavirus se deja explicar con los saberes ya disponibles. Sólo Judith Butler se atrevió a insinuar una posibilidad diferente, en torno a la gestión desigualitaria del aparato sanitario norteamericano podría renacer un nuevo deseo de igualdad, comunicado quizás por el propio virus.

También tomaron la palabra con notable repercusión una variedad de escritorxs cuya palabra descansa en enarbolar diversas estrategias de

subjetivación ligadas a minorías activas, grupos autogestivos y militancias alternativas o movimientos sociales, que aportan descripciones sobre las mutaciones en el plano de la vida ligadas tanto a los afectos que moviliza o bloquea la crisis, como a la reconfiguración de los espacios, el papel de las redes, o las tácticas del pensamiento para encontrar sentido ante lo que se presenta como un nuevo apocalipsis desde una perspectiva emancipadora. Paul B. Preciado, Verónica Gago, Franco Berardi (Bifo), o Amador Fernández Savater, entre otros, han narrado en tiempo real la pandemia y en nombre de los diversos movimientos sociales llaman a colocar en el centro nuevas experiencias estéticas, terapéuticas o políticas fundadas en los cuidados, en la suspensión de la sujeción financiera (la deuda), o la huelga de alquileres, la reapropiación de artefactos tecnológicos y de redes sociales y en el acceso común a bienes y disfrutes. Intentan, también, anticipar y desarmar las jugadas con las que podría responder el aparato de control. Su especificidad es la de dar cuenta del desafío de sostener politizaciones ligadas a micropolíticas de la existencia estimuladas y a la vez amenazadas por las condiciones precarias de vida y, ahora, por la formación de bloques de una unanimidad represiva. En esta serie de intervenciones destaca el colectivo *Chuang*, cuyo texto “Contagio social: guerra de clases microbiológica en China”, ofrece una lectura de las líneas de fuerza y fragilidad, así como de las zonas de emergencia desde las cuales investigar la posibilidad de rupturas y creación de alternativas políticas y subjetivas, a partir de una analítica aguda e informada de las condiciones actuales de producción.

En el contexto sudamericano hubo, sobre todo, dos intervenciones que valen la pena comentar, por el modo específico en que enlazan la reflexión en torno a la pandemia con los procesos políticos o las coyunturas nacionales.

Vladimir Safatle da cuenta de que, en Brasil, frente a una izquierda completamente neutralizada, sin estrategia ni disposición al combate, es la derecha la que enfrenta la pulsión demente del neofascismo liderado por Bolsonaro. Safatle afirma que Bolsonaro es capaz de esconder los cuerpos de los muertos por el Coronavirus, encarnando y radicalizando -junto al bloque económico que lo apoya-

el inconsciente esclavista del Estado brasileño. El descuido sanitario de la población y la precarización económica de los trabajadores consume el rasgo suicida que, según Safatle, es la gran novedad del Estado brasileño en su fase actual. El neofascismo no busca gobernar la crisis sino movilizar al país según una racionalidad que proviene de sus estructuras necropolíticas, que considera sujetos a cuya muerte no iría ya ligado el luto ni el dolor. ¿Pesimismo ontológico u oportunidad urgida de pensarlo todo de nuevo?

Por su lado el ensayista y profesor argentino Horacio González, retoma y analiza detenidamente el debate filosófico en boga para referirse los modos en que los distintos discursos públicos abordan la crisis trazando transversales que permitan crear un espacio de *vacilaciones productivas* introducidas por la novedad de las circunstancias -no necesariamente “acontecimientos” a la Badiou- y, al mismo tiempo rescatar el filo crítico (esa función del pensar que Walter Benjamin identificaba con la advertencia de un “aviso de incendio”), amenazado, o directamente ahogado, cada vez que se moviliza la unanimidad salvífica de la población y su ciega identificación con el Estado. Aislado en su casa y desde el acuerdo con la decisión de la cuarentena preventiva, González se pregunta, sin embargo, por ciertas dimensiones de ensayo para leer la barbarie del control total que poseen estos experimentos sociales, abriendo el lugar para distinciones centrales (más próximas a las formuladas por Butler que por Agamben) entre los lazos colectivos -entendidos como cuidados públicos y sanitarios- y aquellos promovidos por la perspectiva securitista y policial, afines a cierta idea de una “guerra al virus”, expresión fomentada por el presidente francés. A esta distinción promisoría entre cuidados públicos y control, González añade la necesidad de distinguir qué máquinas productivas merecen ser reactivadas luego del impasse, si, como cree necesario, se trata de salir de él poniendo en juego nuevos sistemas de traducción o interfaz no capitalistas entre hombre y animal (retomando al colectivo *Chuang*). Lo cual implica, en el ritmo de su escritura, una tercera distinción -hecha en amable discusión con textos del psicoanalista Jorge Alemán- sobre el destino de la metafísica, que en Alemán resulta inseparable del gran movimiento hacia la muerte de la ciencia, la técnica y la economía capitalista y que en González,

al contrario, merece ser rescatada de ese movimiento, para encontrar en ellas ese poder de sustracción del mundo de la física sin el cual el propio pensamiento queda, como diría Henri Bergson, cerrado sobre la faz *práctica* de la existencia, sin percibir el Todo Abierto de la vida.

2. El Estado “Fuerte”

La interrupción de los circuitos de movilidad de tantos millones de personas conlleva una aparente suspensión de la temporalidad. Un examen rápido de la situación, sin embargo, alcanza para comprobar que no estamos ante un mero paréntesis ni mucho menos ante una detención del tiempo: asistimos, en realidad, a un colapso de las estructuras que sostuvieron la “normalidad” previa. La magnitud de la destrucción, aún por determinar, impone nuevas relaciones entre las palabras y las cosas, y entre las cosas y el dinero. El nuevo contexto ya no puede organizarse en torno a un llamado al orden, sencillamente porque las bases de aquel orden han sido seriamente perturbadas. Bajo el apacible paisaje de una ciudad ralentizada se presiente el movimiento hacia los extremos. Y es que tanto los partidarios de sostener a toda costa los esquemas neoliberales de reproducción social, como quienes advertimos su inviabilidad y deseamos su destrucción en beneficio de impostergables reformas radicales, precisamos dar forma a mecanismos de intervención contundentes sobre una temporalidad en descomposición, apenas contenida por la cuarentena.

La cuarentena es, en este sentido, tiempo retenido o bien de elaboración pasiva, que evita un desenlace violento de las contradicciones presentes. Y, como tal, fue defendida recientemente por el presidente argentino Alberto Fernández bajo la fórmula: “es la hora del Estado”. Una vez más, y quizás esta vez más justificadamente que nunca, el Estado “fuerte” emerge como figura aclamada. Pero se trata de un clamor recorrido por una ambigüedad asfixiante: el Estado “fuerte” no será más que una congestión de demandas contradictorias (salvar bancos y empresas o ponerse al servicio de una economía de base comunitaria),

sin ser tan fuerte como para soportar la sobrecarga de una tensión tan insoportable. Es preciso tomar nota de las violentas contradicciones que se incuban en esa consigna e intentar distinguir aquello que permite que por “Estado fuerte” entendamos una cosa (la salvación estatal de bancos y empresas, la extensión e intensificación de poder de control) o todo lo contrario a ella (un incremento de lo público capaz de hacer saltar la forma Estado tal y cómo la hemos conocido hasta el presente). Esta contradicción extrema se hace presente a cada paso, mientras la aclamada fortaleza del Estado está llamada a convertirse en fuerza de rescate de las dinámicas de la acumulación del capital, si es que no se asume desde el comienzo la necesidad de un nuevo lenguaje para asumir los criterios de su construcción.

Un ejemplo de la extrema tensión en la relación entre las palabras y las cosas, y entre las cosas y el dinero, se evidenció en el anuncio de Fernández de la primera prolongación de la cuarentena obligatoria. Allí el presidente argentino explicó que prioriza la vida, en términos de salud, a la economía. Acto seguido, los neoliberales, gustosamente subidos al clamor del Estado “fuerte”, responden con una pregunta supuestamente –o, más bien, tramposamente– “materialista”: ¿no es la vida, acaso, también economía? ¿No es un error “idealista” del presidente priorizar la salud en detrimento de esta indispensable materialidad económica, cuando la vida depende igualmente de ambas? Lo que interesa en este ejemplo es el modo en que entra en juego la materialidad en el lenguaje, determinando la materialidad misma de la disputa. En la retórica de Fernández, priorizar la salud (“la vida”) implica defender el gasto público para afrontar circunstancias excepcionales, y “que los empresarios ganen menos” (en sus palabras). Para los neoliberales, que acuden siempre a las arcas del Estado, y lo hacen tanto más violentamente en tiempos de crisis, se trata, en cambio, de enseñar qué es la economía, definiéndola como producción de la materialidad misma de la vida (incluida la salud), movida irremediabilmente por la valorización de capital.

En tiempos de crisis los neoliberales aceptan la idea de un “Estado fuerte”, imponiéndole, sin embargo, una tarea y un límite. La tarea: salvar bancos y

empresas, ya que no conciben la reproducción social por fuera de la reproducción de las categorías del capital. El límite: el gasto público dedicado en el pico agudo de la crisis a garantizar momentáneamente la reproducción social por fuera de la lógica de producción de valor no debe perturbar el reencarrilamiento de la dinámica social hacia la acumulación de capital. En definitiva, la fuerza del Estado fuerte es, para los neoliberales, un asegurador ante el serio peligro de desfundamentar la comprensión capitalista de la vida, de la cual el lenguaje de Fernández -que opone salud a economía- no se desembaraza.

Es esta la tensión (apenas tolerable) entre las palabras y las cosas, y entre estas cosas y el dinero, la que llama a recrear el punto de vista materialista de la crisis para atravesar la crisis. ¿Es sostenible, acaso, semejante oposición entre salud y economía? Alcanza con abandonar el diccionario neoliberal de las palabras en español para advertir que la propia dinámica de la crisis empuja, como indica Butler, a comprender “salud” y “economía” de un modo nuevo, en la que ya no es posible oponerlas. No se trata de conciliar lo que los neoliberales llaman salud y economía, sino de llegar a captar el sentido que estos términos tienen en las luchas que entretejen la crisis. La recomposición del vocabulario es una premisa fundamental para volver inteligible un principio nuevo de recomposición de las palabras y de las cosas, y entre las cosas y el dinero. En la medida en que toda forma de vida es un modo de producción, reconstruir el andamiaje público de servicios indispensables para crear vida humana bien puede ofrecer las trazas de una economía no neoliberal. Esto implica identificar la fuerza no meramente en el Estado sino en las fuerzas materiales del cuidado, desde la salud a la educación, hasta el conjunto de redes que permiten crear forma de vida, además de nuevos continuos entre vida humana y no humana.

Por otro lado, está el problema de cómo el lenguaje opera sobre el tiempo. El clamor en favor del “Estado fuerte” ¿Será interpretado de modo restringido a un conjunto de medidas de excepción, destinadas sólo a atravesar la crisis? O, por el contrario ¿se reconoce la existencia de un nuevo tiempo que reclama el diseño de instituciones de gobierno para una nueva época? Si contra el llamado “realismo

capitalista”, que no imagina mundo más allá del capital, se ensayara una inspiración no neoliberal, ni apocalíptica, del tiempo de las luchas, tendríamos que responder a la pregunta: ¿cuáles serían, en este caso, las categorías con las que pensar estos nuevos diseños?.

Además de recomponer una idea no capitalista de la economía, sostenida sobre la producción de servicios que crean forma de vida, la discusión filosófica en curso permite incluir en estos diseños dos distinciones igualmente claves: la del continuo entre vida humana y no humana, que no puede prescindir del cuestionamiento de la actual interfaz capitalista con la vida animal (de la que habla de modo preciso el colectivo *Chuang*); y la distinción entre control (el paradigma biopolítico reforzado en la utopía occidental de un modelo “oriental” -en los términos de Byung-Chul Han-) y los cuidados públicos, base comunitaria sobre los cuales pueden pensarse de aquí en más las relaciones de gobierno.

Si algo define la aparente calma del momento es la espera a la activación de nuevas fuerzas. El fin del mundo que hemos conocido y, en general, el deseo de aniquilar las estructuras sobre las que hasta aquí se apoyó la normalidad, llevarían a pensar esas nuevas fuerzas más allá de la idea-Estado hasta aquí conocida, para experimentar con nuevas instituciones comunes, a partir de un reverdecir de la crítica de la economía política tal como la vienen practicando diversos movimientos sociales en lucha. El Estado fuerte activa mecanismos de salvación excepcionales que bien se podrían convalidar como regularidades habituales para el tiempo que viene. Pasando del aislamiento impuesto por el aparato de coerción, al mismo aislamiento, pero regulado por la reflexión comunitaria de los cuidados; del gobierno del miedo a la contemplación de los lenguajes con los que pensar lo que viene; una reflexión que bien puede estar extendiéndose de una imagen restringida a una ampliada de los cuidados públicos (abarcando las formas de producción, circulación y consumos).

Las fuerzas que esperamos, si no quedan secuestradas en el mito de un Estado salvador del capital, remiten, en términos políticos, a un reencuentro con

los fundamentos del poder colectivo y los mecanismos de creación de igualdad que en nuestra historia corresponden con el lenguaje de la revolución. Marx escribió que la revolución opone cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a los modos de propiedad que en determinada fase lo bloquean. Las revoluciones, sobre todo, son momentos de conmoción general, en las que se agitan las condiciones económicas de la producción. Pero también son tiempos en los que se derriban las formas jurídicas, políticas y religiosas, artísticas o filosóficas con que las personas nos explicamos los conflictos. Se trata de un pensamiento muy riguroso, que combina la dimensión objetiva de la crisis con los modos subjetivos de procesarla. Más aún, la crítica de la economía política tiende a cancelar, como lo vio con toda claridad Georg Lukács, la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo, reintroduciendo la subjetividad común como nueva fuerza reorganizadora del conjunto. Marx creía que la humanidad jamás se planteaba enigmas que no pudiera resolver. Quizás sean estas preguntas que nos hacemos el preciso valor de este momento.



Diego Sztulwark (Buenos Aires en 1971). Estudió Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires. Es docente y coordina grupos de estudio sobre filosofía y política. Fue miembro del Colectivo Situaciones de 2000 a 2009 y de Tinta Limón Ediciones. Coeditó la obra de León Rozitchner para la Biblioteca Nacional y es coautor de varios libros, entre ellos *Buda y Descartes*, *La tentación racional* (Cactus, 2016), junto con Ariel Sicorski, *Vida de Perro* y *Balance político de un país intenso del 55 a Macri* (siglo veintiuno, 2018), basado en sus conversaciones con el periodista Horacio Verbitsky.

El coronavirus, Argentina y la compresión del tiempo

Por Vicente Palermo

He sido invitado a reflexionar sobre una cuestión que, a primera vista, parece de abordaje imposible: la Argentina a la salida de la pandemia. Agradezco profundamente la gentileza, así como la oportunidad de tomar parte en diálogos difíciles y necesarios.

Creo que hay tres enfoques politológicos relevantes – porque es en ese plano, el propiamente político, que mantendré mi análisis – para pensar la cuestión. Desde luego no son los únicos posibles, pero son los que hoy por hoy encuentro más útiles.

El primero se relaciona con la presentación real del fenómeno en nuestras vidas: en este caso, la pandemia. Me refiero, por supuesto, a su inmenso poder destructivo, tanto el ya manifestado como el potencial –morbilidad y deterioro económico-, y todos los efectos sociales consecuentes. Aunque no estamos en condiciones, a la fecha (primeros días de abril de 2020), de precisar el daño, sabemos que está siendo y será grande. Esto me permite evocar análisis clásicos sobre la decadencia de las naciones y las condiciones de superación de la misma.

La Argentina es una nación en declinación desde hace, al menos, 45 años. Ha retrocedido económica y socialmente tanto en términos relativos como absolutos. No compro el discurso “decadentista” y no tengo intención de endilgar a nadie esta trayectoria colectiva periclitante. La observación de algunos ejemplos históricos, de países que han conseguido revertir dramáticamente una declinación de largo plazo, identifica en la trayectoria algún punto de inflexión: una crisis abismal, una catástrofe, que desarticula las redes económicas, sociales y políticas conservadoras beneficiarias y reproductoras de la declinación, fijando, digamos de golpe, nuevos incentivos, que hacen posible la prosperidad y una

mayor inclusión social. ¿Se podría pensar que la pandemia ofrecería a la Argentina una experiencia análoga? Lamentablemente parece muy difícil, aunque la posibilidad no puede ser descartada de antemano. El problema es que nuestro país tiene una experiencia de situaciones críticas que han arrojado una y otra vez resultados conservadores. Lejos de alterar los incentivos en una dirección que apunte a la prosperidad y la inclusión, las crisis han reforzado las posiciones conservadoras, corporativas, económicas y políticas. Los sectores cuyos intereses están ligados al viejo orden en declinación, y que persiste y se refuerza a lo largo de sucesivos gobiernos, logran frenar o vetar cualquier intento de cambio modernizador. Mientras escribimos estas líneas, sólo para dar un ejemplo, somos testigos de un episodio turbio relacionado a las compras del sector público a precios muy superiores a los estipulados por el propio sector público, episodio cuyo desenlace todavía está pendiente. Pero, en suma, desde este ángulo no hay motivos para contemplar con optimismo el escenario posterior a la pandemia. La posibilidad de que una vez más, el resultado de la crisis sea el refuerzo de los incentivos, para los agentes económicos y sociales, que nos empujen hacia una mayor declinación, es muy alta.

De cualquier modo, este enfoque –el impacto transformador de una mega destrucción– reconoce una variante leve, y quizás más prometedora: las ventanas de oportunidad que pueden abrir las crisis. No hace falta prestar una excesiva atención para percibir –por ejemplo– un incremento importante de las expectativas públicas sobre roles de agentes clave, como el propio estado, las agencias formuladoras de políticas sociales, etc. Crisis como la presente le abren, en teoría, la ventana a vientos favorables a la reformulación de las políticas sociales (por ejemplo, ¿qué se puede decir sobre cómo está organizado el sistema de salud?), así como a los impulsos por el “fortalecimiento de las instituciones estatales”, por lo menos en la retórica, y con más suerte en el debate. Pero, ¿podemos pensar que tendremos algo concreto? ¿Un efectivo progreso al respecto? Para que así fuera, tendría que establecerse una sinergia, y no un juego de suma cero, entre el Estado, el capitalismo y el mercado. Somos algo pesimistas sobre el punto. ¿Qué coalición se creará, diferente a la conservadora? ¿Habrà relocalización de incentivos, un progresismo tributario que no castigue la

inversión, que no sea pasto de la apropiación privada y pública de rentas, y que deje atrás las distorsiones del federalismo rentístico argentino? Tampoco aquí la experiencia pasada es promisoría. Aunque no pueden descartarse innovaciones, por un lado porque la demanda social por mejores y menos costosas políticas tenderá a fortalecerse a lo largo de la evolución de la pandemia (el reclamo contra los “costos de la política”, por muy aparatoso que haya sido, es significativo), y por otro lado porque hoy comienza a configurarse claramente, en la sociedad argentina, una agenda de modernización capitalista que no es neoliberal y que, al mismo tiempo, pone fichas a la competitividad y a la productividad. Entonces, en este caso la crisis puede rendir sus frutos: porque en alguna medida la destrucción –que no es deseada sensatamente por nadie– puede ser destrucción creativa.

De cualquier modo, no cabe duda de que el uso, consciente o no, de una crisis para hacer agenda (para lograr que la agenda pública y la agenda política den mayor relevancia a las cosas que nos importan) va a ser una arena de disputa. La retórica de que la crisis es una oportunidad para los grandes cambios que deseamos está en todas partes. Se atribuye, por caso, “la aparición de gran parte de estos virus a la destrucción del hábitat de especies silvestres para plantar monocultivos a gran escala”. Arrimar agua para el propio molino es un recurso del debate democrático. Pero, en el fondo, lo que pueda hacerse o no, no va a depender solamente de los recursos que se empleen en el debate sino de la propia acción política en todas sus dimensiones. Lo que nos lleva al siguiente punto.

El segundo de los enfoques alude directamente a la gestión política y al poder. Se trata de la relación entre decisionismo (o aún más dramáticamente, para algunos autores, de estado de excepción) y democracia. La primera formulación podría ser muy simple: la “invención” de una epidemia puede ofrecer una coartada ideal para ampliar los procedimientos de excepción más allá de cualquier límite. Así, en esta clave, la clave del pretexto, ha sido formulado el problema por algunos intelectuales públicos. Puede considerarse que lejos de tratarse de un pretexto, la concentración decisionista del poder es, en determinados casos, una necesidad, un imperativo. Examinemos el tema en

perspectiva histórica, de memoria. La dictadura era uno de los institutos políticos fundamentales de la república romana; pero destaquemos dos de sus rasgos claves: primero, su carácter extraordinario, que hacía de ella un cambio transitorio de régimen. No estamos hablando de las circunstancias extraordinarias, sino de su naturaleza institucional extraordinaria –tanto es así, que por lo general quien la encarnaba era alguien que no pertenecía al mundo de la política y del poder en ese momento–, este es por lo menos el mito del dictador clásico: Cincinato. El dictador era buscado fuera del mundo ordinario de la política y se suponía que, finalizado el trance dictatorial, volvería a irse de él. Y el otro rasgo es la titularidad de la soberanía: el sujeto que encarnaba la dictadura no se podía instituir a sí mismo como dictador. Como es archiconocido, soberano, en el clarividente análisis de Carl Schmitt, es quien puede instituir el estado de excepción. Bueno, la dictadura romana no llegaba a tanto, pero es lo mismo: el soberano era el senado, era el senado quien podía establecerla. En los tiempos modernos, esto ha cambiado tranquilizadora e inquietantemente. Tranquilizadamente porque se produjo una escisión razonablemente firme y estable entre dictadura y democracia. Esta escisión “protege” derechos, porque el instituto decisionista ya no es la dictadura, sino que tiene lugar en un marco democrático representativo, por encima de ciudadanos que no dejan de ser tales. Pero al mismo tiempo es inquietante porque ha dejado de ser extraordinario –para adquirir una condición casi rutinaria en la gestión de gobierno– y el soberano ha dejado de ser exterior al titular del gobierno excepcional, siendo que el jefe del ejecutivo puede investirse a sí mismo de la potestad decisionista. Pero todo esto es lo que ya viene sucediendo en muchos regímenes democráticos y entre ellos el argentino. ¿Cuál es o será el impacto de la presente crisis? El gran peligro, sin dudas, es que se normalice más aún, se habitualice, rutinice, más aún, el gobierno decisionista. Una parte importante del personal político estará encantado con este resultado. Pero será muy malo a largo plazo, no solamente para la república y la ciudadanía, sino también para el desenvolvimiento indispensable de una economía próspera. No hay más que ver, hoy por hoy, los juegos poco sensatos que tienen lugar con las reglas (tributarias, financieras, fiscales, comerciales, etc.) como si estos cambios al sabor de circunstancias de corto plazo fueran inocuos. Si el actual gobierno, alcanzara un éxito significativo en el control de la pandemia, el riesgo de que la

orientación decisionista se consolide será elevado. Los ejemplos históricos en contrario (como el de las sucesivas presidencias exitosas de Roosevelt que no obstante desembocaron en un cambio de crucial importancia en las reglas de sucesión presidencial) son raros.

La cultura política argentina no deja mucho espacio para el optimismo, sin embargo; con frecuencia, como también acontece en otras democracias representativas contemporáneas, errores propios de *policy* justifican o crean oportunidades para ampliar el margen de discrecionalismo del Ejecutivo. En la presente conmoción sanitaria, las vacilaciones iniciales y los desatinos logísticos (cuestiones lamentables pero corrientes en cualquier parte) lo ejemplifican. Pero la otra cara de la moneda del decisionismo refleja la actitud vacilante de la oposición. Y no es por indolencia la falta de actividad que se percibe en la oposición como tal. Es suficiente examinar un poco la conducta de legisladores y políticos opositores para comprobar que no se quedan de brazos cruzados, que su labor es intensa. No es el *aislamiento* lo que ha impedido en estas semanas que se reuniera el Congreso, sino el *aturdimiento*, que se hace patente de un modo poco habitual en la escasez de reacciones institucionales (no individuales). El problema es que de lo que hagamos o dejemos de hacer durante la pandemia, dependerán en mucho las opciones que continúen abiertas en el futuro. Pero, el discrecionalismo del Ejecutivo es una de las fases que nos presenta el problema del poder; la otra se refiere a la condición de ciudadanía. La cuarentena es una restricción (por decreto) de las libertades – es un ejemplo de manual de que uno solo dispone de la libertad de todos. Pero, dada su naturaleza, dado su carácter urgente y necesario, puede ser percibido como expresando la voluntad de todos: **uno expresando la voluntad de todos de restringir sus propias libertades**; hay algo aquí intrínsecamente peligroso. Consideremos el siguiente ejemplo, que no es argentino, sino uruguayo (lo traemos a colación debido al apego uruguayo por las instituciones): una petición vehiculizada a través del sitio change.org para que el gobierno decretara la cuarentena obligatoria, que llevaba hasta el 22 de marzo más de cincuenta mil firmas: «Señor presidente, teniendo en cuenta la situación de salubridad crítica que atraviesa el mundo en este momento, así como el contagio exponencial del virus que se ha podido ver en otros países, le

solicitamos que de manera urgente e inmediata decrete la cuarentena obligatoria como lo ha recomendado la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Sindicato Médico del Uruguay (SMU) y científicos del mundo. Sabemos que unidos y con su liderazgo podremos superar este momento... Todos juntos podemos, pero necesitamos de medidas contundentes». En la bolsa de las “medidas contundentes” puede haber de todo, porque la tolerancia de la población a aceptar restricciones y obligaciones aumenta, y esto puede significar un cambio cualitativo en la condición de ciudadanía. Y esto nos conduce al tercer y último enfoque.

Es clásico: el miedo. El miedo hobbesiano; hay por cierto afinidad electiva entre el miedo y el decisionismo, pero este es sólo un aspecto. La experiencia de la pandemia podría abrir la ventana a alternativas peligrosas: no se trataría apenas de un fortalecimiento de lo público, de las políticas públicas y sociales enderezadas a mayor ciudadanía e inclusión, y a mayor prosperidad y mejor capitalismo, sino a retóricas justificativas del Leviatán, del estado como poder lato, crudo y duro. Confiriéndole, frente a los ciudadanos, una potencia a la altura de cruzadas mundiales. Como en este caso: “la capacidad del Estado, fundamental y gran ganador para superar estas crisis globales, deberá ser puesta en promover un gran Green New Deal global... transformar la economía... salvar el planeta... la justicia ecológica y social juntas...”.

Un Leviatán que, al mismo tiempo, pueda avanzar sobre vida de los ciudadanos instituyendo prácticas de sociedad de vigilancia al calor del desarrollo tecnológico que ya está a disposición de los gobiernos y las grandes corporaciones. No cabe duda de que no hay en la actualidad disposiciones gubernativas para establecer los tipos de control sobre los individuos que son ya dominantes en países tan diferentes como China o Corea del Norte, sin embargo, es importante no perder de vista que modalidades como el *ciberpatrullaje* y la siembra de cámaras digitales con alta capacidad de datos personales, son ya una posibilidad y autoridades de distintos niveles del estado podrían encontrarlas justificadas en el combate a la pandemia. Especialmente si actuaran en el marco de la pasividad o el respaldo de actores sociales o políticos. Pequeños hechos podrán ser juzgados como irrelevantes en el futuro o haber indicado tendencias.

Es sugestivo que la publicidad nos pida que, en tiempos de pandemia, escuchemos únicamente “Información oficial”. Pero, por otro lado, colocado el dato en una perspectiva histórica, sabemos que esto es típico de las guerras.

El miedo le puede dar forma a muchas cosas, como a las políticas públicas, a los usos digitales, a los vínculos cotidianos. Eso se percibe notoriamente en los medios, lo que no es raro. Periodistas entusiasmados, como si se sacaran ganas acumuladas de indicarnos qué debemos hacer, que nos dicen que la pandemia va a dejar secuelas en el modo de tomar mate, en el modo de saludarse. ¿No se bailará más el tango? ¿Podremos seguir, algunos porteños, comiendo pizza en Pirilo? De amor no hablan, mejor así (es un silencio curioso, llamativo, elocuente). Pero lo cierto es que por lo menos hasta ahora, hasta los primeros días de abril, el miedo no es una presencia abrumadora. Y los argentinos somos rebeldes, no hay dudas, virtud o defecto, carecemos de un código interno de respeto a la ley. Aunque hay sondeos, no sabríamos si confiar en ellos o no, que dicen que el 60% en Buenos Aires tiene entre bastante y mucho miedo. Pero, ¿eso tiene sentido? Miedo a la pandemia tenemos todos, pero ¿se ha instalado entre nosotros el miedo como un modo de vida, de relación de todos con todos? Lo dudamos. Aunque no podamos hablar con un gran fundamento empírico. Si no fuera así, si estuviéramos atravesando la pandemia “sin miedo”, sería un éxito humano extraordinario. Quedará en pie un desafío del que Argentina no será ajeno: ¿seremos capaces de prevenir sin miedo y sin permitir que el miedo organice nuestras vidas otras pandemias posibles por nuestra interconexión global? ¿Caeremos en un nacionalismo de frontera cerrada (que es el más típicamente argentino, que no es expansionista) contra el mal que viene de afuera?

Nuestra sociedad, creemos que es algo muy claro, está lejos de ser una en la que el gobierno de la ley predomina en base al autogobierno ciudadano, al autocontrol, a la disciplina social; lejos de eso, oscilamos entre modos despóticos de gobierno y la transgresión de la ley –como alguien dijo, somos individuos, más que ciudadanos-. No obedecemos al gobierno; pero tampoco solemos sujetarnos a la ley. No obstante, la actual experiencia de la cuarentena, al menos en las zonas urbanas que observamos, parece sugerir algo diferente: una combinación de sujeción voluntaria y transgresión moderada. ¿Qué ocurriría si el *tsunami* de la

pandemia se convirtiera en un tsunami de miedo? Por de pronto, la responsabilidad de todos es sustraernos a él y no dar una respuesta en la que “todos” se convierta en una identidad, una identidad temerosa, aterrorizada. Bajo ropajes redencionistas, puede no estar oculta sino esta forma de miedo, el miedo que aparentemente nos une, pero en verdad nos separa, que erige obstáculos insalvables a la acción política entre los ciudadanos. Es la retórica del recomienzo de todo y del unanimismo, que ya conocemos (como la expresan Markus Gabriel o Pablo Wright): “Cuando pase la pandemia viral, necesitaremos una pandemia metafísica, una unión de todos los pueblos bajo el techo común del cielo del que nunca podremos evadirnos” (...) “La crisis actual desnuda la paradoja de la ideología moderna del individuo y del individualismo... [debemos] comprender mejor la catástrofe planetaria desde una renovada poética colectiva”. Podemos entender el reforzamiento de las espiritualidades frente a las amenazas, pero si éste traspasa los límites del estado laico e invade la esfera de los individuos y se vuelca sobre lo político, se convierte en algo tristemente conocido.

El efecto de la pandemia es cargar de dramatismo nuestro tiempo; como si todos los problemas –lo que constituye un peso que parece abrumador– se conjugaran y aceleraran y todas las decisiones nos golpearan la puerta al mismo tiempo (no es cierto, en ese sentido, que la coexistencia con la pandemia estribe en una procrastinación generalizada). Es muy probable que esto sea sólo aparente; pero no cabe duda de que mucho de lo que hagamos o dejemos de hacer hoy, en términos estrictamente políticos, ha de tener efectos de largo plazo. No podemos sustraernos a este imperativo.

.....

Vicente Palermo (Buenos Aires, 1951) es licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, ensayista y escritor. Fundó el Club Político Argentino; en 2012 ganó el Premio Nacional de Cultura y el Premio Konex de Platino en 2016. También recibió la Beca John Simon Guggenheim Memorial Foundation y el tercer Premio Nacional de Cultura en 2012. Sus obras publicadas incluyen más de 14 ensayos; muchos en compañía de Marcos Novaro.

Sobre las perspectivas nuevas del lenguaje público y estatal

Por Horacio González

Acepto la noción de futuro para aludir a un futuro más o menos inmediato, donde obviamente se consideren las consecuencias económicas, morales y políticas de las grandes operaciones de la seguridad estatal y de las instituciones médicas, de las comunicaciones públicas para asegurar el aislamiento masivo de la población. Es decir, el futuro que será una secuencia más o menos larga, pero más que eso, estará seguramente muy caracterizado por discusiones sobre la naturaleza del trabajo, de la producción, de la vida en común y del puesto del orden biológico en las decisiones generales sobre la política y la ética. Esta última tomada como forma última del juicio sobre el mundo social.

Presupongo entonces que estas cuestiones significan, en todos los casos, instancias de discusión colectiva que deberán contar con la participación de distintos impulsos organizativos. Desde luego, grupos de acción diversos tratarán estos y otros temas por simple promoción autónoma, pero indudablemente, la Universidad, las instituciones científicas estatales o privadas y el conjunto de los núcleos del sistema educativo nacional deben verse involucrados. Como son niveles diferentes, en casi todos los casos, de la específica vida estatal, la participación del Estado en estos ámbitos de discusión -los llamaré provisoriamente ámbitos de encuentro de ideas operativas de urgencia, *aeiou*-, debería tener la elasticidad de proveer más espacios físicos que financiamiento, más estímulos para la publicitación de eventos que disponerles sobre el hilo temático fijo, más vocación de introducirse él mismo en una nueva alfabetización ético-política que coordinar los debates.

El Estado debe estar en todas y en ninguna parte de un evento de estas características, pues es su oportunidad de recrearse y de decir al mismo tiempo que puede influir sobre cualquier tema siempre que los temas más inesperados

influyan sobre él. Es un modo, entre otros, de rehacer la lengua pública estatal, diluyéndola en una vastísima comunidad de hablantes para reconstituirla luego de otro modo y con su potencialidad acrecentada en la medida que se compone ahora en la potencialidad de lo que antes estaba a la intemperie. Pero ahora el Estado que lo recoge no es sólo un refiguro inmune sino otra forma eficaz y productiva de la intemperie.

En primer lugar, es preciso observar con más detenimiento las cuestiones novedosas que se presentaron durante la experiencia de la gran reclusión. Abundaron las paradojas que es necesario desentrañar. Los llamados al cuidado y a la solidaridad convivieron con la desconfianza y el miedo. La aceptación de discusiones rigurosas por parte de los planificadores estatales del aislamiento se respetó con muy pocas excepciones, pero la expresividad que tuvieron recorrió varias instancias según los sectores sociales donde se protagonizó la experiencia. Por el hecho de cantar en los balcones, el empleo del *streaming*, el uso de tecnologías celulares de teleconferencias, el ámbito domiciliario, el *domus*, mostró la necesidad de expresarse fuera de sus paredes y con ella, instituía la necesidad de ciudad.

La necesidad de ciudad es un reclamo permanente no siempre bien satisfecho. Las ciudades amuralladas feudales han dado paso a megalópolis que son marcas del habitar técnico sobre amplios territorios, pero se refeudalizan continuamente con signos de clase social y segmentaciones distritales que producen una plusvalía que diseña artificiosamente espacios urbanos con criterios de diferenciación trazados por grandes fuerzas económicas que dominan la renta urbana y el lenguaje de los símbolos de una estratificación escénica. Es el “sistema de la moda”, como alguna vez se lo llamó, que se ubica como simbología consumista del capitalismo financiero, tipifica la banalización de las ciudades. La ciudad futura entraña un nuevo trazo de debates arquitectónico habitacionales, desligados del capitalismo inmobiliario y la feudalización de la ciudad.

El conocimiento y la educación serán un campo de proliferación de discusiones que hay que recoger y estimular. Pues también este paréntesis selectivo de las fuerzas del trabajo -servicios esenciales trabajan, pero por el

momento no industrias no vinculadas con ellos, y tampoco la educación-, ha permitido que se realizasen distintas experiencias vinculadas al aprendizaje, en especial, las sustitutivas de las clases presenciales. Hace décadas, la idea de la presencia se ha debilitado, no en los espectáculos teatrales, pero sí en los ambientes de enseñanza filosófica bajo el dominio de llamado deconstruccionismo. Puede observarse que, desde hace décadas, esas filosofías consideran la voz como un soliloquio ficcional que crea una ilusión del yo.

La crítica a la llamada “metafísica de la presencia”. Esta osada proposición dio paso a hacer de la identidad una falsa construcción de una voz intimista, que sólo se acredita a través de un ilusorio sustancialismo. Corresponde entonces pensar que cada acto, situación o acontecimiento que implica una afirmación yoica, debe contrastarse con que el significado nunca se completa en forma directa y transparente, uno que se obtiene justamente rechazando esa presencia metafísica, mera síntesis de ahora, cuando es en verdad una acción permanente diferida que se convierte en mera huella de posibles futuros y pasados lineales entre sí. Si describimos bien esta situación, es necesario ahora llamar la atención sobre la acción de las máquinas llamadas de teletrabajo o de acumulación de datos en una inteligencia central sobre un individuo deconstruido en sus gustos, sus enfermedades, su temperatura corporal o sus desplazamientos, y el artificio robótico que computa todas esas “variables” que crean sobre un sujeto realmente existente, otros sujetos no solo deconstruidos sino sometido a un orden que ignora.

No pretendo con esta sumaria observación hacer compatible una de las más interesantes filosofías de nuestro tiempo con lo ocurrido con las respuestas a la pandemia, que suponen grados de sustitución momentánea de las relaciones presenciales por instancias provisorias de reemplazo, el trabajo a distancia o el teletrabajo. Esto será motivo de discusión en lo que me refiero al más alto nivel de la condición humana: el ejercicio vital del trabajo, lo que implica un reconocimiento, tanto de una profesión, de una identidad social como de una remuneración adecuada. Reconocimiento es saber que se nos identifica en singular pero que eso escapa siempre a nuestra capacidad profunda de valorar.

Esto implica una racionalidad crítica, es decir, la posibilidad de elegir la presencia en el ámbito laboral como una elección superior respecto a las metodologías digitales del trabajo. Si esta se impusiera, sería una cosmovisión y no solo un método lo que surgiría como resultado de una revolución evidente en la relación del tiempo de trabajo y la ontología de la presencia que este supone. Habrá mediación de máquinas y computadoras, pero no se quiebra el ámbito social heredado, los contornos productivos diferenciados de los territorios hogareños (con distintos tipos de heterogeneidad respecto a las “aplicaciones” electrónicas que lo comunican con la una supuesta inmediatez de servicios para adquisición de bienes).

Todos estos problemas se combinan ante la emergencia de una amenaza que surge del mundo animal y “natural” re trabajado por el hombre como fuente de materias primas, alimentación, auxilio laboral y compañía antropomórfica. Hay una interfaz entre la enfermedad animal y la enfermedad humana, y tomamos este término de la informática, en vez de decir el más apropiado de interacción, porque la problematización del virus y sus alcances productivos tanto como destructivos, pertenece al pensamiento de las grandes corporaciones que fabrican soportes biotecnológicos. Todas las actividades vinculadas a la salud, a la educación, a los tratos económicos e interpersonales, pueden verse afectadas si el impulso sustitutivo de las acciones con intencionalidad vivencial y que suponen “conciencia de algo”, permite que aparezca en nombre de ellas el procedimiento del trabajo domiciliario por pantalla, que tiene dos dimensiones. Uno, que en vez del torno mecánico del siglo XIX que exigía al “obrero parcelario”, aparece ahora una misma terminal de un autómata central con operarios fragmentados milimétricamente hundidos en su dominio anexado por la fábrica de software y antivirus, y otra, que se trataría de un laboratorio que prueba con la adaptabilidad de lo humano a la mutación de prácticas médicas educativas y de conocimientos en general, que podrían reemplazarse por intermediaciones que no exigen la presencia de un colectivo práctico destinado a una relación previamente elegida como parte de una fructificación de vínculos de la denostada metafísica de la presencia. No es que desconozcamos la importancia de esos giros filosóficos que deslumbraron en la última década y de los cuales somos admiradores, pero habría en ellos -aunque

cuando se convierten en jergas heladas-, un conjunto de significaciones erradas respecto a la prosecución de la presencia como justificación última del trabajo, la ciudad y el conocimiento. Esta es una suerte de acto que podría ser calificado como un ensayo de “aura”.

En el futuro inmediato habrá una gran discusión sobre las humanidades y las artes, que tienen la peculiaridad de ocuparse de la pregunta por la conciencia histórica que debe ser descifrada en cada momento con instrumentos conceptuales que justamente pertenecen a ese mismo momento que transcurre ante nuestra conciencia. He allí el dilema de las llamadas ciencias humanas. La discusión no debe cesar porque es propia de nuestro legado, por lo que sería un error sostener en esta nueva situación, la asociación inmediateista entre gobierno y ciencia. De modo que, aunque parezca limitado mi punto de vista por estar ausente la dimensión económica, creo que un futuro debate es sobre el lenguaje y los recursos gnoseológicos que corresponden a las humanidades, frente a regímenes de conocimiento más estables y acumulativos, vinculados a la economía productiva y a la reproducción de la vida.

El viejo tema de la relación de las ciencias, si proceden a un único cuadro unitario en todas sus ramificaciones o cada uno tiene sus propios acervos, es el que está preparado para ser tomado por una gran discusión que recorra todas las instancias cultural-científicas. Si a esto se le agregan los dilemas que crea el orden biológico ya sea como metáfora auxiliar de la política, ya sea como mundo de todos los reinos donde se ubica el “Bios”, parece lógico que esta sea también una discusión asociada a las anteriores. Mientras los movimientos sociales nuevos aflojan los sostenes biológicos heredados en nombre de una opción libertaria para elegir la estetización del yo, la pandemia hizo retornar a las consideraciones diarias el tema biológico propio de la infectología y la microbiología, que prácticamente ocupa todas las conversaciones y voces de los medios de comunicación.

Tanto el núcleo biológico del problema como el núcleo productivo que resulta el problema de la subsistencia de las poblaciones sin ningún tipo de renacimiento darwiniano social, trazan el esqueleto intelectual que en futuro justificará a las naciones. Esperamos que la nuestra, que tiene acervos acumulados de gran

importancia, tanto el núcleo biológico del problema como el núcleo productivo que resulta el problema en estos temas, pueda desplegar los ámbitos adecuados para desarrollar tanto vacunas como conceptos, que en última instancia son instancias curadoras de modo desigual pero computables en la misma idea de continuidad de lo humano como condición renacida en su autoconciencia y en sus actos de presencia real. Sin desmedro de los influyentes deconstructivismos, pero como una filosofía de lo humano autogenerado desde una territorialidad propia -nuestro país- pero tomando de su vasta composición filosófica, todos los aportes que en ese sentido se hicieron, sustrayendo: Echeverría, De Ángeles, Astrada, Ingenieros, Aníbal Ponce, Alberdi, Hudson, Mansilla, Borges, Marechal, Juan L. Ortiz, el yrigoyenismo a través del krausismo, el peronismo a través del “humanismo popular cristiano”, Del Barco, León Rozitchner, el Viñas sartreano.

Si esto fuera una universidad -no lo es, es el futuro del país-, serían temas de una bibliografía obligatoria. De todos modos, lo podría ser.

.....

Horacio González es Sociólogo y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de San Pablo, Brasil. Fue director de la Biblioteca Nacional. Es profesor titular en la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Rosario y en la Facultad Libre de Rosario, entre otras. En 2004 recibió el Premio Konex por su aporte a las Letras argentinas. Entre sus importantes obras, se destacan algunas como: *Historia crítica de la sociología argentina* (Colihue, 2000), *La crisálida* (Colihue, 2001), *Historia y pasión - La voluntad de pensarlo todo* (Plantea, 2011), *Kirchnerismo, una controversia cultural*, (Colihue, 2011), *Saberes de pasillo - Universidad y conocimiento libre* (Paradiso, 2018), entre otras.

Conjeturas para después de la pandemia

Por Juan Gabriel Tokatlian

La pre-pandemia

Antes del estallido de la pandemia del COVID-19, el sistema global se encontraba sobrecargado con un exceso de contradicciones, presiones y dilemas que podían provocar un gran quiebre. En cuatro tableros diferentes, pero entrelazados, las dinámicas y tendencias observables resultaban elocuentes. Respecto a las relaciones internacionales, la transición de poder, prestigio e influencia de Occidente (básicamente, Estados Unidos) a Oriente (en esencia, China) pasó de estar caracterizada por una inestable e inexacta combinación de competencia y colaboración a un estado de creciente pugnacidad. El gradual ascenso de Beijing y la declinación relativa de Washington fue respondida con la estrategia del Presidente Donald Trump comprendida en su eslogan “*America First*”. Esto es; la ilusión de una primacía indisputable. En términos de la política mundial, el auge de una globalización dominada por la financiarización, es decir; la preeminencia de intereses, agentes e instituciones financieras, aceleró el desmantelamiento del Estado de bienestar y amplió la desigualdad económica, social y política.

En relación con las organizaciones inter-gubernamentales, la nota predominante ha sido la aguda crisis del multilateralismo. Los ejemplos de la ONU y la OMC en el plano mundial y de la Unión Europea y UNASUR en el plano regional son testimonio de esa crisis. En efecto, el debilitamiento de las instituciones y regímenes es preocupante pues los organismos y acuerdos son clave para limitar la arbitrariedad de los poderosos y crear mecanismos de coordinación. En cuanto al ámbito interno, ha sobresalido la regresión de la democracia liberal, el aumento

de las plutocracias, la reafirmación de regímenes autoritarios y el estancamiento de proyectos progresistas. No es inusual entonces que conflictos de clase, étnicos y religiosos sigan elevándose en intensidad y alcance. En suma, un escenario plagado de tensiones inter-estatales, reajustes mundiales, fragilidades institucionales y malestares domésticos que se fueron acentuando y exacerbando por años son el telón de fondo de esta pandemia.

La pandemia

Esta pandemia no constituyó la irrupción de un “cisne negro”. Esto es; no estamos frente a un suceso totalmente imprevisto a pesar de ser de fuerte impacto. No lo fue ya que, en 2008, por ejemplo, el informe sobre *Global Trends 2025* de la Oficina del Director del Consejo de Inteligencia Nacional de Estados Unidos advirtió sobre la “potencial aparición de una pandemia global” si no se adoptaban las medidas adecuadas para evitarla. También en 2012, el profesor emérito de la Universidad de Manitoba, Vaclav Smil, publicó *Global Catastrophes and Trends*, en donde, con base en evidencias de pandemias previas, señalaba la probabilidad de padecer una antes de 2021. Y, en septiembre de 2019, a pocos meses del Covid-19, se publicó un informe elaborado por la Junta de Vigilancia Mundial de la Preparación (grupo investigador conjunto de la Organización Mundial de la Salud y el Banco Mundial) que presentó un diagnóstico inequívoco: “Nos enfrentamos a la amenaza muy real de una pandemia fulminante, sumamente mortífera, provocada por un patógeno respiratorio que podría matar de 50 a 80 millones de personas y liquidar casi el 5% de la economía mundial...El mundo corre grave peligro de padecer epidemias o pandemias de alcance regional o mundial y de consecuencias devastadoras, no solo en términos de pérdida de vidas humanas sino de desestabilización económica y caos social.”

A pesar de que una vez que se produjo el estallido de la pandemia el Estado retomó centralidad, la cuestión de las capacidades estatales no ha sido ni es uniforme. La preponderancia del capital financiero, con más vigor desde el fin de

la Guerra Fría, ha sido tan honda que reconfiguró la relación Estado-sociedad-mercado a tal punto que en buena parte de la comunidad internacional se erosionaron notablemente los atributos de la estatalidad. Regresó el Estado en distintos países, pero un Estado con funciones y aptitudes muy esterilizadas. Por ello, ante el Coronavirus, en el mundo se vieron tres tipos de respuestas. Por un lado, las naciones que buscaron suprimir la expansión del virus con cuarentenas masivas inmediatas, testeo riguroso de la población, acción sanitaria sostenida, severas sanciones a los que incumplían el aislamiento social, freno expeditivo de la economía. Por el otro, las naciones que buscaron mitigar el avance del virus y que impulsaron, firme y paulatinamente, una variedad de iniciativas respecto al distanciamiento social, al confinamiento, a las pruebas sanitarias y a las actividades económicas, entre otras. Y, por último, las naciones que negaron totalmente, o por un largo período, la existencia misma de la pandemia. Tras estas tres respuestas se pueden detectar las diferencias entre Occidente y Oriente, el nivel de dismantelamiento del Estado de bienestar, la preferencia por opciones individuales y no cooperativas y los claroscuros de diversos tipos de regímenes políticos.

La pos-pandemia

¿Qué futuro puede avizorarse para el momento en que esta pandemia ceda? No es posible, ni deseable, una respuesta unívoca. Si se considera el corto plazo, es probable que no haya un viraje rotundo en los cuatro tableros mencionados. En gran medida por la ausencia de liderazgos políticos audaces, coaliciones sociales renovadas e instituciones mundiales robustecidas con voluntad y capacidad de emprender un gran acuerdo progresista, tanto a nivel nacional como global. El neoliberalismo no feneció como resultado del potencial dañino del COVID-19. Sí es esperable una seria depresión económica, un extendido hartazgo ciudadano, una elevación de la fricción geopolítica en puntos calientes del planeta, un cuestionamiento a nivel interno de los regímenes políticos ante el

manejo del COVID-19 y una potencial inseguridad alimentaria derivada de la evolución temporal de la pandemia. Habrá seguramente un período de alta turbulencia que recorrerá a muchos países, sacudirá varios gobiernos y atemorizará a algunas élites.

No hay que extremar el valor de las analogías, aunque puede ser ilustrativo recordar tres momentos distintos pos-crisis. En el ocaso de la Primera Guerra Mundial, entre 1918-1919, se desplegó la asoladora “gripe española” que produjo, según cálculos estimados entre 20 a 40 millones de muertes. La combinación pos-guerra y pos-virus mostró la retracción de lo que muchos denominaron la primera globalización, entre finales del siglo XIX y principios del Siglo XX; el avance de ideologías anti-liberales; un profundo pesimismo social; y un creciente militarismo.

En la inmediata pos-Segunda Guerra Mundial se gestó una nueva institucionalidad internacional mediante la creación de las Naciones Unidas, se establecieron pactos socio-políticos para establecer modalidades de Estados de bienestar y se aspiró a gestar un orden mundial estable; al menos entre las grandes potencias. A la aguda crisis financiera de 2008 le siguió, en 2009, la crisis de la “gripe porcina” que fue, con datos más precisos elaborados en 2012, más letal de lo que pareció en un principio: la mezcla de ambas no significó una efectiva regulación del capital financiero ni un mejoramiento preventivo de los sistemas de salud pública. Pareciera que estamos muy lejos de la salida posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Después de la actual pandemia pueden aparecer diferentes cursos de acción, pero, en lo inmediato, es improbable que se produzcan reformas y transformaciones radicales en la dirección de un nuevo contrato fundado en la equidad, la justicia y la sostenibilidad. Para imaginar y construir un sendero alternativo se deberían sentar las bases para una amplia y plural coalición de vulnerables que enarboles, con una perspectiva de largo plazo, un modelo político, social, económico y ambiental sustantivamente distinto al vigente.

Y si eso fuera viable, habría que reflexionar y polemizar sobre tres dimensiones: la naturaleza del hombre, del Estado y del sistema, recordando las tres imágenes que para otro propósito estudió en los cincuenta Kenneth Waltz. ¿Qué lecciones nos está dejando la pandemia? El hombre, atrapado entre la búsqueda de seguridad y la certeza de su finitud, perplejo entre la necesidad y la esperanza, y oscilante entre la trascendencia y la inminencia, ¿podrá atisbar en medio de la actual experiencia traumática un horizonte que se nutra de empatía y emancipación y que pueda sintetizar lo individual y lo colectivo?.

El Estado que se hereda después de este virus no es el más potente, inclusivo y legítimo. Los antecedentes más recientes, que muestran en distintas latitudes la presencia de la xenofobia, la injusticia y el fundamentalismo, combinado con una aversión a una cooperación pujante, ¿pueden derivar en nacionalismo agresivo y corrosivo? O estas tendencias ¿podrán ser revertidas como efecto de la profundidad del efecto global del Coronavirus y de las demandas de la sociedad civil internacional hacia un nacionalismo cosmopolita?.

Finalmente, en un sistema sobrecargado en el plano inter-estatal, hay pocos indicadores de que la relación entre Estados Unidos y China se vaya a desplazar hacia un acomodamiento recíproco, al tiempo que el orden internacional liberal cruje y la colaboración mundial languidece. El COVID-19 promete incluso fricciones entre las principales potencias occidentales. De hecho, ya se pasó del Consenso de Washington de los noventa al Disenso con Washington del presente. En ese contexto, ¿hay lugar para la moderación en las relaciones internacionales y cuáles y quiénes serían las fuentes de tal moderación? ¿hay disposición para impulsar el multilateralismo?.

Una Argentina atravesada por una delicada crisis que combina elementos estructurales y eventos coyunturales afrontará la pos-pandemia con múltiples retos internos e inquietantes desafíos externos. Este, me parece, no es momento para propuestas normativas. Es quizás el tiempo para entender que, parafraseando un cuento de Borges, estamos ante senderos que se bifurcan. Uno de los caminos es el más exigente pero prometedor: comenzar, desde un progresismo renovado y pacientemente, a configurar un consenso ampliado en

política doméstica e internacional. El otro es el que venimos recorriendo desde hace ya demasiado tiempo.



Juan Gabriel Tokatlian es Sociólogo y Doctor en Relaciones Internacionales de The Johns Hopkins University School of Advanced International Studies en Washington, D.C. Fue Profesor en la Universidad de San Andrés (Victoria, Provincia de Buenos Aires, Argentina) entre 1999-2008. Vivió 18 años en Colombia entre 1981 y 1998. Fue Profesor Asociado (1995-1998) de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá), donde se desempeñó como investigador principal del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Fue co-fundador (1982) y Director (1987-94) del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de la Universidad de los Andes (Bogotá). Ha publicado varios libros, ensayos y artículos de opinión sobre la política exterior de Argentina y de Colombia, sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, sobre el sistema global contemporáneo y sobre el narcotráfico, el terrorismo y el crimen organizado. Actualmente es vicerrector de la Universidad Di Tella.

Más allá del neoliberalismo: el Estado social el día después

Por Ricardo Forster

Un golpe demoledor al sentido común vigente hasta hace unas pocas semanas. No siempre se puede ser testigo de la implosión de una manera de estar en el mundo, de construir lazos de dominio y sujeción fundados, supuestamente, en una ampliación de la libertad individual. Eso es lo que está pasando aceleradamente entre nosotros mientras el miedo global no disminuye pese a las múltiples intervenciones de los Estados y del aparato científico que promete alcanzar la meta anhelada de una vacuna que nos inmunice ante el COVID-19. Por esas paradojas que de vez en cuando también se producen en el interior de la vida histórica, el mismo instrumento tan vilipendiado por la retórica neoliberal, el Estado, se ha convertido en el centro de cualquier posible solución al crecimiento de la pandemia. Antes se exigía menos Estado, menos involucramiento en los asuntos económicos y sociales; ahora se le pide que se haga cargo de la salud y que lo haga de una manera integral rompiendo uno de los artículos de fe del capitalismo “salvaje”: que el acceso a la salud no debiera ser un derecho humano ni conducir a un aumento del gasto que debe ser rigurosamente controlado para alcanzar la meta del equilibrio fiscal. Pero hay algo todavía más perverso en este imperativo del canon neoliberal: la creciente privatización de los servicios de salud, unida a la monumental fuente de ganancias y regalías que constituyen los activos de la industria farmacéutica, son un punto nodal del engranaje del Estado diseñado por los seguidores de Hayek y Friedman. En una sociedad donde se privilegia lo individual y lo patrimonial resulta contradictorio sostener sistemas de salud que se dirijan a lo común y colectivo. En una ideología que resalta el mérito y la toma de riesgo propia del individuo que se lanza a la aventura de realizarse a sí mismo, la salud pública es una piedra en el zapato, una contradicción en los términos porque

premia al que carece de méritos o al que no ha hecho nada para alcanzar el éxito, mientras que perjudica a aquellos que se han esforzado por lograr objetivos que no vienen dados ni resultan de lo socialmente dado. “La sociedad no existe, sólo existe el individuo” sostuvo Margaret Thatcher acentuando, con una síntesis envidiable, el non plus ultra del neoliberalismo. Un mundo de individuos compitiendo entre sí, luchando a brazo partido por ser integrados al pelotón de los triunfadores, aquellos que se pueden pagar un buen tratamiento médico porque lograron, por mérito propio, autoabastecerse sin tener que chupar de la teta de la seguridad pública. En la sociedad del riesgo no puede haber lugar para los débiles o, peor todavía, para los perdedores. El COVID-19, su invisibilidad devastadora, puso en cuarentena la autoconfianza del individuo liberal en su capacidad de salvarse a sí mismo sin ayuda del Estado, de lo público y de lo común. Es difícil imaginar que la recomposición de una salud pública que atienda las necesidades del conjunto de la sociedad, y lo haga sin perseguir ganancia alguna, no choque de frente contra todo el andamiaje forjado durante cuatro décadas por el neoliberalismo. Algo no va más. Y en ese no ir más se plantean las preguntas respecto del “día después”, ese momento en el que supuestamente habremos dejado atrás al virus –al menos una vez más, pero a la espera de su regreso con nueva virulencia– sin por eso haber superado las causas que favorecieron su expansión planetaria. Quiero decir que la reconstrucción de un sistema de salud público y de acceso universal, que suponga un derecho inalienable y por lo tanto su gratuidad, arrastrará, inexorablemente, al edificio entero del neoliberalismo allí donde éste no puede *negociar* con su contrario absoluto. El capitalismo de la segunda posguerra se vio obligado a pactar con la clase trabajadora, tuvo que aceptar la arquitectura del Estado de bienestar en medio de una zozobra política y económica que amenazaba su continuidad (o al menos esa era la lectura que las clases dominantes hicieron en aquel contexto atravesado por el temor a la revolución social y al papel activo, en ese desencadenamiento, de la Unión Soviética). El neoliberalismo, su ontología para llamarla así, es antagónica a las implicancias estructurales que suponen reconstruir en la actualidad un Estado social. Un neokeynesianismo progresista (porque lo puede haber de extrema derecha e incluso liberal) constituye un otro impensable para la lógica de la

financiarización que domina la época de la ortodoxia neoclásica. De ahí, que resulte difícil, por lo laberíntico, descifrar el camino que se abrirá el día después del final de la pandemia.

Ese catecismo que impregnó el sentido común en las últimas cuatro décadas se ha convertido en letra muerta. Ya nadie lo recita. Ya nadie lo reclama. Ya nadie busca imponerlo, aunque sigan persistiendo los nostálgicos de la libertad absoluta, de la meritocracia y del sálvese quien pueda. Ni siquiera el americanismo más radicalmente libertario ni la ampulosa autosuficiencia de un Trump cada vez más caricatura de sí mismo, hoy pueden sostener argumentos que se los ha llevado el viento huracanado causado por un “bichito” invisible. Décadas de industria cultural y comunicacional, de publicidad subliminal atravesando todo tipo de fronteras reales e imaginarias, han mostrado, de la noche a la mañana, que las certezas y las creencias dominantes han saltado en mil pedazos. Vuelve el Estado. Pero... ¿qué Estado y para qué? ¿Apenas para amortiguar el espanto y las consecuencias catastróficas de la pandemia? ¿Es posible que después del largo calvario todo siga igual? ¿Resisten las sociedades una nueva repetición como en la crisis del 2008? Me apresuro a señalar que tengo mis serias dudas de que, en esta ocasión, haya una habilitación social como la que les permitió a los gobernantes neoliberales rescatar a los bancos con fondos públicos devolviéndoles todas sus supuestas pérdidas a la vez que se profundizaron todas las causas de la crisis de aquel entonces. Quisiera creer que la pandemia, la ominosa sombra que recorre la aldea global, nos está llevando a límites nunca antes vividos, al menos no de este modo y en las condiciones de una sociedad como la nuestra. ¿Alguien puede pensar que la rueda de la fortuna del capitalismo especulativo volverá a echarse a rodar sin que nada la detenga? Algo conmovedor nos está aconteciendo hasta el punto, eso esperamos, de abrirnos hacia otras dimensiones de la vida social sabiendo, como crudamente se va mostrando en medio de la pandemia, que siempre los más débiles (los pobres, las mujeres, las minorías, los pueblos originarios, los discapacitados/as, los ancianos abandonados por sus hijos en geriátricos convertidos en morideros, los indocumentados/as migrantes, los trabajadores/as informales, los parias del mundo) son los que más expuestos

están, los que más sufren y los que menos reciben. Hoy sencillamente se ha vuelto intolerable el abandono de los débiles como consecuencia de un Estado jibarizado por el mercado y sus intereses. Y se vuelve visible e intolerable porque también las clases medias han comprendido que el vaciamiento de lo público, la mercantilización de la salud y la banalización de la seguridad social son los flancos débiles por los que entra con toda libertad el virus matando sin discriminación alguna. ¿Un antes y un después?

Álvaro García Linera, en una reciente conferencia, hace una aguda descripción del derrumbe material y simbólico de la globalización neoliberal. Señala que ha fracasado en todos los órdenes y que, suceda lo que suceda, el día después ya no nos encontrará regresando al modelo estatal puesto a disposición de la circulación libre de los capitales especulativos. “Cuánto durará este re-torno al Estado –se pregunta García Linera–, es difícil saberlo. Lo que sí está claro es que, por un largo tiempo ni las plataformas globales, ni los medios de comunicación, ni los mercados financieros ni los dueños de las grandes corporaciones tienen la capacidad de articular asociatividad y compromiso moral similar a los Estados. Que esto signifique un regreso a idénticas formas de estado de bienestar o desarrollista de décadas atrás no es posible porque existen unas interdependencias técnico-económicas que ya no pueden dar marcha atrás para erigir sociedades autocentradas en el mercado interno y el asalariamiento regular. Pero, sin Estado social preocupado por el cuidado de las condiciones de vida de las poblaciones seguiremos condenados a repetir estos descalabros globales que agrietan brutalmente a las sociedades y las dejan al borde del precipicio histórico.”

Este es uno de los polos de su reflexión y de las perspectivas para el día después. La ilusión de regresar al Estado de bienestar como se manifestó en las décadas siguientes a la segunda posguerra chocan de frente con los cambios estructurales y tecnológicos que se vienen desplegando en los últimos tiempos, cambios que han reconfigurado gran parte de las prácticas sociales, económicas y culturales. Resulta ingenuo suponer que se trata de reconstruir el funcionamiento sin más del Estado social sin tomar en cuenta el estadio actual de la valorización

capitalista y de las profundas mutaciones que han disparado la agudización de la virtualidad y de la digitalización. La lógica del capitalismo es antagónica a cualquier embridamiento –aunque haya tenido que aceptarlo en algún momento de su travesía histórica cuando no tuvo otra alternativa–, su naturaleza, para llamarla de este modo, lo impulsa a la búsqueda constante de la maximización de la ganancia junto con la expansión ilimitada de la apropiación de recursos que sigan garantizando su rentabilidad. La astucia del capital ha sido, en otras etapas de su historia, asimilar a sus críticos, volver en insumos propios las formulaciones contrarias, y atravesar las crisis desde un lugar de fortalecimiento, aunque haya tenido que pactar en algunos momentos. El Estado de bienestar fue el resultado de ese pacto que forzó al capital a aceptar límites y a otorgarle a los trabajadores una parte antes inimaginable de la distribución de la renta junto con la construcción de esa extraña arquitectura que fue el Estado social. García Linera no ve un escenario equivalente, pero no por la incertidumbre generada por la incapacidad de la globalización de hacerse cargo de las demandas surgidas con el COVID-19 y su transformación en pandemia, sino por problemas estructurales del propio sistema de la economía-mundo. ¿Cómo compatibilizar el núcleo esencialmente egoísta del capital con la trama de solidaridad que supone el acceso gratuito y universal a la salud? ¿Cómo desandar el camino que llevó a la sociedad a su fragmentación y a la desocialización sin desarmar, a su vez, todo el engranaje que lo hizo posible? El virus, a su paso, deja desnudo al sistema. Pero eso no significa que esté muerto. Seremos testigos de su esfuerzo denodado por mantener el *status quo*, por intentar salir más poderoso de esta crisis como ya lo hizo en otras ocasiones. El capitalismo se alimenta y se expande aprovechando las crisis que genera. Veremos hasta donde nos lleva el COVID-19, qué murallas rompe y qué posibilidades abre para ir más allá de la globalización.

García Linera, a él seguimos leyendo, está convencido que resulta quimérico imaginar un retorno tal cual al modelo de la financiarización globalizadora. En todo caso, ve otros problemas que pasa a destacar en su conferencia y que tocan el corazón de muchas de las preguntas que también me hago en estos días de la cuarentena y a medida que crecen los dispositivos y las

plataformas tecnológicas como los grandes “actores” y, por qué no, ganadores de la época. Le devuelvo, entonces, la palabra al ex vicepresidente boliviano: “Ahora, otra de las paradojas del tiempo de bifurcación aleatoria como el actual es el riesgo de un regreso perverso del Estado bajo la forma de keynesianismos invertidos y de un totalitarismo del *big data* como novísima tecnología de contención de las clases peligrosas. Si el regreso del Estado es para utilizar dinero público, es decir, de todos, para sostener las tasas de rentabilidad de unos pocos propietarios de grandes corporaciones no estamos ante un Estado social protector, sino patrimonializado por una aristocracia de los negocios, como ya sucedió durante todo el periodo neoliberal que nos ha llevado a este momento de descalabro societal.” ¿Qué duda cabe que uno de los objetivos principales de los poderes reales es no solamente sostener su hegemonía y su tendencia a la híper concentración de la riqueza, sino, a su vez, ampliar los mecanismos de dominación a partir de los instrumentos informacionales y digitales utilizados durante la pandemia global? De ahí que la segunda cuestión que preocupa a García Linera es “si el uso del big data es irradiado desde el cuidado médico de la sociedad a la contrainsurgencia social, estaremos ante una nueva fase de la biopolítica devenida ahora en data-política, que de la gestión disciplinaria de la vida en fábricas, centros de reclusión y sistemas de salud pública pasa al control algorítmico de la totalidad de los actos de vida, comenzando por la historia de sus desplazamientos, de sus relaciones, de sus elecciones personales, de sus gustos, de sus pensamientos y hasta de sus probables acciones futuras, convertido ahora en datos de algún algoritmo que “mide” la “peligrosidad” de las personas; hoy peligrosidad médica; mañana peligrosidad cultural; pasado mañana peligrosidad política.”

Hay un cierto contacto entre estas preocupaciones de García Linera, lo que él llama “la data-política” como nueva variante de la biopolítica y lo que sostiene Byung-Chul Han del predominio del modelo “oriental” como salida tecno-autoritaria también fundada en la expansión del *Big Data* y del algoritmo como mecanismos de control social. Lo cierto es que el día después contiene diversas posibilidades y abre interrogantes muy difíciles de anticipar sin caer en miradas pesimistas o, al contrario, en cierta perspectiva bucólica e ingenua que supone que

estamos ante una extraordinaria oportunidad para cambiar radical y dramáticamente de formas de vida y de organización de la producción, del trabajo y del consumo mientras pierde de vista la capacidad del sistema para adaptarse y sobrevivir, incluso a golpes muy duros como el que está sufriendo. Es obvio, suponer lo contrario sería una ilusión peligrosa, que el poder real intentará apropiarse de esta crisis. Pero, y esto está a la orden del día y no debemos subestimarlas, hay corrientes nuevas y profundas en las sociedades que también se agitan y buscarán impedir que la lógica brutal del capitalismo haga lo que sabe hacer: crecer y expandirse aprovechando el sufrimiento de las grandes mayorías y el colapso de la economía. El peligro de ir hacia una sociedad cada vez más panoptizada es más que evidente; del mismo modo que el aislamiento social redefine las relaciones corporales hasta un punto inédito. Nuestros cuerpos hoy se dejan atravesar, para alcanzar cierto contacto con los otros, por las tecnologías digitales y las distintas plataformas de comunicación que reemplazan la imposibilidad de la cercanía corporal. Sus consecuencias están por verse, aunque la generalización en nuestras cotidianidades enclaustradas de la virtualidad tecnológica augura mutaciones insospechadas. Lo que ya era una tendencia global a la colonización de nuestras prácticas por los soportes tecno-digitales hoy se ha convertido en nuestra fuente absoluta de intercambios y de “contactos” con esos otros cuyos cuerpos se sustraen por temor al contagio o, mejor todavía, por la proliferación de protocolos de seguridad pública que impiden la cercanía corporal. No hace falta citar a Foucault para comprender que una pandemia como la que estamos sufriendo guarda dentro suyo una radical transformación de usos y costumbres que redefinirán los modos de ser de la sociabilidad, de la circulación del poder y de las prácticas emergentes. Lo que en todo caso está anticipando con preocupación García Linera es la apropiación, por parte del sistema, de esas tecnologías algorítmicas capaces de ampliar los mecanismos de vigilancia –y punición– hasta niveles nunca antes alcanzados. Pero también, junto con esa mirada crítica, aparece, en su visión, la fuerza del común para encontrar caminos alternativos y en condición de antagonizar con el poder real.

No resulta verosímil que las sociedades actuales procesen del mismo modo la crisis del COVID-19 que como lo hicieron con la crisis económico-financiera del 2008. Un velo se ha corrido. Los ojos ciudadanos ya no ven lo mismo que veían antes de la pandemia. El Estado adquiere otra fisonomía. La vida y la muerte se estructuran de otro modo junto con el papel de la salud pública. La economía, su absoluta centralidad en el interior del capitalismo, se ha corrido, ya no ocupa ese núcleo irradiador de todos los sentidos del vivir ni se ofrece como la esfera primordial de las relaciones sociales. El virus invisible se coló entre los intersticios del capital, del consumo y de la maximización de la ganancia hasta hacer saltar en mil pedazos el sentido común de la época. Muy pocas son las ocasiones en las experiencias sociales, e incluso individuales, en las que se producen desequilibrios, rupturas y despliegue exponencial de la incertidumbre como la que hoy estamos experimentando. Es un momento único e insólito que puso en suspenso valores, creencias, prácticas sociales, políticas hegemónicas, ideologemas y lenguajes dominantes hasta el punto de que son muchas más las preguntas que aparecen que las respuestas que se ofrecen. La certeza de la infinitud del capitalismo, y todos sus correlatos, se ha derrumbado, aunque todavía no seamos capaces de imaginar lo que eso implica de cara al futuro próximo. Intuimos que nada será igual, pero no sabemos si la magnitud de los cambios será positiva o, al contrario, la profundización de lo peor de un sistema que al irse muriendo nos lastimará aún con mayor fuerza. Ese es, también, el interrogante que se desprende de la conferencia de García Linera; la tensión y la ambigüedad que recorre su discurso, la inquietud que nos devuelve. Y está bien que sea así. Las respuestas lineales y dogmáticas han sido desacreditadas por el virus. Por suerte.

.....

Ricardo Forster tiene 62 años. Es doctor en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, profesor universitario y ensayista. Condujo programas de televisión sobre historia y filosofía. También es miembro del comité de dirección de la revista *Pensamiento de los Confines* y colaborador del diario *Página/12*. Fue secretario de Coordinación Estratégica para el Pensamiento Nacional durante el gobierno de Cristina Fernández. Actualmente integra el Consejo de Asesores del presidente Alberto Fernández.

Algunas reflexiones para después de la pandemia

Por Eduardo Fianza

1. El futuro, apenas una conjetura. Es muy difícil, en las actuales circunstancias, imaginar el día después. En realidad, el nivel de incertidumbre es tan alto, que pensar en el futuro posterior a la epidemia es apenas una conjetura, basada en pocas premisas. En primer lugar, se estima que en un determinado lapso (¿dos o tres meses, un semestre?) podrá levantarse el confinamiento y de a poco retornar a las actividades. Segundo, se presume que lo que llamamos “actividades” no volverán a ser, al menos por un tiempo prolongado, las mismas que antes, en términos de contenidos, intensidad y retribución. Tercero, puede establecerse, como noción general, que la salida dará lugar a una “reconstrucción” progresiva y dificultosa de los lazos sociales, económicos, grupales y familiares. Cuarto, que esa reconstrucción ocurrirá a la vez a nivel mundial y al interior de cada estado nacional, con consecuencias y modalidades muy complejas de prever, pero con una certeza: los países en vías de desarrollo sufrirán más y tendrán mayores dificultades para restablecerse.

2. Comprender el estado de excepción para salir de él. Lo que sabemos es que el COVID-19 gobiernos a adoptar medidas extraordinarias, que encuadran en el concepto de “estado de excepción”. Esta situación tiene un rasgo central: por una necesidad considerada superior y excluyente, se otorgan prerrogativas especiales a los gobiernos para que tomen decisiones que en situación de normalidad no podrían tomar. La experiencia occidental indica, en casos de terrorismo, que estas decisiones han restringido libertades públicas aseguradas a

los ciudadanos por las constituciones democráticas: trabajo y circulación, reunión, manifestación, etc. Aunque con particularidades, la pandemia nos enfrenta a este caso: no se puede circular, la mayoría de la población está impedida para trabajar, no funciona plenamente el poder legislativo, está suspendido el servicio de justicia, el gobierno gestiona mediante DNU. Entender el estado de excepción es un requisito para salir de él en cuanto se pueda. Como sabemos, el peligro de esta situación es que se normalice. El gobierno debe ser el primero en entenderlo, desechando cualquier extensión injustificada, y sabiendo que los costos a pagar serán muy altos si no se sale a tiempo. Aquí parece imposible evitar el riesgo. Faltarán días o meses para enfrentar el dilema, pero es preciso empezar a diseñar la respuesta ya, aunque sea tentativa.

3. Nuevos liderazgos para diseñar y orientar el día después. Observando sondeos de opinión anteriores a la pandemia, podía establecerse una hipótesis: está mutando el perfil de los liderazgos políticos. Crecen las figuras de Alberto Fernández (AF) y Horacio Rodríguez Larreta (HRL), mientras se estancan o disminuyen la de los dos expresidentes, que dominaron la escena política en la última década: Cristina Kirchner y Mauricio Macri. ¿Qué significa esto? Puede intentar responderse con una segunda hipótesis: a pensar de pertenecer a fuerzas distintas, AF y HRL son percibidos por la sociedad como administradores públicos, una función y una virtud requerida en momentos de crisis. Esta demanda, que era necesaria antes del coronavirus, ahora alcanza una centralidad impensada. En esta circunstancia, la imagen de los dos dirigentes, a los que la sociedad ve actuar de acuerdo, se refuerza, alcanzando los niveles más altos de toda la dirigencia política.

4. Desplazamiento de los ejes de acción y las prioridades. Si la observación sobre la transición de liderazgos es correcta, es probable que se fundamente en un desplazamiento de ejes y prioridades. La epidemia nos lleva de lo político a lo burocrático. Se corre el eje de la competencia por el poder para dejar lugar a la dimensión administrativa de las políticas públicas. En ese contexto, los

gobernadores, los intendentes, los funcionarios y los dirigentes políticos que facilitan el consenso, adquieren protagonismo más allá de su adscripción partidaria. No se trata de una redefinición de roles entre público y privado, sino antes de un replanteo al interior de lo público. Por cierto, esta transición tiene su lado oscuro: primero, la burocracia, como enseñaba Max Weber, no piensa estratégicamente; segundo, en el mejor de los casos es meritocrática, no necesariamente democrática. Y tercero, pensando en la Argentina, el aparato estatal es poco eficiente y tiene serios problemas organizacionales.

5. Un nuevo consenso para recomenzar. El Gobierno promovió y logró establecer un amplio consenso para afrontar la pandemia. Este acuerdo involucró a especialistas en salud, funcionarios, intendentes, gobernadores y dirigentes opositores. La salida requerirá de un nuevo y más amplio consenso sobre el que ya es recomendable trabajar. Debe involucrar al menos a empresarios, economistas, sociólogos, psicólogos sociales, filósofos y ambientalistas. Y deberá tener una premisa: hacerse con transparencia, sin manipulaciones para obtener ventajas sectoriales, sin demagogia y sin autoritarismo. Será crucial saber cuándo las consecuencias económicas empezarán a ser más destructivas que las sanitarias. Y no confundir esa dura evidencia con el relato neoliberal. Entonces habrá que actuar, aún sin certezas. E inevitablemente deberán correrse riesgos, porque eso también forma parte del tipo de liderazgo que se requerirá para salir de la pesadilla.

•••••

Eduardo Fianza (Buenos Aires) es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, analista político y columnista del diario *La Nación*. Obtuvo un diploma de especialización en Sociología del Desarrollo en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en Madrid, España. Desde el año 2005 es socio y cofundador de *Poliarquía Consultores*. Es miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo, socio fundador y miembro de la Sociedad Argentina de Investigación de Mercado y Opinión Pública.

La economía y el Estado ante la catástrofe

Por Atilio A. Boron

Desde la más remota antigüedad guerras, inundaciones, terremotos, sequías, hambrunas y pestes han sido las parteras de profundos cambios experimentados por las sociedades que padecieron estas adversidades. Las dos guerras mundiales del siglo veinte influenciaron decisivamente la reestructuración no sólo económica sino también política y social de buena parte de las naciones afectadas por estos conflictos. Lo mismo ocurrió con la Gran Depresión de los años treinta, que fue un ominoso paréntesis entre ambas conflagraciones mundiales en donde el bajón económico y el desempleo masivo se combinaron con el auge de los fascismos. La peste negra en Europa mató aproximadamente a un tercio de su población entre 1347- 1353. La Gran Peste aniquiló a 100.000 personas, la cuarta parte de la población de Londres. Guerras y pestes tienen un enorme y variado impacto. Señalemos tan sólo uno, usualmente subestimado: el exterminio de una parte de la población y la consiguiente reducción de la mano de obra disponible modifica la relación de fuerzas entre la burguesía y la aristocracia –la clase dominante- y sus trabajadores. Tanto los campesinos enfeudados en la época medieval o los obreros y jornaleros en la Londres de mediados del siglo XVII mejoraron sus ingresos reales (de diverso tipo) más del doble después de esas plagas.¹

Y lo mismo ocurrió después de las grandes guerras del siglo pasado, especialmente de la Segunda. Sin duda, la recuperación de la fuerza de las izquierdas y el movimiento obrero jugaron un papel fundamental en esa

¹ Walter Scheidel, "Why the Wealthy Fear Pandemics", NYT, 9 Abril 2020

recomposición progresiva de la distribución del ingreso. Pero los veinte millones de muertos caídos en los principales países de Europa Occidental (excluyendo los 29 millones de la URSS) fueron un factor de indudable gravitación en la significativa modificación en la relación de fuerzas entre capitalistas y trabajadores.

¿Será diferente esta vez? Nada indica que el mundo que emerja de las ruinas de esta pandemia, la primera realmente global en la historia, será la alegre continuidad del que le precedió. La Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y la reconstrucción keynesiana de la posguerra detuvieron por un tiempo el primado de las ideas liberales. Fueron los “veinticinco años gloriosos” transitados entre 1948 y 1973, momento en que el ciclo keynesiano comienza a derrumbarse. Pero la restauración, ahora bajo el engañoso nombre de “neoliberal”, no pudo retroceder el reloj de la historia. Por más que se empeñaron los gobiernos surgidos del agotamiento del ciclo progresista de la segunda posguerra no pudieron regresar al pasado. El enorme crecimiento de los estados y los avances en la regulación de los mercados no pudieron ser detenidos. Hubo sí una excepción porque el capital financiero, devenido en la fracción hegemónica del bloque burgués, se desmarcó de esta tendencia y, de hecho, se convirtió en el “gobierno invisible” en la mayoría de los capitalismo desarrollados. Fracasaron en su empeño restaurador nada menos que Ronald Reagan, Margaret Thatcher y los sucesivos gobiernos de centro derecha o derecha de Alemania y Japón. Los datos que sintetizamos en la siguiente tabla son de una elocuencia extraordinaria que ahorra miles de palabras.

Gasto total de los gobiernos, 1900, 1929, 1975 y 2011

(países seleccionados, como % del PIB)

	1900	1929	1975	2011

Alemania	19.3	14.5	51.7	47.0
Reino Unido	11.8	26.5	53.1	48.1
Estados Unidos	2.9	3.6	36.6	43.7
Japón	1.1	2.5	29.6	41.2

Fuente: IMF Data, Fiscal Affairs Departmental Data, Public Finances in Modern History, en Mauro, P., Romeu, R., Binder, A., & Zaman, A. (2015). "A modern history of fiscal prudence and profligacy". *Journal of Monetary Economics*, 76, 55-70.

Estas cifras demuestran la magnitud del cambio experimentado por el paradigma de gobernanza macroeconómica del capitalismo después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial y que tiene como una de sus puntales más firmes la vigorosa presencia del estado en la vida económica. Alemania triplicó el gasto público entre 1929 y 2011, aún luego del retroceso de casi 5 puntos impuesto por el auge de las ideas neoliberales a partir del derrumbe del ciclo keynesiano. El Reino Unido casi lo duplica entre aquellos mismos años, habiendo llegado a un pico previo al gobierno de Margaret Thatcher de 53.1%.

En Estados Unidos el crecimiento desde 1929 hasta los finales de la Administración Obama fue de doce veces, y en Japón, otro de los milagros económicos de posguerra, el gasto público se multiplicó por dieciséis. Más estado que mercado para sostener el proceso de democratización y ciudadanía de la posguerra. Salud, seguridad social, educación, vivienda y todos los bienes públicos que debe ofrecer el estado fueron los motores que impulsaron la creciente

centralidad del estado en la vida económica y social. Y los recortes experimentados en los años de la hegemonía ideológica del neoliberalismo no alcanzaron a alterar, en lo esencial, el nuevo equilibrio alcanzado en la posguerra.

De lo anterior se desprende que la pandemia que nos atribula está destinada a tener un impacto mayor aún a cualquier otro conocido. El sobrio y siempre muy bien informado Premio Nobel de Economía Paul Krugman escribía este 13 de Abril en el New York Times que “las recientes pérdidas de empleos son apocalípticas: casi 17 millones de trabajadores se inscribieron para recibir su seguro por desempleo en las últimas tres semanas. Economistas independientes sugieren que la tasa de desempleo hoy ronda en torno al 20 %, similar a la que existía en lo más profundo de la Gran Depresión”.² Expresiones anteriores de este economista, y otros, apelan a términos completamente desusados en las últimas décadas: “catástrofe”, “desastre”, “hundimiento” son algunos de los más socorridos, oídos por última vez, pero no con tanta unanimidad y tanto tiempo, en la crisis de octubre de 1987. La respuesta del empresariado estadounidense ha sido criminal. Naomi Klein ha informado que McDonald’s le negó la licencia paga por enfermedad a 510.000 empleados; Walmart a 347.000; Burger King a 165.000, Marriot a 139.000 y entre nosotros Techint y otras empresas están también adoptando el mismo criterio.³ Y, en línea con esto, la credibilidad y el respeto por la economía capitalista se han resentido fuertemente en la medida en que la gente en Estados Unidos y en casi todos los países europeos –con la provisoria salvedad de Alemania y Suecia, por ahora- caen en la cuenta que haber hecho de la atención médica y la producción de medicamentos un negocio puede ahora costarle la vida a centenares de miles de personas, si no a millones. Por eso Noam Chomsky ha dicho, en una de sus más recientes intervenciones, que el fracaso del “libre mercado” como ideología ha sido monumental, y que la población, aún la menos politizada, ha tomado nota de eso.

² “Republicans Don’t Want to Save Jobs”, NYT, 13 Abril 2020. Accesible en <https://www.nytimes.com/2020/04/13/opinion/jobs-republicans-covid.html>

³ Los datos de las empresas de Estados Unidos se encuentran en <https://theintercept.com/2020/03/17/naomi-klein-and-jeremy-scahill-discuss-coronavirus-the-election-and-solidarity-in-the-midst-of-a-pandemic/>

Ahora bien, esta crisis económica, por lo que estamos viendo, no fue un rayo en un día sereno, no irrumpió en la vida de los Estados Unidos y los países europeos como un accidente totalmente inesperado. La economía estadounidense tiene básicamente dos motores: el consumo doméstico en el sector servicios (que da cuenta del 70% del total de la actividad económica) y la industria armamentística, o sea, el complejo militar-industrial. La caída en el consumo en el país del Norte es resultado directo del estancamiento de los salarios reales que padece fuertemente el 50% más pobre de la población y, de modo un tanto atenuado, el 30% restante. La razón: la insuficiencia en los ingresos se compensa con un endeudamiento de los hogares que a finales del 2019 ascendía al 76.1% del PIB, aunque otras estimaciones ubican esta proporción en un nivel superior. Lo sorprendente es que un conjunto de naciones europeas son las que encabezan el ranking de los hogares más endeudados del planeta: Suiza, Dinamarca, Australia, Holanda, Canadá y Noruega, todos con un nivel de endeudamiento igual o superior al PIB de sus respectivos países. Corea del Sur, el Reino Unido y Suecia, todos con cifras en torno al 90% son los tres que le siguen, y EEUU con el guarismo arriba mencionado pero que, en términos de cifras adeudadas supera el PIB de la mayoría de las naciones del mundo.⁴

El estallido de la pandemia fue el tiro de gracia a este proceso, creando una “tormenta perfecta”, que como decía Krugman adquiere proporciones apocalípticas. Esto significa que la “salida” de la misma no será como ingenuamente dijo una empresaria neoyorquina. Según ella el ciclo económico entró en una “pausa” y una vez que se controle la pandemia “debes actuar como lo haces en tu casa cuando estás viendo una película en Netflix: oprimes el botón de *start*” y todo vuelve a funcionar. Eso es una expresión de deseos motivada por su *animus lucrandi*, a cualquier precio, más que una reflexión seria sobre cómo economías que están prácticamente en coma pueden adquirir una razonable velocidad de crucero. A diferencia de un automóvil, que puede llegar a una gran

⁴ Cf. <https://www.publico.es/economia/paises-mayor-endeudamiento-familiar-planeta.html>

velocidad en cuestión de segundos, un avión no parte y ni bien despegar de la pista está volando a unos 900 kilómetros por hora y a 39.000 pies de altura.

Una economía es como un avión, y todos los pronósticos más serios coinciden en señalar no sólo la profundidad de la crisis, sino que la resolución de la misma no se logrará con plenitud antes de dos años. Y mientras tanto habrá que gobernar, gestionar eficientemente y, de ser posible, ganar elecciones.

Esta revalorización del estado representa un cambio muy significativo en el clima de opinión prevaleciente en una parte del establishment norteamericano. Un extenso editorial del New York Times del 9 de Abril señala en su título que esta es “la ocasión de crear una América mejor”, y como subtítulo: “La América que necesitamos.”⁵ Hay un hilo conductor a lo largo del editorial: el viejo orden debilitó considerablemente la trama de la democracia y facilitó una concentración del poder económico como no se veía desde hacía un siglo. “En la década pasada la riqueza del 1 % de los hogares sobrepasó la fortuna del 80 % inferior” en la pirámide de riqueza mientras los empresarios, con la complacencia de los gobiernos de turno, combatieron la sindicalización de los trabajadores. El resultado: el salario mínimo federal ha caído sin cesar desde 1968. La salida: la reconstrucción de un “gobierno justo y activista” para el cual, se insiste después, “no hay alternativas a un estado de ese tipo.” Es claro que hay ahora, con la crisis, una conciencia de que “la fragilidad del sistema” frente a la crisis tiene su origen en la “expectativa quimérica de que los mercados harían la labor del gobierno”, cosa que no ocurrió. Lo que sí aconteció fue que las inequidades de los mercados crecieron exponencialmente.

En consecuencia, la salida a esta crisis tendrá como uno de sus signos distintivos la bancarrota de la ciega e interesada confianza en la “magia de los mercados”, en las privatizaciones y desregulaciones, y en la presunta capacidad de las fuerzas del mercado para asignar racionalmente los recursos. Esto obligará a

⁵ Cf. https://www.nytimes.com/2020/04/09/opinion/coronavirus-inequality-america.html?action=click&pgtype=Article&state=default&module=style-opinion-inequality-series&variant=show®ion=ABOVE_MAIN_CONTENT&context=opinion-inequality-promo

una profunda revisión del paradigma de las políticas públicas, comenzando por la sanidad e inmediatamente después por la seguridad social como preludios a lo que será la batalla decisiva: poner bajo control al capital financiero y su red global que asfixia a la economía mundial, provocando recesiones, aumentando el desempleo y disparando a niveles extravagantes la desigualdad económica. Un capital financiero ultra-parasitario que financia y protege a las mafias de “guante blanco” y que, con la complacencia o complicidad de los gobiernos de los capitalismoes centrales y las instituciones económicas internacionales, crean las “guaridas fiscales” que facilitan el ocultamiento de sus delitos y la evasión tributaria que empobrece a los estados privándolos de los recursos necesarios para garantizar una vida digna a sus poblaciones.

Claro que para llegar a la reconstrucción de ese nuevo orden social primero habrá que derrotar a la pandemia. El gobierno argentino ha actuado con gran sensatez y firmeza al imponer una estricta cuarentena que ha ahorrado miles de vidas. Pero dado que hay todavía un largo recorrido por delante (de unos cuantos meses por lo menos en lo que hace a sus aspectos sanitarios y epidemiológicos) será necesario que la autoridad pública disponga de los recursos suficientes para auxiliar a una población que sólo gradualmente y en pequeñas proporciones podrá ir retomando sus trabajos o actividades económicas anteriores al brote del COVID-19. El problema es que el estado argentino es pobre a causa de una estructura tributaria tremendamente regresiva -aparte de problemas como la evasión, la elusión o la corrupción- y por eso carece de los recursos que necesita para un inédito desafío como el que hoy tiene que enfrentar.

Se engañan quienes piensan que la lucha contra la pandemia podrá librarse con los recursos financieros ordinarios del estado. Se requerirá un enorme aumento del gasto público y no sólo para el pago del personal que garantiza la atención médica y la adquisición masiva de insumos (desde guantes, batas, barbijos hasta respiradores y unidades de terapia intensiva) sino también para remunerar a los agentes de la seguridad pública que controlan el cumplimiento de la cuarentena y los demás gastos de transporte de bienes esenciales y toda la logística de la distribución de medicamentos, entre otros que sería largo

pormenorizar. Pero, además, grandes sumas de dinero serán necesarias para asistir, aunque sea parcialmente a las clases y capas populares más explotadas y estigmatizadas, las que habitan en "villas" o asentamientos irregulares, y viven al día de "changas" o trabajan "en negro" y que carecen de ingresos regulares. Si la mano del estado no llega a auxiliarlos, esa gente va a ser carne de cañón del virus asesino. Hay que extremar todos los recursos para salvar esas vidas.

Sin recursos financieros, ¿qué puede hacer el presidente? ¿Cruzarse de brazos y ver como el COVID-19 arrasa los barrios y asentamientos populares? Tal cosa no sólo sería un crimen, sino que además tendría un negativo impacto económico a futuro, algo que se les escapa a los sabihondos que noche a noche en la televisión urgen poner fin ya a la cuarentena y que los argentinos "vuelvan al trabajo." Esa opción no figura en la tabla de valores del presidente. Por eso, la iniciativa de un impuesto a la riqueza es absolutamente razonable, imprescindible e impostergable para hacer frente a gastos extraordinarios durante los próximos meses cuando, al mismo tiempo, la recaudación ha caído en picada. Y no hay otra fuente para obtener recursos que ese impuesto. Dos de los más acaudalados multimillonarios de Estados Unidos, Bill Gates y Warren Buffett vienen diciendo hace tiempo que ellos deberían pagar más impuestos que los que les exige la legislación estadounidense. Y añaden, para fundamentar este insólito pedido (que desconcierta a los talibanes del neoliberalismo) que los ricos gozan de una presión tributaria proporcionalmente mucho menor que los pobres. Nunca escuchamos nada ni remotamente parecido entre los mezquinos multimillonarios argentinos, pese a que en nuestro país la inequidad y regresividad tributarias son aún mayores que las de Estados Unidos. Será un impuesto que afectará a una ínfima parte de la población, pero que es dueña de inmensas fortunas y que en circunstancias excepcionales como las actuales no pueden estar exentas de tributación. Es ahora o nunca. No sólo para financiar la lucha contra la pandemia, que no puede ser efectiva sin el equipamiento necesario; también para lo que se va a necesitar una vez que aquella sea un doloroso recuerdo y se deba poner en marcha a la economía. En ese momento el estado no sólo va a tener que continuar asistiendo a los más débiles que viven de lo que ganan día a día (técnicamente: sostener la demanda agregada) sino que habrá que contar con mucho dinero para que

muchísimas pequeñas y medianas empresas puedan reiniciar sus actividades. Esto exigirá un esfuerzo a dos puntas: por el lado de la demanda, facilitar que los más pobres puedan adquirir los bienes necesarios para su subsistencia; por el lado de la oferta, incentivar los negocios auxiliando, aunque sea transitoriamente a las pymes. Y ofreciendo los bienes y servicios que la sociedad demandará con creces luego de un largo período de virtual congelamiento de la economía.

Cierro con una cita de Dante Alighieri que se adapta muy bien a la situación actual. En *La Divina Comedia* describe el gran portal que daba paso al Infierno en donde estaba esculpida la siguiente inscripción: “Abandónese aquí todo recelo. Mátese aquí cualquier vileza”. Un sabio consejo para las argentinas y los argentinos que están infectados por el virus del recelo y la vileza, y que pugnan por negarle al estado los recursos necesarios para preservar las vidas de millones de compatriotas en riesgo.



Atilio Alberto Boron es un politólogo y sociólogo argentino, doctor en Ciencia Política por la Universidad de Harvard. Actualmente es Director del Centro de Complementación Curricular de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Avellaneda. Es asimismo Profesor Consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires e Investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Recientemente se retiró en calidad de Investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Es Doctor Honoris Causa de las universidades nacionales de Cuyo, Salta, Córdoba y Misiones, en la Argentina: de la Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt de Cabimas (Zulia, Venezuela), Premio Internacional José Martí de la UNESCO (2009) y Premio Honorífico de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas (La Habana, Cuba), del año 2004.

Coronavirus: Todos somos mortales. Del significativo vacío a la naturaleza abierta de la historia¹

Por Rita Laura Segato

Han circulado en estos días un número significativo de textos, muchos de ellos escritos por autores influyentes. Ellos intentan dar cuenta de dos aspectos distintos de la pandemia que nos aflige. Un grupo hace apuestas a lo que puede haber sido el origen del virus, dividiéndose entre aquellas que adhieren a la teoría del complot y las otras que, sin necesariamente saberlo, dan continuidad a lo que ya Marx llamaba “ruptura metabólica” o desequilibrio de la relación entre los seres humanos con la naturaleza.

Me ocuparé aquí del otro conjunto de interpretaciones, que dicen respecto al significado y uso a futuro de la pandemia. Cada uno de ellos se deriva y tiene como presupuesto un proyecto político y un sistema de valores que defiende.

Por mi parte, veo el COVID-19 como Ernesto Laclau vio a la figura de Perón en la política argentina: un “significante vacío”, al que diversos proyectos políticos le tendieron su red discursiva. También lo veo como un evento que da origen a un “efecto Rashomon”, evocando aquí la forma en que en las Ciencias Sociales se ha usado el tema del clásico film de Kurosawa: un mismo crimen relatado desde cuatro perspectivas de interés diferentes. Pero sobre todo lo veo como una situación de lo que Lacan llamó “irrupción de lo real” -el imaginario que atrapa nuestra visión del mundo o grilla a través de la cual filtramos las entidades que formarán parte de nuestra percepción es una fina tela que nos envuelve. Más allá

¹ Agradezco a mi hija Jocelina Laura de Carvalho Segato las incontables horas de conversación sobre los errores cognitivos y epistemológicos del especismo.

de ella se encuentra lo “real”, para usar el término de Lacan: la naturaleza tal cual sea, incluyendo nuestra propia naturaleza.

El virus no es otra cosa que justamente un evento del desdoblamiento de este otro plano, la Historia Natural, la marcha azarosa de la naturaleza, sus desdoblamientos contingentes, su deriva. Organismos se consolidan, duran y desaparecen. Nuestra especie seguirá ese destino incierto también o, con suerte improbable, tendrá la longevidad de la cucaracha –aunque será difícil, porque la cucaracha se caracteriza por necesitar de poco. Es importante acatar la idea de que, aun si este virus fuese un resultado de la manipulación humana en laboratorio, o, como ciertamente es, una consecuencia de la forma abusiva en que la especie ha tratado su medio ambiente, igualmente y de todas formas se trataría de un evento de la naturaleza. ¿Por qué? Porque nosotros somos parte de esa misma naturaleza y, aun cuando capaces, como especie, de manipular microorganismos y provocar el advenimiento de una nueva era como es el Antropoceno, tenemos allí nuestro lugar, somos parte de esa escena que llamamos “naturaleza”. Nuestra interacción bioquímica pertenece y juega un rol en una escena toda ella interior al gran nido que habitamos, aun cuando el pensamiento occidental haya presionado para retirarnos de esa posición contenida, interdependiente y dependiente. Pensarlo así no nos resulta fácil, porque estamos dentro de la lógica cartesiana de sujeto-objeto, de cabeza-cuerpo, de mente-res extensa. La cosificación y externalización de la vida es nuestro mal.

Al hacer esa maniobra, el pensamiento occidental cancelaba dos molestias. Una de ellas es la *temporalidad de la vida*, con su inherente descontrol y el límite que interpone al intento de administrarlo. El tiempo, que no es otra cosa que el tiempo de los organismos, de la propia Tierra como gran organismo, y de la propia especie como parte de ese gran útero terrestre, desafía la omnipotencia de Occidente, su obsesión por administrar los eventos, lo que he llamado en otra parte su *neurosis de control*. La otra obsesión del pensamiento colonial-moderno, occidental, es la de colocarnos, como especie, en la posición de omnipotencia de quien sabe y puede manipular la vida, la maniobra cartesiana de formular la res-

extensa, la *vida cosa*, y catapultarnos hacia fuera de la misma. Por eso, frente a esta pandemia, tenemos la oportunidad de salvarnos cognitivamente de esta trampa y conseguir entender que, mismo, aunque sea el efecto de nuestra interferencia, el virus que nos está enfermando es, de todas maneras, un *evento natural*, de ese acontecer sinuoso e imprevisible que es el tiempo. Y lo es porque resulta de una interacción dentro del reino de la naturaleza, de cuya escena somos parte. El salto de un virus del animal al humano debe leerse de esta forma, que nos recoloca en esta posición de ser parte del mundo natural con sus azares, que muchas veces creemos dominados. Toda una disponibilidad distinta para la vida y para lo inevitable de la muerte surge de una conciencia que acepta ser parte subordinada al orden natural. La exterioridad cartesiana, lejos de ser universal, lleva a un vicio de lectura propio de Occidente, y tiene consecuencias.

El otro gran tema es el del futuro, vinculado también a la dimensión anárquica del tiempo. Las tres imágenes de que hablo me permiten aventurar que un gran desconcierto ha sobrevenido en el mundo frente a esta rara plaga de conducta arcaica. Frente a este desconcierto, las tres imágenes que le atribuyo: la ausencia de un significado e intencionalidad propia, su provocación Rashomon y su realidad radical e independiente de nuestras apuestas me permiten hablar de una batalla a futuro por la imposición de un orden a ese desconcierto. Y toda apuesta teleológica esconde un discurso de supremacía moral y todo discurso de supremacía moral tiene una vocación autoritaria. ¿Quién tendrá entonces la *permisión de narrarlo* a futuro, para usar la expresión de Edward Said, o quién detendrá el derecho a narrar, usando aquí las palabras de Homi Bhabha? Entonces esas tres figuras teóricas nos permiten prever que se dará una batalla para decidir qué red de significaciones, qué discursos y qué relatos serán capaces de atrapar el evento que nos desafía, para instalar así las políticas que darán forma al mundo en el después. Sin embargo, como ya he argumentado, la única utopía que ha sobrevivido a los sucesivos fracasos “revolucionarios” en su intento de reorientar el camino de los pueblos es la absoluta imprevisibilidad del futuro: nunca sabemos hacia dónde ni cómo soplará el viento de la historia. Lo único que nos resta es hacer nuestro papel, en acuerdo con nuestras convicciones y responsabilidades.

El preanuncio de la contienda en puertas ya lo hemos visto suceder por estos días, y este texto también, inevitablemente, se incluye. Muchas mallas de sentido se han tendido para atrapar el tiempo de la naturaleza. Ya de inicio testimoniamos la divergencia entre dos grandes analistas, como son Slavoj Žižek e Byung-Chul Han: utopía y distopía en confrontación, a la par como presagios. A partir de allí, centenas de atribuciones de significado circularon en muchos textos, pero el virus las excede en su incerteza y el desconcierto en que ha sumido a la humanidad. Esto es muy importante considerarlo pues nos lleva hacia la apertura de la historia, a su imprevisibilidad y a la aceptación de los límites implacables impuestos a nuestra capacidad de controlarla, ordenarla. El virus da fe de la vitalidad y constante transformación de la vida, su carácter irrefrenable. Demuestra la vitalidad de la naturaleza, con nosotros adentro de ella. Se ha mostrado una realidad que nos excede y supera todo voluntarismo. Occidente se enfrenta así con lo que constituye la dificultad suprema del mundo colonial-moderno, porque la meta por excelencia del proyecto histórico eurocéntrico es la dominación, cosificación y control de la vida. Acorralar y bloquear todo imprevisto, toda improvisación ha sido su intento y relativo triunfo progresivo.

Este virus y todos los que le antecedieron y vendrán más tarde presentan una libertad que hace temblar inclusive más que la misma muerte a esta propuesta civilizatoria. Una libertad desconocida. Siendo así, la orden del día solo ha podido ser replegarse para “sacarle el agua al pez”, dejar al nuevo ser sin hospederero, hasta que su peligrosidad quiera “dar la curva” o surja una vacuna de las manos del papel que representamos en esta gran escena: la escena ambiental. Lo que sabemos sirve, pero más que un control indica una “adaptación”, una flexibilidad y maleabilidad de los comportamientos, y una capacidad de respuesta que forma parte de un mismo drama, del que somos parte. Gran lección le da este minúsculo ser al Occidente.

Difícil y escamoteado en el discurso de los medios fue el impacto inicial incontestable del virus, porque su aparición en escena fue francamente democrática. Atacó en primer lugar y con gran fuerza a las dos más grandes

potencias del mundo, y a la rica y confortable Europa. En este mismo momento está avergonzando a la Big Apple y a todo el mundo así llamado “desarrollado” al demostrar que carece de lo que parecía tener: seguridad para su gente y capacidad de cuidado masivo y general para sus habitantes. Atacó a nobles, políticos de alto rango y empresarios de poderosas corporaciones. Hizo sorprendentes bajas entre las élites cosmopolitas. Ante el mismísimo lente mediático, le mostró al mundo que, sin lugar a dudas, todos somos mortales. Se comportó como un migrante al que nadie le coloca vallas. Llevó al propio Henry Kissinger a hablar del fin de la hegemonía norteamericana.

Es posible afirmar que, al menos por un tiempo, el virus, evento de la naturaleza, ha dado una lección democrática. En América Latina, mientras tanto, es posible adivinar un terror expectante y apenas entredicho, una verdad pronunciada a medias sobre lo que sabemos puede suceder cuando el virus finalmente derribe la frontera que blinda la inclusión de la exclusión. ¿Qué sucederá cuando macizamente “cruce las vías” y haga su entrada, con toda contundencia, incontenible, entre los pobres? Hasta hoy, en nuestro continente, debido a la cuarentena, la exclusión penaliza a los que viven rigurosamente al día por su necesidad del ingreso diario, pero no es en su cuadrícula que la peste se ha dejado sentir con más fuerza por ahora. ¿Qué pasará cuando arroye de lleno el espacio de los hacinados? Eso no lo hemos visto todavía. Aunque quizás quepa aquí una digresión sobre el caso particular de Guayaquil. He visitado en una ocasión esa ciudad y sus alrededores, y creo que por su extensa faja portuaria en la que atracan pesqueros, pero también contrabandistas y traficantes, es posible decir que allí hay una extensa población que, siendo pobre, es también cosmopolita. Esa rara conjunción entre pobreza y cosmopolitismo es lo que creo ha anticipado la llamativa vulnerabilidad de esa ciudad.

Volviendo a la futurología practicada hasta el momento por autores notables, los intentos de captura han sido, hasta el momento, al menos los siguientes:

- El virus hará posible derrumbar la ilusión neoliberal y abandonar la acumulación egoísta, porque sin solidaridad y sin Estados proveedores no nos vamos a salvar. Sin un Estado que garantice protección y entrega de recursos a los que menos tienen, no será posible continuar la vida. La postura, en este caso es que entenderemos que es necesario colocar la acumulación a disposición de la gente que la necesita para sobrevivir, y los gobernantes serán a futuro llevados a desobedecer el precepto fundamental en que el capitalismo se apoya.

- El segundo pronóstico circulando podría describirse como “agambeniano” y es preanunciado por la ciencia ficción distópica. Estaríamos ingresando en un laboratorio de experimentación a gran escala que permitirá espiar a la población mundial con medios de control digital e inteligencia artificial con nuevas tecnologías infalibles. Todo será informado sobre cada uno de los vivientes y la amenaza de un estado de excepción de magnitud desconocida asolará a la humanidad.

- Gobernantes como Trump y Bolsonaro parecen adherir, sin enunciarlo reflexivamente, a un tercer vaticinio relacionado con lo no dicho sobre la masacre esperada cuando el virus atraviese la gran frontera con los cantegriles y favelas. Un subtexto de su discurso y accionar parece asentir al exterminio de los sobrantes del sistema económico, curvarse a la ley de la sobrevivencia del más fuerte, del más apto. Una perspectiva neo-malthusiana y neo-social-darwinista se hace presente aquí, una ideología totalitaria –en la definición de ideología de Hannah Arendt– cuyo valor afirma que quien no esté adaptado a la sobrevivencia en determinadas circunstancias o quien pueda perjudicar el proyecto nacional como definido por la perspectiva en poder, deberá perecer. El virus, visto desde esa ideología, se encabalga con la “solución final” característica del totalitarismo: lo que no sirve, en el sentido de que no presta servicio a un ideario, no debe vivir. Esta posición, que es ideológica y responde al proyecto político de un sector de intereses, no debe ser confundida con un abordaje como el de Alemania, por ejemplo, que diverge de la estrategia de la cuarentena rigurosa y la extinción del virus mediante la absoluta restricción de hospederos humanos, y permite la

circulación de personas apostando a la declinación natural de la potencia infecciosa del virus mediante el aumento de la inmunidad humana. Este último abordaje no es igual al de la propuesta del neo darwinismo social porque los Estados que la proponen, como Alemania y Suecia, tienen una mayor oferta de atendimento y equipamiento médico para reducir la letalidad del virus. Aun así, ya han surgido dudas sobre la apuesta en el desarrollo natural de la inmunidad humana, que sin duda pondrá en riesgo la vida de mucha gente, y los países que han adoptado esta estrategia la están abandonando.

- La cuarta interpretación adhiere a la importancia de un abordaje bélico y una derivación hacia una actitud fascista. Se entrena así para actuar sobre la base de la existencia de un enemigo. El frenesí del enemigo asoma su cabeza. Toda política montada sobre la presunción de la existencia de un enemigo común tiende necesariamente al fascismo. La enemistad, el belicismo se convierten en la razón de ser de la política. El virus sirve a las fuerzas de seguridad para actuar dentro de esa perspectiva y lógicas punitivas y de exterminio se desatan. Una parte de la población cuyo perfil en la política y en la ciudadanía tiene esas características se ha encuadrado hoy en esa lectura de la pandemia. Hay una cantidad de ejemplos de expresión de animadversión y agresividad extrema contra vecinos que trabajan en hospitales, sean médicos o enfermeros, contra personas que han llegado del exterior y contra personas que se encuentran enfermas. El furor y odio hacia toda y cualquier persona asociada a la plaga cunde entre sectores reaccionarios de la sociedad, que pretenderán, a futuro, imponer ese orden social frente a lo que puedan definir como “amenaza pública”: enfermos, migrantes, no-blancos, delincuentes, inmorales, etc.

- La quinta predicción es que, al final, habrá de persuadir e imponerse a todos, la idea de que la Tierra, en cualquiera de los nombres que recibe, nos habrá demostrado su límite y dejará probado que la explotación industrial de la naturaleza nos lleva en una dirección suicida. Ricos y pobres, según los que así piensan, habremos aprendido lo que los pueblos indígenas nos han repetido tantas veces: “No tenemos la tierra, es Ella quien nos tiene”.

- Una sexta postura es la de que el virus vino a imponer una perspectiva femenina sobre el mundo: reatar los nudos de la vida comunal con su ley de reciprocidad y ayuda mutua, adentrarse en el “proyecto histórico de los vínculos” con su meta idiosincrática de felicidad y realización, recuperar la politicidad de lo doméstico, domesticar la gestión, hacer que administrar sea equivalente a cuidar y que el cuidado sea su tarea principal. Es a eso que le he llamado en estos días de un “estado materno”, como distinto a aquel estado patriarcal, burocrático, distante y colonial del que nuestra historia nos ha acostumbrado a desconfiar.

Seamos honestos: todas estas apuestas pueden ser perfectamente convincentes, dependiendo de cuál sea el proyecto histórico al que se adhiere y cuáles son los intereses que nos representan. Todas son igualmente interesantes e inteligentes, pero todas son omnipotentes, en el sentido de que pretenden, de antemano, vencer en la ruleta del tiempo. Todas adolecen de la neurosis de control del Occidente en su empeño por encuadrar la historia en un rumbo previsible. Muestran la inculcada *incapacidad de estar*, evocando aquí inevitablemente el rescate de la potencia del tiempo en su fluencia emprendido por nuestro filósofo, Rodolfo Kusch, cuando substituyó el ser heideggeriano por el estar andino.

Problemas que ya existían se muestran exacerbados y se han vuelto más visibles, han aflorado y rasgado una superficie que antes no les daba acceso. El proyecto histórico del capital, y su estructura manifiesta en lo que he llamado “proyecto histórico de las cosas”, como opuesto al “proyecto histórico de los vínculos”, había vedado con eficiencia la consciencia de la finitud. Necesitaba colocar la muerte en un planeta distante. Pero hoy tenemos un gran funeral mediático, son centenas de ataúdes impudicamente expuestos. Es posible que esto desvíe nuestro deseo en otra dirección que no es la acostumbrada: ¿qué importancia podrían tener las marcas, frente a la presencia de La Muerte en el vecindario? Mejor pongámonos cómodos. ¡Total....!.

Resulta, además, que las plagas siempre son bíblicas, pedagógicas, aleccionadoras. De repente, es posible preguntarse si el orden institucional y la usina económica a que respondía no era ficcional, si el universo que habitábamos no adolecía ya de una precariedad insostenible. Más que por las muertes que ocasiona, pues decesos, mortandades ya hemos visto muchos, pero no han parado el mundo, es el desconcierto, descontrol e imprevisibilidad que la microscópica criatura ha introducido lo que viene a molestar la credibilidad del sistema. Por ejemplo, ha venido a demostrar que se puede cambiar la realidad prácticamente “de un plumazo” presidencial. He aquí una *pedagogía ciudadana*: nada es inamovible, todo puede ser alterado bastando la voluntad política. En materia de gestión de la vida, constatamos que es posible transformar el mundo en un gran laboratorio en el que se realiza un portentoso experimento. Y eso es lo que les mueve el piso a los dueños del planeta.

Que nadie venga a decirnos ahora que “no es posible ensayar otras formas de estar en sociedad” u otras formas de administrar la riqueza: se puede parar la producción y se puede parar el comercio. Estamos presenciando un acto de desobediencia fenomenal sin poder adivinar cuál será la ruta de salida. El mundo se ha transformado en el vasto laboratorio donde un experimento parece ser capaz de reinventar la realidad. Se revela, de repente, que el capital no es una maquinaria que independe de la voluntad política. Todo lo contrario. Estamos ahora frente a la evidencia que siempre los dueños de la riqueza y sus administradores buscaron esconder: la llave de la economía es política, y **las leyes del capital no son las leyes de la naturaleza**. Estamos frente a un Estado de Excepción inusitado y a la inversa, que ha apretado la palanca que suspende el funcionamiento de la gran usina que confundíamos con el orden divino. Un pseudo orden divino, una impostura cuya perfecta metáfora es el famoso becerro de oro bíblico, el falso dios que desorientó al pueblo de Israel en su travesía a Canaán: una gran plaga sobrevino por colocar un falso dios en el lugar del verdadero. El capital es el falso dios, la Madre Tierra es el verdadero. Y eso son los mitos en la gran episteme de la especie: siempre nos pautan la lectura del presente.

Proteger la vida, cuidar de ella en un aquí y ahora y, a como dé lugar, en un presente absoluto, es todo lo que importa. No así los pronósticos y las declaraciones de principio e intención moral, pues, como he argumentado en otra parte, en esta fase apocalíptica del capital, el discurso de persuasión moral se ha vuelto inocuo frente a la *pedagogía de la crueldad* que ha inoculado nuestros corazones y consciencias con el antídoto eficazísimo que cancela la percepción empática del sufrimiento ajeno. Además, las pautas a futuro basadas en una supuesta idea general del bien son arriesgadas: cualquier falla en la cláusula que hayamos establecido y la construcción entera se agrietará; cualquier decepción, y nos parecerá derruirse la estructura que cuidadosamente hayamos edificado.

Trabajar en la predicción es peligroso, pues no tenemos datos claros ni sobre el presente ni sobre el futuro. No conocemos con precisión lo que nos amenaza. Lo que importa es aprender a estar, cuidar como se pueda y soportar el suelo en movimiento debajo de los pies. He sugerido en otra parte que una politicidad en clave femenina se adapta mejor a este tipo de contingencia en la que salvar la vida es todo lo que importa.

En más de un texto he presentado al Estado como la última etapa de la historia del patriarcado. He dicho que cuando la tarea política masculina deja de ser una entre dos tareas políticas, y el espacio donde se ejecuta deja de ser uno entre dos espacios -el público y el doméstico, cada uno con su estilo propio de gestión-, para convertirse en una esfera pública englobante y el ágora única de todo discurso que se pretenda dotado de politicidad, es decir, capaz de impactar en el destino colectivo, en ese momento, la posición de las mujeres, ahora secuestradas en la cápsula de la familia nuclear, se desploma a la calidad de margen y resto, expropiada de toda politicidad. Sin embargo, se me ocurre que el *enfoque albertiano*, su manera de hablarnos, es, al menos en esta circunstancia, una gestión doméstica de la nación. “Materna”, he dicho públicamente, porque lo materno y lo paterno independen del cuerpo en que se depositan, como nos ha enseñado desde hace tiempo la útil y vilipendiada categoría “género”, gran formulación del feminismo que nos ha permitido desencializar, desbiologizar roles y sexualidades.

Alberto nos pide aunarnos, genera una experiencia infrecuente en nuestro país. Genera comunidad, nos pide que depongamos la discordia e intentemos reinicializar para enfrentar lo desconocido, dice que nos va a proteger y que va considerar las necesidades materiales en su desigualdad. Es por eso que he dicho que parece encarnar un estado maternal, una gestión doméstica, como una innovación. No puedo dejar de recordar aquí las dos nociones de patria a que el maravilloso ensayo de Jean Améry “Cuánta Patria Necesita un Hombre” hace referencia: La patria patriarcal, bélica, defensiva, amurallada, y la patria maternal, hospitalaria, anfitriona. Las lenguas nórdicas tienen dos palabras diferentes para ellas: *vaterland* o *fatherland* la una, y *heimat*, *homeland*, la patria hogar, la otra. Es imprescindible destacar este acontecimiento, la diferencia albertiana, porque al teorizar, no sólo describimos los eventos, sino que también los prescribimos, los hacemos ser, les otorgamos realidad, les alentamos un camino. Tenemos que identificar y nombrar las novedades que aparecen en la desconocida escena del presente.

Más que una fantasía de futuro, debemos prestar atención a lo que de hecho hay, las propuestas y prácticas que emergen, lo que la gente está concretamente haciendo e inventando. Lo que ocurre aquí y ahora a nuestro alrededor, entre nosotros. De nuevo: la politicidad en clave femenina, como he dicho otras veces, es tónica y no utópica, práctica y no burocrática. En esa vigilia, maneras de sustentar la vida que estaban al rescoldo se van reencendiendo lentamente. Nos vamos dando cuenta de que al menos una parte de la capacidad de subsistencia tiene que quedar necesariamente en manos de la propia gente. Resurge en nuestro país la memoria del 2001. Nuestra propia *Odisea del Espacio*, infelizmente archivada. Un sentimiento de pérdida muy grande se experimenta cuando nos percatamos de que, en el momento en que el Estado retoma eficientemente las riendas de la economía nacional y se supera el período de la gran carencia, toda aquella economía popular se desintegra. En la hambruna e intemperie del 2001, surgieron estructuras colectivas, el individualismo retrocedió y el país pasó por una mutación que se deja sentir hasta hoy. Pero cuando el

problema de las necesidades materiales inmediatas se resolvió, nada promovió la permanencia de esas estructuras operativas que se habían creado.

He defendido que el buen Estado es un Estado restituidor de fuero comunitario, protector de la producción y el mercadeo local y regional, capaz de fogonear un camino anfibio: no podrá abdicar del mercado global porque de sus dividendos provienen los recursos para sus políticas públicas, pero tampoco deberá abandonar la auto-sustentabilidad de las comunidades, la soberanía alimentaria y el mercadeo local, arraigado, que, como en el caso presente, vuelve a hacerse crucial para la sobrevivencia. Un buen Estado transita entre los dos caminos y blinda al más frágil, para que sus saberes, sus circuitos propios de mercadeo, sus tecnologías de sociabilidad y sus productos no se pierdan, ni tampoco su autonomía. Vemos nuevamente hoy como resurgen a nuestro alrededor las pequeñísimas huertas en balcones, corredores, galerías y patiecitos, las trocas de sus productos entre vecinas; propone el gobierno las cuarentenas comunitarias, en barrios que se cierran como comunas; retoman su papel los colectivos, hacen colectas, se organizan para que la gente coma, y mis vecinas santelmeñas en red me preguntan todos los días qué necesito. No olvidemos a los millones de hindúes “*walking home*”, un lugar que nadie jamás debería ser obligado a dejar. Vemos la ansiedad por la vuelta al terruño en todas partes, y tenemos la obligación de entender este movimiento visceral, atávico, de volver a casa.

El problema que resta es ¿cómo garantizar que esa experiencia quede registrada en los discursos del tiempo pos-pandemia y permanezca audible para, de esa forma, evitar que sea rehecha la fantasía de normalidad y de inalterabilidad que nos capturaba? ¿Cómo retener la experiencia de un deseo que, al menos durante este intervalo, se encaminó libremente hacia otras formas de satisfacción y realización? Habrá fuerzas habilidosas, muy bien instruidas, estudiando el tema para clausurar esa memoria, desterrarla, dejarla bien vedada, para de esa forma garantizar la continuidad de una “normalidad” que la pandemia había

interrumpido. ¿Cómo estar preparadas para que el olvido no suceda? ¿Cómo evitar, también, que la pérdida de experiencia acumulada en el 2001, vuelva a ocurrir?.

.....

Rita Segato es Doctora en Antropología de la Queen's University of Belfast, Irlanda. Es profesora de Antropología y Bioética en la Cátedra UNESCO de la Universidad de Brasilia. Sus principales campos de interés se centran en las nuevas formas de violencia contra las mujeres y en las consecuencias contemporáneas de la colonialidad del poder. Entre sus obras más importantes se encuentran: *Las estructuras elementales de la violencia* (Buenos Aires, 2013), *La Nación y sus Otros* (Buenos Aires, 2007) y *La Crítica de la Colonialidad en Ocho Ensayos y una antropología por demanda* (2015).

La no linealidad del cambio social

Por Julián Rebón

La actual pandemia global del COVID-19 conmociona al mundo. En los momentos que escribo estas páginas alrededor de la mitad de la población mundial está confinada en sus hogares. La especie humana, la única articulada en formas de cooperación y conflicto a escala global, muestra toda su vulnerabilidad contra un virus desconocido hasta ayer. Este, como una especie de “free rider” viral, utiliza nuestra organización social para filtrarse y expandirse por el planeta. La especie todopoderosa que parecía haber doblegado las fuerzas de la naturaleza, destruyendo especies y hábitats así como prolongando crecientemente su esperanza de vida, se ve amenazada en su dimensión biológica. Se trata de una crisis sanitaria sin magnitudes por la escala y velocidad de su propagación y sus consecuencias potenciales sobre la salud de la población mundial. Representa además la primera crisis económica mundial precipitada por una pandemia. En su desconcertante dinámica muestra la vulnerabilidad de la globalización neoliberal y la inexistencia de una gobernanza global que pueda darle respuesta. (Linera, 2020).

Pensar el futuro postpandemia es, sin dudas, una aventura osada. El amplio y contradictorio abanico de tesis postuladas por aquellos que se atreven a acometerla, nos muestra además de la diversidad de perspectivas, lo incierto de responder acerca del mañana en un día a día cambiante, en un horizonte pleno de incertidumbres. (Agamben et al., 2020; Harari, 2020; Linera, 2020) En las líneas que siguen nos proponemos aportar algunos elementos para pensar desde el contexto argentino el carácter de la crisis y desde ahí hipótesis de futuro.

Entender como crisis a la pandemia supone, en términos conceptuales, situarnos desde las perspectivas de cómo el orden social es súbitamente perturbado y caotizado. A su vez, estas alteraciones e interrupciones de la normalidad, de lo establecido, se conforman en un terreno fecundo para desnaturalizar lo que nos rodea, establecer una mirada crítica, abonar espacios de innovación y de cambio. En las crisis los comportamientos habituales no pueden ser realizados, o de realizarse no suelen obtener los efectos esperados. Las situaciones originales habilitan respuestas originales. Así se atenúan los determinismos sobre la acción, dando renovado valor al azar pero también a la voluntad de los actores. La habitual muletilla de estos días “la crisis como oportunidad” subraya este componente. Sin embargo, todo lo dicho no habilita a pensar linealmente. El mismo carácter incierto de la dinámica lo desestima. Tal vez, un modo más pertinente de pensar el futuro es interrogarse por lo que la situación potencia, debilita y habilita. ¿Qué es lo que entra en crisis? ¿A qué actores se les atribuye responsabilidad por la situación? ¿Qué ideas y actores son reforzados o puestos en cuestión? ¿Se construyen nuevos consensos? ¿Qué cambios en las prácticas y acciones durante el momento excepcional que estamos transitando pueden sedimentarse y perdurar en el tiempo?

En este camino, debemos plantear la propia singularidad de Argentina en el marco de este escenario global. Nuestro país enfrenta este fenómeno en el contexto de la preexistencia de una crisis económica y social vinculada a la sobrecarga del endeudamiento internacional del país. Ya estábamos en crisis. La expansión de la pandemia le agregó un nuevo ámbito central para su desarrollo: el sanitario. Además, potenció los desequilibrios preexistentes. En primer lugar, nuestra situación de extrema vulnerabilidad fue rápidamente afectada por la volatilidad e inestabilidad de los mercados globales ante la pandemia. En segundo lugar, las políticas para ralentizar el contagio y evitar un descalabro completo del sistema de salud, alimentaron en el corto plazo diversas tensiones económicas y sociales. A diferencia de otras crisis de la Argentina reciente, esta transcurre con las calles vacías y con un gobierno que ejerce la conducción del Estado con amplia legitimidad. La difícil herencia que dejó el gobierno de Mauricio Macri era hasta hace poco el principal desafío del gobierno de Alberto Fernández, que asumió hace

no mucho más de 100 días. En unas semanas tuvo que cambiar el eje de su gobierno desde la reestructuración de la deuda a enfrentar la pandemia y, en ese renovado marco, atender la cuestión social. La vida política es alterada por la situación excepcional, pero a diferencia de otros momentos de nuestra historia no entra en crisis la gobernabilidad. Por el contrario, destaca la capacidad de iniciativa de la conducción del Estado, aprendiendo de la experiencia internacional y anticipándose a la difusión del virus con medidas preventivas que procuran disminuir el ritmo de los contagios y fortalecer la capacidad del sistema de salud. Se privilegia el cuidado y vida de la población, la “guerra contra el COVID-19”. Las metáforas bélicas empleadas por el gobierno y distintos actores deben ser leídas con atención. La habitualidad del término nos brinda elementos de como la realidad es percibida, y como sostiene un célebre teorema sociológico, cuando algo es percibido como real es real en sus consecuencias. La situación guarda cierto paralelismo con las dinámicas políticas de crisis derivadas de enfrentamientos bélicos. La verticalización del mando en la jefatura del Estado, la pérdida de protagonismo de otros actores y poderes, el terreno fértil para la unidad nacional y la movilización de recursos por parte del Estado y el dictado de medidas excepcionales son algunos de los atributos análogos. También el mayor poder estructural dado el contexto, de las fuerzas militares y –en nuestro caso- de la seguridad interior. La verticalización del mando en las confrontaciones bélicas fortalece a la conducción de los ejecutivos, pero también, como nos los recuerda la guerra de Malvinas, puede volverse súbitamente en contra en el caso de que se fracase en la empresa.

Este fortalecimiento del gobierno se ve acompañado al hecho de que no pueden acusarlo haber provocado la crisis. Por una parte, la crisis económica y social surge y se desarrolla en el marco de las políticas neoliberales del gobierno de Mauricio Macri. Por la otra, el carácter de pandemia del COVID-19 deja claro su condición exógena. En todo caso, lo único endógeno –interno a la sociedad argentina- que se registra es el previo debilitamiento del sistema de salud –incluyendo la desaparición de su Ministerio- como consecuencia de las políticas de ajuste durante el período presidencial previo. Este argumento –el daño del neoliberalismo sobre los sistemas de salud también es reiterado a nivel global-

donde los sistemas que más sufrieron su desmantelamiento tienden a mostrar menor capacidad de respuesta. Los incesantes flujos de personas producto de la globalización, especialmente del turismo globalizado, es otro elemento habitualmente apuntado como responsable de la velocidad de la difusión.

En este contexto, el gobierno de Alberto Fernández enfrentó la pandemia en sintonía con su programa de orientación nacional y popular. Y amplió el protagonismo del Estado para privilegiar el cuidado de la vida y la cuestión social. Estas medidas de mayor intervención estatal, no son ajenas a las que están tomando actualmente otros gobiernos de extracciones políticas diversas. A nivel mundial emerge el retorno del Estado, frente a la incapacidad del mercado para enfrentar eficazmente la pandemia. Las políticas neoliberales, en especial en los servicios públicos, son cuestionadas en distintos territorios terminando de resquebrajar el consenso neoliberal. Otra vez más se demuestra la ineficiencia del capitalismo para producir bienes públicos. También la ciencia adquiere renovada legitimidad como esperanza para enfrentar la pandemia, junto a esto retroceden los discursos cavernícolas y anticientíficos que habían crecido en el pasado reciente. La crisis se transforma en la oportunidad para que un gobierno que gusta presentarse como “de científicos y no de CEOs” potencie lo público con menores resistencias que en el contexto previo. En un contexto de cierre de fronteras y ausencia de gobernanza global es el Estado Nación el que cuida, protege, interviene, investiga, vigila, centraliza y redistribuye.

Cabe destacar que aún la intervención en sectores de la economía es muy modesta en relación a lo que podría avanzar y a la historia de nuestro país. Acometer la tarea requiere tonificar, recrear y construir capacidades institucionales. En la medida que el gobierno logre avanzar exitosamente con esta perspectiva en la resolución de la crisis se habrá dado un paso central para la recuperación estatal.

¿Qué ocurre en la sociedad civil? A diferencia de otros momentos de nuestra historia, como el “2001” esta es una crisis sin protesta en las calles, sin la emergencia de nuevas formas de asociativismo y experimentación social. Si bien hay acción colectiva –al fin y al cabo, estamos en Argentina- esta es de baja

intensidad en las presentes condiciones, tiende a estar restringida en su ámbito de realización a las redes sociales o, a lo sumo, a balcones y ventanas de las viviendas. El primer 24 de marzo sin movilización a la Plaza de Mayo con recordatorio en redes y pañuelos en las ventanas o los aplausos a los trabajadores de la salud, son nítidos ejemplos de estas nuevas condiciones de la acción colectiva. Por supuesto que también se mantiene la actividad cotidiana de muchas organizaciones de la sociedad civil. De hecho, la labor de varias organizaciones sociales en comedores y merenderos comunitarios forma parte del trabajo “esencial” en las actuales condiciones de cuarentena. (Salgado, 2020)

Pero más allá de todo esto, el propio modo de enfrentar la pandemia promueve el distanciamiento y el aislamiento, el repliegue al ámbito privado. Viejas y nuevas tecnologías del control social se despliegan restringiendo el movimiento de población, disciplinando las prácticas, estableciendo controles sanitarios. Las fuerzas de seguridad cumplen un lugar clave en esta estrategia asumiendo el control de las calles, a veces con excesos. Mezcla de responsabilidad ciudadana y de la cultura de obediencia anticipada al ejercicio del castigo florece el punitivismo pandémico. Medios de comunicación y ciudadanos se sienten convocados a denunciar y perseguir presuntos violadores de la cuarentena. Aflora el miedo a los otros, emergen nativismos de diversa escala, estigmatizaciones a los ciudadanos de países catalogados como de alto contagio y algunas localidades se cierran sobre si mismas como si los límites fueran fronteras. Se registra también algunos casos de hostigamiento de contagiados o a personas con alta exposición al contagio. Por otra parte, se potencian tendencias que ya crecían previamente, como la mediación por parte de nuevas tecnologías en las relaciones laborales, familiares, pedagógicas, de entretenimiento, burocráticas, epidemiológicas, de vigilancia, entre muchas otras. El combo control social y nuevas tecnologías, apenas desarrollado aún en nuestro país, ha sido señalado por el “éxito” epidemiológico logrado en países del sudeste asiático como un factor que puede configurar a futuro nuevos totalitarismos que restrinjan las libertades individuales a partir de novedosas formas de vigilancia digital y biológica. (Chul Han, 2020; Harari, 2020) Pase lo que pase en términos de control social, es de prever que la expansión material de la realidad virtual llegó para quedarse y continuar creciendo. También

que muchos de los disciplinamientos para enfrentar la pandemia puedan sobrevivir más allá de la misma, dependiendo probablemente de la duración e intensidad de esta. Algunos son más sustantivos que otros ¿Seguiremos utilizando generalizadamente el beso como forma de saludo? ¿Continuará siendo el mate compartido parte de nuestro folklore de la vida cotidiana? ¿Nos acostumbraremos a nuevos niveles de control social cuando hayan pasado las razones que los establecieron?

La crisis, a semejanza de otras de nuestra historia reciente, acentúa procesos de desigualación preexistentes y genera otros. Si bien la primera ola de contagiados por su composición muy vinculada al turismo internacional, está focalizada en las capas medias, en su difusión va afectando al conjunto de la población y, como es habitual, descarga regresivamente sus efectos sobre la estructura social, más duros sobre los que menos tienen. Aquellos más pauperizados y precarizados son quienes menos condiciones presentan para practicar las medidas de prevención, para acceder al sistema de salud en caso de contagio y sufren mayormente los impactos económicos. A diferencia de otras crisis, en esta la desigualdad etaria es más sustantiva, las personas de más de 60 años tienen más riesgo y van a tener más restricciones en su vida cotidiana, por supuesto las consecuencias de esto, como en toda sociedad de clases, difiere según su condición social. El gobierno ha intervenido rápidamente, con diversas medidas de reforzamiento del sistema de salud público, de subsidios para sostener empleo, tejido productivo, así como redistribución de ingresos y recursos de diverso tipo. La existencia de un sistema sanitario fragmentado y estratificado socialmente vuelve clave en el corto plazo la intervención estatal para que la condición social no sea la diferencia entre la vida y la muerte. A futuro, queda planteada la necesidad de avanzar en una reestructuración del sistema en su conjunto.

Mucho se habla en estos días del regreso del Estado o del fin de la globalización neoliberal. Como la crisis financiera de 2008 nos muestra, no hay salidas mecánicas. En nuestro país hay mejores condiciones que en el pasado para una recreación de la capacidad estatal, porque hay un gobierno en sintonía con ella y porque hay un contexto que lo facilita. Pero encontramos una sociedad civil

desmovilizada y enfrentamos tendencias a la mayor desigualdad. Potenciar la movilización de las clases populares, con base en su rica historia, durante la salida de la emergencia es clave para esta recreación y para el contenido de la misma. Por una parte, porque hay que avanzar en nuevas formas de estatalidad que amplíen el espacio de lo público. Que al mismo tiempo que desmercantilice relaciones sociales y garantice derechos, contenga formas de participación social en su seno. El regreso del Estado no debiera ser la vuelta al pasado. La participación social es el mejor antídoto contra su colonización por grupos privados y la corrupción asociada a la misma. La ciencia y la tecnología, a contramano de las tesis de la vigilancia digital, pueden aportar en esta tarea de diseño de mecanismos de participación y transparencia. Más que fantasear con contenidos utópicos alternativos, probablemente sea más productivo aportar en la construcción de instituciones que viabilicen el empoderamiento social. Por la otra parte, porque este avance supondrá nuevas confrontaciones.

La desaceleración del mercado mundial y los proteccionismos emergentes promueven una salida de la crisis económica basada en el mercado interno. En este sentido, es vital materializar procesos de redistribución progresivos que lo potencien. Si bien habrá amplios sectores del capital que teóricamente podrán beneficiarse de la recuperación productiva, y en tal sentido podría existir mayores incentivos para construir un compromiso de clases, “concertación social” en palabras de la época, nada hace pensar que este camino esté exento de confrontaciones. La historia reciente del país muestra que la clase dominante tiende a interpretar como amenaza a su posición social aún las pequeñas reformas. El futuro, el horizonte del cambio social, está siempre en disputa. Será necesaria la movilización en esta dirección.

El Estado es también el estado de las confrontaciones.



Bibliografía

Agamben, G.; Zizek, S.; Nancy, J.; Berardi, F.; López Petit, S.; Butler, J.; Badiou, A.; Harvey, D.; Chul Han, B.; Zibechi, R.; Galindo, M.; Gabriel, M.; Yañez, G.; Manrique, P. y Preciado, P. (2020) *Sopa de Wuhan*. Aspo.
Chul Han, B. (2020) *La emergencia viral y el mundo de mañana*. Sopa de Wuhan. Aspo.

García Linera, A. (2020) *Conocimiento Social en tiempos de horizontes colapsados*. Conferencia inauguración del ciclo académico del Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín.

Harari, Y. (2020) *El mundo después del coronavirus*. La vanguardia, Barcelona.

Salgado, R. (2020) *Trabajo esencial: merenderos y comedores en contexto de COVID-19* Bordes. Revista de Política, Derecho y Sociedad. UNPAZ.

Julián Rebón es Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es Profesor Titular de la Carrera de Sociología y Secretario de Estudios Avanzados en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, así como Investigador Independiente del Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (CONICET) y del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Actualmente también es miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Ha dirigido el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA entre 2009 y 2013, y el Instituto de Cultura, Sociedad y Estado, de la Universidad Nacional de Tierra del Fuego entre 2013 y 2014. Se especializó en el estudio de las vinculaciones entre el conflicto y el cambio social.

Hacia un Gran Pacto Ecosocial y Económico

Por Maristella Svampa y Enrique Viale

Buenos Aires, Día 31 del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio.

Vivimos una encrucijada civilizatoria, cuyo alcance y consecuencias todavía inciertas envuelve las diferentes esferas de la vida. Para comenzar, la pandemia ha desnudado y agudizado las desigualdades sociales y económicas haciéndolas más insoportables que nunca, y ha tornado necesario retomar aquellas alternativas que hace solo unos meses parecían inviables, para encontrarle una salida diferente a la crisis que vivimos. Como pocas veces visto, la pandemia nos impulsa a dejar de mirar el Estado, los mercados, la familia, la comunidad, con lagañas tradicionales, a la luz de nuestra vulnerabilidad social y nuestra condición humana, como seres inter y ecodependientes, a repensar en una reconfiguración integral, esto es, social, sanitaria, económica y ecológica, que tribute a la vida y a los pueblos.

Así, la capacidad del Estado, que hoy aparece como fundamental para superar la crisis a nivel global y nacional, debe ser puesta al servicio de un gran Green New Deal o Gran Pacto Ecosocial y Económico, para transformar la economía mediante un plan holístico que salve al planeta y, a la vez, persiga una sociedad más justa e igualitaria. Lo peor que podría suceder es que, en su propósito de volver a crecer económicamente, el Estado apunte a legislar contra el ambiente, acentuando la crisis ambiental y climática, así como las desigualdades Norte-Sur y entre los diferentes grupos sociales. Hay que entender de una vez por todas que las Justicias Ecológica y Social van juntas, que no sirve una sin la otra.

Desde nuestra perspectiva, cinco son los ejes fundamentales del Pacto Ecosocial y Económico a debatir: un Ingreso Universal Ciudadano, una Reforma tributaria progresiva, la suspensión del pago de la Deuda Externa, un Sistema nacional de cuidados y una apuesta seria y radical a la Transición socioecológica.

1- La actual catástrofe pone en evidencia que todo ser humano debe tener garantizado un ingreso básico que le abra la posibilidad de una vida digna. Para acceder a este Ingreso universal o Renta básica, impulsado históricamente en nuestro país por el economista Rubén Lo Vuolo¹ y ciertas organizaciones sociales, no se requiere ninguna otra condición personal que la de existir, y con ello, la de ser ciudadano. A diferencia de las políticas sociales focalizadas y fragmentarias que se han venido implementando en la región latinoamericana y en nuestro país en las últimas décadas, el Ingreso Universal Ciudadano está desvinculado del empleo asalariado, no exige contraprestación alguna, no refuerza la trampa de la pobreza (como sucede con los planes sociales focalizados) ni el clientelismo, y pretende garantizar un piso suficiente para el acceso a consumos básicos. Lejos de ser algo irrealizable, el Ingreso Universal hoy está en el centro de debate de la agenda global, así como lo está la propuesta de reducir la jornada de trabajo estableciendo un límite de, al menos, entre 30 y 36 horas semanales, sin disminución salarial. Entre otros beneficios, esto último no solo mejoraría la calidad de vida de los y las trabajadoras sino que permitirían la creación de nuevos puestos de empleos para cubrir las horas reducidas. Pero, además, una apuesta al reparto de tareas, implicaría afrontar proactivamente la realidad de la automatización de los procesos de producción y el avance de la sociedad digital, sin tener que multiplicar por ello la desocupación y la precarización del empleo.

2- La implementación del Ingreso Universal no solo pone en el centro de la escena la cuestión de la ciudadanía sino también la necesidad de contar con sistemas impositivos progresivos, como base para su factibilidad y buen funcionamiento. No hay que olvidar que nuestro país cuenta con un sistema fiscal regresivo, basado en los impuestos indirectos o al consumo (como el IVA) y un impuesto a las ganancias (incluyendo el impuesto al salario) que golpean sobre todo a los sectores medios y bajos. Los grandes patrimonios, las herencias, los daños ambientales, las rentas financieras, son todas fuentes tributarias que tienen

¹ Ver: <https://ingresociudadano.com.ar/archivos/579>

nula o muy baja presencia en el sistema impositivo del país. Como afirma José Nun, ex secretario de Cultura, quién hace tiempo viene tallando en estos temas, “esta vía exige una reforma impositiva profunda, cuyo significado e importancia deben instalarse en la conciencia colectiva para distinguirla de los parches y remiendos que hoy reciben ese nombre”². Así, el segundo eje del Pacto Ecosocial y económico no solo apunta a un necesario impuesto a las grandes fortunas que coadyuve a afrontar el costo de la crisis. También es imprescindible una Reforma Tributaria Progresiva que reconfigure desde la base el actual sistema fiscal en todas las jurisdicciones, en un sentido equitativo, y que incluya desde el impuesto a la herencia erradicado de un plumazo por Martínez de Hoz durante la última dictadura militar, además de nuevos impuestos verdes a las actividades contaminantes.

No podemos tolerar que, tal como ya sucedió a nivel global con la crisis financiera de 2008, el Estado salga a socorrer a los bancos y entidades financieras y terminen siendo los más vulnerables quienes financien esta crisis. La concentración de la riqueza a la que asistimos en esta fase del capitalismo globalizado y neoliberal es solo comparable con aquella propia del capitalismo desregulado de fines del siglo XIX y principios del XX. Mientras tanto, aunque la pobreza haya disminuido, según los períodos y las sociedades, las desigualdades aumentaron, tanto en el Norte como en el Sur global. Según datos de la organización Oxfam, el 1% más rico de la población mundial posee más del doble de riquezas que 6900 millones de personas: casi la mitad de la humanidad vive con menos de 5,50 dólares al día. En materia ecológica, los datos también escandalizan: solo 100 grandes empresas transnacionales son responsables del 70% de los gases de efecto invernadero a nivel global.

3- En momentos extraordinarios es cuando se justifican la suspensión de las grandes deudas de los Estados. No hay que ser radical ni heterodoxo en materia política y económica para darse cuenta de ello. En las economías desarrolladas la

²Ver: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/columnistas/la-decadencia-argentina-paradoja-inclusion-nid2346386>

deuda total –hogares, empresas, gobierno- representa el 383% del PBI. En las economías emergentes, es del 168%.³ Ningún país puede pagar colosales montos de divisas sin antes garantizar a sus habitantes una vida digna, mucho menos en un contexto de inédita recesión económica global y nacional como al que asistimos, mucho menos tampoco en una situación de casi default que nuestro país heredó, sobre todo debido a los préstamos contraídos por la gestión anterior que solo sirvieron para fugar dinero y sostener déficits fiscales que no beneficiaron a los sectores más vulnerables. Hace unas semanas, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés), propuso un nuevo Plan Marshall que libere 2,5 billones de dólares de ayuda a los países emergentes, que implique el perdón de las deudas, un plan de habitacional en servicios de salud, así como programas sociales. Por ende, la necesidad de rehacer el orden económico mundial, que impulse incluso un jubileo de la deuda, hoy aparece como viable y plausible.

4- La pandemia debe abrir paso a la construcción de sociedades ligadas al paradigma del cuidado, por la vía de la implementación y el reconocimiento de la solidaridad y la interdependencia también en las políticas públicas. Así, es necesaria la implantación de un *Sistema Nacional Público de Cuidados* destinado a atender las necesidades de personas mayores en situación de dependencia, niños y niñas, personas con discapacidad severa y demás individuos que no puedan atender sus necesidades básicas. Una vez superada la pandemia, tanto a nivel global como nacional, la recuperación de la economía debería priorizar tanto el fortalecimiento de un sistema nacional de salud y de cuidados, que exige un abandono de la lógica mercantilista, clasista y concentradora, generadora de ganancias para los monopolios farmacéuticos, y un redireccionamiento de las inversiones del Estado en las tareas de cuidado, así como el equilibrio y el cuidado de la Madre Tierra.

³Ver: <https://www.sinpermiso.info/textos/situacion-de-la-economia-mundial-al-principio-de-la-gran-recesion-covid-19-referencias-historicas>

Vinculado con los problemas en la salud de la actual pandemia, recordemos que los virus más recientes—como el SARS, la gripe aviar, la gripe porcina y el COVID-19— están relacionados con la destrucción de hábitats de especies silvestres para plantar monocultivos a gran escala.⁴ Es necesario dejar el discurso bélico detrás y asumir las causas socioambientales de la pandemia, para colocarlas en la agenda política-estatal y responder así a los nuevos desafíos. En esa línea, las voces y la experiencia del personal de la salud serán cada vez más necesarias para colocar en la agenda pública la inextricable relación que existe entre cuidado, salud y ambiente, de cara al colapso climático. Nos aguardan no solo otras pandemias, sino la multiplicación de enfermedades ligadas a la contaminación y a la agravación de la crisis climática.

5- No podemos invisibilizar más los debates sobre la crisis ecológica y el colapso climático. Es momento de que la Argentina comience una Transición Socioecológica, una salida ordenada y progresiva del modelo productivo netamente fosilista y extractivista que predomina. Transición y Transformación, pues se trata de avanzar en un cambio del sistema energético, hacia una sociedad post-fósil basada en energías limpias y renovables, algo que no ha sido posible ni pensable en un contexto en el cual la visión eldoradista asociada a Vaca Muerta obturó aún más la expansión de imaginarios alternativos y sustentables en torno a la energía.

Por otro lado, la caída estrepitosa del valor del barril del petróleo pone fin a la apuesta a la explotación de combustibles fósiles no convencionales que se había instalado en nuestro país desde el descubrimiento del yacimiento Vaca Muerta, hace poco menos de una década. Lo cierto es que la inviabilidad económica de Vaca Muerta se evidencia desde hace varios años mediante los millonarios subsidios que gozaban las compañías petroleras para sostener la producción, solventados por enormes aumentos de tarifas a los consumidores. Así, el

⁴Ver: <http://revistaanfibia.com/cronica/las-nuevas-pandemias-del-planeta-devastado/>

derrumbe histórico del precio del petróleo desbarata el “Consenso del fracking”⁵ que unía sectores del campo político y económico, y deja bajo tierra el mito eldoradista sobre este yacimiento -aquel que lo mostraba como “el salvador” de nuestro país-, al tiempo que abre también una oportunidad extraordinaria para repensar totalmente el sistema energético.

Tal vez sea utópico pensar que Argentina tenga el 100% de sus energías renovables en el año 2040, pero ésa es la dirección que el país debe encarar; y no la explotación de Vaca Muerta, que obtura cualquier posibilidad de transición y transformación socioecológica exitosa. Al mismo tiempo, se trata de avanzar también en términos de democratización, pues la energía es un derecho humano, y una de las principales tareas en un país como el nuestro es terminar con la pobreza energética que caracteriza a las barriadas populares. Así, la justicia social y la justicia ambiental deben ir articuladas.

La otra cara de la transición es potenciar la agroecología para transformar el sistema agroalimentario argentino mediante la creación y fomento de cinturones verdes de agricultura ecológica en ciudades y pueblos de todo el país generando empleo y garantizando alimentos sanos, seguros y baratos. Además, esto promueve la soberanía alimentaria con sistemas de producción y distribución dirigidos al desarrollo de mercados locales agroecológicos de pequeños productores, solidarios que fomenten una cultura asociativa y comunitaria y una responsabilidad ciudadana en el consumo. Se puede comenzar con la obligatoriedad de compra por parte de los gobiernos a estos productores para escuelas, hospitales y demás organismos públicos. Esto fomentaría el *arraigo* en pequeñas y medianas ciudades semirurales si se complementa con acceso a la tierra, la vivienda, la salud (de calidad), la educación (en todos los niveles, desde jardines de infantes hasta la universidad) y los alimentos.

El Antropoceno como crisis es también un Urbanoceno. Tengamos en cuenta que en Argentina el 92% de la población vive en ciudades (el promedio mundial es de 54%) concentrada en un 30,34% de nuestro territorio. Solo en el

⁵ Ver: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-avance-del-consenso-del-fracking>

Área Metropolitana de Buenos Aires, el 0,4% de la superficie total del país, vive el 31,9% de la población total. Habitamos ciudades planificadas por y para la especulación inmobiliaria (cuya contracara es la emergencia habitacional y la insuficiencia de espacios verdes) y dominadas por la dictadura del automóvil (con transportes públicos saturados). Esta característica puso bajo la lupa a las vidas urbanas en cuarentena y evidencia la necesidad de un cambio radical en la forma en que vivimos en las metrópolis. Debemos ruralizar la urbanidad, sobre todo en las grandes ciudades donde la relación con la Naturaleza es prácticamente nula. Debemos reparar la separación que tienen los habitantes urbanos respecto de la naturaleza y también sobre las fuentes de nuestra alimentación y nuestra vida.

Por último, estamos convencidos que parte fundamental del Pacto Ecosocial y Económico es el reconocimiento legal de los Derechos de la Naturaleza, en otras palabras, los seres humanos debemos admitir a la Naturaleza como sujeto de derecho (y no como un mero objeto) con la cual debemos convivir armónicamente, respetar sus ritmos y capacidades.

Necesitamos reconciliarnos con la naturaleza, reconstruir con ella y con nosotros mismos un vínculo de vida y no de destrucción. Nadie dice que será fácil pero tampoco es imposible. Pero no nos engañemos: el “retorno a la normalidad” es el retorno a las falsas soluciones. Tampoco “volver a crecer como antes” es la salida. Solo podría conducir a más colapso ecosistémico, a más desigualdades, a más capitalismo del caos. Con todo lo horroroso que ha traído la pandemia, es cierto también que estamos ante un portal: el debate y la instalación de una agenda de transición justa por la vía de un Gran Pacto Ecosocial y Económico puede convertirse en una bandera para combatir el pensamiento neoliberal -hoy replegado-, neutralizar las visiones colapsistas y distópicas dominantes y vencer la persistente ceguera epistémica de tantos progresismos desarrollistas, que privilegian la lógica del crecimiento económico así como la explotación y mercantilización de los bienes naturales.

La apuesta es construir una verdadera agenda nacional y global, con una batería de políticas públicas, orientadas hacia la transición justa, que requieren de la participación y la imaginación popular, así como de la interseccionalidad entre

nuevas y viejas luchas, sociales e interculturales, feministas y ecologistas. Esto plantea sin duda, no solo la profundización y debate sobre todos estos temas, que hemos intentado presentar de modo sumario aquí, sino también la construcción de un diálogo Norte-Sur; Centro/Periferia, sobre nuevas bases geopolíticas, con quienes están pensando en un Green New Deal, a partir de una nueva redefinición del multilateralismo en clave de solidaridad e igualdad.



Texto publicado en Revista Anfibia. Abril 2020. Disponible en: www.revistaanfibia.com

Maristella Svampa es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Actualmente vive en Buenos Aires y es investigadora Superior del Conicet y Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata. Ha recibido varios premios y reconocimientos, entre los cuales se destacan el Premio Kónex de platino en Sociología (2016) y el Premio Nacional de Ensayo Sociológico por su libro *Debates latinoamericanos. Indianismo, Desarrollo, Dependencia y Populismo* (2018).

Enrique Viale es abogado con estudios de posgrado en Derecho Ambiental. Consultor y especialista en Política y Legislación Ambiental. En el año 2004 fundó la Asociación Argentina de Abogados Ambientalistas (AAdeAA). Se desempeña como abogado litigante en numerosas causas por daño y recomposición ambiental. Es autor de diversos libros y artículos especializados en Desarrollo, Política, Derecho y Justicia Ambiental publicados en el país y en el extranjero.

Geopolítica del coronavirus

Por Helena Carreiras y Andrés Malamud

Desmenucemos tres cuestiones sobre el mundo que viene: las nuevas amenazas, la crisis de las organizaciones internacionales y el papel de los estados.

A nuevas amenazas, nuevas estrategias

Las cuestiones de política internacional suelen dividirse en alta y baja política. La alta política hace a la supervivencia y seguridad de los estados; la baja política, a todo lo demás (como el comercio y la cultura). Esporádicamente, algunos temas de baja política cobran relevancia estratégica y pasan a considerarse de alta política, en un proceso llamado “securitización”. La pandemia vino a transformar a la salud pública en un área de alta política. Sin embargo, en contraste con amenazas clásicas como la militar, la protección contra las pandemias no requiere ejercer poder sobre otros estados, sino con otros estados. La salud pública no es un bien privado, público ni de club, sino de red.

Los bienes privados son aquellos que un estado posee en exclusividad y de cuyo uso puede excluir a terceros. Un ejemplo es un portaviones nuclear.

Los bienes públicos son aquellos que un grupo de estados produce, pero de cuyo uso no puede excluir a terceros. Ejemplos son las regulaciones marítimas y la estabilidad financiera internacional. Los bienes públicos generan incentivos para la defección (es decir, a no pagar por el bien porque igual se lo disfruta). Para esto hay dos respuestas: una consiste en monitorear y sancionar la defección; la otra, en aceptarla. Sancionarla requiere autoridad, aceptarla requiere liderazgo. El liderazgo consiste en la decisión de un país o grupo de países de pagar un costo

desproporcionado (pero aun así conveniente) por la producción del bien público. Estados Unidos cumplió este rol hasta hace poco, pero ya no.

Los bienes de club son aquellos que un grupo de estados posee en exclusividad y de cuyo uso puede excluir a terceros. Un ejemplo son las organizaciones regionales, que pueden financiar políticas redistributivas o defender exclusivamente a sus miembros (como la Unión Europea o la OTAN). Pertenecer tiene sus privilegios.

Los bienes de red son aquellos cuya utilidad aumenta con su difusión: cuantos más usuarios lo tengan, mejor para todos. El ejemplo más candente son las vacunas y la inmunización en general. A los países no les resulta indiferente si los demás están sanos: les conviene que lo estén, sea por razones sanitarias o económicas.

Y si el objetivo es que todos tengan algo, la estrategia apropiada es la cooperación y no la competencia. Las nuevas amenazas son “males de red”, cuya capacidad de daño aumenta con su difusión. No habiendo liderazgo internacional claro, contrarrestarlas exige cooperar en red más que en clubes.

La crisis de las organizaciones internacionales

El efecto paradójico de la pandemia es que, aunque su superación requiere la cooperación internacional, su combate inmediato incita al aislamiento nacional. El impacto de estos incentivos cruzados sobre las organizaciones internacionales fue asimétrico: aunque casi ninguna estuvo a la altura, las organizaciones políticas respondieron peor que las funcionales. Así, las Naciones Unidas (ONU) casi no cumplieron ningún papel, mientras la Organización Mundial de la Salud (OMS) se constituyó en referencia para buena parte de los estados. A nivel regional ocurrió algo similar: mientras la respuesta de los órganos políticos de la Unión Europea (UE), la Comisión y el Consejo, fue controvertida e insuficiente, la del Banco Central Europeo (BCE) fue inicialmente defectuosa pero luego corregida. Y es del BCE, en última instancia, que depende la supervivencia del euro, cuya implosión podría ser la secuela más mortífera del coronavirus.

Dos enseñanzas se desprenden de esta experiencia. La primera es que la cooperación funcional o técnica se ha demostrado más útil y más efectiva que la cooperación política. Esto es relevante para América Latina, donde la cooperación política ha aplastado a la funcional. Instituciones como el BID y la CAF serán mucho más relevantes para la reconstrucción post-pandemia que la CELAC o la OEA. La segunda enseñanza es que el desacople entre política y función podría dar lugar a una globalización desacoplada, en que las esferas de influencia de Estados Unidos y China no están separadas por alineamientos ideológicos, estratégicos o económicos sino regulatorios, con estándares técnicos y desarrollos tecnológicos parcialmente incompatibles. Podemos estar camino a un mundo dividido no entre liberalismo y comunismo sino entre “Mac y PC”, en el que quedar afuera o jugar al medio no sea una opción. Y la elección de cualquiera de los polos tiene un costo, porque Estados Unidos seguirá controlando la divisa global mientras China definirá precios y decidirá inversiones.

El papel de los estados

La pandemia no afecta a todos por igual, porque el contexto local bifurca los impactos globales. Los países desarrollados enfrentan una doble crisis: sanitaria y económica. Pero la crisis en los países subdesarrollados es triple: sanitaria, económica y social. La informalidad de los mercados laborales y la precariedad de los estados de bienestar multiplican las penurias y dificultan las respuestas. Aunque la respuesta a la emergencia requiere más estado, las capacidades estatales no se construyen de apuro. El estado no necesariamente te cuida, también te mata –por acción cuando es totalitario, por omisión cuando es débil–.

La pandemia va a incentivar el fortalecimiento del poder estatal, pero lo hay de dos tipos: el despótico y el infraestructural. El poder despótico es la capacidad del estado para actuar coactivamente sin restricciones legales o constitucionales.

El poder infraestructural es su capacidad de penetrar en la sociedad y organizar las relaciones sociales. De nuevo, es la distinción entre el poder “sobre” otros y el poder “con” otros. Los estados más efectivos serán los que antes

inmunicen a su población (o aprendan a convivir con el virus) y le permitan volver a trabajar, no los que la mantengan encerrada. El retorno del estado no implica necesariamente el retorno del nacionalismo. El estado es un instrumento (de acción colectiva), la nación es un sentimiento (de pertenencia colectiva). La efectividad del estado es independiente de la emotividad excluyente del nacionalismo –aunque la emotividad no excluyente del patriotismo sea siempre bienvenida-.

La pandemia vino a reforzar el poder de los estados al mismo tiempo que aumentaba su interdependencia. ¿Cómo se puede ser más fuerte y más dependiente a la vez? Tal es la paradoja de la interdependencia: la capacidad de un estado no se incrementa con el aislamiento sino con la gestión inteligente de los flujos con el exterior, sobre todo de los bienes de red (“poder con otros”).

Las amenazas del futuro incluyen la rivalidad geopolítica y la competencia tecnológica: sin cooperación sino-americana, las perspectivas del mundo que viene son sombrías. Porque las necesidades del futuro incluyen mejores capacidades estatales, menos nacionalismo y más cooperación internacional funcional: científica, sanitaria y financiera. Y, quizás, más democracia –pero éste es un juicio normativo-.



Helena Carreiras es decana y profesora de la Escuela de Sociología y Políticas Públicas del Instituto Universitario de Lisboa (ISCTE-IUL) e investigadora del Centro de Investigación y Estudios de Sociología (CIES-IUL) de la misma institución. En 2019 se convirtió en la primera mujer en asumir la Dirección del Instituto de Defensa Nacional de Portugal.

Andrés Malamud nació en Olavarría. Es licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires y doctorado en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, Italia. Fue investigador invitado del Departamento de Gobierno y Política de la Universidad de Maryland, College Park, Estados Unidos; y del Instituto Max Planck de Derecho Público Comparado y Derecho Internacional de Heidelberg, Alemania. Actualmente es investigador principal en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa.

Depende de nosotros

Por Beatriz Sarlo

Discurrir hoy sobre el futuro puede ser producto de un ciego optimismo, de un pesimismo convencido de sus visiones o, simplemente, de una divagación. En verdad, no elegiría ninguna de estas tres posiciones. Nunca he sido pesimista; nunca he sido optimista, excepto en un tramo de mi juventud revolucionaria; y las divagaciones no son mi fuerte, pese a lo que otros puedan opinar con entero derecho.

Siempre que me creí capaz de predecir algo sobre el futuro, me equivoqué. Confié en la llegada próxima e inevitable de la revolución; confié en que el regreso de Perón movilizaría unas fuerzas y controlaría otras; confié en lo que, a fin de los años 1960, se llamó el sindicalismo clasista; confié en la omnipotencia de las ideologías; confié en la productividad del conflicto no simplemente como dimensión inevitable de la escena democrática, sino como el mejor modo de tramitar las diferencias sociales y políticas. Hoy siento que se han debilitado esas confianzas o que se han convertido en testimonios de una historia que yo no comprendía, porque pedía que los hechos se ajustaran con mayor disciplina a mis esquemas y deseos.

El tema, sobre el que se nos pide una opinión, es el futuro después de la pandemia. Me pregunto, en primer lugar, cuándo comienza un futuro que no sea una repetición mejorada o peor que el presente. Me pregunto en qué momento se traza una línea para calificar al tiempo como futuro y no como reiteración de lo que llamamos "ahora". Sobre ese tiempo, que ignoro cuándo tendrá su comienzo, habría que hacer otra aclaración: si nos referimos al futuro inmediato, digamos las primeras semanas o los primeros meses, o nos referimos a un horizonte hecho de

pintorescas o eruditas imágenes y también de audaces o imprecisas predicciones. Pensar no excluye imaginar, pero solo imaginar no consolida hipótesis.

Me interesa el futuro inmediato, por la sencilla razón de que, si hay futuro, esa será la primera etapa, que habrá que superar para demostrarnos que se puede entrar en la segunda, y así sucesivamente. El futuro no es un simple instante de tiempo, sino que implica una idea de continuidad entre etapas diferentes.

La primera: liberados del enclaustramiento y las separaciones forzosas, quizá grupos cuantitativamente importantes se prodigarán en los contactos próximos, los amontonamientos sentimentales y amistosos, que ahora la pandemia ha vuelto peligrosos e indeseables. Todo dependerá en ese caso de las regulaciones que el gobierno imponga con la fuerza que, si es preciso, debe ejercer para que se cumplan. Si el futuro inmediato es un festival de contactos, no tendremos ninguna seguridad de que será posible evitar una recaída, un regreso del virus después de su circunstancial derrota.

Hoy mismo, a tres semanas del enclaustramiento, estoy escuchando diferentes sonidos en la calle y viendo más gente, como si el paso de los días fuera un principio de cura. Se sabe que el enclaustramiento es muy difícil tanto para los jóvenes como para los viejos. Y a propósito, mejoremos nuestro discurso: ¿no sería posible que se dejara de llamar "abuelos" a los viejos? Esa palabra, de resonancia estrechamente familiar, suena como si a las mujeres, desde la edad de procrear, se las llamara madres. Hay muchos viejos que no quisieron ser padres ni madres y por lo tanto no les parece exacto un apelativo que los convierte en abuelos. El futuro que espero deberá ser cuidadoso con esos usos vulgares de la lengua, que hoy se condenan en el caso de las mujeres, pero que persisten para los viejos. Es un detalle, pero todos los que nos ocupamos del lenguaje sabemos que el detalle es probablemente lo más significativo de una interpelación. Baste mencionar el ejemplo histórico del peronismo, que instaló al sujeto político "descamisado".

Bien, en ese futuro inmediato, son prioridad los que más padecieron durante los meses de la peste: los que sufrieron hambre, en primer lugar; los chicos y chicas que no tuvieron escuela, en segundo; los que sufrieron dolencias que fueron desatendidas porque el sistema de salud estaba razonablemente concentrado en la pandemia; las adolescentes embarazadas y solas o con hijos pequeños; las mujeres sometidas a la violencia.

En ese futuro inmediato se deberán restablecer los accesos a servicios de educación y de salud que concentraron sus capacidades y esfuerzos en el virus. Quienes perdieron el espacio de la escuela, sin otros reemplazos, son los más pobres, y los que más necesitan. La educación por las redes no equivale a la presencia comunitaria de los maestros y profesores, sobre todo para los chicos y jóvenes cuyas familias, por carencia y marginación, no pueden ni desempeñarse eficazmente como reemplazo, ni completar los vacíos metodológicos que las redes, aunque parezcan mágicas, abren. Así quedan subrayadas, una vez más, las diferencias sociales y culturales, porque las redes no son una máquina de distribución equitativa. Como al mercado, cada uno entra en ellas con lo que trae de otra parte. Es evidente que el aula virtual funciona de un modo en los hogares donde, antes, otras aulas no virtuales han ejercido su influencia sobre los adultos. Lo virtual puede ser despiadadamente antiigualitario, como cualquier otro sistema simbólico.

Será también necesario atender la seguridad, que no afecta tanto a los pudientes como a los más pobres, a los vecinos de barrios carenciados y a los que viven en los extremos precariamente urbanizados de las ciudades. El futuro inmediato debe hacerse cargo de esos hombres y mujeres: volver a poner en marcha lo que antes de la pandemia funcionaba, aunque funcionara con baches y deficiencias. Sabemos lo que cuesta poner en funcionamiento algo que se paró de repente, porque una máquina, que funcionaba quizá de modo inadecuado o incompleto, se frenó en seco. Empezar de nuevo.

Este es el futuro inmediato, un tiempo de corta duración, porque está cargado de tareas y probablemente no tenga los medios para realizarlas. De la resolución de estas cuestiones dependerá todo lo que concierne no a las próximas semanas ni a los próximos meses, sino a lo que en verdad podrá llamarse futuro porque habremos salido de la coyuntura urgente.

En cuanto a esta segunda etapa, es decir el futuro después de los primeros pasos que comienzan en el presente, los optimistas creen que puede ser un punto de partida y sería estupendo que lo fuera. Pero un punto de partida exige condiciones previas. La primera es económica; ignoro cuál va a ser la situación argentina en ese momento futuro. Solo tengo preguntas: ¿se lanzarán las empresas a producir o estarán débiles o paralizadas por falta de dinero para las inversiones necesarias? Si es cierto que están endeudándose o deberán endeudarse fuertemente para pagar los sueldos durante la pandemia, ¿cuál será su resto? ¿Cuánto podrá el estado contribuir a través de créditos para financiar un renacimiento económico? ¿La deuda argentina volverá a estar en primer plano o contribuirá a desplazarla de allí el jubileo siniestro pero en última instancia beneficioso de la pandemia? No tengo respuestas para estas preguntas, pero estoy convencida de que las respuestas son necesarias para definir una imagen sobre el futuro que no sea simplemente voluntarista.

Sobre aquello que puedo conocer un poco más, tengo diferencias con el optimismo que convierte a la pandemia en un gran aprendizaje nacional. Para que ese aprendizaje fuera posible deberíamos estar de acuerdo sobre aquello que la pandemia deja como balance. No simplemente sobre el sufrimiento, ya que nadie puede sensatamente discutir sobre el sufrimiento, sino sobre la posibilidad de que el miedo deje como resultado una lección valiosa.

Para que una lección sea impartida y escuchada son necesarias voces autorizadas intelectual y moralmente que expliquen razones, las conviertan en mensajes aprensibles, que, finalmente circulen como consignas.

Se necesita un pensamiento sobre el pasado que se dedique no solo a los días transcurridos bajo el imperio del miedo, sino antes, cuando muchos rasgos de la realidad social nos avisaban que éramos débiles en varios flancos, no solo en el que atacó sorpresiva e imprevisiblemente la pandemia.

Pero eso no es todo. Es necesaria la voz a la que se reconozca esa capacidad de síntesis sobre el sufrimiento pretérito y el futuro que habrá que construirse. No me refiero al cansado y cansador tema del gran acuerdo, sino a un debate que, eventualmente, resulte en acuerdos parciales, sectoriales, regionales, que, aunque no borren las diferencias, permitan negociarlas y, si es posible, sintetizarlas (una síntesis más difícil que la hegeliana). Un gran acuerdo no consiste solamente en los puntos elementales en los que acordarían tirios y troyanos: necesitamos empleos, necesitamos salarios, necesitamos producir, necesitamos exportar. Exportábamos a raja cincha durante el conflicto con el campo del año 2008, lo cual no impidió enfrentamientos, provocaciones, insultos, cortes de ruta y nuevos antagonistas.

Los acuerdos son muy difíciles, porque suponen que alguien resigna una parte de lo que le ha tocado en suerte y, muchas veces, esos afortunados no están moralmente educados para resignar lo que obtuvieron en repartos anteriores de los ingresos, las tierras, los bienes simbólicos, o su propio trabajo, del que tienen la convicción que debe repartirse lo menos posible. Nadie está dispuesto a considerar, ni siquiera como hipótesis, que la riqueza nacional es un bien común colectivo, y que los impuestos deberían repartirla de modo más equitativo.

En este sentido, expreso mi deseo. Lo mejor que puede aportar el futuro de la pandemia es una reforma impositiva, con un acento puesto sobre los bienes personales. Los empresarios pagarán más si son ricos, no si sus empresas son prósperas e invierten productivamente sus ganancias. Si la pandemia nos convierte en un país impositivamente más justo, podremos decir que hemos vencido y que habrá un futuro.

Todo depende de nosotros. Debemos eso a los muertos y a quienes están sufriendo.



Beatriz Sarlo nació en Buenos Aires el 29 de marzo de 1942. Formada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires -donde fue docente desde 1983 hasta 2003- es escritora, ensayista y crítica literaria. Ganó el Premio Konex de Platino, la Beca Guggenheim y el Premio Pluma de Honor de la Academia Nacional de Periodismo de la Argentina, entre otros. También dictó cursos en las universidades de Columbia, Berkeley, Maryland y Minnesota.

El regreso del futuro

Por Dora Barrancos

Vivimos circunstancias insólitas porque estamos a merced de una odiosa e impensada partícula que más allá de que haya sido inventada –hay varias disquisiciones, algunas delirantes–, ha puesto en vilo nuestras vidas y nuestra astucia anticipatoria. Anticipar acontecimientos se transformó en una experiencia propia de la especie, vaya a saber cuándo, pero la expectativa devenida en medidas precautorias y en acciones de conjuro, probablemente sea clave en el pasaje histórico a estadios más complejos de la evolución humana. Antes de que hubiera pitonisas profesionales hubo funciones de adivinación, y seguramente no hay ninguna comunidad humana a la cual le haya resultado extraña este tipo de actividades, aunque a menudo ha comportado una habilidad peligrosa, especialmente cuando rayó el distanciamiento entre sentimiento y razón, si aceptamos la percepción precursora de Jules Michelet (2004). El futuro significa por definición incerteza, pero cuando las sociedades occidentales ingresaron a las transformaciones de vorágine, a la serie que parecía sin solución de continuidad de revoluciones socio-materiales que se tradujeron en plataformas políticas, como las que se originaron en el siglo XIX, el tiempo venidero se constituyó en el periodo por antonomasia. Para las vanguardias revolucionarias de aquel largo siglo, el porvenir se anticipaba, el tiempo experimental no era el de la existencia presente, sino el futuro redundante en visiones utópicas. Esas vanguardias entrañaban exactamente lo contrario a preservar el presente, en todo caso un penoso tránsito que había que sortear, y siempre resultará conmovedor el gesto último de Enjolras, el héroe de Víctor Hugo que expira con el alegato “en el futuro nadie matará a su semejante, la tierra resplandecerá, el género humano amará (...), y para que esto ocurra es que nosotros vamos a morir”. La exaltación del mundo futuro, aún a costa de la vida, constituye una regla moral en las sagas rupturistas porque sólo

se puede soportar el tiempo tangible con una operación de sacudimiento que instale el tiempo venidero, verdaderamente remisible. El futuro ha concernido pues a la épica política y esta concepción alimentó las subjetividades rebeldes que volvieron con mucha energía a mediados del siglo XX. Como parte de esa generación hay algo de prospectiva que no he podido abandonar, una apuesta a desinstalar las adversidades del presente –incitantes para la incomodidad y los revulsivos–, por lo que me ha acompañado un cálculo temperamental necesariamente optimista. Siempre he pensado que el pesimismo político entraña una sensibilidad reaccionaria, y aunque estoy advertida de cierta *naïveté* de esa concepción –hay mucha gente reaccionaria fundada en optimismo–, no abdicaré de la convicción que suscitan acciones como desafiar y transformar, cuyo sentido último refiere al optimismo de la voluntad de cara al futuro. En el transcurso de la llamada “pos modernidad” –alusión a un movimiento de retirada de dar *sentido* a la acción humana–, lo menos interesante que exhibió fue justamente la operación sobre el tiempo. En orden a eliminar la suficiencia del Sujeto y a desenmarcarlo de cualquier idea de significación, quedó obturada la posibilidad de poner los focos en el futuro. Tengo la impresión de que fue dominante una apreciación de presente continuo porque resultó inhibido el sentimiento de posteridad –todo cálculo apostador pasó a ser mera teleología–, y en la misma maniobra, también el pasado quedó como cuestión de herrumbres, sin capacidad enunciativa ejemplar.

No comulgo bien con la idea, propia de cierta economía discursiva, acerca de que la cara política del aluvión “pos-moderno” haya sido el “neo-liberalismo”, aunque habría que sopesar que el cauce de la posmodernidad se impuso, estética y políticamente cuando se perdieron las esperanzas en el socialismo real, algo que ocurrió bastante antes de la caída del muro y del crujido de la URSS. En todo caso debería alterarse el orden de aparición del fenómeno, ya que el movimiento polisémico que se denominó “pos modernidad” fue incubándose con la ruptura de ciertas tradiciones del pensamiento occidental, sobre todo con las de cuño iluminista que confiaban en el sólido carácter de la estructura y adherían al principio *conjuntista identitario* –imposible no citar a Castoriadis (1983)–, en las confirmaciones ascendentes de la racionalidad, en la elaboración planificada que podía contar como previsión y administración del tiempo más invocado, el futuro.

El evolucionismo que parecía imperecedero en el camino *hacia etapas superiores* encarnó fuertemente en las forjas a izquierda, y cuando las fórmulas del socialismo real, modelo que se proponía como una estación insoslayable en el tránsito al estadio superior, estallaba con la evidencia de gulags, persecuciones ominosas y crímenes horrendos –recordaré nuevamente que eso ocurrió bastante antes que el crujido de la Unión Soviética en 1991-, todo un mundo de mentalidades y sentimientos quedó a la intemperie, incluidas las fracciones antiestalinistas del socialismo. Hubo un apagón del “intelectual comprometido” y un crecimiento del escepticismo junto con un demérito del Sujeto arrobador. Pero no todo fue condenable en esa virada que puede situarse en la década 1970, pues en contraste con el desencantamiento europeo se asistió a un empinamiento de los movimientos de radicalidad política en América Latina, y se subrayó el mandato del compromiso intelectual, hasta la tragedia de las dictaduras exterminadoras. Es cierto que no todas las posiciones de la *intelligentzia* europea coincidieron en el escepticismo, con el abandono de las posturas que de algún modo se habían acodado en el socialismo real, y aparecieron expresiones luminosas que nos reconfortaron. No todo fue ganado por el cinismo, y sólo una apreciación equívoca, si no de mala fe, puede incluir a Michel Foucault, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Pierre Bourdieu –para citar teóricos de adopción peculiar en nuestros repertorios académicos-, en el vertedero de la ligereza posmoderna. Les debemos construcciones de enorme impacto para un nuevo acierto con las tareas transformadoras de la acción humana, un acicate para el reequipamiento mental y sensible que posibilitó una interpretación de la diáspora de la identidad de los sujetos, y desafíos a la exclusión y la inequidad en perspectivas soterradas por la modernidad.

No puede sortearse el campo de rupturas epistemológicas y políticas que significó el feminismo, probablemente un anticipo de lo que luego se difundiría como re apreciación de las extendidas lógicas temporales ascensionales, toda vez que los estudios feministas propusieron que la regencia patriarcal -muy anterior al capitalismo-, solicitaba un régimen de apreciación completamente diferente de los estadios de la humanidad. La historiografía de las mujeres situó los vaivenes de las relaciones patriarcales proponiendo una alteración de las “edades” históricas para

dar lugar a otra comprensión de la temporalidad según las circunstancias vinculares de género. Un texto precursor fue el de Joan Kelly Gadol, “¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?”, aparecido en 1977, y al demostrar que, si el Renacimiento pudo significar un movimiento de individuación para determinados grupos de varones, las mujeres quedaron sin poder usufructuar esa experiencia. La celeridad con que las feministas se apropiaron de textos críticos de las nociones de Sujeto – aterrizado como varón de argumentación monológica y monovalente, fenómeno que dio en llamarse falogocentrismo–, y de estructura, resultó desafiante para las ideaciones homogéneas y la linealidad temporal y significó un vuelco notable para la interpretación de las catedrales conceptuales clásicas, desde el liberalismo al marxismo.

Pero volviendo al desencanto que de algún modo exhibieron las posiciones posmodernistas y la aparición de las nuevas derechas neoliberales, no podría decirse que fueron sinergiales, sino en todo caso paralelas. Es cierto que la quimera neo-liberal pudo armarse como “discurso competente”, según el logrado concepto de Marilena Chauí (1981), porque contó con cierto desahuciamiento, con la guardia baja de las antiguas certezas que todo lo esperaban del cauce natural de las cosas, pero en cualquier caso son fenómenos coincidentes, no de causalidad determinante. La experiencia estético-política de la denominada “pos modernidad” no es la consecuencia del fenómeno de la reconfiguración capitalista en la era de la globalización financiera, responsable de la ideología de la administración política neo-liberal. En todo caso, la aquiescencia con que esta ideología de derecha permeó las sociedades también tiene mucho que ver con la insolvencia –y la abdicación– de las políticas que sólo en apariencia parecían progresistas y que terminaron siendo funcionales a las nuevas expresiones del mercado adversas a la intervención del Estado.

Lo notable es que el COVID-19 parece un imprevisto exorbitante en esta era global, pero no puede dejar de pensarse en que han abundado los anticipos predictivos, si bien se tiene la impresión de que han ocupado los márgenes de las consideraciones de la ciencia “al uso”. Me refiero a las conclusiones alarmadas de quienes han venido analizando las anomalías producidas en los ecosistemas, a las

depredaciones medio ambientales. Esas voces por lo general se han desatendido, a menudo por el tono incómodo de sus discursos, y basta detenernos en la recepción de la saga de la adolescente Greta Thunberg. Otro anticipo de la pesadilla es de orden feérico y corresponde al cine fantástico, tal vez más que el de ciencia ficción –la Escuela de Frankfurt había condenado a todos esos espectáculos–, nos ha entretenido o desagradado, pero en todo caso le hemos dado el tratamiento de dislate con casi nula probabilidad. Pero todo se ha puesto patas para arriba con la pandemia. Y no deja de llamar la atención que sean especialmente los liderazgos de derecha del mundo los que se hayan opuesto a tomar medidas en tiempo oportuno para paliar la peste, a sabiendas de lo que estaba ocurriendo en las cercanías. El obcecamiento negacionista de Boris Johnson, Donald Trump y Jair Bolsonaro, se nutre de la necesidad preeminente de no consentir en el estrépito de la economía, de no obstruir la mano invisible del mercado porque hay algo que se pone dramáticamente en evidencia, y es el desvanecimiento, la inconsistencia y el estallido de la mercantilización, sobre todo de los bienes sanitarios. ¿Pero no habría que pensar que están asistidos por el deseo de que finalmente la pandemia contribuya al conocido dispositivo de la *selección eugénica*, que se lleve a los indeseables, a los imperfectos que no han sabido usufructuar los beneficios del sistema? Habría que explorar este lado oscuro de la razón capitalista.

En estos momentos hay un tumulto por expedirnos, por dictaminar –y este texto es una prueba de la vorágine–, de modo que arrecian los anatemas de todo orden. No faltan las opiniones acerca de la enorme competencia del virus para destrozarse la malla que se creía inexpugnable de la arquitectura capitalista mundial –“haberlo sabido antes”, ironizaba un viejo militante–. Nuevamente toma forma la necesidad imperiosa de interpretar el futuro y hemos vuelto al tiempo olvidado, cuando las rupturas alentaban utopías. Decimos que ya nada será como antes con la certeza de una premonición. Y a nuestro juego nos llamaron porque finalmente estamos frente a una situación inédita que puede significar una alteración de las reglas de la actual dominación mundial, que puede anular las fórmulas perversas de inequidad, extinguir la acumulación pornográfica que revela el planeta. De acuerdo a un reciente informe de una importante ONG internacional, que no se encuentra a la izquierda precisamente, el 1% de los ricos del mundo acumula el

82% de la riqueza (OXFAM, 2020). Escribo y parece que remedo mis estremecimientos juveniles. Desde la década 1960 la situación ha empeorado en materia distributiva, menos ricos acumulan mucha más riqueza si hemos de acordar con los análisis de Thomas Piketty (2015), y no ha sido el único en corroborar esa escalada. Se asegura que la crisis de 2008, sin duda un sacudimiento de las economías más sólidas de occidente, lejos de disminuir la concentración, la vigorizó.

Abracemos entonces los retos del futuro que está retornando. Aunque no creo que estaremos pisando en corto tiempo las cenizas del capitalismo –como se entusiasma Slavo Zizek (2020)-, pues “tantas veces lo mataron y tantas resucitó”, muchas voces indican que la crisis será peor que la de 1929-1930 y necesariamente habrá transformaciones en el orden mundial. Es una oportunidad histórica para mostrar con toda evidencia la tragedia de la desigualdad humana producida por las fórmulas del capitalismo, aun porque quedarán más expuestas que nunca las diferencias ominosas pues, aunque el virus no se preocupa por distinguir las jerarquías sociales, cuando finalmente se cuenten las víctimas se verá cuánto más fueron afectados los grupos sociales que menos recursos tenían. Entre la población de mayor riesgo, las gentes de edad y con ciertas labilidades previas, la letalidad exponencial se sitúa entre quienes más padecen socialmente la carencia de ingresos, la precariedad del acceso a la salud. Pero no tengo dudas de que al menos las lógicas machaconas del reduccionismo economicista neo-liberal perderán vigor, su insolencia habilitante del sentido común trastabillará en el ring. Nos será más fácil recomponer acuerdos distributivos, tendremos más franqueado el camino para impedir trasferencias de la renta a sectores que deberían dejar de ser concentradores.

Aunque esta crisis ha puesto también en evidencia que las aficiones controladoras del Estado son tangibles y no meras metáforas foucaultianas –se ve muchísima capacidad policíaca también en las poblaciones-, habrá que mitigar las tentaciones vigilantes, motivo del rebato desmesurado de Agamben (2020). El resguardo del bien general no puede avivar las reservas fascistoides que parecen inmarcesibles. Si hay gobiernos de derecha envalentonados por salvar lo que creen

más importante, el mercado y los negocios, no faltan las expresiones, también de derecha, que han aprovechado la oportunidad para sumar opresiones con la vigilancia. Es cierto que resulta intolerable que nos exponamos a la incuria de gente estúpida, pero la respuesta no puede olvidar la regla del apego al derecho. La salida del tsunami debe reconducir a nuevos parámetros vinculares entre la exigencia de protección que se reclama al Estado (y suelen hacerlo hasta los más conspicuos anti Estado), y el inexorable respeto a los derechos humanos en sus variados términos sociales, étnicos, sexuales, algo sobre lo que se ha dicho tanto que huelgan los enunciados. La oportunidad trágica no debe ser apenas adventicia, debe desplegar toda nuestra sagacidad para que cuidar no sea vigilar, y mucho menos reprimir.

Por último, pero no lo que está al final de las tareas que reclama el futuro en ciernes, debemos imponemos la extinción del patriarcado. Si hay alguna interrupción esperable de las configuraciones violentas de base de nuestras sociedades debe centrarse, antes que en ninguna otra, en poner coto a la arcadia patriarcal. Están a la vista los estragos producidos por el dominio transhistórico masculino, la irracionalidad de las jerarquías de género, la perfidia de las ideaciones de exclusión, de discriminación. Repetiré que el sistema patriarcal es ínsitamente violento, y lo es desde su convalidación simbólica que pretende fundar en la naturaleza o en lo sobrenatural, los designios funcionales binarios de la especie. La violencia ejercida contra las mujeres, contra quienes se localizan en las anchas esteras de la disidencia sexual y genérica, contra las personas “trans”, constituye un clamor, un grito como el estremecedor de la célebre pintura del gran Edvard Munch que en 1893 avizoró los horrores del mundo. Necesitamos comprometernos con el futuro que está a nuestro alcance para devastar la desigualdad, la humillación, la violencia.

.....

Bibliografía

Agamben, G. “La invención de una pandemia”, Sopa de Wuhan, ASPO, Pablo Amadeo (Ed), marzo 2020

Castoriadis, C. (1983) *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Vol. 1, Madrid, Tusquets

Chauí, M. (1981) *Cultura e democracia: O discurso competente e outras falas*, Sao Paulo, Ed Moderna

Michelet, J. (2004) *La bruja*, Madrid, Akal

OXFAM – Informe 20 de enero de 2020. <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-milmillonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>

Piketty, T. (2015) *La economía de las desigualdades. Como implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*, Barcelona, ANAGRAMA/SIGLO XXI,

Zizek, S. (2020) “El corononavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill”, Sopa de Wuhan, ASPO, Pablo Amadeo (Ed)

Dora Barrancos es Socióloga de la Universidad de Buenos Aires, Magister en Educación de Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil y Doctora en Historia de la Universidad de Campinas, Brasil. Desde 1986, es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, organismo del cual fue Directora en representación de las Ciencias Sociales y Humanas. También es Profesora Consulta de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Entre sus libros y producciones académicas, se destacan: *Cultura, educación y trabajadores 1890-1930* (Centro Editor América Latina, 1991) *Inclusión/exclusión. Historia con mujeres* (FCE, 2002) *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos* (Sudamericana, 2007), *Mujeres, entre la casa y la plaza* (Sudamericana, 2008). En la actualidad es parte del equipo de asesores del presidente Alberto Fernández.

Los falsos profetas de la pospandemia

Por Silvio Waisbord

La pandemia generada por el COVID-19 disparó infinitas especulaciones sobre el mundo posible después de la crisis. Especular es enormemente atractivo. Es gratuito, salvo que uno invierta sus propios limitados recursos – vida, tiempo, dinero. Compartir ilusiones y miedos es una oportunidad tentadora, pero se puede convertir en un ejercicio narcisista cuando se tiran al viento pronósticos vagos, en especial en circunstancias como estas.

La buena prognosis demanda perspectiva, lo cual es difícil considerando que estamos en medio de la pandemia, un terremoto que sacude a la vez a sistemas políticos, económicos, sociales e informativos. De hecho, expertos en la pronosticación basada sobre *big data* y complejas inferencias, como epidemiólogos, asesores financieros, y estimadores de riesgo empresarial han mostrado cautela más que una confianza arrolladora. Saben que no sabemos qué vendrá. La pandemia puede ser un *game changer*, pero no sabemos hacia dónde.

Como comunidad global, jamás hemos vivido algo similar. Es una situación sin precedentes, conclusión que, aunque habitualmente es dicha con facilidad en este caso puede aplicarse. Jamás hubo tal grado de conexión mundial que explique tanto la rápida dispersión del virus como sus inmediatas consecuencias en la vida cotidiana. Esta pandemia no es directamente comparable a las recurrentes epidemias que azotaban pueblos europeos, la gripe “española” de 1918 (en realidad, “norteamericana” ya que se originó en Kansas), o las varias epidemias de una década atrás (SARS, Ebola). La historia ofrece importantes sugerencias, pero no brinda lecciones que se puedan calcar y aplicar a futuro. Que la pandemia del COVID-19 sea incomparable no quiere decir que sea peor o mejor, sino que plantea

interrogantes únicos sobre los que carecemos de respuestas obvias: duración, continuación, impacto económico y laboral, epidemias recurrentes. Las condiciones actuales son demasiado fluidas para ponernos en el rol de pitonisas.

En este paraíso de incertidumbres, reputados filósofos publicados en varios sitios en Internet sus pronósticos sobre la pospandemia. Estos vaticinios fueron reproducidos en el libro *Sopa de Wuhan*, título infeliz considerando que ignora que no hay que ligar enfermedades con nación, etnia o religión que alimentan el racismo y la xenofobia reinante. El infaltable Slavoj Zizek, siempre listo para anunciar que el futuro es inevitablemente socialista, aventuró que “el virus matará al capitalismo”. Lo describió como “la técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos”, analogía obtenida no de las lecciones de la toma de la Bastilla o la guerrilla de Sierra Maestra, sino de la película *Kill Bill*. Fiel a su estilo punzante y combativo, Zizek no explica como ocurriría tamaño proceso, si se viene un socialismo global o acotado a algunos países, o si vivimos en la antesala de un socialismo leninista, lacaniano o ligeramente caviar. Pareciera que Zizek se regodea en que sus especulaciones salvajes atraigan atención, y que le aburre elaborar argumentos sistemáticos y estratégicos sobre el gran momento de quiebre capitalista.

Uno asume que alguien con un currículum pobre de pronósticos certeros y profuso en juicios ofensivos, como dice razonablemente Moeller-Nielsen, se hubiera llamado a modestia sobre la situación actual. En especial con temas que están fuera de sus zonas de expertise como epidemiología, virología y economía. Ludwig Wittgenstein aconsejó “que sobre lo que uno no puede hablar, uno debe estar en silencio”. Recordemos que hace una década Zizek predijo que el sistema capitalista se acercaba a su punto final. Y que apostó por Trump en la elección de 2016 especulando que así el liberalismo norteamericano se radicalizaría, lo cual llevaría a la aceleración de las contradicciones en el corazón del imperio. Mezcló ilusiones primaverales con facultades analíticas.

Apoyar a Trump es, como mínimo, irresponsable y cínico, en particular si no se sufren directamente los embates de sus promesas y políticas nefastas contra

mujeres, inmigrantes, minorías, salud y educación. Esperar el surgimiento de un actor revolucionario en una supuesta extremización muestra un conocimiento superficial de la política estadounidense. El probable candidato demócrata Joe Biden es un máximo representante del establishment desde hace cuatro décadas. De igual modo, existe un enorme apoyo por causas centristas o moderadamente de izquierda en grandes sectores de la opinión pública sobre temas urgentes como la economía, la desigualdad, la violencia, el racismo. Las propuestas más destacadas de Bernie Sanders, el supuesto líder de la izquierda radical en los ojos de Zizek, son convencionalmente socialdemócratas en un país afirmado a la derecha del conservadurismo europeo del siglo veinte. No hay radicalización. No hay guerra civil en los demócratas. La revolución puede esperar sentada.

Byung-Chul Han, otro filósofo influyente en ciertos círculos intelectuales, observa astuto que Zizek se equivoca al inferir que el virus es la estocada final al capitalismo. Han predice un capitalismo recargado y el surgimiento de formas alternativas de movilización. La revolución se hace con personas más allá de situaciones particulares, dice con acierto. Han avizora más de lo mismo (o peor). La razón es sencilla: no hay evidencia concreta que ayude a imaginar una trayectoria diferente. Sin embargo, se apura al sentenciar sin evidencia que “el virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte”.

Hay ejemplos cabales de solidaridad y unión canalizadas por plataformas digitales, como así también movilizaciones para que los gobiernos sean sensibles y atiendan de forma urgente la situación de los más excluidos. El aislamiento físico no necesariamente individualiza cuando se pueden mantener y recrear formas de comunidad. De hecho, expertos en temas de sociabilidad digital, como Sherry Turkle, vienen anticipando nuevas formas de construir y mantener lazos sociales. Varios ejemplos durante la pandemia confirmarían esta idea, en tanto personas a lo ancho del planeta se han replegado en la vida social digital para combatir la separación, ansiedad, miedo, depresión, y soledad.

Giorgio Agamben, otra estrella de la filosofía contemporánea, descarta la importancia del COVID-19 con una frase históricamente equivocada (“es una gripe normal”, sentencia similar a la de otros expertos en virología como Jair Bolsonaro y Donald Trump). Flirtea con teorías conspirativas sobre la “invención” de la pandemia sin ofrecer pruebas. Sus piruetas discursivas desconocen un cuerpo de conocimiento que categóricamente concluye lo contrario, lo cual es una omisión de conveniencia o desprolijidad intelectual. Como cualquier teoría conspirativa, pretende estar libre de esa pegajosa molestia de mostrar evidencia irrefutable sobre una confabulación. Es difícil creer que los Estados necesitan generar pánico colectivo, como argumenta, y que la pandemia sea un momento finamente planeado. No está claro que “los Estados” y el capitalismo están ganando o que hayan “necesitado” la crisis considerando que el gran capital global atravesaba un espléndido momento en la última década después de la recesión del 2008. Varios criticaron a Agamben por sus especulaciones, como Paolo Flores d’Arcais, director de la revista de izquierda MicroMega, quien lo acusó de propagar la “filosofía del cazzo”.

Un punto común en estas predicciones distintas es la desprolijidad: especular sobre temas que se carece de evidencia y desconocer trabajos metódicos sobre epidemiología, economía y vida digital. Es tentador dar impresiones del momento en medio de la abundancia de información y la velocidad de los acontecimientos. El problema son las boconadas que muestran el mismo rigor que las visiones de un tarotista improvisado.

Filosofar sobre el futuro, de forma omnívora, es sencillo. Solo basta pensar y hablar al micrófono abierto. Sin embargo, se cae fácil en generalizaciones que dejan a un lado lo que expertos saben y desconocen. En un mundo de celebridades intelectuales, se emiten visiones aventuradas y rimbombantes (¡Viene el socialismo! ¡Estamos solos! ¡Hay conspiración!) que corren con ventaja sobre diagnósticos y especulaciones cuidadosas, difícilmente atractivos para los grandes titulares. Conclusiones como “No tenemos certezas”, “Hay varios escenarios posibles” o “Es complicado” carecen de similar encanto en un mundo de frases

máximas y trilladas. En la infinita lista de profecías ligeras e incumplidas, la charlatanería du jour hace recordar el apotegma de Lao Tzu, “Quienes tienen conocimiento, no predicen. Quienes predicen, no tienen conocimiento”.

La pandemia revela un conjunto de problemas. Acentúa debilidades en los sistemas de salud a nivel nacional y global, producto del vendaval del mercantilismo exacerbado, los laberintos bizantinos de organizaciones internacionales, así como la ignorancia y el cortoplacismo del liderazgo político. Muestra fragilidades de economías que priorizan los intereses del gran capital y condenan a millones al trabajo informal sin protección social de ningún tipo. Expone la falta de preparación a pesar de las constantes alertas de expertos en salud y servicios de inteligencia sobre posibles pandemias. Desnuda el vacío de liderazgo y coordinación a nivel mundial.

La pandemia también abre otra oportunidad para el cinismo de gobiernos que prefieren redoblar la apuesta por la ignorancia y la satanización de los críticos. Magnifica las enormes desigualdades sociales para enfrentar los múltiples frentes de la crisis (distanciamiento social, cuarentena, desempleo, transporte, acceso a alimentos y salud). Deja ver el instinto autoritario de gobiernos que no dudan en aprovechar la crisis para concentrar poder y perseguir a disidentes. Refleja déficits en la producción y el consumo de información certera, empática y amplia. Confirma la dependencia que tenemos de plataformas comerciales offline y online para la distribución de información de interés público y el contacto mediatizado.

Estas son las circunstancias que deben ser incorporadas a la hora de imaginar futuros posibles. No hay modelo único de sociedad que nos espera en la pospandemia por la sencilla razón que no hay situaciones o condiciones idénticas. Cada país enfrenta la pandemia y sus efectos con lo puesto en términos de calidad de sistemas públicos y privados de salud, tradiciones de individualismo y solidaridad, preferencias ideológicas, escenarios de poder, capital humano e institucional.

Países donde el populismo viene en alza, como Hungría, India, y Filipinas quizás estén más cerca de soluciones proto-fascistas y de una rápida transición al barbarismo que, de la solidaridad, la ayuda mutua o una versión benigna del socialismo. Es factible que otros, como Estados Unidos, insistan con las mismas políticas que condujeron a la crisis, gracias a la descomunal influencia de los grupos de poder y a dosis abundantes de etnonacionalismo, racismo, desigualdad, subsidio corporativo, y anti-globalismo. Algunos países quizás migren a un estatismo acentuado con escaso control social, bajo el argumento que soluciones férreas desde arriba son imprescindibles en situaciones de emergencia y riesgo. En cambio, pareciera que otros países optarían por medidas keynesianas en la economía y por apuntalar el estado de bienestar en áreas como salud, transporte, pensiones, cuidado infantil, trabajo doméstico, y educación. Esto implicaría un reacomodamiento político significativo por la sencilla razón que nadie concede nada ligeramente, aun cuando se agudiza el riesgo global.

La suspensión o eliminación del neoliberalismo en servicios sociales no ocurrirá solo porque sus estandartes vayan a aprender las dificultades de construir sociedades para minorías. Los libertarios no dejan de serlo porque se dan cuenta de sus errores, piden disculpas, prometen hacer trabajo comunitario, y conceden derrota agitando la bandera blanca. Cuando disminuya el sentimiento de riesgo y urgencia actual, es imaginable una reversión al estado pre-pandemia. Tantas veces se dio por muerto al neoliberalismo que sorprendería que este fuera un nuevo episodio de una realidad que se repite en un loop eterno, como la vida en El Día del Marmota. No sabemos lo que se viene ni si será mejor o similar para todxs.

Las salidas de la pandemia, cualquiera sea su horizonte moral y su visión social, demandan ideas, política y poder. No es una refundación o transformación brusca caída del cielo. Por el contrario, como muestran distintos estudios históricos sobre pos-epidemias, hay una continuación de tendencias anteriores y desvíos limitados impulsados por acciones particulares. Si bien es cierto que las crisis pueden producir cambios fundamentales, las ideas y el poder de la imaginación juegan un papel fundamental.

Recojo la observación de Alain Touraine en una entrevista reciente en El País, “Lo que más me impresiona ahora, en tanto que sociólogo o historiador del presente, es que hacía mucho tiempo que no sentía un tal vacío”. Sin ideas ni imaginación responsable y rigurosa es imposible pensar soluciones progresistas que permitan construir sociedades más equitativas y mejor preparadas para combatir epidemias y otros problemas, con especial atención a los más necesitados y urgidos en un mundo instalado en la derecha y con fuertes tendencias irracionalistas y autoritarias.

Si algo aprendimos de cambios estructurales en la economía y la sociedad en el último medio siglo es la importancia de las ideas circulantes y su capacidad de influencia en el poder. Las crisis abren la posibilidad de cambio real, pero las acciones dependen de las ideas existentes. La lección de cualquier quiebre estructural y giro social es desarrollar ideas alternativas, mostrar su efectividad e institucionalizarlas hasta que parezca de sentido común implementarlas. Esto fue dicho por Milton Friedman, ideólogo clave del neoliberalismo, pero podía haber sido dicho por cualquier revolucionario más allá de simpatías ideológicas.

Cuando se piensa a partir de pálpitos, sin considerar múltiples factores y saberes, sobresale el dogma y las consignas fáciles. No hay que confundir expectativas con posibilidades, ni aspiraciones con situaciones existentes y tendencias de largo plazo. Debiéramos ser modestos a la hora de hacer conjeturas y respetuosos de los datos y tendencias. Ser utópico o pesimista puede ser una virtud; avizorar futuros deseables como deporte, sin explicación coherente y seria, es inútil. El arte de la barata profecía no ayuda a comprender el presente. Como una silla mecedora, nos mantiene entretenidos sin llevarnos a ningún lado.

Como observó Richard Rorty, “la filosofía no es un campo en el que uno logra grandeza ratificando las intuiciones previas de la comunidad”. Se precisa pensamiento serio, fundado, flexible, imaginativo con perspectiva histórica y social. Ideas hechas, frases ostentosas y promesas superficiales devuelven el júbilo

de la tribuna propia, pero no ayudan a enfrentar el desafío. Se necesita trazar líneas para entender cómo llegar a un futuro mejor desde la preocupante situación presente. Se necesitan hojas de ruta sensibles a las circunstancias y los recursos sociales disponibles – ideas, instituciones, estrategias, públicos. Esta es una necesidad urgente en medio de la muerte, la desesperación, y el aumento de la miseria social.



Texto publicado en Revista Anfibia – abril 2020:

<http://revistaanfibia.com/ensayo/los-falsos-profetas-la-pospandemia/>

Silvio Waisbord es Licenciado en Sociología de la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Sociología de la Universidad de California, San Diego. Es profesor en la Escuela de Medios y Asuntos Públicos en George Washington University, Estados Unidos y actualmente es profesor invitado en la Universidad de Pennsylvania. Es autor y editor de dieciocho libros sobre periodismo, política y comunicación. Sus libros más recientes son *The Communication Manifesto* (Polity, 2020) y *Communication: A Post-Discipline* (Polity, 2019). Fue editor general de las revistas académicas *Journal of Communication* e *International Journal of Press/Politics*. Es Fellow de la *International Communication Association*.

Para dejar atrás el neoliberalismo

Por María Esperanza Casullo

El 4 de abril pasado el diario londinense *Financial Times*, baluarte mundial de la ideología extrema pro-empresas, decidió que tenía algo muy importante que comunicarle al mundo. Supimos que era algo importante porque lo publicaron bajo la forma del editorial institucional; es decir, la nota que expresa la posición oficial del medio, de sus editores y de su *board* editorial. Tan importante fue esa editorial que, de manera excepcional, decidieron ese día liberar la editorial para que pudieran leerla aún aquellas personas que no pagan la suscripción de la publicación. (Al menos, la liberó por un rato: unas horas después ya era imposible entrar a leerla sin pagar.) Evidentemente el *board* entero del *Financial Times* decidió que lo que tenía para decir ese día realmente muy importante que el mundo.

Lo que el *Financial Times* sentía que tenía que comunicar imperiosamente era esto: hay que dejar atrás cuarenta años de neoliberalismo y aceptar mayor inversión pública, más impuestos y mayor distribución.

El título de la editorial del día 4 de abril es: “El virus revela la fragilidad del contrato social” (en traducción propia.). La bajada: “Se necesitan reformas radicales para forjar un mundo que funcione para todos”. La primera oración sostiene que “Si es posible encontrar un lado bueno a la pandemia de COVID-19, es que ha traído consigo un sentimiento de unidad y hermandad en sociedades polarizadas.” Continúa el *Financial Times*.

“Además de derrotar a la enfermedad, la mayor prueba que enfrentarán todos los países será mantener los sentimientos de unidad de propósito luego de que termine la crisis, de tal manera que puedan darle una nueva forma a la sociedad. Como los líderes occidentales aprendieron durante la Gran Depresión y luego de la Segunda Guerra Mundial, para demandar sacrificio colectivo se debe ofrecer un contrato social que beneficie a todo el mundo.” (Traducción propia)

Como si no fuera suficientemente sorprendente leer lo anterior en una de las publicaciones más identificadas con la desregulación de los mercados, el *Financial Times* continúa su mensaje: “Deberán ponerse sobre la mesa reformas radicales que reviertan el rumbo político de las últimas cuatro décadas. Los gobiernos deberán aceptar un rol más activo en la economía. Deberán ver a los servicios públicos como inversiones y no como pasivos en un balance, y deberán hacer menos inseguros los mercados de trabajo. La redistribución del ingreso deberá volver a ingresar en la agenda; los privilegios de los más ricos y los más ancianos deberán ser cuestionados. Políticas públicas consideradas excéntricas hasta hace poco, tales como un ingreso universal básico e impuestos a la riqueza, deberán ser parte del menú.” (Traducción propia).

El *Financial Times* tiene, por supuesto, razón. (He ahí una frase que sólo se puede escribir una vez por milenio.) Pero eso no es lo importante. Son centrales dos elementos que no están dichos en los párrafos anteriores.

Primero, que las políticas “excéntricas” o “radicales” no lo son, o no lo son para todo el mundo. Las mismas vienen siendo demandadas hace décadas, en todo el globo, por diversos actores colectivos políticos y sociales, *en contra* de las recomendaciones de aquellos que (como el *Financial Times*, justamente) desde hace cuarenta años se han impuesto una militancia activa para eliminar la aspiración de un “contrato social que funcione para todos.” Sindicatos, grupos de trabajadores desocupados, feministas, grupos ambientales, representantes de pueblos originarios y migrantes: para ellos (para nosotros) estas demandas no son excéntricas o impensables sino aquello por lo que marchamos desde hace décadas.

Está muy bien que aquellos que activamente se dedicaron a explicarnos que la desigualdad era inevitable o incluso buena, que la riqueza es producida por los *entrepreneurs* y por tanto les pertenece, y a que el estado debía abandonar su rol regulador de la economía ahora descubran que lo opuesto es más razonable, pero no es posible admitir que simplemente digan “ahora los gobiernos deben aceptar.” Sería excelente no sólo poder leer “necesitamos más servicios públicos”, sino también “perdón, nos equivocamos.”

Segundo, vale la pena preguntarse hasta qué punto son tan radicales y excéntricas las reformas aquí presentadas. Más bien, casi podría decirse que, si el *Financial Times* puede hoy declararse “post-neoliberal” es porque durante cuarenta años el neoliberalismo se transformó de una ideología extremista al “punto medio”, lo aceptado, lo natural. Mayores impuestos a la riqueza, mayor distribución, desmercantilización de la fuerza de trabajo (vía ingreso ciudadano garantizado), servicios públicos entendidos como inversión y no gasto improductivo: esta es una agenda que significa un piso mínimo de un estado de bienestar democrático. Una agenda verdaderamente radical obligaría a pensar desde la necesidad del decrecimiento económico (*degrowth*) como única reparación ambiental posible, proyectos para revolucionar el balance entre mundo del trabajo y de los cuidados domésticos o la participación de los y las trabajadores no sólo en las ganancias empresarias sino en todos los aspectos de la vida empresarial. Esas serían reformas “radicales”, no aumentar los impuestos empresarios a las cifras que se pagaban en la inmediata posguerra, o invertir un par de puntos del PBI en algo tan básico como hospitales o escuelas. El hecho de que se requiera la mayor crisis sistémica global en dos generaciones para volver simplemente *pensable* una concepción tan minimalista de estado bienestar nos debe revelar cuánto trabajo queda para hacer para desmontar la naturalización de un orden del mundo neoliberal.

Aquellas personas que durante los últimos treinta o cuarenta años se han comprometido intentando defender los vestigios de un orden basado en lo comunitario y lo público pueden sentirse que quedaron del buen lado de la historia.

Es central reconocer que lo que nos ha sostenido y nos sostiene en una emergencia de proporciones históricas son justamente aquellas instituciones que las versiones vernáculas de la visión de mundo, para la cual el *Financial Times* es algo así como texto religioso, denostaron como “ineficientes” o “populistas” durante medio siglo, y que fueron blanco de intentos y más intentos de reforma o ajuste. Los hospitales públicos nacionales y provinciales, el CONICET y todo el sistema de Ciencia y Técnica, el Instituto de Investigación Malbrán, el ministerio de Salud, las universidades en su mayoría nacionales, que cada año gradúan profesionales de excelencia en el campo de la salud, las burocracias estatales, las fuerzas armadas y de seguridad, los sindicatos y obras sociales sindicales que pusieron sus hoteles a disposición y que sostienen actividades de necesidad social, las instituciones educativas de todo nivel que están haciendo grandes esfuerzos para sostener la enseñanza virtual, los bloques parlamentarios y gobernadores/as que han coordinado hasta ahora eficazmente: estas instituciones, que hasta hace cuatro meses nos explicaban que eran ineficacias estructurales que había que eliminar o reformar -o que más simplemente- se desfinancian y abandonaban, son ahora los que -bien o mal- están actuando.

Pero todo esto es insuficiente. No se trata solamente de decir “ahora tenemos que invertir en el estado”, porque un estado no se construye en diez minutos, ni en el medio de la emergencia. El Instituto Malbrán fue fundado en 1916, el Ministerio de Salud Pública en 1949, el CONICET en 1958. La construcción de capacidades estatales requiere de un contrato entre generaciones: invertir hoy para construir habilidades que tal vez utilicen nuestros hijos o nietos. La prevención de pandemias requiere de inversiones masivas en ciencia y técnica, en detección temprana y testeos, en salud pública. Para eso se requieren más recursos, y para eso se requiere repensar la economía política nacional, la

regulación de los actores económicos, la relación entre economía formal e informal, la inmensa contribución que hacen los trabajadores y trabajadoras más desprotegidos al funcionamiento del país, el silencio de las mayores empresas nacionales en la emergencia.

Y, finalmente, no debemos perder de vista la centralidad de la política. La construcción de un estado de bienestar no es un proyecto técnico, sino político, que requiere de visión, de decisión y de liderazgo con lo público y lo colectivo.

Para cerrar, bien vale otra anécdota del Reino Unido. El primer ministro británico, Boris Johnson, fue diagnosticado con coronavirus y, luego de diez días de fiebre alta, fue internado en terapia intensiva en un hospital del *National Health Service*, el sistema público de salud inglés. Al ser dado de alta, agradeció en un emocional video a las enfermeras y enfermeros del NHS haberle salvado la vida, se refirió a ellos con nombre y apellido, mencionó que dos eran inmigrantes, y caracterizó al NHS como “el corazón de Gran Bretaña”. Hace tres años, el partido Conservador (su partido) votó en bloque en contra de un proyecto laborista que proponía aumentar el sueldo de enfermeras y enfermeros del NHS. Al derrotar el pedido de aumento, los tories del parlamento rompieron en un aplauso y festejaron que el laborismo no había podido “hacer demagogia” con el *National Health Service*. Otra anécdota: hace poco tiempo, la administración conservadora decidió, entre otras cosas, que los trabajadores de salud tenían que empezar a pagar por usar los lugares de estacionamiento de los hospitales y clínicas públicos. Ahora, en la emergencia, el gobierno dio marcha atrás con esta medida “transitoriamente”.

No cabe ninguna duda de que las enfermeras y enfermeros del NHS pusieron todo de sí, arriesgando incluso su vida, para cuidar y sanar a uno de los responsables de su recorte de salario.

Lo mismo harían en Argentina todos los días trabajadores y trabajadoras anónimos de la salud. Pero son ellos, no los voceros de una ideología a todas luces fracasada, quienes deben estar al frente de las nuevas demandas si queremos dejar atrás realmente cuatro décadas de neoliberalismo.



María Esperanza Casullo (Neuquén. 1973) Es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Realizó su maestría en Gestión y Políticas Públicas en la Universidad de Georgetown (Washington, DC), donde luego se doctoró en Gobierno especializada en Teoría Política. Es profesora de la Universidad Nacional de Río Negro y ha sido profesora invitada en la Universidad de Richmond y Brown University. Publica artículos y capítulos sobre teoría de la democracia, populismo latinoamericano y peronismo.

Distancia física y armonía comunal/social: reflexiones sobre una situación global y nacional sin precedentes¹

Por Walter D. Mignolo



I

La situación que estamos experimentando en el planeta es inédita. Hubo, sin duda, pandemias y crisis financieras en el pasado. Esta es la primera vez que pandemia y crisis financieras ocurren juntas, la segunda motivada por la primera. Las relaciones entre ambas son difusas. Una pregunta es en qué medida una desmedida economía de crecimiento creó las condiciones para que se originara la pandemia. La otra pregunta la motiva el hecho de que, hasta el momento, la mayor cantidad de personas infectadas haya ocurrido en los países industrializados de Occidente. En China, (pero también en Corea del Sur, Taiwán, Singapur) las estadísticas son menores y el control de la propagación es más efectivo.

En el escenario actual percibo tres momentos significativos y una expresión que conecta esos tres momentos. La expresión generalizada es la de “distancia social.” La práctica de “distanciamiento” es necesaria y efectiva. Disipar la confusión entre ambas es importante para subrayar que lo que necesitamos hoy es solidaridad y armonía comunal, aunque tengamos que mantener distancia física (Mignolo, 2010). Vayamos a los tres momentos.

¹ Mi agradecimiento a Rita Segato por intercambios y conversaciones de larga data y, sobre todo, por su atenta lectura de y las agudas observaciones a este ensayo.

II

El primer momento está marcado por la situación sin precedentes. Nunca en la historia de la humanidad pandemia y crisis financiera ocurrieron simultánea y globalmente. En una rápida mirada a estas dos historias encontramos lo siguiente. El siglo XVI marca un hito muy especial en los registros de fenómenos pandémicos en distintos lugares y épocas. Es la primera pandemia provocada por la incipiente globalización marítima, transoceánica. Desde el siglo XVI hasta el presente se registran varias pandemias (Lepan, 2020) que afectaron a más de un continente. Las más devastadoras fueron las ocurridas durante la colonización de las Américas y la llamada “Gripe Española.” En cuanto a las crisis financieras a partir del siglo XVI comprobamos que la primera ocurrió en el siglo XVII, la segunda en el XVIII y la tercera en el XIX. Cinco crisis ocurrieron en siglo XX y tres en lo que va del siglo XIX. Un total de ocho en un siglo con relación a tres en tres siglos. Todas ellas son crisis ocurridas en el orden mundial moderno/colonial. Son distintas a las ocurridas con anterioridad cuando el planeta no estaba todavía interconectado y en ningún caso ocurrieron simultáneamente y en todo el planeta.

El segundo momento lo definen la guerra de las imágenes entre Estados Unidos y China y sus consecuencias, presentes y futuras, en el orden político y económico global. La guerra de las imágenes se asienta sobre el diferencial de poder moderno/colonial en la esfera mediática como así también en la historia de las relaciones inter-estatales. En la esfera mediática, tanto la lengua inglesa como la industria de la información manejada por Estados Unidos, lleva ventaja sobre el mandarín y la industria informática China. Estadísticamente, el número de hablantes nativos en mandarín es tres veces mayor al número de hablantes nativos en inglés. No obstante, la difusión internacional desde China no puede evitar el uso del inglés. En cuanto a las relaciones internacionales, tiene su punto de anclaje en el quiebre que sufrió China durante la guerra del opio (mediados del siglo XIX) y el largo proceso de resurgimiento desde entonces. En la guerra de las imágenes, Estados Unidos mantiene el privilegio mediático que le permite justificar las sanciones financieras. Por lo tanto, el diferencial de poder favorece la actitud

agresiva de Estados Unidos en tanto que sitúa a China en una posición (todavía) defensiva.

La pandemia intensificó un conflicto ya existente que continuará después de controlada la pandemia. Lo que está en juego es mantener —por un lado-- el orden global unipolar liderado por Estados Unidos, aunque basado en quinientos años de historia de expansión europea y —por otro— el inevitable desplazamiento hacia un orden global multipolar. Lo que está en juego no es una nueva bipolaridad (o Estados Unidos o China), sino algo distinto. Se trata de lo siguiente. Carl Schmitt bosquejó la formación, a partir del siglo XVI, del “segundo *nomos*” (ley, orden) de la tierra (Schmitt, 2006). El primer *nomos* de la tierra es, para Schmitt, anterior al siglo XVI, poli-céntrico, mientras que con el segundo *nomos* surge el orden global mono-céntrico y centrado en los intereses de Europa. Hoy estamos viviendo la transformación del segundo al tercer *nomos*: la disolución del orden unipolar, centrado en el Atlántico Norte, y la emergencia de un orden multipolar o pluri-céntrico. Orden que incluirá a la Unión Europea y a Estados Unidos, pero que ya no admitirá el liderazgo unipolar. La pandemia está simplemente acelerando un proceso ya en marcha e imparable. La guerra de las imágenes que nos orientan y desorientan es la manifestación superficial de un terremoto en el orden mundial y en las relaciones internacionales.

El tercer momento se deriva del segundo. China, Rusia y Cuba enviaron ayuda médica y sanitaria a varios países, Italia y Argentina entre ellos. Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania (los tres estados del corazón de Europa) no están en condiciones de prestar ayuda puesto que son los países con mayor cantidad de personas infectadas y fallecidas².

Estos son signos inequívocos del orden multipolar en marcha que la pandemia no sólo acelera, sino que quita las máscaras mantenidas todavía precisamente por el privilegio mediático del Atlántico Norte (Colom Piella, 2018).

² Por un acuerdo del 19 de abril, China envió grandes cantidades de máscaras y medicamentos a Alemania, Ver: <https://www.wsj.com/articles/as-countries-vie-for-coronavirus-supplies-germany-cuts-deal-with-china-11586372608>

William O´Barr, Procurador General en la presidencia de Donald Trump, sentenció a principios de abril que China es la mayor amenaza que enfrenta hoy Estados Unidos³. El enunciado tiene sus vericuetos. En primer lugar, porque en estos momentos la política del gobierno chino es más bien —como ya mencioné— a la defensiva. Quien ataca es Estados Unidos y la declaración de O´Barr es un signo evidente que revela el temor de lo inevitable: la imposibilidad de Estados Unidos de contener a China, un país con una población de un billón y medio de gentes. En una economía de crecimiento y competitiva, capitalista se le llama, es imposible detener el crecimiento no sólo por la capacidad de China de producir y consumir sino por la capacidad intelectual, técnica y científica de una población disciplinada que ya ha demostrado su disposición y auto-suficiencia. Detrás de la observación de O´Barr se esconde una paradoja: el proyecto de desarrollo y modernización que lanzó Harry Truman en 1949, y que conocemos bien en América Latina, suponía que Estados Unidos sería el país que “ayudara y guiara” el proceso, pero no que alguien desobedeciera y lo hiciera por sí mismo. El leído y comentado artículo de Henry Kissinger, “The Coronavirus Pandemic Will Forever Alter the World Order” publicado en el *Wall Street Journal*, complementa la beligerante declaración de O´Barr en un tono diplomático⁴.

Los tres momentos bosquejados y la expresión que los conecta (distancia social) son los signos de un proceso liderado que, en retrospectiva, comenzó en la década de los 70s: hasta 1945 la economía era parte de la sociedad, a partir de 1970 (precedido por el período de bonanza en los países industrializados entre 1950 y 1970), la sociedad devino parte de la economía. Inversión radical que subyace al orden global unipolar y multipolar. La expresión y recomendación de “distancia social” puede muy bien ser una expresión, intencional o no, que contribuye a supeditar la sociedad a la economía inhibiendo la posibilidad de

³ O´Barr, W (2020, 8 de abril) *China is the Biggest Threat to the US*, Disponible en <https://breakingthenews.net/Article/AG-Barr:-China-is-biggest-threat-to-US/51806327>

⁴ Kissinger, H. (2020, 3 de abril) *The Coronavirus Pandemic Will Forever Alter the World Order* . Disponible en <https://www.wsj.com/articles/the-coronavirus-pandemic-will-forever-alter-the-world-order-11585953005>

cuestionar la inversión para situar la economía al servicio de la sociedad y esperar que el estado promueva los lazos comunales en vez de las redes financieras y corporativas. La “distancia social” para resolver una crisis bifronte—de economía y pandemia—crea una imagen de sometimiento social al orden económico, mientras que “distancia física” y “armonía social” subraya la voluntad social de colaboración sin sometimiento y sin olvidar la solidaridad y lo comunal.

III

El futuro de Argentina dependerá de las respuestas y orientaciones que el gobierno otorgue y promueva en el concierto de un orden global debatido en los G7, los G20 y las Naciones Unidas. Reflexionar sobre estas mutaciones y sus consecuencias, con o sin virus, contribuye para los proyectos “Argentina Futura.” La filosofía de los Pueblos Originarios nos enseña que, contrario a los conceptos de progreso y desarrollo, el presente y el pasado están frente a nosotros: lo sentimos, lo vivimos, lo “vemos.” El futuro está detrás. No lo sentimos, no lo vivimos ni lo vemos. El orden global multipolar (político, económico, mediático, militar) es paralelo a las mutaciones de la esfera del conocimiento. En consecuencia, ya no es necesario partir del canon occidental de conocimiento basado en seis lenguas modernas europeas (principalmente inglés, alemán y francés y en menor medida italiano, español y portugués), todas ancladas en el griego y el latín para orientar el presente hacia el futuro. Aunque el castellano es la lengua oficial de Argentina, nuestra historia y la de América debe ser el punto de partida de nuestras reflexiones. La referencia a la filosofía de los Pueblos Originarios tiene todo el peso de un proceso de desenganche epistémico y afectivo.

Hagamos un breve recuento de las dos primeras décadas del siglo XXI partiendo de nuestras historias locales para luego reflexionar sobre el panorama global. Muchas cosas que diré son sabidas; no es por la información que las digo, sino para la reflexión.

La década del 90 fue la década del triunfalismo neoliberal motivado por la desintegración de la Unión Soviética y la algarabía del fin de la historia, respaldado por el boom tecnológico en Wall Street. En América del Sur, el proyecto neoliberal había ya comenzado en Chile en 1973, continuó con Jorge Rafael Videla en Argentina y con Gonzalo Sánchez de Lozada en Bolivia. Esas memorias fueron marginadas por el triunfalismo financiero de Domingo Cavallo y los entretelones de Carlos Menen; triunfalismo interrumpido por las respectivas bombas en la Embajada de Israel y en la AMIA. En el 2000, el castillo de naipes montado en los 90s se derrumbó en el orden global y también en Argentina. En el orden global, la destrucción de las Torres Gemelas (9/11) fue utilizada en la guerra de las imágenes para salir de la crisis. La intervención de Rusia en Siria y en Ucrania desbarató el proyecto. A pesar del fracaso político en Iraq, la invasión del 2003 permitió legitimar la guerra permanente contra un enemigo fabricado y justificaba la renovación de la política de “seguridad nacional.” La Unión Soviética ya no existía y era necesario inventar un nuevo enemigo⁵.

Hacia el 2006 sentimos un giro a la izquierda en América Latina. Queda el recuerdo, para quienes lo vivimos, de la euforia que comenzó a hacia el 2003, año en que Ignacio Lula y Néstor Kirchner asumieron la presidencia. Hugo Chávez ya estaba en el cargo desde 1999. En el 2006 Evo Morales y en el 2007 Rafael Correa asumieron el liderazgo de sus respectivos países. En ambos países las Asambleas Constituyentes redactaron nuevas Constituciones en las cuáles sobresalían tres capítulos: estado plurinacional, Sumak Kawsay (Ecuador) y Suma Qamaña (Bolivia) y Derechos de la Naturaleza (Madre Tierra o Pachamama). En Uruguay, José Mujica acompañó el giro a la izquierda entre el 2010 y el 2015. Hacia 2011 algunos percibíamos que el giro no habría sido hacia la izquierda sino hacia la desoccidentalización: gobiernos que mantuvieron la economía de acumulación, capitalista (y difícilmente hubieran podido hacer otra cosa), pero desligándose en

⁵ Rice, C. (2017, diciembre) *US Wars in the Middle East Were not Supposed to Bring Democracy*, Newsweek,

lo posible de US y orientando su política exterior hacia China, Rusia e Irán⁶. La formación de los BRICS, siendo Brasil uno de sus miembros, facilitó este giro. Hacia el 2014-2015 la derecha argentina comenzó su campaña contra la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner y en el 2015 comenzó el hostigamiento a Dilma Rousseff que culminó en el golpe judicial en 2016. Finalmente, en el 2019 la derecha, tanto nacional como internacional, logró derribar al gobierno de Evo Morales. Debilitado el giro a la izquierda por errores propios y por el constantemente hostigamiento de la derecha, tanto nacional como internacional, el giro a la izquierda fue sustituido por el giro a la derecha, notablemente en Argentina en el 2015, en Brasil en el 2016, en Ecuador en el 2017, el retorno de Sebastián Piñera en Chile y de la derecha cristiana en Bolivia en el 2019⁷.

Si hay algo que la pandemia COVID-19 no alterará es, por un lado, las huellas de un pasado reciente donde se tejieron coordenadas políticas y económicas, pero también subjetivas de las personas al frente de instituciones nacionales e internacionales (estados, bancos, medios de comunicación, Naciones Unidas, FMI, etc.). Las decisiones no se toman sólo por razonamientos sino, y quizás fundamentalmente, por los sentimientos.

Por otro lado, la pugna actual entre la conservación de un orden mundial unipolar y otro multipolar, la pugna entre la re-occidentalización y la des-occidentalización, no será alterada en sus principios, pero seguro lo será en las estrategias. Tercer lugar, donde por cierto habrá un período de alteraciones y desconciertos, es en la cotidianeidad de las gentes. La “Argentina Futura” dependerá de cómo se manejen las huellas institucionales, personales y sociales que han marcado la historia reciente del país, las modulaciones de las relaciones

⁶ Mignolo, W. (2011, diciembre) *Hacia la desoccidentalización* Página 12. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-182727-2011-12-06.html>. Sobre des-occidentalización ver, “Delinking, Decoloniality and Dewesternization”, *Critical Legal Thinking*, May 2012, <https://criticallegalthinking.com/2012/05/02/delinking-decoloniality-dewesternization-interview-with-walter-mignolo-part-ii/>

⁷ Un excelente análisis crítico, en el sentido de análisis y juicio, Edgardo Lander, *Ceris Civilizatoria. Experiencias de los gobiernos progresistas y debates en la izquierda latinoamericana*. Guadalajara: CALAS, 2019, <https://rebellion.org/docs/262267.pdf>

internacionales y el estado actual del conflicto uni-multipolar. A la Argentina no hacía falta “integrarla al orden mundial.” Argentina está integrada al orden mundial desde la revolución o golpe de estado, de 1852, liderado por Justo José de Urquiza.

IV

La presidencia de Alberto Fernández, inaugurada en diciembre del 2019 fue, sin lugar a duda, un momento propicio a la vez que difícil para que la oposición reconociera públicamente el fracaso de una política orientada por la creencia de que la sociedad debe estar supeditada a la economía y no la economía al servicio de la sociedad. Además, los cuatro meses del nuevo gobierno han marcado una fuerte re-orientación de las políticas públicas, de la imagen y la función de la forma estado-nacional. Todo lo cual generó un convincente voto de confianza de la gente. Sintieron, sentimos aún desde el extranjero, que el presidente y su equipo son estadistas al servicio de la nación. Las tempranas críticas a los abusos del estado restringiendo libertades personales ya no se escuchan. Pero vale marcar dos puntos al respecto: una cosa son los controles estatales como los vividos en Argentina entre 1976 y 1983, y en Chile entre 1973 y 1989, y otra son los controles para evitar la propagación del virus y el malestar social. El otro punto se refiere al mito de la “libertad.” La libertad de las personas es paralela a la libertad de las corporaciones y los bancos. Por eso la política neoliberal reduce la función del estado para expandir la libertad de los mercados. Ya vimos, en el pasado reciente, los resultados de políticas que reducen las funciones estatales. En relación a lo que vengo argumentando, subrayo tres instancias en el decir y hacer de Alberto Fernández en las que percibo tal re-orientación.

IV.1

El presidente fue aconsejado, y tengo entendido que uno de los consejeros fue Mauricio Macri, no olvidar la economía. Supongo que ese consejo aprobaba, sin decirlo, la gestión presidencial ante la pandemia al mismo tiempo que aprovechaba

para dar un consejo sobre la economía. Alberto Fernández sin desconocer o rechazar el consejo (y esta actitud es muy importante), subrayó que las economías se recuperan mientras que la vida de las personas no. Un pequeño signo, que puede llegar a expandirse (y esperemos que así sea), que re-orienta la prioridad de lo económico y pone la salud, la vida, la gente en primer lugar. Rita Segato lanzó un enunciado provocativo para destacar la re-orientación del estado patriarcal (porque toda forma-estado conocida en el mundo en los últimos 20 siglos son estados patriarcales, incluida la democracia en la antigua Grecia), en estado materno⁸. Podemos discutir si materno es o no el adjetivo adecuado. No nos perdamos en escaramuzas nominales. Entiendo que Segato percibió una función del estado que no está en los manuales de teoría política desde Aristóteles y Platón hasta Carl Schmitt y Eric Voegelin. Fue en la gestión de Alberto Fernández, y no los manuales que Segato percibió una orientación inusitada del estado. Un estado materno, sea liderado por mujeres u hombres, es un estado al servicio del cuidado de la gente, al cuidado de la armonía socio/comunal. Un estado patriarcal puede estar o bien al servicio de las corporaciones y del crecimiento del PIB o bien en contra de injerencias foráneas. En ambos casos la confrontación se da en la esfera de estados patriarcales, que son hoy la mayoría. Quizás el desorden global actual esté relacionado con el espíritu patriarcal de los estados nacionales. Concebir y gestionar un estado materno es ya una inversión radical: significa poner la economía al servicio de la gente y no la gente al servicio de la economía a la vez que crear sectores dispensables de la población porque no tienen lugar en la economía ni como trabajadores y menos como consumidores.

IV.2

En la misma vena, el presidente y su ministro de economía, Martín Guzmán, dijeron y repitieron de distintas maneras lo siguiente: vamos a pagar la deuda, pero no lo haremos a costa de la nación. Lo cual significa de nuevo invertir los términos:

⁸ "Rita Segato y los vínculos en cuarentena", C5N TV, Marzo 31, 2020, <https://www.newsweek.com/us-war-middle-east-bring-democracy-rice-608640>.

el estado debe estar al servicio de la nación y no la nación al servicio del Estado. La política de respeto a las obligaciones contraídas, aunque fuera de la administración es una actitud ética a la vez que política. El canje de la deuda, propuesto para negociación a mediados de abril, es otro gesto de una política responsable que no sucumbe ante presiones motivada por otros intereses.

IV.3

Percibo dos consecuencias que se desprenden de la actual gestión gubernamental. Una incumbe a la política doméstica y otra de política internacional.

La gestión gubernamental ante una situación que no tiene precedentes, ni históricos ni teóricos, puso en práctica y en relieve la necesaria restitución política que devuelva a la economía su función social en vez de mantener la sociedad al servicio de la economía. Para ello fue necesario, por un lado, actualizar un principio básico de la política: la diplomacia y no la confrontación, (la colaboración en la administración de la polis) y, por otro, guiarse por el sentido común de convivialidad en vez de hacerlo por principios económicos abstractos, como el desarrollo, o políticos, como la democracia.

Todas las teorías políticas y económicas existentes fueron construidas en bases a experiencias imperiales. Lo que necesitamos hoy son teorías políticas y económicas que confronten la colonialidad y no ya de teorías que celebren la modernidad. Afortunadamente no hay que empezar de cero. Es suficiente con mirar en el pasado y re-valorar lo que aún tenemos y que olvidamos esperando que nos lleguen “novedades” que nos guíen⁹.

⁹ En América del Sur los debates sobre la dependencia son muy conocidos. Sin embargo, es un momento oportuno para revisarlos y actualizarlos. Claudio Katz, “El surgimiento de las teorías de la dependencia”, Comité para la abolición de las deudas legítimas, 2016, <http://www.cadtm.org/El-surgimiento-de-las-Teorias-de>

Reducir la economía a su justa medida y supeditarla a la armonía comunal es imprescindible. Para ello es necesario desacoplar economía de capitalismo. Capitalismo y economía son dos cosas distintas. De modo que la inversión del razonamiento que pone la economía al servicio de lo comunal (ni el bien común liberal ni el común marxista) presupone alterar y desengancharnos de la economía de acumulación, capitalista, y pensar en *economías sostenibles*. No me refiero a *desarrollo sostenible*, puesto que desarrollo está acoplado a capitalismo. Desacoplar la economía del capitalismo requiere un vuelco del razonar y del sentir y un horizonte de vida que no es el crecimiento y el desarrollo sino el equilibrio y la armonía. Mucho se ha dicho ya sobre el Buen Vivir o Bien Vivir (Sumak Kawsay en la lengua kichwa de Ecuador, Suma Qamaña en la lengua aymara de Bolivia)¹⁰. En la filosofía náhuatl y también en la griega, la economía era una dimensión necesaria del vivir, era la administración de la escasez. En ninguna de estas dos civilizaciones encontramos tratados de economía. La naturalización de la creencia que identifica capitalismo y economía impide pensar que mientras el trabajo es necesario para vivir (economía), en cambio no lo es el vivir para trabajar (capitalismo). El primer tratado de economía, el de Adam Smith, *La riqueza de las naciones* (1776) es por un lado un tratado de ética económica y, por otro, fue una respuesta a la creciente relevancia de la economía provocada por la expansión colonial de Europa. La invitación de Alberto Fernández —en el orden doméstico-- a los empresarios a pensar que “ganar menos” puede contribuir a vivir con menos conflictos y mayor respeto mutuo es paralela a la propuesta del canje de la deuda: pagaremos, pero no lo haremos de la manera en que ustedes quieren que lo hagamos sino de la manera en que nosotros lo podemos hacer. Punto. La afirmación no es un tratado de economía sostenible, pero sí es un punto de inflexión ante las regulaciones económicas que operan sobre el diferencial de poder.

¹⁰ Ver Fernando Huanacuni Mamani, ya citado, y los numerosos ensayos sobre el tema de Eduardo Gudinas y Alberto Acosta. Entre ellos, “La renovación de la crítica al desarrollo y el buen vivir como alternativa.” *Utopías y Práxis Latinoamericana*, 16/53, 2011, 71-83. Des

El último punto de mi argumento atañe a la política de Alberto Fernández en las relaciones internacionales. Podemos percibir ya una continuidad y, al mismo tiempo, una discontinuidad con el “giro a la izquierda” en América del Sur en la primera década y mitad de la segunda del siglo XXI. La continuidad ya tuvo signos inequívocos en dos sentidos. Por un lado, no titubeó en respetar la legitimidad electoral del gobierno de Nicolás Maduro aduciendo que, según los principios democráticos, es un gobierno elegido por votación. Sus palabras no fueron una defensa de Maduro sino una afirmación de legitimidad legal frente a la ilegalidad de la auto-proclamación de Juan Guaidó, apoyado por Estados Unidos. De igual manera, no titubeó en arreglar el exilio de Evo Morales a México primero y darle asilo en Argentina luego. Tales actitudes y declaraciones no son del agrado ni de la embajada de Estados Unidos en Argentina ni de la Casa Blanca. Sin embargo, no son declaraciones anti-estadounidenses. Tampoco se pronunció anti-FMI. En ambos casos, afirmó su posición sin respaldarlas con enunciados antagónicos. Este gesto marcó la discontinuidad con el “giro a la izquierda” reconociendo, quizás, que en el emergente orden multipolar las posiciones políticas ya no pueden tomarse aceptando la fórmula de George W. Bush: o estás conmigo o con mis enemigos. La política internacional que se vislumbra en estos meses es la siguiente: no estoy ni contigo ni con tus enemigos. Es decir, una tercera y novedosa posición que implica el acogimiento del orden global multipolar y de la afirmación una política local en esa nueva escena.

V

La confluencia entrelazada de pandemia y crisis económica/financiera global y local, su dimensión e impacto, ponen en evidencia (recordando un dicho de Albert Einstein en otro contexto), que los problemas con los que nos enfrenamos hoy no pueden ser resueltos con la misma mentalidad que los ha creado en el pasado. No obstante, sabemos que viejos hábitos tardan en morir. Lo cual no implica que esperemos su muerte para pensar qué vendrá después. Pensar y visionar la Argentina Futura requiere la doble tarea de pensarla en el orden global desde el momento de su inserción y dependencia económica, financiera, política y

cultural en 1852. Lo cual requiere pensar y analizar el orden global en el cual se insertó y los avatares hasta hoy. La principal alteración de este período es la apertura reciente hacia el orden global multipolar. Desde 1852, en lo que concierne a Argentina, hasta principios del siglo XXI, las reglas del juego fueron dictadas y transformadas por los estados imperiales occidentales. La irrupción de la Unión Soviética consolidó el dominio de occidente repartido en capitalismo liberal y comunismo estatal. La corta irrupción de Japón en el siglo XX convirtió al país de enemigo de Estados Unidos a principal aliado en el este asiático, paralelo al papel de Israel en el oriente medio. El orden global multipolar abre la posibilidad de relaciones internacionales multipolares sin crear antagonismos. De lo cual el gobierno de Alberto Fernández dio muestras en lo doméstico y en lo internacional.

La inversión de las relaciones salud-economía, en lo doméstico, pone la economía al servicio de la salud. Esta inversión presupone elaborar una de mayor escala: la inversión de las relaciones economía/sociedad. Poner la economía al servicio de la salud presupone hacer de la economía un servicio social y no ya un sistema de crecimiento y enriquecimiento. El tema está relacionado con debates actuales que enfrentan desarrollo insostenible con desarrollo sostenible. El asunto aquí no es hacer el desarrollo sostenible sino dejar de pensar en términos de desarrollo. Lo cual nos lleva a la necesidad de cuestionar el proyecto de economías sostenibles. El problema es el desarrollo y no el hecho de que sea o no sostenible. Claro, la segunda posibilidad es preferible, pero es una solución de la misma mentalidad que creó el problema que tratan de solucionar. Al hacer estas afirmaciones no espero que las Naciones Unidas adopten la idea. Como dije, viejos hábitos tardan en morir. Lo cual no implica que mientras tanto vayamos explorando, en paralelo, las economías sostenibles. Para ello será imprescindible contar con la participación de la “sociedad política”, es decir, el sector de la sociedad que reclama su derecho de participación en la construcción del estado-nación, que reclama su participación en la polis.

Al decir política no estoy hablando de crear un nuevo partido o hacer alianzas entre los existentes. No estoy hablando de antagonismos políticos

partidarios y de sindicatos. Tampoco estoy hablando en contra de ellos. Estoy hablando de las funciones del “estado materno” y en colaboración con la “sociedad política.” Es decir, el sector de la sociedad que tome en sus manos la paulatina conversión de “la distancia física” en armonía comunal/social. La “sociedad política” no son organizaciones de protesta sino de colaboración. Para que esto sea posible, el estado, las corporaciones y los bancos deben colaborar. La inversión en este caso es la de trabajar para vivir y no ya la de vivir para trabajar. La obligación y responsabilidades son mutuas: la represión estatal y la explotación corporativa de la sociedad debe ceder a un trabajo colaborativo de armonía comunal y social. Para ello hace falta un estado firme y fuerte, lo cual no quiere decir dictatorial. Quiere decir un estado firme y fuerte que no sucumba frente a las presiones política, económicas y mediáticas tanto nacionales como internacionales.

.....

Bibliografía

Colom Piella, G. (2018) “Guerras híbridas. Cuando el contexto lo es todo”. Disponible en: <https://www.ugr.es/~gesi/Guerras-hibridas.pdf>

Lepan, N. (2020) “Visualizing the History of Pandemics”. Disponible en: <https://www.visualcapitalist.com/history-of-pandemics-deadliest/>

Mignolo, W. D. (2010) “The comunal and the decolonial”, Turbulence. Disponible en: <http://www.turbulence.org.uk/index.html@p=391.html>

Schmitt, C. (2006) *The Nomos of the Earth in the International Law of Jus Publicum Europaeum*. London: Telos Press Publishing

Walter Mignolo es semiólogo y profesor de literatura. Es uno de los referentes más importantes de la tradición conocida como el pensamiento descolonial. En el mismo se inscriben –de un modo u otro– figuras de la talla de Enrique Dussel, Aníbal Quijano o Santiago Castro Gómez. Esta corriente se emparenta a su vez con trabajos como los de Frantz Fanon, Samir Amin y las corrientes iniciadoras de la teología de la liberación. Mignolo nació en Argentina, pero ha estudiado en París a partir de 1969. Allí tuvo como profesores a Roland Barthes, Julia Kristeva y Michel Foucault, entre otros. Pasó luego a trabajar en diversas universidades en Estados Unidos y hace ya más de 20 años trabaja en la Universidad de Duke, donde es director del Instituto Franklin para estudios interdisciplinarios e internacionales.

El virus es el mensaje

Por Sandra Valdetaro

Una nueva experiencia se instaló en los modos de vida a nivel global. La pandemia actual del coronavirus COVID-19 colocó, de repente, a la humanidad en esa frontera siempre inestable entre naturaleza, biología y cultura que nuestro inocente imaginario cientificista suponía controlada.

A pesar de la profusión de diagnósticos de todo tipo que desde hace décadas vienen anunciando la inminencia de la catástrofe, la humanidad quedó, sin embargo, en un estado de estupefacción y con un sentimiento de imprevisibilidad y suspensión del sentido común, esto es, de suspensión de ese simulacro de naturalización de la existencia de la realidad que la fenomenología plantea como necesario para el desarrollo y mantenimiento de la vida social.

Más que la invisibilidad y la atribución de letalidad y contagio del virus, lo que perfora, de manera radical, nuestra existencia, es la erosión de la confianza en nuestra propia capacidad, en tanto especie, de conservar la vida.

Se ve que no bastaron, para nuestros propios recursos adaptativos, ni las lecturas atentas de Virilio, de Beck, de Luhmann, entre otros, ni nuestros imaginarios formateados en la literatura y el cine distópicos de ciencia ficción; no bastaron, parece, todos los productos de la cultura mediática que década tras década intentaron prepararnos.

Habrá que ver los efectos más adelante -además de preguntarse cómo será el más adelante de esto...-, pero en el principio -esto es, en el propio transcurso del estado de excepción viral-global-, la pedagogía mediática catastrofista

acumulada en el transcurso de varias generaciones sea tal vez eficaz para la imitación de comportamientos estereotipados en el corto plazo -insostenibles, por cierto, en el largo plazo-, aunque lo que en verdad perturba es el carácter fantasmático, inconsciente, de esas escenas mediáticas que fueron conformando nuestro espacio ontológico y que, subrepticamente, advienen a nuestra rutinizada realidad fenoménica.

Si la noción tradicional de esfera pública racionalística ya no resultaba sostenible en épocas que podríamos nombrar como “normales” de mediatización icónico-indicial -siendo, obviamente, la normalidad, otro de nuestros simulacros tranquilizadores-, la realidad potentemente invisible del virus global produce un escenario hibridado de espontaneidad y artefactualidad de mediatización de lo privado. La intimidad, ya se sabe, siempre fue un género literario, por lo tanto, se constituyó pública; pero lo privado -en tanto refugio individual imaginariamente incontaminado y ocasión de resguardo- es lo que el virus mediatiza volviendo patente su carácter éxtimo (en sentido lacaniano).

Es momento, se me ocurre, de repasar los planteos de Virilio, por ejemplo. En una entrevista de 2001 -en el contexto de los atentados a las Torres Gemelas del 11 de septiembre en EEUU-, Virilio, basándose en la noción de “horizonte de expectativas” como clave interpretativa, planteaba que el “horizonte de expectativas” del siglo XVIII había sido la “gran revolución” y la “gran guerra” el del siglo XIX. El del siglo XX fue, según Virilio, el “gran accidente integral” (Sánchez, 2001). Esos horizontes que, según Virilio, permearon las vidas imaginarias de los hombres de cada siglo, se concretaron como un designio en el subsiguiente -las revoluciones del siglo XIX; las guerras mundiales del XX-. Puede interpretarse este planteo en términos de la eficacia de lo imaginario como condición de lo simbólico y lo real. Tal como los niños con los juegos, la humanidad se fue adiestrando mediante un sinnúmero de materialidades imaginarias para jugar luego un juego real. Pareció ser la hora, en ese 11 de septiembre de 2001, entonces, de llevar a cabo, según Virilio, el horizonte del siglo XX: “el gran accidente integral”.

Ese accidente total que fue el atentado del 11/9/2001 marca la bisagra con el siglo XXI modelando su destino. Citamos a Virilio: “Al servir en lo sucesivo el **tiempo-luz** (o, si se lo prefiere, el tiempo de la velocidad de la luz) como patrón absoluto de la acción inmediata, de la teleacción instantánea, la duración intensiva del instante real predomina, de ahora en más, sobre la duración, el tiempo extensivo y relativamente controlable de la historia, esto es, de ese largo plazo que englobaba aún pasado, presente y futuro. Es, finalmente, lo que podría llamarse una **conmutación temporal**, conmutación que se emparenta también con una especie de **conmoción** de la duración presente, accidente de un instante supuestamente “real”, pero que se desengancha repentinamente de su lugar de inscripción, de su aquí y ahora, en favor de un deslumbramiento electrónico (a la vez electroóptico, electroacústico y electrotáctil), en el que el control remoto, el llamado “tacto a distancia”, vendría a perfeccionar la antigua televigilancia de lo que se mantiene lejos, más allá de nuestro alcance”(Virilio, 1997: 27-28).

La lógica del “gran accidente integral” que está analizando Virilio en 2001 - con la excusa del atentado del 11/9- presenta ya todas las características de la noticiabilidad -excepcionalidad, monumentalidad, carácter trágico, calidad de disrupción, imprevisibilidad, magnitud de los efectos- en un entramado mediático que construye el acontecimiento como un real-perceptible, en directo, a la velocidad de la luz, cuya gramática -lo enfatiza el autor- se encuentra marcada por la “conmutación temporal” y la “conmoción de la duración presente” vía el “tacto a distancia” que, en ese momento, produce la visualización televisiva, simultánea y en directo, del hecho, en el mismo instante de su producción, y a nivel global.

Es la época en que se consolidó la perturbadora sensación de confusión entre accidente y atentado; pero estábamos aun dentro del campo de lo humano. A estos diagnósticos de Virilio sobre los efectos complejos y disruptivos de la velocidad y el contacto -desarrollados tanto en el texto citado como en otros libros, y por cierto muchas veces tildados de exagerados o no comprobables por no pocos miembros del campo intelectual local- se le agrega, ahora, la inconmensurable opacidad del accidente biológico.

También de fines de la década de los 90 del siglo pasado son las advertencias de Ulrich Beck. Focalizados sus análisis en la creciente complejidad de lo social, la potencial inconmensurabilidad de los subsistemas, las reducciones psicóticas y el quiebre de las subjetividades, amalgamados mediante un vector que se va enhebrando con la sensación de vulnerabilidad, la percepción de la inseguridad y la impresión del peligro, Beck postula una *nueva experiencia del riesgo* al que se le adosa el miedo a la catástrofe científico-técnica, a la hecatombe nuclear, ecológica o industrial (Beck, 1998).

Lo que se agrega, en nuestro contexto actual de pandemia viral global, a este diagnóstico fuertemente pesimista de Beck, es que, aun siendo pesimista, el miedo de las teorías de la sociedad del riesgo seguía siendo un miedo diferido, que se percibía, de algún modo, como tranquilizadamente lejano. Para la doxa, para el hombre común, para nuestra habitual y cotidiana manera de experimentar el mundo, los “riesgos” de la “sociedad del riesgo” son del orden de lo *increíble*, de lo *imposible*, de lo que no puede suceder. No es imaginable, por ejemplo, para el sentido común, una estrategia de poder nuclear tan puramente perversa que pudiera destruir, *estratégicamente*, el planeta. Por todo esto, el de la sociedad del riesgo es un miedo distante; no por ello menos real que otros espectros, pero sí con la mansa intranquilidad que se siente al despertar de una pesadilla. Es, si se quiere, como un miedo estratégico, funcional al equilibrio que los poderes necesitan para su despliegue.

Con el accidente integral que es el contagio viral-global del virus que nos toca ahora -la perfección absoluta de la lógica del contacto-, la pesadilla se desarrolla en la vigilia.

Un virus *real*, con *corona*, sin doble cuerpo, invisible -tal vez cumpliendo, así, la eficacia máxima de la teoría de los dos cuerpos del rey de Kantorowicz, finalmente unario en su productividad biológica invisible- que produce un miedo inmediato, cotidiano, ubicuo, próximo; que atraviesa la materialidad de los cuerpos. Un miedo virósico que no necesita de estrategias geopolíticas para desarrollarse,

que prescinde de las instituciones, de los acuerdos, de las normativas; no necesita de todo eso porque en verdad produce, para decirlo claramente, una biopolítica autoconsentida y voluntaria -esa servidumbre voluntaria que ya anunciaba en el 1500 De La Boétie- es, parafraseando a McLuhan, un puro medio sin mensaje; como la electricidad, *el virus es el mensaje*.

Como decía Virilio -y tenía razón- la experiencia de la civilización actual vuelve al peligro sistemático y cercano; el miedo a la desaparición, y la potencial “velocidad de la desaparición” son endémicos, y hacen sistema (Virilio, 1987;1989), y nos coloca, simultáneamente, en una experiencia de “desfuturización”.

Tomando la perspectiva de Luhmann del tiempo como “un aspecto de la construcción social de la realidad”, a partir de lo cual plantea que “hay varios tiempos, una pluralidad de *temporalgestalten* o tiempos sociales”, y definiendo al tiempo, entonces, “como la interpretación de la realidad con respecto a la diferencia entre el pasado y el futuro” (Luhmann: 1992: 166), retomamos la pregunta del autor sobre cómo “empezar el futuro” (op. cit: 178).

Luhmann propone un método:

“...si concebimos el tiempo como la relación entre horizontes temporales (más o menos diferenciados) y si utilizamos un lenguaje temporal que permita modalizaciones iterativas (futuro presente, presentes futuros, futuro de presentes pasados, etc.) y definimos la función del presente y la de la cronología en esos términos, podemos contar con una base suficiente para comenzar este tipo de investigación” (op. cit.: 179).

Ampliamos su argumento:

“Si aceptamos esta distinción entre el futuro presente y los presentes futuros, podemos definir un futuro abierto como un futuro presente que da cabida a varios presentes futuros mutuamente excluyentes” (op. cit.: 172).

Luhmann reserva el término “*futurización*” para designar la ampliación de la apertura de un futuro presente; y “*desfuturización*” para su decremento (op. cit.: 172). Esa pregunta luhmanniana, entonces, de cómo “empezar el futuro”, nos abisma a una experiencia perturbadora de *desfuturización* en nuestra actualidad. Los “futuros presentes” no parecen alentadores.

Nuevamente, como con otros fenómenos contemporáneos, es la mediatización actual la condición de posibilidad de dicha creciente imprevisibilidad.

Dependerá de nosotros que pueda ser, a su vez, una vía de escape.



Texto publicado en Blog Scolari. Marzo 2020
<https://hipermediaciones.com/2020/03/30/el-virus-es-el-mensaje/>

Bibliografía

- Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo*, Barcelona: Paidós
- Luhmann, N. (1992) “El futuro no puede empezar: estructuras temporales en la sociedad moderna”, en Ramos Torres (comp.) *Tiempo y Sociedad*, CIS, Siglo XXI.
- Sánchez, M. (17 de noviembre de 2001) Entrevista a Paul Virilio, “El futuro según Virilio” *Suplemento Cultura y Nación, Clarín*.
- Virilio, P. (1987) *Estética de la desaparición*, Barcelona: Anagrama
- (1989) *La máquina de visión*, Madrid: Cátedra.
- (1997) *La velocidad de liberación*, Bs As: Manantial.

Sandra Valdetaro es Pos Doctora y Doctora en Comunicación por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Máster en Ciencias Sociales por FLACSO. Licenciada en Comunicación Social por UNR. Profesora Titular de la cátedra Epistemología de la Comunicación UNR. Directora de la Maestría en Estudios Culturales de la UNR (www.estudiosculturales.unr.edu.ar). Directora del CIM - Centro de Investigaciones en Mediatizaciones (www.cim.unr.edu.ar).

Nuestro futuro

Por Cristian Alarcón

A mi lado un hombre hermoso tiene pesadillas. ¿Sueña con monstruos? ¿Sueña con un abismo en el que cae? Cuando está por llegar a lo profundo de su sueño, cuando su cuerpo largo y huesudo, labrado de tatuajes, está por caer en las rocas finales del precipicio que imagino, se despierta de un sobresalto y es tan cercano el temor que puedo olerlo. La mirada fuera de sí, los ojos en un brillo espectral, las sienes húmedas. Es un niño. Lo abrazo, lo tranquilizo, le digo que todo está bien, que no hay nada que temer, que duerma, que duerma, que duerma. Y lo hace, regresa a su sueño. A los días, a las semanas el miedo vuelve parecido. Suelo verlo de vez en cuando, nos encontramos en algún punto de la noche, en pistas electrónicas, en fiestas de perreo, en esquinas, en *after hours*. Es mi amigo, nos queremos. Y a veces se queda en mi casa y a veces él tiene miedo y yo lo protejo.

Mi amigo supo que era hermoso muy tarde, después de una adolescencia dura viviendo en casas tomadas y conventillos, yendo a escuelas donde lo discriminaban por negro, por pobre, por bailar como ninguno, por el pelo rizado, por la ropa. Pero gracias al pop supo de sí no sólo que era bello, de un modo perturbador, sino que supo de música, de ritmo, de *beats*, de letras increíbles. Y aprendió a bailar, a moverse como nadie con esos pasos en los que el cuerpo se gobierna antes que la mente, y a tocar, a cantar, a rimar la prosa del dub, la poesía del siglo pasado que entonces se terminaba. Y cuando supo que inquietaba con su silencio tímido y con su potencia artística se volvió modelo y posó para artistas, y tuvo su banda, y un día se enamoró y se fue yendo todo a la chingada.

Mi amigo tiene recuerdos y en las noches en vela de la cuarentena, que por casualidad finalmente transcurre en mi casa, me cuenta algunas escenas de esa vida de estrella pop, y de laburante, de esfuerzo inmenso por tener lo propio, y de pérdidas y vacíos, de confusiones y de errores. Y de sus sueños, de los que se sueñan despierto para pensar el futuro. Pero parece que yo no lo sé escuchar lo suficiente y no entiendo demasiado lo que quiere, lo que sueña. Parece que pasarán mil años hasta que pueda conocer a mi amigo. Quizás nunca. Quizás mañana. Mi amigo tiene recuerdos y un presente en pausa. Y en este presente viral tiene miedo. Entonces, cuando no había pandemias y nos podíamos juntar en la noche transida de baile y ruido, tenía miedo a los fantasmas de su infancia. Tenía miedo de lo que podía volver de esa zona oscura. Es normal, trato de decirle. Solemos temerle al pasado. A lo que ni siquiera podemos recordar de nuestro pasado.

Ahora, en estos días de pandemia, mi amigo le tiene miedo al futuro.

¿Cómo construir un futuro posible ante la incertidumbre global, el pendiente más intangible y complejo de desarmar de la pandemia? No nos queda otra alternativa que pensar la elaboración del futuro en múltiples dispositivos nacidos en el pasado reciente, que serán revisitados una y otra vez para capturar aquello que sea esencial. Lo esencial como nuevo orden de la política en nuestras vidas: bregar por lo esencial, apreciar lo esencial, compartir lo esencial. Una especie de mapa de curaduría global con raíz íntima y local, donde aquellos que produjeron cultura, ideas, metáforas e interpretaciones de la realidad vuelvan a visitarlas, ahora con la conciencia de una finitud masiva. Nos vamos a morir. Muchos van a morir. Algunos vamos a morir. La conciencia de la enorme vulnerabilidad del humano.

Mi amigo, por ejemplo, podría haberse quedado en la casa de sus padres, que tuvieron que abandonar la que ocupaban en un barrio para mudarse a la de un pariente. Por eso fue providencial ese encuentro, días antes del anuncio de la cuarentena, y luego aquella noche que ahora parece tan lejana, cuando vimos

juntos al presidente pidiendo que nos quedáramos en nuestras casas. Faltaban poco para las doce, y dijimos por qué no hasta el domingo. Y ya pasó un mes y mi amigo en casa y yo sin conocerlo. En esa dificultad mía quizás leí mal, quizás aún me equivoco, pero pensé en mi amigo en esa casa de otros con otros diez, y pensé que necesitaba estar tranquilo y mi casa es grande, y en la casa de mi familia siempre hubo lugar para los viajeros, para los amigos. Entonces más tarde creí que el único motivo para el soportara una convivencia imposible era poner a funcionar las máquinas, sus máquinas, su capitalpreciado. Con ellas ha fabricado y mantenido durante los últimos años una marca de ropa. He visto cómo se peleaban por esas prendas los habitués de un antro en Palermo. He visto a estrellitas recién nacidas pelearse por esas prendas en la noche porteña. He comprado esa ropa alucinante para mi hijo, para sus amigos, he regalado lo que mi amigo hace con el orgullo de que lo hace un amigo. Mi amigo es de esas personas con talentos múltiples y de esos talentos ha entrado y salido, pero siempre regresa a dos que le han dado brillos y dinero: la música y el diseño. Claro que quién hace una fiesta, un recital, un festival, un pogo en estos días.

Y quién va a fabricar ropa en los días que corren, en los días que siguen. Mi amigo no lo duda: debe pedir entonces la ayuda de emergencia. Es lógico. Es lo que corresponde. Como millones de otros emprendedores no hay modo de conseguir ingresos, no hay modo de mover ni de vender nada.

El futuro de pronto son esos diez mil pesos que podrían ser combustible para las máquinas, para volver a la productividad. Pero recién, ahora mismo, en este presente santo, esa mínima bocanada de aire queda en suspenso y no le llega a los pulmones, y mi amigo, desde el otro extremo de nuestro encierro me lo dice con un mensaje que leo, como todo, maldita sea, en la pantalla: su solicitud ha sido denegada.

¿Cómo mi amigo no va a tener miedo del futuro?.

Aun así, él y millones de trabajadores informales que soportaron ya los cuatro años de pérdidas y recesión, y que pasaron por el 2001 en la calle y

gaseados, en la calle y endeudados, en la calle y bailando Thriller, a pesar de todo, tiene en su haber el sueño que va más allá de la pesadilla: diseñar y hacer la ropa que le gusta, pasar la música que lo apasiona, organizar las fiestas que sabe, componer canciones, escribir letras, bailar. Solo se trata de resistir esta cuarentena, cruzar el umbral de tiempo extemporáneo que nos propone, y volver a arrancar. ¿Fundándolo todo de nuevo? Se trata quizás de cuidar las parcialidades que reconstruimos y hacemos sobrevivir en medio del derrumbe sin lamentar cómo caen las fichas que caen producto de un cachetazo invisible. El futuro como un armado más arbitrario de lo que en principio te ofertaba un capitalismo prometedor en el que te juraban que vos eras el que elegía.

Si hay un modo de imaginar el futuro es con una consciencia en la que el dispendio de energía en general será clave para una refundación de cualquier tipo. Debemos elegir entre afectos y amores, trabajos y placeres, ser mucho menos pretenciosos, al tiempo que eficientes en lo que nos de sobrevivencia. Cómo haremos para aprender la cuantía de la energía que gastamos en términos materiales y simbólicos. Dinero. Objetos. Goces. Tiempo. Mirada. Escucha. Nuestra disposición hacia los otros. Probablemente al cabo deberemos quedarnos con algunos, como dice mi amiga, no por altruismo si no por sobrevivencia.

De pronto los espacios del estar con los demás, de ser en lo social, en la escena, desaparecen durante la cuarentena. Se diluyen en un futuro cercano. Al mismo tiempo que el ágora de la escena social se contrae o implosiona, el ágora ficcional de las redes fracasa porque carece de carburante: con qué alimentar el morbo del otro, cuánto tiempo podemos pasar posteando barbijos, cocina casera, recuerdos, cuántos vivos podríamos soportar en los próximos meses. Ante la pandemia las redes que supuestamente garantizarían en su función fáctica el contacto humano fracasan: lo inexistente del lazo las vuelve evidentemente mentirosas y tóxicas. Se produce cada vez más un repliegue, y un uso irónico toma el control de lo que era felicidad construida. Entre el pudor naciente y la distancia ante la experiencia nada performática del otro la ironía es todo lo que queda. Salvo para los literales, que siempre tendrán dónde expresarse.

Los que hasta ahora por mandato de clase pasamos por la universidad o tenemos mínimos recorridos artísticos, intelectuales, profesionales, trayectorias emancipatorias, afanes holísticos, ambiciones aspiracionales -en suma, buenas intenciones- nos ha sido difícil sustraernos de un imperativo protocapitalista y binario: existir o sobrevivir. El imperativo de la *existencia*, en nuestro deseo -desde la pretensión más psicoanalítica-, en nuestra identidad -para darnos un golpe de ego en la idea de lo singular desde la diferencia obvia del humano contemporáneo- en nuestra neurosis urbana, hecha de gestos y escenas. O el imperativo de la *sobrevivencia* “hacer” para ganar y pagar. ¿Hay algo malo en ello?

Gracias al virus se retirará de nosotros ese falso dilema moral del sujeto mercancía. Estemos listos para un dilema que nos convocará como ninguna otra crisis nos convocó antes. Ni las dictaduras, porque entonces no había más que escapar, esconderse, aguantar la tortura y el encierro, sobrevivir. Ni los intentos de golpe. Ni las crisis cíclicas de nuestras economías. Ni las catástrofes naturales. Ni todo el neoliberalismo del planeta produciendo pobreza y saqueando la riqueza de cada nación. Ni la peor de las músicas, ni el más espantoso de los teatros, ni las series arruinadas en sus temporadas interminables, ni la mala poesía, ni la literatura envasada, ni la falta de deseo sexual. Lo que nos volverá a poner contra la pared y de lo que no tendremos escapatoria serán el otro y el cuerpo. ¿Solos o con los demás? ¿Solos a salvo, o todos en riesgo? ¿Materia, cuerpo o mente? Cuerpo y pensamiento. En un solo movimiento hecho de todos los movimientos: masivo, universal, nacional y revolucionario.

En el pueblito del sur del que provengo hubo un día en que muchos creyeron que el mundo se terminaba. A mi abuela Aura le pasó. Para colmo, en esos tiempos, y por puro refugiarse de la borrachera habitual y los palmetazos de mi abuelo Isaías, el obrero socialista, Aura se había hecho testigo de Jehová: ¿qué mejor para un testigo que el fin del mundo? En lo más bajo del pueblo, más allá de la aldea campesina de mis ancestros, junto al río, en realidad ardía una fábrica de lino. El fuego arrasaba con máquinas y telas, hilos y bencinas. Los productos

químicos del laboratorio, los motores, el almacén estallaban como programados por el demonio. Y en su pequeña casa de madera mi abuela ponía en fila a sus ya casi diez críos para que rezaran a viva voz en un último intento de ganarse la vida eterna antes del Armagedón.

Durante estos días no puedo dejar de pensarla. Aura nació en el campo de Fabiana, una madre que tenía el color, el cuerpo, la tierra de una mujer mapuche, pero con un apellido español o portugués: Carballo. Las genealogías de cientos de miles de indígenas se perdieron en el tiempo porque los apellidos mutaron cuando a comienzos del siglo veinte niñas como ella eran regaladas a los patronos de fundos, abandonadas en diásporas por invasión de tierras, casadas con hombres a los que no amaron, como don Julio Carrasco, mi bisabuelo. Fabiana pisó una ciudad por primera vez cuando ya era vieja y la amenazaba un cáncer. La acompañó mi tía Ivonne, la hija menor de Aura, melliza de Iván; solía representar un número cómico en el que la abuela se miraba frente a los grandes espejos de una galería comercial metropolitana sin saberlo, desconociéndose a sí misma: *pase mujer, pase, qué porfiada por dios esta mujer*. Le decía, a esa desconocida con cara de india que la imitaba en cada movimiento del otro lado, en ese mundo en el que la imagen de uno mismo valía poco, porque ella vivía sola en su parcela, rodeada de animales y árboles, con la tierra.

Crecí con mi madre repitiendo: esto es el fin del mundo. Cada evento trágico en la familia, el fin del mundo. Un hombre abandona a su mujer, el fin del mundo. Una mujer a un hombre, el fin del mundo. Su hijo mayor gay. El fin del mundo. Cae el muro de Berlín, el fin del mundo. Su hijo menor gay. El fin del mundo. Se muere Aura de un derrame cerebral, demasiado joven, justo cuando dejaba de sufrir. El fin del mundo. Se divorcia su único hijo heterosexual. El fin del mundo. Dos aviones se estrellan contra las Torres gemelas. El fin del mundo. Un tsunami arrasa con los pueblos de pescadores, el fin del mundo. Se divorcia su hijo menor. El fin del mundo. Estalla Chile y se prende fuego. El fin del mundo. Se cae de una escalera y se fractura la muñeca, el fin del mundo. Un virus encierra a la humanidad y mata a decenas de miles. Eso, el fin del mundo.

Y al instante siguiente ese montón de inteligencia que ha sido y es mi madre se rebela. Siempre desde el sur dice: para empezar, al fin y cabo, el virus no es tan idiota; es lógico que nos vayamos a morir primero los viejos. Luego: encerrarnos y que el mundo cambie para siempre cuando hayamos vuelto tampoco es una desgracia. No exageremos. Dice. Resistir, hemos resistido y sabemos hacerlo. Dice. Ella pudo salir del pueblo, del campo, de la colina, del río, de la noche. Ella pudo cruzar la cordillera y salvarse. Pudo olvidar. Pudo acordarse de vez en cuando. Y a cada paso pudo asumir que el mundo no se termina. Que el futuro es lo único ineludible.

Mi abuela no sabía cuándo se hincó a pedir perdón por sus pecados —qué pecados pudo cometer una campesina que pasaba el día en botas de agua enterradas en la tierra cultivando frutillas, grosellas, habas, papas y flores, bajo la lluvia eterna de los sures, acaso pegarles a los hijos— que mientras lo hacía, mientras pedía a dios que le reservara un lugar en el paraíso, ella y todos sus hijos y mi madre resistían. Algo parecido hacemos en estos días de encierro: rezamos, aunque agnósticos, aunque ateos, aunque mundanos y abúlicos, aunque deprimidos. Porque, ¿Qué es sino rezar ese viaje interno al que tarde o temprano nos obliga la inminencia del contagio? ¿Qué es sino una prédica ese revolver cajas de fotos viejas buscándonos afanosamente en el futuro que fuimos? ¿Qué si no un rezo ese diálogo selectivo que comenzamos con algunos y contados otros, ese descubrir de pronto un libro que tenía todo el sentido, una película de debimos ver en aquel momento, una pista ficcional de lo que haremos y seremos cuando esta pesadilla se termine?.

La pesadilla de la desaparición del mundo no es la que nos impide dormir algunas noches, como a mi amigo. En nuestros sueños desaparecen cosas, casas, autos, ropas, celulares, viajes, cumpleaños, vacaciones, televisores, objetos. No sé si desaparecen personas, eso sería un sueño repetido, la pesadilla real del pasado. Desaparece lo tangible. Partes. Piezas. No desaparece el todo. El todo se vuelve más bien caótico. En el horizonte el futuro amenaza con su desaparición, pero es

como el reto de un padre permisivo: no llega a ser cierto jamás, opera como un fantasma débil e ineficiente. Eso es lo peor; sabemos que el futuro nos pisa los talones y no sabemos cómo es, qué cara tiene, cómo se llama, de qué modo nos permitirá sobrevivir, cómo afectará todo lo que lo ignoramos en nuestras arriesgadas existencias.

En estos días los filósofos que arriesgan hipótesis más o menos insurgentes sobre nuestro futuro, casi siempre europeos, suelen citar a Walter Benjamin, el alemán que escribía en el París de la resistencia con una máscara anti-gas al alcance de la mano. Los filósofos, casi siempre varones, debaten sobre este momento histórico: que es como una guerra, que de ningún modo es una guerra. Por aquellos días en plena guerra mundial Benjamin lo tenía claro: “si el enemigo vence no estarán a salvo ni los muertos. Y es ese enemigo que no cesa de vencer”. No estamos en una guerra, lejos estamos de estarlo. Pero quizás sí debamos pensar que estamos por primera vez en doscientos años ante un enemigo claro. Y ese enemigo no es el coronavirus. Pero al mismo tiempo la confusión reina cuando las estructuras apenas comienzan a derrumbarse en sus cimientos. Ante este temblor del que apenas escuchamos un primer y leve zumbido los edificios del sistema económico prefiguran la fractura de sus pilares. Las sociedades ya saben que la democracia no alcanza y cruje como el mejor sistema conocido para mejorar la vida de los ciudadanos. Qué puede pensarse sobre el futuro cuando solo tenemos un diagnóstico nebuloso que negamos todo lo que podemos como hacen los moribundos cuyo dolor se mitiga por el oficio de la morfina.

Repensar el futuro implica entonces un esfuerzo impensado de imaginación y creación, ciclópeo, colectivo. Repensar y refundar el futuro es mucho más que salir de esta crisis que ya se sabe llevará al menos dos años dejar de respirar y que preanuncia un mundo tanto más complicado y para colmo asolado por la presencia de los microorganismos que muestran su inteligente poder. Distinguir entre el humo de bombas de sentido lanzadas por las súper potencias disputándose el recurso natural, los mercados, la posesión de los datos de millones de ciudadanos, las rutas, el litio, el petróleo, el agua, es al menos difícil. En esa

confusión activistas, líderes políticos, de opinión, luchadores de toda clase, pueden entrar en pantanos si se dejan llevar por las primeras impresiones. Quizás la confusión mayor esté en torno a la función, misión y el carácter dominante de la tecnología. Su condición demoníaca, como la del propio virus, no hace más que dejarla en manos de las corporaciones que detentan la creación y el uso de redes neuronales algorítmicas cuyo funcionamiento y lógica desconocemos tanto como el mundo infinitesimal de bacterias y virus.

La condición viral como significante de época nos seguirá atravesando. En un mundo dominado por los humanos el fin se presiente de mano de los humanos. La supremacía de lo humano puede ser el fin de lo humano. En esa paradoja cruel se juega el destino después de la pandemia. La preservación de lo que queda, las luchas ecologistas alimentadas por la visión humanista del feminismo y de las políticas no binarias –más allá de la cuestión de género incluso—vienen a darnos hoy algún alimento para comenzar a pensar: sólo queda pendiente qué construcción puede hacer esa teoría en danza y esa praxis activista por frenar la destrucción del planeta con una economía que proteja a los más débiles y le ponga un freno a la acumulación pornográfica y al capital financiero. Este pensamiento por primera vez en mucho tiempo exige intercambio intercontinental, y debe tener al sur como eje crucial para una verdadera innovación: los casos particulares darán cada vez más sentido a un pensamiento internacional. Es lamentable leer a los Sopa de Wuhan enfrascados en una disputa por el batacazo filosófico al aplicar sus teorías con fórceps sobre lo real acontecido a la humanidad.

El mundo, lo hemos visto en noticias perdidas y en algún documental veloz, ha sufrido pandemias de modo cíclico. La peste negra, que azotó Europa entre 1347 y 1353 hasta diezmar ciudades y campos, reinos y estados solo había sido precedida por una de igual virulencia, en tiempos del emperador Justiniano, siglo VI. Esa peste que nacía en las ratas negras y se movía a través de las pulgas viajaba en barco, y se esparció por el viejo mundo desde oriente a occidente gracias al comercio: entró por los puertos y avanzó sin piedad sobre ciudades primero, sobre caseríos después. Produjo un caudal de muertos que estremece: se habla de un 60

por ciento de toda la población de la península Ibérica. Recién en el siglo XIX los primeros investigadores científicos descubrieron que se trataba de una bacteria: inflamaba ingles y axilas, atacaba ganglios con rapidez, y en algunos se convertía en septicémica, es decir entraba en la sangre a toda velocidad pudriendo el organismo. Tenía una segunda manera de matar: la peste neumónica, más parecido a nuestro coronavirus, producía una tos que infectaba por el aire.

En la Argentina la fiebre amarilla atacó entre 1852 y 1871 y solo en Buenos Aires mató al 8 por ciento de los porteños, unos 14 mil en todo el país. Llegó desde el Paraguay y luego en barco desde Brasil. Dividió la ciudad en dos: el sur de los pobres, el norte de los ricos. Más tarde la influenza vino desde Europa en 1918 y golpeó en tres oleadas hasta 1920 dejando unos 20 mil muertos. Aunque al comienzo no distinguía entre pobres y ricos terminó acorralando a los más desprotegidos, sobre todo en las provincias del norte donde dejó en evidencia un sistema de salud entre precario e inexistente. Conocida como la gripe española, la influenza fue quizás el motor del primer gran ocultamiento de las potencias embarcadas en la primera guerra mundial. Millones de muertos escondidos en camiones militares y enterrados en fosas comunes. Esa pandemia inaugura una noción de mundo global. Un historiador de la época habló de “la unificación del mundo por la enfermedad”. También dejaba claro que la ciudad industrial implicaba muerte y enfermedad. El coronavirus ha llegado a nuestras casas en avión, a mil kilómetros por hora. Nuestro virus se inserta en ese linaje moderno de pandemia. La ciencia se enfrenta a ellas desde entonces, esa pelea es una batalla que el mundo ha dado, conoce. No es una guerra.

Desde que nos exiliamos y nos refugiamos en la Argentina mis defensas bajaron y mi cuerpo casi no tuvo tregua. Fui un niño enfermo. Estaba enfermo porque era un niño demasiado femenino y por eso me trataban con hormonas. Pero por las dudas mi cuerpo se encargaba de confirmarlo: anginas extirpadas, hepatitis, sarampión, tos convulsa, gripes, fiebres inexplicables me llevaban con frecuencia al hospital. De niño quería ser médico, era lo más romántico que se me ocurría podía ser siendo adulto. En esas largas convalecencias me volví escritor.

Escuchaba sin remedio a mi madre contar su vida de niña proletaria. Dos escenas me enseñaron de qué se trataba ser pobre. Nuestro ascenso social gracias al éxito de mi padre como inventor no me privaba de la conciencia de esa vulnerabilidad.

Cuando mi madre aún era una niña al pueblo en el sur llegó un brote de viruela. Último estertor de una peste antigua, que desapareció de América Latina recién en los ochenta. La peste atacó a sus padres y para protegerlos debieron repartir a los chicos entre parientes y allegados. A ella la enviaron al campo de su abuela. Allí sufrió el abuso de uno de sus familiares, ese aislamiento le rompió la inocencia y la signó el resto de su vida. Cuando ya tenía doce años mi madre debió atender el parto de los mellizos que nacieron en la casa. El niño, Iván, nació sin problemas. La niña, Ivonne, venía atravesada. Se moría. Mi madre tuvo que salir a atrapar una gallina negra con la que la partera hizo una ceremonia y salvó la vida de la criatura. Días después el terremoto más grande de la historia estremeció a todo Chile. En el sur un tsunami inmenso se llevó pueblos y hundió ciudades. La familia salió de la casa, todos corrieron a ponerse a salvo. Pero en la fascinación por la niña, se olvidaron del niño. Mi madre entró a la casa bamboleante y salió con él en brazos. Corría desesperada cuando la tierra se abrió bajo sus pies como un pan caliente que recién sacamos del horno. Mi madre supo entonces cómo sobrevivir: abrió las piernas, como jugando a la rayuela hasta que la tierra volvió a cerrarse. A su alrededor morían sus vecinos, tragados por la tierra enfurecida.

¿Cómo era el futuro para esa niña sobreviviente? ¿De qué estaba hecho el porvenir de una nena que se salvó del fin del mundo? ¿Podemos nosotros pensar en este estadio de la peste global en un futuro posible? La pregunta por el futuro que nos depara una economía en crisis extrema, la idea de una post guerra en la que los estados vuelven a potenciar su capacidad de ordenar y organizar a las sociedades no deja aun lugar para la pregunta por el individuo y su rol como constructor de lo colectivo. No hemos pensado juntos ese futuro, es por ahora una quimera. ¿Cómo pensar el futuro cuando aún no hemos visto los muertos? Eso será lo que nos termine de confrontar a lo estructural, que es subjetivo y político de un modo que nunca antes pudimos encarnar. La vulnerabilidad extrema es esa,

la muerte masiva y caprichosamente selectiva del virus. La muerte se anuncia, la enfermedad se declama. La imagen de cientos de camas en hospitales de emergencia, cientos de camas vacías que nos esperan. Vivimos el estrés de lo por venir, no somos dueños del devenir, no logramos devenir encerrados en nuestros espacios íntimos.

Tras la fiebre amarilla en Buenos Aires hubo un cuadro del pintor uruguayo Juan Manuel Blanes que lo dijo todo cuando la fotografía no existía. Lo describe en un artículo de La Nación la periodista María Paula Zacharías: “dos hombres abren una puerta y encuentran en un cuarto lúgubre el cadáver de un hombre en la cama, el cuerpo ya descompuesto de una mujer hermosa en el suelo y un bebé tratando de alimentarse de ella”. Y cita a la historiadora del arte Laura Malosetti: “Blanes hizo que los espectadores llorasen por esa madre. Y los que están atrás de la escena con un pañuelo en la nariz son el que tiene miedo y sin embargo es responsable. El efecto es perturbador: Blanes abre la puerta y pinta esa mujer, un ángel caído. Compasión, conmoción: una piedad compartida”. El cuadro fue expuesto en el antiguo Teatro Colón y los porteños hicieron larguísimas filas pagando una entrada solidaria para verla. Fue un ritual fúnebre colectivo.

¿Cómo haremos nosotros para despedir a nuestros muertos futuros? Por más que asumimos responsablemente el aislamiento como la mejor manera de resistir la pandemia es difícil imaginar un regreso paulatino, lento, progresivo. En nuestra imaginación argentina honrar siempre ha sido una ceremonia multitudinaria. ¿Tendremos una fiesta al final? ¿Habrán ceremonias para celebrar el fin de la pandemia? ¿Qué reemplazara al cuadro de Blanes?

Extraño tiempo muerto el de esta semana santa que al menos nos permite pensarnos en la incertidumbre. Así podemos escuchar que no somos víctimas del encierro. Porque no somos víctimas del encierro. Pero tampoco podemos conformarnos con ser solo actores del aislamiento. Lo que nos puede volver víctimas es creer que lo único que debemos hacer es quedarnos en casa. El futuro está en la fuerza y la capacidad que tengamos para repensar el mundo sin la

nostalgia del pasado por más revolucionario que haya sido. En la valentía de mirar el virus como parte inherente de una naturaleza que nos habla sin metáforas del fin de una época en la que lo humano se ha excedido hasta estallar el futuro. Si de algo me puedo abrazar esta noche es a la imagen de Aura cultivando la tierra. Del virus nos salvaremos. Del mundo tal como está, tal como es gobernado por las corporaciones y el capitalismo financiero no. Me quedo con esa mínima porción de tierra cultivada, con la noción de espacio, de geografía, de frontera, me quedo con el cuerpo que no está escindido de la tecnología, de la basura. El mar, la montaña, el desierto son lo que permanece. Casi lo único que podemos mirar y sentir para buscar sosiego en estos días es el sol que entra por nuestras ventanas, llega un rincón de nuestros encierros y nos llena los pulmones de vitalidad extrema alejándonos de las pesadillas, quitándonos el miedo. La resistencia apenas comienza. Y en su ADN es viral y revolucionaria. El futuro es esto que nos pasa hoy y nadie podrá evitar que sea nuestro futuro.

Buenos Aires, 12 de abril de 2020.



Cristian Alarcón (La Unión, Chile, 1970) es escritor y periodista. Es licenciado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Es codirector de la Maestría en Periodismo Narrativo de la Universidad Nacional de General San Martín. Es fundador y director de *Anfibia*, y de *Cosecha Roja*, la Red Latinoamericana de Periodismo Judicial. Desde comienzos de los '90 se dedicó al periodismo de investigación y a la escritura de crónicas en los diarios *Página/12*, *Clarín*, *Crítica de la Argentina* y en las revistas *TXT*, *Rolling Stone* y *Gatopardo*. En 2014 recibió el Premio Konex, Diploma al Mérito en la categoría Crónicas y Testimonios.

El futuro ¿ya llegó?

Por María Pía López

Jóvenes a lo largo y ancho del mundo reclaman que las personas de las generaciones anteriores les dejemos un planeta capaz de continuar la vida. Feministas sostienen que el capitalismo, en pos de la acumulación de ganancias, pone en riesgo la reproducción de sus propias condiciones de existencia. Un ensayista, que luego se suicidó, abrió un libro con una frase inolvidable (que tomaba de los arcanos dolorosos de la enunciación política): es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Y esas palabras se van desplegando mientras vemos imágenes desoladoras: incendios en el Amazonas o en Australia, guerras en Siria, hambrunas por doquier, cuerpos enfermos por los agrotóxicos y campesinos expulsados por la valorización de las tierras. Y como si faltara una desdicha: 2020, la pandemia mundial. La globalización de la amenaza.

En la Argentina, el gobierno que asumió el 10 de diciembre del año anterior había declarado que venía a tratar la mayor de las urgencias: el drama del hambre. En los meses siguientes la salud de la población vendría a ocupar el centro de las cuestiones no porque el hambre ya no estuviera en el horizonte inmediato de millones de personas sino porque la pandemia le daba otro nombre al riesgo de muerte. Nada de lo que pensamos, hacemos, sentimos, en estas semanas está separado de la sensación de emergencia.

El virus es igualitario -se prende a todo cuerpo- pero sus efectos se cumplen diferencialmente en un orden de desigualdades. No sólo las consabidas de edad o enfermedades preexistentes que lo vuelven riesgoso para la continuidad de la vida. También desigualdades sociales, de clase y de género. La masividad del peligro pone en evidencia los desiguales accesos a la salud (distritos gigantescos e híper poblados que tienen un solo hospital), a los servicios públicos, a las viviendas

en condiciones y al trabajo formalizado. La cuarentena empezó a ser un privilegio accesible a quienes tenemos lugar para encerrarnos y salario, aunque no salgamos a trabajar, pero a la vera de eso están millones de personas que viven en casas precarias y cuyos ingresos provienen de la economía popular. Retirarse del peligro del virus que circula, puede significar el encierro en una situación no menos peligrosa: la del abuso y la violencia intra familiar, como lo demuestran los números crecientes de femicidios. El rasero del virus no iguala, aunque a todes contagie: más bien se asienta duramente sobre las desigualdades existentes y las profundiza. Circulan notas: una hija de un millonario dice para qué tanto dinero si finalmente no entraba aire a sus pulmones. Ese lamento siempre puede pronunciarse ante la muerte: tenía tanto de algo (dinero, belleza, juventud, afectos) y sin embargo la finitud es condición y nos acontece. Esa es la condición general de vulnerabilidad que es propia de toda vida, pero hay condiciones sociales que precarizan y es esa precarización la que debemos poner a cuenta de la lógica neoliberal de despojo y desecho que puso en crisis los sistemas públicos de salud y las tramas urbanas.

La pandemia pone en primer plano la gestión de lo imprescindible y el alivio de la amenaza sanitaria postergando el pico de los contagios para cuando estén resueltas algunas condiciones que permitan atajarlo. Al hacerlo parece clausurar la pregunta por lo que vendrá cuando la crisis finalice, aunque esa pregunta sea la central. Esa pregunta, la de la imaginación política, no puede desgajarse de las memorias de lo realizado. Un sector de las clases dominantes está planteando el fin de la cuarentena, apostando a la hipótesis de que es posible separar el flujo de las mercancías y el dinero, del flujo del virus, mediante el ejercicio de sistemas de ordenamiento de los cuerpos y cuidados de salubridad. Cuando se discute en torno a las actividades esenciales se confronta eso, pero también la decisión de no separar ingresos de trabajo realizado. Cuando los más ricos entre los ricos deciden despedir trabajadorxs no lo hacen porque no puedan afrontar el costo de pagar salarios durante la detención de la producción, también lo hacen porque esa conexión -para vivir hay que vender y realizar la fuerza de trabajo- es la clave de su propia existencia.

Lo esencial: obstaculizar la vivencia de lo que podría abrir este tiempo sin trabajo, pero con salarios. Algo que también se juega socialmente en el desprecio y el miedo al planero, al chorro, al militante: las figuras que parecen solo extraer, cuasi parasitariamente, el excedente del esfuerzo productivo. Figuras de la circulación de las mercancías y del dinero, pero no de su producción, que aparecen separadas del mandato “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. El productivismo que aconteció en muchos sectores alrededor de afianzar las lógicas del trabajo a distancia evidencia el temblor ante la revelación potencial de que lo que hacemos diariamente sea superfluo. Y si lo fuera, ¿qué vidas se abrirían? ¿qué posibilidades para cada quien, para los núcleos familiares y las redes afectivas?

En las discusiones sobre cómo tratar la pandemia, hay quienes intentan reponer la lógica “de casa al trabajo y del trabajo a casa”, como salida económica a la amenaza sanitaria, lo cual despojaría a nuestras vidas de eso en apariencia prescindible que es el ocio en el espacio público, el consumo cultural, el activismo político, la sociabilidad paseandera. Se acentúa la indiferenciación entre trabajo y ocio, la misma pantalla ofrece una y otra posibilidad, y esa indistinción revela hasta qué punto aun en nuestra deriva por el entretenimiento de las redes y las industrias culturales damos ganancias, entregamos datos, permitimos la acumulación. Lo que queda suprimido en la deriva obligada del aislamiento es una suerte de circulación menos productiva, el cotilleo en los lugares de trabajo y el roce amistoso y amoroso en los pasillos de las instituciones educativas, la palabra ocasional en la calle y las fiestas del anonimato. El espacio público, puesto en cuarentena por riesgoso, es el de los cruces inesperados y el del acceso a bienes de los que no disponemos en el espacio privado o cuya distribución es siempre desigual. Nos quedamos, entonces, en nuestra pura desigualdad de propietarios o en la condenada escasez.

Si no podemos imaginar el fin del capitalismo, lo que aparece como horizonte mundial es distópico: mercancías y dinero libres de humanos virósicos, teletrabajos intensos y nuevos modos de expansión de la productividad, ciudades

regimentadas y espacios públicos vacíos, controles migratorios exhaustivos y fronteras cerradas. Cómo se gestiona la emergencia es una decisión que pone en juego imágenes de la sociedad futura: si bien es un paréntesis extraordinario no puede desprenderse de su condición de laboratorio. Si hoy se discuten impuestos de urgencia al capital o bajas de salarios es porque nada de lo que se decida es inocuo y afecta solo a lo que transcurra en estos meses, sino que abre la experiencia que podrá ser considerada en tiempos ordinarios. Laboratorio de modos virtuales de trabajar y enseñar, de circuitos de gestión, de vaciamiento del espacio público, de trato con el roce corporal.

La crisis provocada por la pandemia también exige otros movimientos, activa memorias y modos de actuar, exige una imaginación política que reabra aquella asfixia respecto de un orden cerrado -ese capitalismo del que no podemos sospechar el final- y carente de rasgos utópicos. En la Argentina viejas memorias y tenacidades militantes se ponen en juego. Los valores sostenidos y preservados por el movimiento de derechos humanos permiten establecer alertas ante la violencia institucional que puede ser correlato de la regimentación de la circulación en el espacio público, porque hemos visto coreografías de la sumisión llevadas a cabo por agentes de las fuerzas de seguridad, pero también conocidas las denuncias y las sanciones que merecieron. El saber producido por los feminismos respecto del trabajo, los cuidados, la organización, es elemento consistente en el ejercicio de las políticas públicas. Y, no por último menos importante, es fundamental el modo en que se concibe el Estado y sus responsabilidades: porque si las gestiones neoliberales parten de la producción sistemática de vidas desechables (o de la reproducción permanente del trazo que divide aquellas que tienen mérito para vivir y las que pueden ser descartadas, con lo cual reducen las políticas públicas a políticas de seguridad para defender a quienes merecen seguir viviendo); el gobierno actual en Argentina parte de la hipótesis contraria, afirmada una y otra vez por el presidente: de todo se vuelve, incluso de las crisis económicas que alguna vez terminan, pero lo irreparable es la pérdida de vidas.

¿Se trata, acaso, de una vuelta al humanismo? Es posible que el horror ante la debacle o el miedo ante la amenaza abran ese horizonte. Que si es apertura y no nostálgica repetición exige tramarse con otras tradiciones ajenas a los humanismos anteriores. La centralidad de la especie humana y sus necesidades vitales es la que sustenta la explotación salvaje del resto de las formas de vida en el planeta, de un tipo de vínculo destructivo de la naturaleza comprendida solo como recurso a ser explotado y de otras especies animales convertidas en objeto de una producción industrializada y cruenta.

Si desde la perspectiva de ese capitalismo capaz de destruir sus propias condiciones de existencia la crueldad ejercida sobre el resto de la vida también se ejerce sobre la humanidad, estableciendo un continuo de explotación; para los humanismos es posible desgajar uno y otro tramo, apostando a vínculos igualitarios e incruentos entre las personas. Quizás esto solo sea posible si el respeto de lo humano exige el respeto de las otras formas de vida: porque no habrá vida humana sin vida de los bosques, de las aguas, de las tierras. Esto es, si llamamos humanismo al suspenso de la lógica del capital como reguladora última de la producción y la satisfacción de las necesidades, porque la humanidad, para seguir existiendo, deberá construir nuevos pactos con el resto de lo viviente.

Antes de la pandemia, Chile se vio sacudido por una profusa rebelión. Uno de los carteles que circularon decía: “Hasta que la vida valga la pena de ser vivida”. El virus pone en primer plano la vida como supervivencia. También lo hace el hambre. El modo en que lo tratemos dice, sin embargo, sobre la apuesta o no a una vida que valga la pena, una vida digna. La rebelión chilena había amasado esa consigna en las movilizaciones feministas, en la toma de universidades contra la violencia de género, en la insumisión juvenil de las escuelas secundarias. En la Argentina la rebelión feminista fue construyendo zonas de enunciación sobre esas mismas cuestiones, para pensar que la vida no es solo la supervivencia biológica sino aquello que puede investirse de deseo y realizarse con dignidad.

La cuarentena hizo visible lo que ya se venía problematizando desde la creación de herramientas sindicales, como la UTEP, y desde las acciones de los feminismos, que mostraron que el trabajo socialmente necesario no es solo el que se lleva adelante en el marco de los contratos salariales u organizado por la conducción empresarial y representado por los sindicatos, sino que mucho de ese trabajo se realiza fuera de ese orden: el trabajo informal, el de reproducción y cuidados hogareño, el comunitario. Trabajos centrales para que la sociedad siga existiendo y se preserve la vida, en muchos casos mal remunerados (el trabajo doméstico asalariado se cuenta entre los peores pagos) o impagos (como el realizado por mujeres en sus propios hogares).

Eso fue problematizado y demostrado por los feminismos y ahora revelado a contraluz de la pandemia que pone, con extraordinaria nitidez, los cuidados en el centro de la escena: cuidados de la población en riesgo, cuidado de las infancias con las escuelas cerradas, cuidados alimentarios, cuidados de salud. Las instituciones públicas muestran su rostro de cuidados, pero solas no bastan y se coordinan con un activismo social enorme que toma en sus manos la reproducción vital. Ya lo hacía una militancia en gran parte constituida por mujeres que sostienen comedores, merenderos, defienden a otras en situación de violencia, cuidan niños de todo el barrio, gestionan recursos, pelean en los municipios, acompañan abortos, arman espacios culturales y defienden a los pibes de la violencia institucional.

La pandemia muestra a esas cuidadoras y el Estado las reconoce como promotoras comunitarias. El proceso por el cual se produce ese reconocimiento no es ajeno a los feminismos, al tipo de representación disputada respecto de ese esfuerzo social: allí donde las derechas reaccionarias ven planes distribuidos a una población que no realiza esfuerzos, nosotras vemos esfuerzos intensos e imprescindibles, aunque mal remunerados. El trabajo mismo de la reproducción social. Esos trabajos no son solo auxilios en la crisis, su horizonte es el de la transformación de relaciones sociales que son inequitativas y mortíferas, porque la desigualdad mata. Al tiempo de reconocer la importancia de los cuidados -

reconocimiento que exige la pandemia- no se debe olvidar o menoscabar su politicidad.

Feminismo o crueldad: ahí está la politización de los cuidados. La pandemia revela que no hay salida individual, que lo común nos acontece como riesgo si no lo comprendemos como potencia y fuerza. Como toda situación amenazante puede ser codificada en términos de seguridad (policial, científica) o de apuesta a lo común. Pero si lo primero requiere trazar siempre la división con los que encarnarán la amenaza (los portadores del virus, quienes viajaron o tienen profesiones riesgosas), lo segundo parte de comprender que se trata de gestionar con otros el riesgo que todos atravesamos. Por eso, el camino de los feminismos populares cuando encarar la cuestión dramática de la violencia de género no suele ser punitivista, porque el punitivismo busca el castigo como atajo y culmina en el reclamo de la crueldad sobre otros. La apuesta a la gestión con otras personas de aquello que nos pone en riesgo insiste sobre la pregunta por la red que previene y contiene. Ese saber que no desconoce la violencia, pero renuncia a la crueldad, que busca la fuerza común no para conservar lo existente sino porque la conservación de la vida es punto de partida para su transformación. El Estado que se constituye y rearma con relación al trato de la emergencia, lo hace interrogando las alertas construidas por las largas luchas democráticas y por la inventiva de la movilización plebeya. Lo hace con los feminismos como tensión interna y horizonte de exigencias. Si no estamos condenados a habitar un futuro distópico es por esa grieta abierta en el orden de las cosas: grieta ahondada por una rebelión que acontece y persiste.

.....

María Pía López es Socióloga y Doctora en Ciencias Sociales. Es ensayista, investigadora y docente. Publicó los libros de ensayo *Mutantes. Trazos sobre los cuerpos* (Colihue, 1997), *Sabato o la moral de los argentinos* (Armas de la crítica, 1997, en colaboración con Guillermo Korn), *Lugones. Entre la aventura y la cruzada* (Colihue, 2004) y *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista* (Eudeba, 2010). Escribió las novelas *No tengo tiempo* (Paradiso, 2010), *Habla Clara* (Paradiso, 2012) y *Teatro de operaciones* (Paradiso, 2014). Hasta diciembre de 2015 dirigió en Buenos Aires el Museo del Libro y de la Lengua de la Biblioteca Nacional.

Mientras tanto

Por María Moreno

No future decían los punks. Pero la craneoteca intelectual del mundo mundial salió a conjeturar el futuro, calcularlo, promoverlo, aunque no se sepa que va a pasar con el bautizado *bichito*— seguramente para que el diminutivo achique el pánico—. Caída del capital, ya nada será como antes, solidaridad global como primeros auxilios, salud- mata- mercado, tecnototalitarismo y lo más loco, “técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos” (Zizek citando *Kill Bill*).

La incertidumbre, como irrupción inédita, se llena de palabras. La mayoría de los textos insisten en las causas, la teoría se muerde la cola, rebusca en archivos seguros, de por lo menos tres décadas atrás, los análisis buscan evidencias, es decir huyen hacia el futuro pasando por sobre los cuerpos. Pero hay dos filósofos que no lo hacen y son de aquellos que, justamente, ven en la crisis del coronavirus, la oportunidad de una revolución cuya vanguardia serían los más vulnerables. Ponen el cuerpo. Uno es un viejo de Bolonia, que sufre de asma y no quiere ser llamado abuelo, Bifo Berardi. Escribe un diario donde empieza por contar que ha suspendido una reunión familiar adonde a él le tocaba llevar el helado —de la lasagna y el vino se ocuparían otros—, que no fue al entierro de un compañero, sabiendo que no podría abrazar a nadie, que teme que se le acabe el hachis ahora que no están los africanos vendiendo en la plaza, y que, en cuarentena, pinta, en unas telas pequeñas, unos cuadritos con lápices de colores y pedazos de fotografías, como siempre que se pone nervioso. Todo por el virus. El otro es Paul Preciado, que contrajo el corona en París, y cuando salió de la cama, una semana después, notó que el mundo había mutado, el deseo se había desmaterializado y, que si había sobrevivido, lo era *sin tacto y sin piel*. Entonces le escribió una carta

a su ex, larga, a mano, y la guardó en un sobre blanco que firmó prolijamente. Luego la tiró a la basura, fuera del departamento, en el tacho de los reciclables. Pero, cuando volvió, luego de abrir el correo electrónico, vio un mensaje de su ex “Pienso en ti en la crisis del coronavirus”. La telepatía amorosa comunica más que internet.

No es eso lo único que escribió. Preciado hace una historia de la peste para señalar como ninguna tecnología superior ha logrado inventar otra cosa que el cierre de las ciudades, la separación radical del apestado, siempre pensado como extranjero o **venido del extranjero** –los ingleses dirán que la sífilis es francesa, los franceses que es napolitana, los napolitanos que vino de América contagiada por los indios. En su historia, Preciado señala, en cada etapa apestada, el oportunismo de los poderes, haciendo una pedagogía de emergencia de la biopolítica.

Bifo investiga las muertes que la presencia totalitaria del virus ha transformado, para la prensa, en noticias no solo no merecedoras de una portada, sino ni siquiera de un pirulo en la sección Internacionales. Enfrentamientos armados entre ejércitos regulares y opositores, atentados a los derechos humanos, ejecuciones silenciadas en Libia, Afganistán, Yemen, Somalia, El Congo, Tailandia, Siria... y dice que la lista es parcial y que solo registra el mes de marzo.

El virus acapara y va creando una memoria autónoma, cerrada sobre sí. Es preciso, entonces, impedir que se dicte el **anatema de olvido por emergencia**, que se vuelva a recitar la cantinela de las prioridades, que siempre **excluyen**, en nombre de **lo que sí importa**, ahora la muerte por pandemia. Que ningún oportunismo de los quitaderechos de Provida pretenda volver sagrada la vida desnuda, que no se les pida a las mujeres relevar las muertes de la epidemia, detener la ley que sabremos conseguir y en la que Alberto Fernández se comprometió en un fallido justo, al anunciar que volveríamos mujeres por mejores, en síntesis, *mejores mujeres*.

Nuestra sangre derramada no será negociada, hace tiempo que Naciones Unidas considera pandemia al femicidio, que “excepción” (el estado de) no es solo la palabra que horroriza a los intelectuales preocupados por la militarización de las ciudades y la desmovilización general, sino aquella que permite la salida de la encerrona con el violento, como determinó una resolución presidencial. Dice la xenofeminista Helen Hester que es preciso crear una fórmula que favorezca una solidaridad orientada hacia el afuera con los extraños, los desconocidos, y la figura de los extranjeros, por encima de la solidaridad restrictiva que adopta nuestra relación con lo familiar, lo similar y la figura de los compatriotas. Otra mujer, Judith Butler, la llama refugio.

El lenguaje inclusivo no se difiere por emergencia: llamar por el nombre conseguido, en la atención de los pacientes trans, travas, no binarios, ocupa el mismo tiempo que el violento y judicial nombre designado al nacer. Que no retornen los interrogatorios prontuarios, la eugenesia *pret a porter*, la lógica del rendimiento a futuro *que da siempre a quien ya tiene*, el hombre blanco, de mediana edad, consumidor, teletrabajador, casado, reproductor, bancarizado. No hay estado de excepción para la homofobia, la transfobia, la lesbofobia, el racismo, la ancianofobia. Y a los muertos de ésta y de otras muertes, en el verano/otoño /primavera/verano del mundo, llamadas naturales entre comillas, cuando todo pase, aunque siga pasando, démosle su adiós diferido por la pandemia, en flores y abrazos de los deudos y amigos, su nombre en la tumba y en la memoria.

Durante la cuarentena, escribo en un PH de Balvanera y en manada conviviente con cuatro gates, sometida a sus ritmos digestivos e intestinales, entre la computadora y la bandeja séptica. Siento que he envejecido, como si mi cuerpo, fuera del alcance de la mirada ajena, se hubiera soltado hacia su decline, sin embargo, aprendo a llamar a la movilización cada uno de sus ¿músculos? como nunca antes, preparándome para lo que vendrá y desconozco o quizás no alcance.

No quisiera que se llegara al momento en que una decisión trágica deje sin respirador a los viejes, no quisiera que me dejen sin respirador, pero menos quiero

que, por mis privilegios, se le quite a otre para sostener mi vida, que de ahí en adelante no sería vida, vida que, por otra parte, creo haber vivido intensamente, goces y dolores que me impiden el apego y la melancolía.

Bifo pregunta “¿Y si la sobrecarga de conexión termina por romper el hechizo? Quiero decir: tarde o temprano la epidemia desaparecerá (siempre que esto suceda, en Italia tal vez el 25 de abril): ¿no tenderemos quizás a identificar psicológicamente la vida online con la enfermedad? ¿No estallará tal vez un movimiento espontáneo de acariciamiento que induzca a una parte consistente de la población joven a apagar las pantallas conectivas transformadas en recuerdo de un período desgraciado y solitario? No me lo tomo demasiado en serio, pero lo pienso”.

Bifo no se toma en serio, pero se atreve a pensarlo ya que el desierto de reglas es también el desierto de los automatismos. Y la historia le da la razón: siempre hubo flujos y reflujos, éxtasis y contraéxtasis, derechos que se consiguen, que se retiran, que se recuperan. Y Preciado propone pasar de una mutación impuesta a una mutación deliberada que altere los dispositivos de comunicación “Utilicemos el tiempo y la fuerza del encierro –dice– para estudiar las tradiciones de lucha y resistencia minoritarias que nos han ayudado a sobrevivir hasta aquí. Apaguemos los móviles, desconectemos Internet. Hagamos el gran *blackout* frente a los satélites que nos vigilan e imaginemos juntos la revolución que viene”.

Y Bifo: “Y también tenemos que pensar en la pregunta más delicada de todas: ¿quién decide? Atención: cuando surge la pregunta ¿quién decide?, surge la pregunta ¿cuál es la fuente de la legitimidad? Esta es la pregunta a partir de la cual comienzan las revoluciones”. Es decir, los dos han pronunciado la palabra “revolución” como voluntad y decisión, ni en el pasado ni en el fracaso. Toda una contrainsurgencia del Cuerpo colectivo. Y sí. Que vuelva el tete a tete, la vis a vis, el dormir en cucharita, el sexo, el pete y el agujero palito, el beso queer que es un beso colectivo, una mezcla de beso de lengua y de piquito. Lo explico mejor: consiste en que, por lo menos cuatro participantes, de diferentes gustos eróticos,

junten sus lenguas en un punto mientras giran un poco en dirección a las agujas del reloj, pero con el ritmo de una cumbia, si la hay. Que vuelvan el plantón de asamblea donde la labia popular siempre escupe un poco de saliva blableta, Que vuelvan los profesores, las profesoras, los profesores en cuerpo presente, la enseñanza con músculo, teatro mímico y lecturas radiofónicas, que no pueden faltar para transmitir la pasión de leer y de pensar. Y que vuelva la movilización que es la ruptura del tabú de tocarse con otros, un provisorio sentirse igual al que marcha a nuestro lado, paréntesis a la clase, la raza, el género, la comunión de la carne donde los vulnerables dan vuelta la taba y, según la expresión de Madame Jullien, durante la revolución francesa “los corderos se comen a los lobos”. Pero a la tecnología no se la demoniza: se la apropia. Daniel Link decía con justeza que, de vivir hoy, Rodolfo Walsh sería hacker y yo agrego que su agencia ANCLA volvería para violar el corazón del Pentágono, del FMI, de la ONU.

Abogamos por un feminismo *cyborg*, yuyero, especiero, cuyos saberes vayan de la revista Mecánica Popular a la revista Labores, de Internet a los teléfonos de línea, del uso de algoritmos al equipo de radioaficionados, porque ningún archivo vence, permanece abierto, un feminismo nómada y pionero en nuevos territorios sin cámaras de vigilancia ni microchips, porque siempre que hubo Superpoderes hubo resistencia e invención, afecto y humor. Pero siempre con el cuerpo, nunca sin el cuerpo. Ni una menos. Vivas nos queremos. Basta de travesticidios. Cuerpo junto a cuerpo. Pero nunca Cuerpo a Cuerpo ni Cuerpo a tierra.

.....

María Moreno (Buenos Aires, 1947) es periodista, escritora y crítica cultural. Trabajó en el diario *La Opinión*, el diario *Sur* y en las revistas *Babel* y *Fin de Siglo*. Creó el "Suplemento Mujer" en el diario *Tiempo Argentino*, donde fue Secretaria de Redacción. En 1984 fundó la revista *Alfonsina* y hasta 2010 coordinó el Área Comunicación del Centro Cultural Ricardo Rojas. En 2002 obtuvo la beca Guggenheim para investigar sobre política y sexualidad en las militancias de los años setenta. Publicó 11 libros entre los que se destacan *Panfleto* (Literatura Random House) y *Black Out* (Random House Mondadori). En 2019 obtuvo el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas. Actualmente dirige el Museo del Libro y de la Lengua.

Violencia de Género: ¿La otra pandemia?

Por Diana Maffía

En junio de 2013, la Organización Mundial de la Salud alertó que la violencia contra las mujeres afectaba al 35% de la población mundial. El informe “Estimaciones mundiales y regionales de la violencia contra la mujer: prevalencia y efectos de la violencia conyugal y de la violencia sexual no conyugal en la salud” (primer estudio sistemático de los datos mundiales sobre la prevalencia de la violencia contra las mujeres, ejercida tanto por la pareja como por otras personas) detallaba su impacto sobre la salud física y mental de mujeres y niñas. Este impacto puede ir desde huesos rotos hasta complicaciones vinculadas a embarazos, problemas mentales y un deterioro en el funcionamiento social. La entonces directora de la OMS, Margaret Chan, señaló: "Estos hallazgos envían un mensaje poderoso: que la violencia contra las mujeres es un problema de salud mundial de proporciones epidémicas".

Las mujeres ya lo sabíamos. Llevábamos décadas reclamando a los organismos de Derechos Humanos que contemplaran este tipo de violencia, sin éxito. Un tercio de las mujeres experimentaron o experimentan en sus vidas situaciones de violencia interpersonal y sexual, principalmente con sus parejas o ex parejas u otros familiares convivientes, y finalmente hoy la reconoce Naciones Unidas como una pandemia mundial. Pero ¿podemos hablar de una pandemia, cuando no se trata de una enfermedad ni de un agente externo, sino de la propia estructura política y cultura patriarcal? Esa estructura y esa cultura define tanto lo público como lo privado. El lugar de mayor riesgo, como ya ha sido largamente establecido, es el propio hogar; y el victimario más probable, la propia pareja con la que se convive o se sostiene una relación amorosa. Eso la convierte en un desafío para la intervención del Estado mediante políticas públicas.

Y es que el Estado Moderno, desde su surgimiento, ha hecho un doble desplazamiento: al separar el ámbito público del privado, reserva el alcance de las intervenciones políticas a lo público y deja el ámbito privado fuera de su injerencia. Y en segundo lugar, segrega a las mujeres a tareas domésticas y de cuidado, desplazándolas al ámbito privado sin protección estatal. Si en el ámbito público el Estado se compromete a garantizar derechos e intervenir para producir igualdad, en el ámbito privado la institucionalidad de la Familia (nuclear, preservadora de la legitimidad de los hijos y la herencia) queda fuera de su alcance y conserva las relaciones "naturales" de poder de los varones hacia mujeres y niños/as.

Hasta finales del siglo XX, una de las mayores barreras para la intervención estatal en casos de violencia y abuso intrafamiliar era la idea institucionalizada de que esa intervención invadiría la "privacidad" en la que puertas adentro los sujetos no debían ser vigilados. A las mujeres que realizaban denuncias se les decía que debían resolverlo puertas adentro, cuando precisamente puertas adentro era su calvario. El hecho de que los espacios de intervención, legislación y justicia estuvieran casi exclusivamente en manos de varones, que las propias instituciones no hubieran incluido mujeres en su diseño, obstaculizaba la comprensión de la experiencia de una vida permanentemente amenazada por la violencia. En nuestro país, la Ley de Cupo en 1991 fue una medida de acción positiva destinada a incluir a las mujeres en el "contrato social", incluirlas en la ciudadanía más allá del voto. Su primera aplicación fue en la reforma de la Constitución en 1994, y produjo el relevante resultado de incluir los derechos de las mujeres como derechos humanos. A partir de allí, es obligación del Estado asegurar a las mujeres una vida libre de violencia.

Las desigualdades entre varones y mujeres en todas las sociedades son estadísticamente comprobables. En América Latina, la CEPAL tiene un Observatorio de Igualdad de Género que produce informes estadísticos en todas las áreas de la vida social. Esas cifras, y las producidas por nuestro propio país, deberían ser (junto al marco de Derechos Humanos) el parámetro de intervención de toda política pública.

Sin embargo, hemos avanzado en crear áreas de gobierno específicas, actualmente en el mayor nivel público con un Ministerio propio, pero no hemos avanzado en la transversalidad de género marcada por la Plataforma de Beijing hace ya 25 años. Por su extrema gravedad, pero también por falta de formación teórica, se sigue pensando que aplicar una perspectiva de género al gobierno es ocuparse exclusivamente de las mujeres como víctimas de violencia. Es decir, una política focal en uno de los problemas que nos afectan, pero que resulta agravado por las desigualdades en el acceso a la educación, al trabajo, a la vivienda, al crédito, a la salud (sobre todo sexual y reproductiva) y a espacios valorados de la vida pública.

Cuando con velocidad planetaria una pandemia azota a toda la humanidad, lo hace sobre este trasfondo de desigualdad. Cuando nos conmina a defender la vida quedándonos en nuestras casas, lo hace sobre este tercio de mujeres para las que esto significa convivir con su verdugo y con quien azota de muchas maneras a ella y sus hijxs. La violencia estructural del Estado la confina al peor lugar de riesgo. Y a ellas les pedimos, además, que protejan a su familia, que mantengan desinfectada la casa, que aseguren la higiene, que acompañe en la escolaridad virtual a sus hijos e hijas.

Sumada a muchas condiciones de marginalidad (la pobreza, la condición de calle, la condición de disidencia de género, la condición de prostitución, la desocupación o informalidad del trabajo) las mujeres llevan vidas precarias. Y es desde esa precariedad que deben resolver cotidianamente la incertidumbre. Se les pide lo más a quienes se les ha garantizado lo menos.

Según los registros oficiales, la violencia doméstica y los femicidios han recrudecido en cuarentena. En las primeras semanas llevábamos más víctimas de femicidio que de coronavirus, pero eran menos noticia. No hay en toda la sociedad la empatía hacia las acciones colectivas que nos permitirían defendernos como comunidad de esta "otra pandemia". Las funcionarias responsables han redoblado esfuerzos y mecanismos de denuncia que puedan ser eficaces en contexto de encierro, alarmas que puedan activarse para permitir la intervención a tiempo en vidas cruzadas por la amenaza constante. Amenazas cuya gravedad y probabilidad

de cumplimiento muchas veces no son registradas por quienes reciben las denuncias al establecer el nivel de riesgo, o por quienes desde la justicia deciden las medidas cautelares oportunas y su urgencia.

En el Informe de Femicidios y Travesticidios / Transfemicidios del 2019, la corte Suprema de Justicia de la Nación consignó 278 víctimas letales. En 99 de estas víctimas, constaban hechos anteriores de violencia; 41 habían hecho denuncias previas y 24 tenían medidas de protección vigentes. Sin embargo, todas terminaron muertas.

Podríamos pensar positivamente que el aislamiento social obligatorio permitirá a quienes conviven con mujeres apreciar el esfuerzo de la tarea cotidiana, y quizás aprender a compartirlo. Que es una oportunidad para hacer de la convivencia forzada con los hijos e hijas una ocasión de cuidado alternado y expresión de afecto. Hay comunicaciones gubernamentales y hasta publicidades que alientan a que esto ocurra. Pero la idea patriarcal de que corresponden a las mujeres estas funciones, el valor vigente de que hacer tareas de mujeres afecta el reconocimiento entre pares y la virilidad de los hombres, y el no menos dañino estereotipo de que la función de ellos es sostener económicamente la familia, probablemente obstaculicen ese efecto reflexivo. Un hombre que no puede (por desocupación o por inmovilización en cuarentena) cumplir esa función "masculina" del sostén económico, muy probablemente restaurará su autoridad a la fuerza y hará recrudescer la violencia mucho antes que flexibilizar los roles.

Es difícil en momentos de tanta incertidumbre trazar un escenario posible para el fin de la cuarentena. Lo que se vislumbra es un paulatino retorno a funciones necesarias para la vida en común, y probablemente algunas restricciones tarden mucho en restaurarse o quizás ni siquiera lo hagan. Las dimensiones de la injusticia distributiva, la desproporcionada concentración urbana, el desmantelamiento de áreas imprescindibles del Estado, la poca atención a la degradación del medio ambiente, la cada vez más difícil inclusión en el trabajo y la enajenación de los recursos naturales, es deseable que no vuelvan a su condición anterior.

La centralidad de las áreas de salud y educación como política pública es de esperar que no se pierda. La imposibilidad de contar con valores como la "solidaridad" por parte del capital financiero es una lección que no debería olvidarse. La visibilidad de que las tareas domésticas y de cuidado, lejos de ser expresiones de amor, son un arduo trabajo que se delega injustamente en las mujeres debería ser atendido centralmente como política pública.

Lo cierto es que, ante la pandemia, han quedado a la intemperie y bien visibles las condiciones que hacen de la ciudadanía (como ejercicio de derechos) una carrera de obstáculos y un valor muy alejado de las vidas de muchas personas. Los ancianos y ancianas, las personas en situación de calle, quienes viven de changas, quienes dan las mayores fuentes de trabajo en pequeñas empresas ahogadas de impuestos y sin ayuda del Estado, los niños y niñas, las identidades travestis y trans. Esa lucidez debería mantenerse para marcar las prioridades de intervención y modificar positivamente las desigualdades de origen que aumentan los riesgos de sufrir las consecuencias de una violencia de género que la indiferencia pública agrava injustamente.

El femicidio, la violación, la violencia de género no son enfermedades. Están extendidas de modo amenazante sobre todas las mujeres y sexualidades disidentes como contracara de los privilegios de quienes detentan las condiciones de poder hegemónico. Es por eso que las feministas decimos que los violentos no son enfermos, son hijos sanos del patriarcado.



Diana Maffía es Doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y Directora del Observatorio de Género en la Justicia, del Consejo de la Magistratura de la Ciudad de Buenos Aires. Es Profesora de «Gnoseología» de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y de «Epistemología feminista» en la Maestría de Estudios de Género de la Universidad de Rosario. Investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires, donde dirige un programa sobre «Construcción de ciudadanía de las mujeres y otros grupos subalternos». Ha sido diputada de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Miembro del Consejo Académico del Centro de Formación Judicial del Consejo de la Magistratura de la Ciudad de Buenos Aires, Defensora adjunta del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires y directora académica del Instituto Hannah Arendt, de formación cultural y política, desde su creación en 2004 y hasta el año 2008.

Pensar todo de nuevo

Por Andrea Giunta

El mundo del arte se ha detenido. Aunque sigue activo en las redes, todas sus agendas públicas se encuentran canceladas. Al tiempo que se anunciaban las medidas para aplanar la curva de la pandemia, e incluso en forma anticipada a la cuarentena establecida en gran parte del planeta, los circuitos que organizan sus formas de comunicación se paralizaron. Se suspendieron las bienales, las ferias de arte. Los museos cerraron sus puertas. Los eventos internacionales, con artistas, curadores y públicos desplazándose entre distintas partes del planeta no retornarán en lo inmediato. En el extraño efecto que se produjo en los primeros días, la suspensión anticipada en las actividades de los museos fue, incluso, un dato positivo para competir en términos de responsabilidad institucional. Puertas adentro las instituciones del arte siguieron montando las exposiciones que esperan tener listas cuando se reabran los espacios públicos. El fantasma es la parálisis.

Las consecuencias del cese de actividades todavía no pueden evaluarse en las instituciones del arte argentino. Desde Nueva York la revista *Hyperallergic* comunicó que el Museo de Arte Moderno canceló los contratos de todo el personal educativo. En tanto, en la misma ciudad, el Museo Whitney anticipó que ahora, más que nunca, precisa del equipo educativo. Los recortes se harán en otras áreas. Muchos museos de Buenos Aires multiplicaron las actividades online. Videos, análisis de obras, libros para colorear a partir de las imágenes de su colección. Es probable que, si se sostiene en el tiempo, la digitalización del arte forme hábitos nuevos. Por el momento, sorprende que hayan sido liberados materiales a los que hace un mes solo podía accederse con un *password*, o que no podían exhibirse sin

pagar derechos. Las instituciones están contribuyendo poderosamente a la ola democratizadora de contenidos en soportes digitales. Paradójicamente, es tanto lo que hoy se nos ofrece que precisaríamos otras vidas para ver todo lo que nos interesa.

Los escenarios que organizan el mundo del arte –museos, fundaciones, subastas, ferias, premios, revistas, estudios de artistas, bienales, seminarios de formación, residencias internacionales para artistas– buscan continuarse en plataformas virtuales. ArteBA sube las propuestas de las galerías a Artsy, la Bienal del Mercosur en Porto Alegre activa testimonios de los artistas invitados en Facebook e Instagram. Las universidades proponen clases online. Proveen materiales didácticos, textos, películas, imágenes, documentos. Son formas de mantener la idea de continuidad desde un aislamiento que, al mismo tiempo, demuestra la relevancia de las clases presenciales en las dinámicas de las relaciones recíprocas entre enseñanza y aprendizaje. El soporte digital se expone en sus posibilidades y en sus incompetencias. El entusiasmo por indagar otros soportes pedagógicos, otras formas de concebir el mercado o la exhibición del arte, se organiza desde un conjunto de fricciones. El paraíso de la tecnología no se replica en el terreno de los afectos. No es sencillo trasladar la bienal, la feria de arte, la universidad y el museo al espacio de la casa. Las iniciativas se mueven entre los discursos del entusiasmo y de la decepción. En definitiva, detrás de los contenidos digitales hay personas que tienen que afrontar una cotidianeidad que resta al concepto establecido de eficiencia. Los afectos, la familia, la urgencia de los cuidados y de nuestros propios sentimientos ante la pandemia, conspiran contra la administración del tiempo y los requerimientos de ver, pensar, diagramar, subir contenidos online siguiendo un cronograma preciso.

El mundo del arte es mucho más que la experiencia ante una obra o los contenidos que se difunden en la red. Sus circuitos actuales se desarrollan y expanden desde los años ochenta. Detrás del espectáculo mágico del museo, la feria del arte o la conferencia, existe una estructura que involucra sistemas de financiación y de administración insertos en el orden de la globalización. Los

desplazamientos de las obras implican embalajes, seguros, préstamos, apertura de cajas, montaje, pagos de derechos de exhibición, trámites de aduana, viajes del personal de museos que verifica y audita cuestiones de temperatura, traslado y montaje de las obras. Una estructura inmensa se orquesta detrás de la presentación espectacular, limpia y luminosa de la exposición de arte. Los costos de las bienales se proyectan en relación con los precios que se establecen desde el funcionamiento del mercado de arte. Son costos exorbitantes. Resulta cada vez más difícil concebir exposiciones retrospectivas, gestionar préstamos, conseguir que las obras viajen. En un sentido, el mundo del arte contribuyó a los síntomas alarmantes de un planeta exhausto por las acciones del hombre. A fines de 2019 el coleccionismo adquirió tres veces, en más de cien mil dólares, una banana pegada con una cinta a la pared expuesta en la feria de Art Basel en Miami. Más que debatir y establecer la calidad de la obra, cabe interrogar la ética de un circuito que celebra la excepcionalidad de estas compras, o preguntarse de dónde proviene el dinero que activa tales gestos. Sin embargo, el mundo del arte se auto regula. Las intervenciones externas atentan contra el espacio de autonomía que definen sus prácticas. El sentido de su existencia se vincula, pero no se regula desde el orden político o social.

Artículos recientes, escritos al calor de los síntomas sociales e individuales de la pandemia, auguran el fin de una época, un cambio de paradigma. Reflexionan desde versiones pesimistas u optimistas sobre la sociedad por venir. Las primeras involucran la evaluación de las estructuras más o menos autoritarias que se articulan para contener la pandemia (Giorgio Agamben); o desde la reflexión sobre la enfermedad y la soledad, sobre las distancias sanitarias que se han impuesto entre los cuerpos y que impactan en los afectos (Paul B. Preciado). Perspectivas proyectivas proponen pensar qué formas de sociabilidad emergen de las condiciones en las que se inscribe el intercambio social. Invierten el desprestigio de términos como obediencia y disciplina en función del valor de las palabras que aluden al bien común. Todo conflicto reordena y administra el orden de las prioridades. Dos nociones, entre muchas otras, reconfiguran el rol de la dirigencia y de la ciudadanía. La de Estado materno, enunciada por Rita Segato para pensar

un Estado que cuida, que no se declara prescindente. Y la de biopolítica democrática y popular propuesta por Paniagiotis Sotiris para pensar una noción de soberanía que se ejerce desde el individuo en función de lo colectivo. Se busca identificar nuevas figuras, encontrar las palabras para nombrar signos emergentes que contesten la pérdida de la soberanía que reclamamos sobre nuestros cuerpos. ¿Cómo distinguir los signos del cuidado de los de la opresión? La resistencia a declarar el Estado de sitio, el no conceder ante el llamado de la 'mano dura' para ejercer el control social -términos de un vocabulario que siempre retorna en la Argentina-, dio lugar a otras perspectivas para analizar las normas que, de hecho, se instalaron en las calles. Las palabras tienen un peso adicional. No estamos en un estado de guerra, no existen medidas excepcionales que permitan avanzar sobre la captura violenta de la ciudadanía. Se trata, más exactamente, de una urgente reformulación de la vida pública y privada en el marco de una pandemia. Los marcos de la seguridad se regulan dentro de los límites de la ley y circunscriben e internalizan las formas del control social. Se ha instalado un equilibrio reparador entre las preceptivas y el auto cuidado.

¿Cómo será el arte cuando termine el aislamiento, cuando podamos restablecer la vida social?. Quizás, más que anticipar cómo será, sea el momento de preguntarnos si podía seguir como estaba. ¿A qué estado del mundo queremos volver? Aunque la pregunta excede los escenarios del arte, estos permiten observar desde tramas específicas las formas en que la contemporaneidad se inscribió en el arte. Los artículos de Ed Young en *The Atlantic* alertaron en 2018 sobre la pandemia por venir. Entre los anticipos y su establecimiento social, la expansión del virus hizo urgente interrogar la excepción o la futura normalidad de las relaciones sociales y comportamientos desde los que aceleradamente nos estamos reconfigurando.

El arte contemporáneo se desarrolló en relación estrecha con los engranajes de la globalización. Construyó redes fundadas en travesías que ordenaron relaciones de poder. Si bien siguen existiendo los centros artísticos (Nueva York, París, Londres, Berlín), al mismo tiempo se expandió la posibilidad de

pensar una estructura constelar entre distintas metrópolis del mundo. La simultaneidad resulta más adecuada que las genealogías para pensar el arte contemporáneo. Aunque Robert Rauschenberg cotiza más que Antonio Berni y está representado en la colección de los principales museos del mundo, Berni permite entender texturas de la cultura argentina que están ausentes en Rauschenberg. Señalarlo permite reenfocar las escenas del arte específicas, simultáneas, no derivativas.

No se trata tanto de predecir, de anticipar desde el pensamiento autorizado qué termina y qué comienza en el arte. La observación puede también desplazarse al interior de las prácticas tal como se articulaban en el momento en el que se declaró la pandemia. La globalización del sistema del arte y la cultura provocó y exacerbó el turismo cultural vinculado a museos y bienales. También el turismo académico. Desplazarse acorde a los mandatos de tales redes implica itinerar por los espacios y las ciudades en los que se ubican museos, residencias artísticas, seminarios y conferencias. El mundo del arte se encapsuló en el esquema global hasta tal punto que perdió la posibilidad de evaluar las consecuencias que envuelven sus circuitos. La épica del viaje internacional involucra una desmesura acrítica. Temas presentes en obras que analizan el impacto de la globalización dejan de lado hasta qué punto las formas de organización del arte contemporáneo replican sus consecuencias. Se considera el efecto de la temperatura en el transporte de las obras, los dispositivos para atemperarlo, pero no se observan las consecuencias menos evidentes que involucran los traslados, ¿queremos volver al frenesí de una dinámica que lleva a artistas y a especialistas a desplazarse entre aviones, aeropuertos y ciudades como claves definitivas para formar en el marco del arte y la cultura contemporáneos?.

Interrogar a qué estado del arte queremos volver cuando concluya el aislamiento. Instalar más que responder la pregunta. En la distribución de la certeza de que, para existir, el mundo del arte tiene que ser internacional, nos abocamos más a las exposiciones envasadas, *blockbuster*, que, al análisis, la conservación y el estudio de lo que nuestras colecciones públicas reclaman con

urgencia. Los contrastes y las comparaciones iluminan las paradojas que resultan de una espectacularización de la cultura que descuida acciones posibles, cercanas, necesarias en un momento en el que la escena internacional está en suspenso.

¿Podemos pensar desde conceptos gestados en el arte de nuestras ciudades, de nuestras regiones, en lugar de hacerlo en forma excluyente desde las expresiones canonizadas por la idea de arte moderno? En la revolución del vocabulario se generan focos de atención distintos. Podemos, también, revisar las prácticas. Los mismos museos que gestionan exposiciones internacionales dejan dormir las colecciones no catalogadas ni conservadas apropiadamente en sus reservas. Obras que pueden reactivarse desde lecturas que provocan las nuevas instalaciones en las salas. Los archivos del arte argentino siguen vendiéndose a coleccionistas e instituciones internacionales ante la ausencia de legislación y acciones orientadas a protegerlos, cuidarlos y abrirlos a la consulta pública. Las investigaciones que se desarrollan en institutos de la universidad ocasionalmente se vinculan a los programas de exhibición de los museos. Aspiramos a las redes internacionales, pero no logramos establecer las redes locales. Cuando se suspende un horizonte se abre la posibilidad de investigar otro.

La problematicidad del presente ubicó en el centro de nuestra vida la casa, el hogar. La veda del espacio público empoderó el espacio doméstico. La casa como espacio de la vida y las relaciones sociales. Un lugar desde el que históricamente se articularon las dinámicas del cuidado femenino. Desde lo doméstico, que hoy cuida nuestros cuerpos, se elaboran formas de pensar el mundo. ¿Cuáles son las gramáticas que establece la historia de la domesticidad en el arte? Las agendas se asocian a lo femenino y a los feminismos. La casa es cuidado y también opresión.

Las experiencias que se condensan en los imaginarios de la casa, de la domesticidad, transformaron radicalmente las representaciones, los temas, las iconografías del arte desde los años sesenta. El feminismo artístico no solo volvió visibles a estos universos, también señaló la ausencia de lo femenino en el canon del arte. Solo en los últimos años las investigaciones y las exhibiciones del arte

comenzaron a hacer visible lo que se perdió con el ocultamiento de las obras de artistas mujeres en las reservas de los museos. No se trata solo de la exclusión en términos de reconocimiento, sino también de experiencias y conocimientos que la censura sistémica del mundo del arte volvió inaccesible. Junto a la visualización de datos, de estadísticas que prueban la ausencia y la exclusión de artistas mujeres, de sensibilidades feminizadas, el feminismo iluminó otras matrices para comprender el arte. Los estudios sobre los afectos, el impacto que en el arte ha tenido la jerarquía de lo humano en relación con lo animal, con los objetos, con lo común. Poéticas que imaginan otras formas de lo social, que destacan las emociones como repositorio desde el que es posible volver a pensar el mundo. Las políticas del cuerpo, de sus representaciones y de su administración.

Podemos pensar todo de nuevo. Pensar desde una experiencia que interviene sobre los afectos, sobre las representaciones que se elaboran desde una visión crítica de lo humano. El encuentro de las especies, en palabras de Donna Haraway. El feminismo es una teoría y una práctica rizomática que aborda las preguntas sobre lo post humano. Un feminismo que se formula desde la observación del cambio global, desde las nociones contemporáneas de comunidad, desde la crisis de los modelos antropocéntricos y del excepcionalismo humano. El feminismo entendido como articulador de nuevas herramientas hermenéuticas.

Exacerbadas por el aislamiento se expanden las gramáticas de las sensibilidades. Afectos que destronan los signos patriarcales que intervienen en lo público. Es cierto que la vigilancia se profundiza en las calles, pero también la administración de la vida como cuidado, empatía y solidaridad. La casa, central en las experiencias de estas nuevas formas de vida en la que desplegamos nuestros afectos, es también el espacio en el que se concentran las violencias hacia los cuerpos femeninos y feminizados que extreman los aislamientos domésticos. ¿A qué experiencias del cuerpo queremos volver?.

Los repertorios del arte, desde la mirada que recorta y exagera el presente, nos proveen de un archivo que permite pensar qué otras formas del mundo son posibles. Quizás, más que centrarnos en aquello que las condiciones actuales no permiten reproducir en las formas de organización del arte global, podemos revisar aquello que las historias cercanas, locales, situadas, permiten redimensionar.



Andrea Giunta (Buenos Aires, 5 de mayo de 1960) es licenciada en Historia del Arte por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde también se doctoró en Filosofía con especialización en Artes. También es investigadora y curadora de exposiciones de arte. Entre otros reconocimientos, recibió las becas del Centro para Estudios Avanzados de Artes Visuales de la National Gallery of Art, de la J. Paul Getty Foundation y de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation. Recibió el Premio Konex en tres oportunidades, dos en Humanidades (2016, 2006) y una en Letras (2004).

Episodio 2: El capitalismo está desnudo

Por Gabriela Cabezón Cámara

Ahora que las miro otra vez, estoy intentando escribir hace rato y ni mi cabeza ni esta computadorita de emergencia cooperan, ahora que las miro las veo: parecen un pedido de tregua las remeras blancas que lavé antes de ayer y que todavía están colgando en una sogá que até del ciruelo a un poste. Las remeras cuelgan como pidiendo tregua y obtienen apenas la del viento hace ya dos días y yo no sabría decir si el tiempo pasa lento o rápido, pero ahí siguen y yo no sé qué hice, nada, casi nada, pero no tuve tiempo de sacarlas y acá estoy y ahora que las miro las veo y me quedo mirándolas un rato largo, una bandera blanca combándose por su propio peso adelante, entre las hojas del ciruelo que son tan verdes sobre el tronco tan oscuro y las más claras y afiladas de cañas de bambú. Ahora que las miro y las veo a las remeras digo tregua y pienso que no sabría a quién pedírsela: los que podrían darla no la dan nunca, esos siempre están en guerra, y el virus no entiende negociaciones tampoco. Tregua, digo, y voy a descolgar las remeras que voy a tener que volver a lavar, mañana, me digo también, y con la técnica del jabón blanco y el sol porque la lavandina matará al corona pero a algunas de las manchas de mis remeras ni siquiera las arañó: ahí están, llenas de sí, manchas manchadas, como si nada. En algunas reconozco las huellas embarradas de mis perros y en otras no reconozco nada más que el color oxidado. Ha de ser tierra también. No tengo lavarropas y no importaba porque el lavadero del pueblo es bueno y barato y lo atiende una señora encantadora pero bueno, cuarentena. Y tierra. La tierra está yendo bien: ayer le di una palada a un montoncito que hay alrededor del pozo del compost y vi las lombrices ahí donde hasta hace un poco más de un mes no había nada más que suelo endurecido que

no se abría más que para algún que otro pasto duro y ahora ellas tan vivas y anilladas, húmedas, del color del lodo, retorciéndose sobre sí mismas o hacia afuera, no sé; las cubrí inmediatamente. No sé de lombrices, pero con sólo mirarlas, tan húmedas, tan oscuras, tan parte carnosa de la tierra, se hace evidente que el sol no es lo de ellas. Y hay sol ahora: una de las pocas cosas que pude hacer desde que empezó la cuarentena fue podar algunas ramas de los ligustros que acá crecen y se comen todo, hacen bosquecitos, y en verano, en algún momento del verano, ya no recuerdo cuándo, está siendo tan largo este verano, cubren toda la tierra y todo el pasto con sus florcitas blancas, diminutas, como una nevada alegre y perfumada cubren todo. Pero al pozo del compost le creció un ramillete de cachorros de zapallos, los tallitos estirados hacia el sol, las hojitas cotiledóneas, redonditas, el gesto entusiasta y confiado de todo cachorro, los cachorros de zapallo tiernos hacia la luz. Corté algunas ramas para no defraudar su confianza. Unas cuantas. Logré arrastrar, son pesadas, un par hasta el fondo. Las demás esperan que me haga un hueco en este tiempo para ser trasladadas y apiladas ahí al fondo donde las apilamos. Y las remeras tan blancas desde acá y tan quietas, se mueve solo lo liviano, las hojas del sauce, las de las cañas violetas, las remeras pesan, quieren caer al piso, entregarse a la gravedad, no soportar más la tensión de estar colgadas. Piden tregua y no hay porque no sé qué es lo que hay en este tiempo de suspensión: tengo la cabeza suspendida y queriendo caer hacia algún lado, pero sin saber, ¿qué centro de gravedad tenemos hoy, adónde caeríamos por nuestro propio peso, ¿cuál es nuestro propio peso? Los animales extraños que somos no tenemos tregua. Tregua tienen las mariposas que se agitan en pequeñas bandadas acá, las abejas que volvieron y se sumergen oscuras en las bignonias rosas o se posan en las margaritas que crecen en arbustos, tregua tiene la liebre que se anima a deambular por el jardín, tregua tienen los pájaros que andan volando y a los saltitos, tregua tienen los perros que corren desatados o se dejan estar entre los yuyos al sol, las chicharras que chillan como locas de felicidad, los grillos que hacen lo suyo a canon y contracanon todas las noches y toda la noche. Extraño las luciérnagas de la primera parte de este verano interminable, la delicia de verlas flotar como una alfombra mágica hecha de puntos sueltos, la pequeña congoja de verlas morir en el suelo, panza arriba, con la luz constante: las

luciérnagas se mueren con la luz prendida, sin intermitencias, como si quisieran usarla toda antes de apagarse para siempre. A lo mejor quieren, quién podría saber qué quieren las luciérnagas. Qué quieren los animales. No sabemos. Arriesgo que en principio vivir su vida en paz, como casi todes nosotres. Pero para estos animales que somos no hay tregua, como no hay tregua para mis remeras blancas, para mi bandera sucia acá adelante, no hay tregua porque no las voy a dejar caer y apenas las descuelgue las voy a lavar otra vez. O a lo mejor no, a lo mejor pasan otros dos días amontonadas sobre una silla: va a llover. Como sea, ni las remeras ni nosotres tenemos tregua.

Las remeras, la ropa toda que tengo que lavar, me llevan a pensar la desnudez. Para mí sería más fácil, me gusta más bañarme que lavar ropa a mano pero están mis amigos vecinos y después de la lluvia va a hacer frío así que descarto la desnudez y lo que emerge en mi cabeza es Hans Christian Andersen y la colección de libros de Sigmar que me regalaron mis padres, mis padres eran trabajadores, no tenían libros, no tenían plata para nada que fuera suntuario pero vieron que a mí me gustaban y habrán ajustado por otro lado y me regalaron los libritos esos hermosos de tapa dura y dibujos que ahora puedo pensar relacionados con una estética del primer Disney. De El traje nuevo del emperador me acuerdo, de cómo ese tirano amante de los suntuosos vestidos, amante de llevar puesto en el cuerpo todo el esplendor de su poder, de performarlo diríamos hoy, es engañado por unos estafadores que le prometen hacerle uno con una tela maravillosa que no podía ser vista por los necios ni por los que no merecían sus cargos y de cómo todes, por miedo a perder su trabajo o a ser objeto de la cólera del emperador, decían qué pieza única, qué tela maravillosa ahí donde no había nada y el emperador mismo, cuando supera el miedo de no ver la tela él tampoco, de no ser digno de su poder, va a ver el vestido y no ve nada pero festeja para que nadie sepa que es necio o que no merece su cargo y todes aplauden y le aconsejan al emperador que estrene el vestido en el próximo desfile, en la próxima puesta en escena del poder imperial, y el emperador acepta y acepta toda la ceremonia de ser vestido mirándose al espejo y viendo nada, solo su cuerpo desnudo, sin más atributos que el de cualquier hombre desnudo, y se dispuso a salir en su carruaje y

salió y la gente gritaba qué traje tan magnífico, qué bordados exquisitos y aplaudía y en medio de los aplausos se escuchó a una niña que gritó pero si el emperador está desnudo y, esto no lo dice el cuento o no recuerdo que lo diga, todos empezaron a reírse a las carcajadas y el emperador a intentar cubrirse y a gritarle a su cochero que se apure, que lo saque de ahí, que lo iba a colgar si no azuzaba a los caballos y el cochero que fingiría gritar y latigear a los pobres animales, pero sin hacerlo del todo bien porque ¿quién no quiere disfrutar un rato de la caída del tirano?. Y a lo mejor por eso, porque estamos viendo al tirano desnudo es que los días implosionan, estallan, se derrumban sobre sí mismos, se autofagocitan y nosotros así, suspendidos en un tiempo sin tregua, un tiempo que no sabemos bien de qué está hecho pero que no sigue el ritmo que nos ha conformado hasta ahora, un tiempo chicloso, viscoso, apelmazado, casi sin aire este tiempo lento y veloz, el tirano está en bolas, camaradas, ¿Lo ven? ¿A qué nos han sometido para que vivamos conformes un mundo que no tiene más idea del futuro que la muerte?.

Pensemos: ¿qué proyecta nuestra imaginación más que muerte y destrucción? En los aparatos donde nuestro imaginario se condensa, el cine, la literatura, el teatro, las series, ¿qué idea de futuro aparece? La hecatombe. Vivimos al borde de un futuro de muerte total, vivimos inmersos en la inminencia del desastre. Nos dicen que si salimos nos morimos. Pero si no salimos también, camaradas. Tres nenitos wichis se murieron de hambre este fin de semana, como murieron sus ancestros, víctimas del saqueo más atroz, del genocidio más incesante. Vivimos sobre un cementerio y vamos, no como individuos sino como especie, a otro. Miles de viejos mueren descartados como mierda en el centro del mundo, ahí donde el dinero se junta, pero no alcanza para salud pública. Una extinción masiva de especies está sucediendo en este mismo instante. Para algunas hay tregua. Para nosotros no. El tirano, este capitalismo tardío que no tiene afuera, no hay nada afuera de él ya, nos lleva a la muerte total, de todos, de todo. No lo permitamos. No nos entreguemos a una vida online que sea sencillamente una continuidad de lo mismo. Estamos quietos, aislados en un tiempo que se vuelca sobre sí mismo. Al fin y al cabo, es una forma de tregua. Sintamos. Pensemos. Digamos no. No lo hagamos si preferimos no hacerlo.

Podemos dejarle a nuestros hijos y nietes un futuro, un tiempo para que la vida de ellos tenga lugar y no sea en una roca muerta en la que tengan que pagar, si es que logran vivir, por el agua y el aire. El tirano está en bolas. Es un monstruo que se devora todo para seguir siendo. Que no sea.



Texto publicado en el Centro Cultural Kirchner(CCK). Abril-2020

http://cck.gob.ar/eventos/el-capitalismo-esta-desnudo-de-gabriela-cabazon-camara_3851

Gabriela Cabezón Cámara es autora de las novelas *Las aventuras de la China Iron* (Literatura Random House, 2017) y *La Virgen Cabeza* (Eterna Cadencia, 2009); de las nouvelles *Romance de la negra rubia* (Eterna Cadencia, 2014) y *Le viste la cara a Dios* (2011); de las novelas gráficas *Y su despojo fue una muchedumbre* (Cazador de Ratas, 2015) y *Beya* (*Le viste la cara a Dios*) (Eterna Cadencia, 2011) –ilustradas por Iñaki Echeverría– y de los relatos *Sacrificios* (Ediciones Biblioteca Nacional, 2015). Estudió Letras en la UBA. En 2013 fue escritora residente en la Universidad de California en Berkeley. En 2019 recibió la beca Berliner Literarische Aktion y fue residente de la Literarisches Colloquium Berlin. Coordina talleres y clínicas de escritura y es titular del Laboratorio de Experimentación de la carrera de Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes.

Interrogantes y conjeturas sobre la pandemia del S. XXI

Las siguientes reflexiones de Jorge Alemán surgieron a partir de dos entrevistas. La primera fue realizada por Diego Kling y contó con la transcripción de Estela Canuto, mientras que la segunda, que cierra el texto, fue realizada por el equipo de Argentina Futura.

Primera Parte

- Partiendo de la propuesta de su último libro, cuando se refiere al capitalismo y afirma “no existe crimen perfecto”. Me gustaría plantear la siguiente cuestión como disparador: ¿podría ser que esta crisis nos está demostrando que hay cosas más importantes que la economía?

La pregunta quizás merece una serie de aclaraciones. En primer lugar, no considero, después de la lectura de Marx, que el capitalismo sea sólo una economía, evidentemente este es su aspecto más visible, su concreción histórica, su funcionamiento real es económico. Convengamos que la economía es el modo concreto e histórico que tiene el capitalismo de manifestarse. Sin embargo, el capitalismo es algo más que una economía, es una estructura que tiende a su reproducción ilimitada, esa es para mí la cuestión clave. Hasta tal punto que no podemos concebir un después del capitalismo. Desde hace tiempo se viene anunciando una catástrofe mundial en forma de epidemia. Pero si algo caracteriza la marcha actual del Capitalismo es que hace ya mucho que lo que se anuncia, lo

que se sabe que va a ocurrir, ya no cuenta de un modo operativo. Ninguna advertencia por veraz y horrible que sea cambia la marcha ilimitada, acéfala, del Capitalismo. Como si se revelara definitivamente que el Capitalismo y su técnica están impulsados por una fuerza, una presión estructural que ya no responde a ninguna necesidad humana. En este aspecto se podría confirmar que el Capitalismo es la consumación de la metafísica. Se trata de una abstracción pura, espectral y fantasmagórica que se expande por doquier como el más perfecto de todos los virus. Desde una perspectiva semejante no es de extrañar que China, a pesar de estar atravesada también por el Capitalismo, sea el único mundo que aún mantiene un principio civilizatorio de orden para ofrecer al mundo. La palabra "ofrecer" puede ser en este caso un eufemismo. Lo cierto es que China generó el virus y a la vez lo ha comenzado a contener. Existen dos razones que al menos deben considerarse al respecto: en primer lugar, en China basta ver sus congresos del Partido Comunista, mantienen la peregrina idea de que el Capitalismo es un instrumento de China y no al revés. Esto desafía en su ingenuidad la lógica de todo el marxismo occidental, pero a China le ha permitido que el Capitalismo no destruya todo su rico y complejo legado simbólico. La segunda razón es que el nudo que en occidente mantenía su hegemonía cultural estaba hecho de tres términos que ya funcionan sin ninguna articulación. A saber: la economía de mercado, el liberalismo político y la vida democrática civil. Estos tres términos ya han sido desanudados por el Neoliberalismo cuyo único interés es la acumulación del Capital por encima de cualquier orden político. Es evidente que la fuerza simbólica de los Estados occidentales está en declive y la pandemia actual lo ha revelado en toda su realidad. Estas son las razones por las que Occidente no sabe qué hacer por ahora con la pandemia y especialmente Europa no ha tenido más remedio que, no sólo mirar cómo lo hace China, sino dejarse supervisar por sus expertos. Cualquier cosa que sea un freno a la pandemia se espera de China.

En este aspecto, el Coronavirus es el primer eclipse serio del dominio norteamericano, que ya no parece disponer de ninguna idea de civilización. Queda por ver cómo los países emergentes, los únicos aún capaces de una invención política distinta, son capaces de reinventar un justicialismo del siglo XXI,

socialista en la distribución del ingreso, soberano con respecto a las experiencias de lo común: el medio ambiente, la salud pública y la educación y que sepa radicalizar la democracia esquivando las derivas neofascistas que, ahora más que nunca, disputan el sentido de la experiencia de la Patria y el Otro que la sostiene.

Desde otra pendiente, es muy difícil pensar que, a partir de esta pandemia, se vaya a producir necesariamente un colapso del capitalismo. Puede ocurrir, pero no es un hecho necesario. Va a haber gravísimas situaciones de crisis, grandes problemas que van, una vez más, a perjudicar a todos los sectores subalternos, a todos los sectores explotados, a todos los países que son actualmente expoliados por la acumulación del capital y su mecanismo de desposesión. Pero esto no quiere decir que estemos, en principio, frente al final del capitalismo o frente a un escenario distinto. Por lo menos esto no se puede asegurar, porque el capitalismo es algo, como ya mencioné anteriormente, cuya verdadera cualidad es su capacidad de reproducción sin límite. Lo que podría suceder es que las sociedades, que nunca son del todo idénticas al Capital, al igual que las estructuras políticas, se interrogaran cómo habitar el mundo a partir de ahora, podrían incluso llegar a percatarse del hecho de que habría que encontrar, utilizando un término de otra época: modos de planificar la economía, su relación con la comunidad y la vida, que no fueran exactamente los que proceden de las lógicas del mercado, pero esto no es algo que podamos asegurar y que necesariamente vaya a ocurrir. Se trataría de una contingencia.

- **Jorge me gustaría plantearle algunas frases que resumen encuadres teóricos del momento que estamos viviendo. Siempre con la precaución de lo que implica un análisis en tiempo real.**

Las traigo aquí:

Imaginar el fin del capitalismo empieza a ser más plausible que imaginar el fin del mundo.

Comunismo reinventado o barbarie

Asistimos a la tercera guerra mundial por capítulos

El capitalismo ha llegado a su fin

Son las ideas que circulan por todos lados.

Tomemos una por una.

Imaginar el fin del capitalismo empieza a ser más plausible que imaginar el fin del mundo.

La frase fue pronunciada por Frederic Jameson, se volvió célebre: “es más fácil pensar el fin del mundo que el fin del capitalismo”. Ahora usted con la inversión de la frase apunta a un nuevo registro del problema. Sin embargo, la pandemia está mostrando que evidentemente no ha sido una consecuencia directa del capitalismo, pero sí probablemente, una consecuencia indirecta, en la medida que el capitalismo no dispone de estructuras que la puedan contener. Debemos tener en cuenta, por la forma en que el capitalismo se ha desarrollado, por el tipo de sociedades que ha construido, por las desigualdades que las atraviesan, tanto por las desigualdades internas de los países, como por las desigualdades internacionales, que no podemos asegurar de entrada que la humanidad va a seguir sobreviviendo a este tipo de pandemias. Entonces a la frase atribuida a Frederic Jameson que “es más fácil concebir el fin del mundo que el fin del capitalismo”, esta pandemia parecería darle un nuevo alcance, porque podría ser el prolegómeno de otra mayor, es decir si no se toman verdaderas medidas que afecten a la experiencia de “vivir en común”, es muy probable que esta pandemia sea el comienzo de otras. Ahora más que nunca la tensión irresoluble entre comunidad y sociedad se hace patente.

Esta pandemia nos ha afectado especialmente porque está en Occidente, como el Sida cuando afectó a muchos en occidente, pero en el momento en el que se desplazó a África todo el mundo ya la había olvidado. Entonces, si tomamos esta referencia, en una primera lectura, se confirma que sigue siendo más fácil “pensar el fin del mundo, que el fin del capitalismo”.

Comunismo reinventado o barbarie.

Esta frase reedita la fórmula de Marx, él pensaba que estábamos en la prehistoria, esto lo vuelve a Marx un pensador ilustrado singular, en el sentido de que Marx no estaba tan convencido de que había primero una sociedad feudal, después venía el capitalismo y después venía otra sociedad que era el comunismo. Esa idea finalística de la historia, ese sentido teleológico de la historia que se le atribuye a Marx es muy discutible. Lo que Marx pensaba, era que el capitalismo a pesar de su capacidad de transformarse, esto es algo que él captó muy bien, el potencial revolucionario del capitalismo, su capacidad técnica, la manera en que iba a incorporar como capital variable a las máquinas, la manera en que “lo sólido se iba a desvanecer en el aire”, etc., no obstante, todavía era la “barbarie”. Era la barbarie porque para él como muy bien lo decía, todas las libertades, de prensa, de votar; encubrían lo que no se podía suprimir jamás para que la máquina funcione, que era la explotación, la extracción de la plusvalía. En este aspecto, en la medida que para Marx hubiera miles de personas que no tuvieran otra alternativa que vender su cuerpo en el mercado, en fuerza de trabajo-mercancía o bien ser desempleados y constituir un ejército de reserva, que presionaba a los que tenían trabajo, para evitar que subieran los salarios. O en la medida en que a los propios ricos les tocaba una presión estructural de estar todo el tiempo creciendo, para no perder su lugar en el mercado, eso era la barbarie. Así que en cierta forma participó de la fórmula “comunismo o barbarie”, pero revisándola en todos sus aspectos.

Si bien las revoluciones históricas tuvieron momentos igualitarios importantísimos, las mismas desencadenaron una lógica del terror donde las comunidades fueron asfixiadas en una homogeneidad que excluía toda posibilidad de que los sujetos se relacionaran con sus deseos.

Si su pregunta se centra en la idea de que esta pandemia pone en la escena esta disyuntiva, no lo tengo claro. Creo que en primer lugar esta pandemia lo que va a poner en escena es si los países que no son potencias van a tener o no, la posibilidad de construir soberanías de estado, y si tendrán recursos para

defenderse, para no ser desposeídos y saqueados cuando llegue el final de la pandemia y empiece la gran disputa por las hegemonías mundiales.

Hay países que forman parte del sistema de dominación mundial y que no desean mantener ningún compromiso de solidaridad con los países más castigados por la pandemia. Basta ver la brecha que ya comienza a manifestarse en toda su tensión entre la Europa latina y Alemania y Ámsterdam, y otro tanto en las distintas interpretaciones antagónicas de la pandemia entre los países de América Latina. A partir de estos datos mínimos se puede dar un nuevo sentido más inquietante y oculto al concepto de guerra que está en juego.

La guerra puede ser el nombre del derrumbe civilizatorio que virtualmente, por ahora, como un espectro recorre el mundo. Saqueos, enfrentamientos civiles, ocupaciones militares, destrucción del aparato productivo, pánico social y deterioro de la autoridad simbólica del Estado. Y como en todo derrumbe civilizatorio una interpretación de la condición humana, de cómo está hecha la existencia hablante, sexuada y mortal está en juego.

Hay líderes políticos que no conciben otra vida que lo que hasta ahora ofreció el Capitalismo, y hay otros que no desean sacrificar a sus pueblos a las exigencias del Capital.

Para estos últimos, y ya que se ha apelado a la metáfora bélica, la que reclama siempre un estado de movilización general, no basta con la inevitable cuarentena. Se impone una nueva relación entre los movimientos sociales, las organizaciones militantes y las fuerzas armadas y de seguridad coordinadas desde el Estado en un nuevo proyecto de soberanía popular. No existirá control de la pandemia en los lugares donde no se puede cumplir con la cuarentena sin unas fuerzas armadas integradas al gobierno popular. A su vez, es casi seguro que habrá un nuevo reordenamiento mundial entre los países que eligen a la comunidad frente a los imperativos del Mercado. Pero esto sólo será posible si los Estados recuperan su autoridad simbólica, que evidentemente no es lo mismo que la captura neofascista que los movimientos de ultraderecha se proponen obtener en el caos maldito de la pandemia mundial.

Un Estado democrático, soberano, con el suficiente poder decisorio que muestre definitivamente que las fuerzas del orden no pertenecen a las derechas oligárquicas, tal como ha sido históricamente en muchos lugares del mundo. Si en medio del caos que puede acontecer no surgen Estados populares capaces de generar disciplinas no represivas y creadores de una nueva conexión sensible con los movimientos populares, la situación se pondrá muy difícil.

Asistimos a la tercera guerra mundial, por capítulos.

Es del Papa Francisco esta expresión, estoy de acuerdo, actualmente ninguna guerra se declara, ninguna guerra tiene ni principio ni final, ninguna guerra tiene armisticio, no hay banderas blancas, no se firman más los tratados de paz, la guerra forma parte del movimiento circular del capitalismo, y como no tiene ni comienzo ni fin, es muy similar a esta pandemia, en el sentido de que no va a tener un final explícito. Esta pandemia tendrá después sus capítulos, y según los países que están en la zona de la explotación mundial, sus distintas derivas catastróficas, terribles y trágicas, es decir que en cierta forma como lo insinúan algunas lecturas paranoicas (en la paranoia sería importante aclararlo, todo hace signo y todo tiene sentido) los poderes mundiales se repartirán los beneficios suplementarios de la tragedia de la pandemia. Por mi parte no creo que exista una instancia que orientara en forma deliberada al capitalismo hacia la pandemia, pero sí creo que la pandemia luego, a posteriori, va a ser reutilizada y reimplementada por los grandes bloques de poder para que la paguen, los que siempre pagan el pato, y ahí si pienso que evidentemente continua esta guerra, esta tercera guerra mundial por partes. Que no es otra guerra que la de los ricos contra los pobres, es una guerra de los propietarios, contra el mundo de los pobres, pero también es una guerra entre propietarios. Y estoy seguro de que va a ser muy difícil, y habrá que pensar a los que nos interesa un proyecto emancipatorio, como se hace para que esta vez no sean los pobres los que paguen los costos de esta pandemia.

El capitalismo ha llegado a su fin.

Es difícil pensar esto porque como ya le dije si el capitalismo fuera sólo una economía, podría haber datos que hiciesen verosímil esta hipótesis, ya que va a quedar destruido gran parte del aparato productivo por las consecuencias que esto va a tener en el tejido social, por la imposibilidad de reinscribir a millones de personas de nuevo en la vida productiva, es lógico que para muchos se imponga entonces la idea de que vaya a surgir en la humanidad un nuevo movimiento anticapitalista. No veo una relación de necesidad entre las dos cosas, más bien contingente. Esto exigiría la construcción de una política previa y un sujeto político, además, correlativo a ese movimiento mundial, que optara por decir: bueno se acabó la vida dentro del capitalismo, ensayemos formas de vida que aún no han sido transitadas históricamente. Que ya tampoco son exactamente las formas de vida del socialismo del siglo XX, formas de vida que reconozcan cuales son las posibles ventajas de algunos aspectos del capitalismo y cuáles son las virtudes que tuvieron los movimientos igualitarios del socialismo, y se combinaran en una estructura nueva que por ahora es en parte desconocida por nosotros, aunque encuentra su legado más importante en los movimientos nacionales y populares que tuvieron lugar en la modernidad latinoamericana. En principio no veo un necesario cumplimiento, que nos exima de la construcción política, porque cuando se utiliza esa fórmula se está pensando en el gran colapso, en el gran desastre general, y no estoy seguro de que el capitalismo no subsista en un territorio Mad Max, por decirlo de algún modo.

- **Centrándonos en la transformación de los sujetos en relación con las medidas de confinamiento, que ponen al descubierto determinados mecanismos que es necesario analizar. La crisis en el sector laboral a partir de esta situación, puestos de trabajo que podrían ser prescindibles, el teletrabajo que cuestiona los desplazamientos. La incertidumbre sobre las formas de la vida, los espacios de socialización pasarán al plano virtual, la educación. Todo lo virtual se ha exacerbado. También los encuentros sexuales han pasado sin demasiado inconveniente al plano virtual. Hasta**

donde todo esto va a afectar a los sujetos y a la forma en la que hacen lazo desde una perspectiva psicoanalítica.

Recordemos que el propio Heidegger años después de pensar en la angustia como afecto fundamental, el que revelaba a la existencia en su ausencia de fundamentos luego reemplazó a la misma por el “aburrimiento”. Hay que ver cuando uno es arrancado de su propia cotidianeidad y es arrojado a sí mismo, y tiene que volver sobre sí, surgen muchos planteos sobre lo que es la propia existencia y en que consiste su auténtico ser, no sólo la relación con uno mismo, sino la relación con los otros, con el propio proyecto, en suma, con el deseo. Por lo tanto, en este aspecto y por el momento no podemos anticipar nada, creo que vamos a tener que esperar muchas sorpresas, a raíz de lo que está pasando con este confinamiento.

Aparecen múltiples preguntas: ¿Quién soy? ¿Qué hago? ¿Para qué estoy en esta vida? ¿A qué le dedico mi vida? ¿Qué es lo que hago con mi tiempo? ¿Con mi cuerpo? ¿Cuál es el sentido que tiene aquello que estoy haciendo?.

Creo que el confinamiento no se recubre sólo con la idea de que nos estamos protegiendo, si bien la solidaridad es muy importante, porque estamos tratando de contener la expansión del virus, luego está el sujeto en su singularidad radical con sus propias cavilaciones. Y cuando al sujeto se le interrumpe durante bastante tiempo la vida cotidiana y resulta que su relación con los otros se reduce a la relación virtual, y que pasa muchas horas él mismo, consigo mismo, ahí empiezan a suceder un montón de cosas inquietantes. No sería partidario de anticiparlas, porque pienso que nuestro trabajo va a continuar y vamos a tener que hablar de estos efectos. Además, no debemos olvidar de que estos efectos en la subjetividad se traducirán en efectos políticos. Esa traducción será enigmática, pero se llevará a cabo. Tendremos que ver cuál es.

Segunda Parte

Esta parte de la entrevista fue realizada vía correo electrónico por el equipo de Argentina Futura.

- La pandemia también puso en evidencia la falta de articulación regional y el debilitamiento de organismos como la UNASUR y el MERCOSUR ¿Es posible que después de esta crisis existan mayores niveles de consensos para pensar renovados proyectos de integración y cooperación latinoamericana?

Si algo ha demostrado está mundialización del capitalismo que llamamos Neoliberalismo es la destrucción de cualquier institución reguladora que se proponga no estar dominada por los intereses del mercado y las corporaciones. En el caso de América Latina siempre las derechas neoliberales han tratado de corroerlas y restarles cualquier ejercicio soberano. Pero la misma Unión Europea se encuentra en una crisis histórica de gran calado. La Europa latina, la Europa del Norte y la del Este no pueden encontrar una mediación que la aparte de sus intereses inmediatos. Es probable que esta pandemia deje a la Unión Europea herida para siempre. Ahora sería más necesario que nunca que existan organismos internacionales con la suficiente autoridad simbólica como para intervenir en la nueva reorganización del mundo que va a exigir la realidad. Pero la condición de posibilidad de las mismas es que las sostengan verdaderos Estados soberanos.

- Algunos pensadores como Agamben y Byung-Chul Han están preocupados por el uso político que se pueda hacer de la pandemia y la posibilidad concreta de que la excepcionalidad que impuso el COVID-19 se convierta en normalidad. De esta forma se abrirían las puertas para el crecimiento de estados totalitarios que ejercen un control social y digital total sobre la población ¿Qué opinión te merece?

América Latina podría valer como ejemplo. Es cierto que cualquiera que conozca la lógica implacable del biopoder podría afirmar que nos dirigimos a un nuevo estado de la sociedad de control. Pero además de la sociedad también existe la comunidad. Los medios a partir de los cuales surgen prácticas de cuidado en común no se pueden reducir a una lógica totalitaria. Las experiencias políticas de lo Común que intentan abrirse paso introduciendo algo nuevo en las inercias sociales nos hablan de nuevas posibilidades. De todas maneras, se nos impone cierta cautela. Debemos admitir que nos manejamos con armas de doble filo. Y se trata una vez más de una apuesta sin garantías.

- La historia de las grandes catástrofes nos enseña que muchas veces han sido parte esencial en los procesos de reconfiguración de la vida social. Las grandes crisis sacuden a las sociedades y las colocan frente a una pregunta fundamental: cómo sobrevivir juntos, qué nos une y qué es lo que nos separa, cuáles son nuestros intereses comunes, qué tipos de valores son los que predominan ¿Hay posibilidad de construir una nueva hegemonía respecto al rol del Estado, el valor de lo público y las salidas colectivas ¿es un momento indicado para cambiar radicalmente nuestras subjetividades y formas de concebir el mundo?

Lo que se afirma implícitamente en esta pregunta es lo que deseo que ocurra.

Que en medio del trabajo de duelo que esta catástrofe exige surja un proyecto transformador que recupere la sustancia ética y emancipatoria de nuestros legados históricos. No está escrito que ocurra como una ley histórica que vaya a suceder inevitablemente, pero a veces "sólo en el peligro crece lo que nos salva".

.....

Jorge Alemán (Buenos Aires, 1951) es escritor, ensayista y psicoanalista por la Universidad de Buenos Aires, donde fue nombrado profesor honorario. En 1976 se exilió en España y desde entonces vive en Madrid. Publicó más de 10 libros que atraviesan el psicoanálisis, la filosofía y la política. Desde 2004 es Consejero Cultural de la Embajada Argentina en España y fue nombrado por el Gobierno español comendador de la Orden de Isabel la Católica en el grado de Encomienda.

Argentina > futura



Jefatura de
Gabinete de Ministros
Argentina

 @AFuturaok

 ArgentinaFutura@jefatura.gob.ar

 argentina.gob.ar/argentina-futura